

4-1-4

231

~~3-11-5~~

~~2955~~



LOS AMERICANISTAS
SUCESORES DE N. RAMÍREZ Y C.^a EDITORES
CALLE CÓRCEGA, 189 PRAL.
BARCELONA

AMERICANOS

CÉLEBRES

GLORIAS DEL NUEVO MUNDO

— POR LA

BARONESA DE WILSON

— TOMO I —

BARCELONA

TIPOLITOGRAFÍA DE LOS SUC. DE N. RAMÍREZ Y C.^a

Pasaje de Escudillers, número 4

1888

BOARD OF DIRECTORS

2018-2019

CHAIRMAN: [Name]

VICE CHAIRMAN: [Name]

SECRETARY: [Name]

MEMBERS: [List of names]

Q-Q-Q

AMERICANOS CÉLEBRES

TOMO PRIMERO



Si oruga un punto este libro en la Academia de Historia se verá realizado el ardiente y cariñoso anhelo de La Autora

AMERICANAS CÉLEBRES

GLORIAS DEL NUEVO MUNDO.



ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

*Todas las glorias se han extinguido como la terrible
llama del cráter Popocatepelt, ¹ sin dejar otros vestigios
de su existencia que una página en las crónicas.*

NEZAHUALCOYOLT. ²

¹ Cerro que humea.

² Rey de Acolhuacán y uno de los más ilustres poetas del Anahuac (México).



BARONESA DE WILSON

AL EXCMO. SR. GENERAL

D. PORFIRIO DÍAZ

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE MÉXICO

ILUSTRE AMIGO:

Grandes obstáculos y serias dificultades se encuentran siempre al paso para conducir á feliz término empresas que, por sus especiales condiciones, aparecen como irrealizables; más aun, cuando relacionadas con diferentes nacionalidades, necesitan inquebrantable perseverancia en las prolijas investigaciones que más tarde puedan contribuir, aun cuando sea en modestas proporciones, á perfeccionar el brillante y glorioso cuadro de la Historia americana.

Inconvenientes y luchas fáciles de comprender si se consideran los penosos y prolongados viajes, los años invertidos en el estudio de un vasto continente, las árduas exploraciones y tenaces esfuerzos para coleccionar datos, ora buscándolos en las ruinas y sepulcros casi perdidos entre vigorosa vegetación, ó con afanosa constancia registrando bibliotecas y archivos públicos ó particulares, han hecho más lento y penoso el largo camino que me había propuesto recorrer.

No menos reñido ha sido el combate entre la energía moral y la fuerza de voluntad que no conoce trabas, y las preocupaciones sociales y delicada organización de la mujer.

Indudablemente y á la par de esas luchas, el desfallecimiento moral era inevitable á no haber encontrado la escritora española en la gran familia americana aliento para el espíritu, amistad y fraternal cariño para ayudarla y sostenerla en la trabajosa peregrinación.

Gobiernos y particulares, prestaron eficaz cooperación á la viajera que sin temor alguno, cruzaba solitarios bosques, surcaba los mares y ascendía á la maravillosa cordillera andina, protegida siempre por la entusiasta hospitalidad americana, jamás desmentida.

Con tan poderosos auxiliares y doce años de incesante actividad durante los cuales ¿porqué negarlo? he tenido épocas de amargo desaliento, horas de vacilación y de sombría desconfianza, logré perfeccionar el pensamiento que tras breve plazo será huésped del mundo.

Las maravillas y magnificencias de este dilatado continente, los destumbradores horizontes, el mágico espectáculo de enmarañadas selvas que con frecuencia he atravesado; las misteriosas ruinas, los torrentes, cataratas, los anchos y profundos ríos, las noches tibias y deleitosas, los rayos de un sol de fuego; el eterno himno de la naturaleza, la majestad de ESE TODO incomparable, habrá prestado algo de su grandiosa poesía á la imperfecta labor histórica.

Al evocar en esta galería de inmortales á los que en titánica lucha conquistaron la inmortalidad, me complace pensar, que pocos muy pocos de los historiadores han visitado y explorado los diferentes y lejanos pueblos, teatro de los sucesos y que tal será el único mérito de mis libros AMERICANISTAS.

Los detalles adquiridos, las íntimas narraciones, los documentos con empeño y esmero recogidos, servirán para resultados más completos.

A pincel más hábil á la pluma de aquél que en América pueda ser algún día Tácito inmortal, le estará reservado en lo futuro dar acabada forma á estos bocetos y gráfico brillante colorido.

Señor General Presidente; merced al valioso apoyo y generosa protección de V. como jefe del Estado y á su benevolencia como amigo, lograré realizar la empresa, á la cual he consagrado todas las aspiraciones de mi vida; todos los latidos de mi corazón.

V. ha sido en México, el liberal Mecenaz de mis trabajos histórico-americanos; á V. pues tengo el honor de dedicar el primero que verá la luz pública.

Será la ofrenda de la gratitud y sincera admiración de su amiga

LA BARONESA DE WILSON

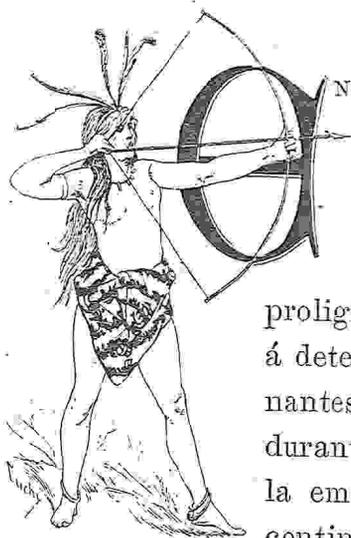
AMÉRICA Y SU HISTORIA

(RESEÑA GENERAL)



La Historia no es más que la repetición de los mismos hechos aplicados á hombres y á épocas diferentes.

CHATEAUBRIAND.



ENVUELTOS en las sombras del misterio y entre los espesos velos del pasado, yacen aún muchos de los períodos más interesantes de la historia americana, y son un problema sin resolver, aun para aquellos que á su estudio se han dedicado con proligidad, constancia y buen deseo; pero, limitada esta á determinadas nacionalidades, á las épocas más culminantes y á heróicos hechos que, ya en la conquista, durante el coloniaje, ó más tarde en la epopeya de la emancipación, en esa era que iniciaba en todo un continente total cambio político-social, habían asombrado al universo por su grandeza, por su osadía, ó por los resultados obtenidos; los que por doquiera desarrollaban no sólo la libertad del pensamiento, sino ideas nuevas y regeneradoras.

Obras importantes han visto la luz pública, dando á conocer aproximadamente y con magistrales rasgos este Nuevo Mundo, esta tierra que tal importancia tiene y que está llamada en el futuro tiempo á ser rival de la civilizada Europa.

Pero entre esos notables trabajos de la inteligencia, no existe ninguno que en toda su extensión presente un cuadro general de la

historia americana, en su pasado, en su desarrollo y muy especialmente de la contemporánea y del grado de civilización que han alcanzado tan dilatadas regiones.

Sería indispensable para formarse una idea de las diversas naciones que componen el mundo soñado y encontrado por Colon, estudiar una por una las varias crónicas relativas á cada república: y aún dado ese caso, el resultado no sería completo, ni las presentaría tal cual son, ante los ojos del positivista y antiguo continente.

La historia es la evocación de los siglos: la fotografía de los pueblos; es el concienzudo estudio de su origen, de sus principios orgánicos, de sus causas y de sus consecuencias. El análisis, el escalpelo de las revoluciones (si es permitida esta frase), y de acontecimientos, que aparecen á primera vista tan inverosímiles como oscuros.

La historia es la escuela político-social; y la imaginación del historiador, el Pigmaleón, que presta nuevo sér á generaciones y generaciones, realizándolas con su tradicional colorido y el singular encanto que se desprende de narraciones que, á la par de verídicas é imparciales, están embellecidas con las galas del *buen decir* y de la poesía.

La historia no ha sido ciencia ni podía serlo, hasta que en nuestros días se han planteado sus bases cardinales, siendo así que reformada la antigua al tenor de los nuevos principios, se desecha hoy la del Asia Menor, Egipto, Grecia y Roma, y la que alcanzaba hasta el último tercio del pasado siglo, concediendo lógica preferencia á la que por las excavaciones, geroglíficos, monumentos, ídolos, vestigios de remotas civilizaciones, presenta como en pintoresco panorama el pasado de aquellos pueblos.

El problema del origen atribuído á la gran familia americana, también empieza á resolverse: la ciencia arqueológica, los estudios etnológicos, son el guía luminoso en la noche de los tiempos y la historia, con más sólidas bases, no será ya, como en los pasados siglos, árido relato de guerra, batallas ó crímenes que presentaban á la humanidad bajo tristísimo aspecto, aun cuando en el fondo del sombrío cuadro se destacasen con más vigor las virtudes ó el heroísmo, de privilegiadas individualidades.

Entre los elementos de la magna evolución histórica y que han de

constituir el punto de partida, deben contarse las razas y sus antecedentes, la prodigiosa fecundidad del suelo, los variados climas, las ideas políticas y religiosas, el adelanto material é intelectual de conquistados y conquistadores, en el momento en que el nuevo continente aparecía ante los atónitos ojos del antiguo.

Formada la raza española por otras varias que sucesivamente invadieron en lejanas edades el suelo ibero, presenta sin embargo y casi exclusivamente los característicos rasgos de la goda y la árabe.

La raza americana, que en una gran parte tiene todos los distintivos de la mongólica, no es tampoco y cual á primera vista pudiera creerse, vástago de una sola familia y los recientes estudios la dividen en numerosas ramas, y aun con distinto origen, puesto que si algunos investigadores le dan el Asia por cuna, otros, fundados en especiales observaciones, las hacen descender de egipcios ó japoneses.

¿Cómo penetrar ese misterio? Sólo es indudable que emigraciones diversas poblaron el suelo americano ¿cuándo? ¿cómo? hé aquí el problema.

Si á demostrarlo no bastaran sus tradiciones, sin dar lugar á vacilación lo prueban palpablemente los colosales monolitos de Tiahuanaco y las ruinas de Sicasica en Bolivia, objeto de no lejanas investigaciones, así como las de Telimbela, en el Ecuador, completamente distintas y anteriores á las incasicas del lago Titicaca y de Silustani en el Perú, vestigios irrecusables de la existencia de pueblos y civilizaciones anteriores y superiores, á las que se encontraron en la risueña América, en la época de la conquista.

Cruzáronse en Méjico los Tlacaotecas y los aztecas, con otras distintas y variadas tribus, que anteriormente habían dominado en el país á pesar de que en su mayoría todas tienen entre sí muy marcados puntos de contacto.

Muy diverso tipo presentan en Colombia los turbacos y los indios del Darien, con los muisecas y tundamas; los pastusos y rayanos del Ecuador, con los quichuas que tomaron carta de naturaleza desde el reinado del infortunado Atahualpa.

No menos diferentes entre sí son los antiguos vasallos del Inca en Bolivia y los fieros aimaraes, ya cruzados con los araucanos, así como en Chile y en la Argentina, mezcláronse también esos indomables indios de la Araucanía, con otras familias menos belicosas.

Pero otro elemento nuevo, industrial en su origen, político-social más tarde, aumentó la confusión de razas y prestó algunos de sus especiales distintivos á los conquistados.

Introducidos los africanos en América, por la codicia europea, se propagaron esclavos; libres después por el espíritu del siglo, se confundieron con las masas y formaron—sobre todo en los países tropicales—no pequeña parte de éstas, adquiriendo como componentes de la democracia, participación en las contiendas pacíficas ó armadas y desempeñando aún en los gobiernos, papel no desairado.

Durante los primeros años de la conquista fué la tierra americana vastísimo campo de batalla; lo portentoso de los descubrimientos, prestaba gigantesco brío á los aventureros europeos, y asombro causa verlos internarse en países desconocidos, trepar por las cordilleras, escalar cerros inaccesibles y vadear anchos y caudalosos ríos.

Verdad es que las luchas de los invasores con los indígenas, aquel tesón y enérgica bravura de los unos y de los otros, la perpetua contienda con la virgen naturaleza, que vigorosa se oponía á la marcha de los conquistadores, aquel conjunto de grandeza y de miseria, de peligros y de esperanzas, estimulaba la fuerza de voluntad y el indomable empeño de los españoles. La ambición y sed de riquezas, la tenaz perseverancia, dieron cima á una empresa que en venideras edades aparecerá como fabulosa por lo arriesgada y grande, y aun hoy juzgamos determinados episodios, como fantásticos é inverosímiles.

Largo período fué el de la conquista: prolongada y sin tregua la lucha con los sencillos y valerosos hijos de la virgen América; turbulentas las contiendas y rivalidades entre los conquistadores. Transformado el Nuevo mundo en colonia, subyugados los indígenas y establecida la autoridad de los vireyes, vegetó por espacio de siglos, y aun cuando en diversas ocasiones intentara sacudir el yugo impuesto y recobrar su perdida libertad, no consiguió sino diezmar sus primitivos moradores, presenciando el terrible castigo impuesto á los que osados rechazaban los abusos y defendían los derechos de los infelices indios.

Recorriendo la historia, se encuentra en ella y en diferentes pueblos americanos el germen de independencia que de vez en cuando brotaba; en el principio sus manifestaciones no se encaminaban á lograr la emancipación, no, sino únicamente pretendían disminuir y hacer más ligero el dominio de los conquistadores.

Desde la revolución de los araucanos en el siglo XVI, la de Potosí, en el siglo XVII, las de 1742 en el Perú, 1749 en Venezuela, 1765 y 1766 en Méjico y en Quito, la del infortunado Tupac-Amaru en 1780 y la rebelión en Colombia, capitaneada por José Antonio Galán, la idea de libertad fué tomando carta de naturaleza y desarrollándose más y más en suelo americano, hasta que por esa natural é imprescindible ley que á la par que crea y forma las familias, las separa en tiempo sucesivo para que á su vez compongan otras nuevas, preparábase ya la independenciam de las colonias hispano-americanas y la invasión francesa en la península ibérica proporcionó momento oportuno.

¿Cómo y con qué elementos se llevó á cabo?

¿Cuáles fueron los detalles de aquel trascendental acontecimiento?

Con buen deseo é imparcial justicia, procuraré ser fiel narradora de los hechos en mi obra AMÉRICA Y SU HISTORIA, limitándome por ahora á señalar en este rápido bosquejo el camino emprendido y las anchas bases para el colosal edificio.

Aquella magna lucha, tuvo semejanza en la mayoría de las colonias, en donde padres é hijos combatieron con heroica porfía, regando con su sangre los fecundos campos americanos.

En no lejano día tendré oportunidad de extenderme en consideraciones relativas á ese combate de principios, en el que cada cual creía tener legítimo derecho.

Causas que no es posible analizar en esta rápida reseña, modificaron en el fondo las consecuencias de la consumada emancipación; las huellas del coloniaje, aquellos especiales elementos de la Edad media que los conquistadores transportaron y desarrollaron en el Nuevo continente; la lucha de ideas nuevas contra la tradición y el pasado, principios totalmente opuestos á los célebres *Derechos del hombre*, proclamados en la Asamblea francesa, que fueron el avanzado centinela del noventa y tres; las ambiciones, las teorías políticas, aprendidas en la historia de otros pueblos, pero cuyas especiales circunstancias no tenían mancomunidad alguna, dieron tal diversidad de matices á las nuevas naciones, que sin vacilar puede mirarse en ellos el principal motor en sus discordias y luchas civiles.

Aun cuando no completamente exento de rivalidades en la primera época de su independenciam, no fué el Brasil teatro de esos disturbios y odios de partido que buscan su triunfo en el campo de batalla, si bien

debió en gran parte tan ventajoso resultado á la prudencia de sus gobernantes, pues no contrariados los ánimos y reconocida sin efusión de sangre su separación de la Corona de Portugal por la Corte de Lisboa, continuó la marcha pacífica que había presidido en su colonización, diferente en todo de la de los países hispano-americanos.

Poco ó nada hizo Portugal por el Brasil-colonia, la que vegetaba en el oscurantismo y en la ignorancia; pero dedicada á la industria y al comercio, no tuvo que lamentar otros males, sino su impotencia y esclavitud.

Hoy, ese imperio que se levanta en la América republicana, dista mucho de la perfección y prosperidad que se le atribuye, no estando tampoco de acuerdo su forma de gobierno con el espíritu del siglo ni con las aspiraciones populares.

Las ideas democráticas adquieren de día en día inevitable influencia, y sólo la sabiduría del monarca brasileño alcanzará á contener durante su vida la conversión de aquellas vastas regiones en dos ó más repúblicas, ó tal vez, en poderosa confederación de Estados democráticamente gobernados.

Posterior á las conquistas del Perú y de Méjico, fué la invasión española en la tierra de los araucanos, no encontrando entre aquellos valerosos y enérgicos indios la acogida humilde, ni la facilidad para el triunfo, que en la mayoría de los hijos del Nuevo mundo.

Celoso guardador el araucano, de aquel suelo que lo vió nacer y en donde reposaban sus mayores, peleó con heroico tesón contra los que amenazaban arrebatárselo, y ya vencido ó vencedor, volvía con inquebrantable constancia á reorganizar sus huestes para la lucha sin tregua, hasta el día en que posesionados los españoles de una parte del territorio chileno, entablaron negociaciones de paz con aquellos terribles enemigos, los que á pesar de los tratados, invadían de vez en cuando la colonia y renovaban la sangrienta pelea.

Esa raza es aún hoy, y de generación en generación, tan osada como inconquistable.

Sonó la hora en que la patria de José Miguel Carrera, pudiera llamarse también pueblo libre y después de sacrificios inmensos, de supremos esfuerzos, consolidó su régimen administrativo y proclamó la república.

Pero de la misma guerra de la independencia surgieron los disturbios

de que fué teatro Chile, durante más de quince años, y los enconos y ambiciones de los partidos en un país nuevamente constituido, tuvieron desastrosos resultados.

Triunfante el espíritu de orden y de progreso, más tarde buscó el pueblo chileno su crédito y su preponderancia en el trabajo, en el respeto á las leyes, en la paz, conquistando palmo á palmo la consideración de las naciones y adquiriendo ese vigor que le ha conducido á la victoria.

He citado á Chile á continuación del Brasil, porque la topografía y la índole de la población, han sido elementos tan benéficos como los que ayudaron en su organización al imperio de origen portugués.

Causas semejantes á las que han influido en el desarrollo de Chile, sobre todo refiriéndonos más particularmente al clima y producciones, influyeron en el creciente prestigio de la República Argentina, elevada al rango de nación por la inteligencia y condiciones militares de Belgrano, San Martín y Güemes.

Acontecimientos especiales y que obtendrán detenido examen, paralizaron material y moralmente su progreso por espacio de algún tiempo, contrarestando los esfuerzos de patriotas tan abnegados como Rivadavia y San Martín.

El caudillaje, el gaucho nómada, ese tipo tan original como indómito, rey de las pampas argentinas, el dominio que Buenos Aires anhelaba ejercer sobre las demás provincias; la singularísima vida de la *pampa*, los bandos federales y unitarios, fueron otros tantos gérmenes de anarquía en aquella tan feraz como vastísima región, víctima del maniático y déspota Rosas, que tan sombría y general celebridad alcanzó.

Vencido en Monte Caseros por el elemento civilizador personificado en Mitre, Sarmiento y el Dr. Vélez Sarfield, ayudados en tan supremos momentos por el federal general Urquiza, se inició el sistema constitucional, sin que por eso se consolidaran la paz y el orden; la guerra civil siguió ejerciendo su alevoso influjo, pero sobreponiéndose el espíritu de civilización y de industria, llevó numerosa emigración, base hoy de la importancia comercial argentina y de su riqueza material.

Brasileños y argentinos, ingleses y portugueses, han hecho juguete de su política y de sus intereses á esa pintoresca República Oriental del Uruguay, última trinchera de los españoles en el Plata y tal vez por su situación geográfica, parte integrante en no lejana época, de las repúblicas que según autorizadas opiniones deben surgir, del Mediodía del

Brasil, por más que estudiando su política, su historia y sus costumbres, pudiera creerse más acertado y lógico, volviese á ser complemento de la reina del Plata.

La historia de los pueblos nos demuestra que en su marcha y en su porvenir, ejerce el carácter de sus hijos saludable ó perniciosa influencia.

Sumisos, bondadosos, fáciles de gobernar los indios del Paraguay, esos *guaranis* tan diferentes por su índole de los *gauchos* argentinos obtuvieron la preferencia de los españoles en la primera época de la conquista, pero volvieron á su aislamiento y quedaron abandonados á su propia suerte, cuando los invasores europeos encontraron camino más ventajoso y fácil para el Perú.

Sin combate, sin esfuerzos, afianzó el Paraguay su independencia y vegetó durante veinticinco años bajo la tenebrosa dictadura del doctor Francia, verdadero rey absoluto de los ignorantes y sencillos paraguayos, quienes sometidos á las misiones y sin dar un paso en la senda de la civilización, hubiérase creído eran incapaces de desplegar el vigor y el heroísmo, que ostentaron más tarde en la titánica lucha con sus tres vecinos y enemigos y en la cual tan valerosamente sucumbió el propio hijo del Presidente López, héroe ya cuando apenas contaba catorce años.

Nación de tal arrojo, fuera digna de mejor suerte que la de formar un *todo* con la gran República brasileña, como lo indican su situación y condiciones y la marcha de los acontecimientos.

Según el parecer de algunos sabios, entre éstos el notable geólogo francés D. Carlos Manó, ha sido Bolivia cuna de esa civilización andina anterior á los incas, la que desde las orillas del lago Titicaca, maravilla de la naturaleza, se extendió por el Perú, recorrió el Ecuador, átravesó Colombia, grabó su huella en la América Central, y afianzándose en suelo mejicano, alcanzó allí perfecto desarrollo, legando á otras edades interesantes vestigios, en cuyo número podrían contarse los existentes, en la región ecuatoriana y colombiana, y los tan importantes del Palenque.

Singular semejanza la de esas antigüedades, con las que en grabados admiramos del Egipto y Siria.

Se advierte en las esculturas egipcias mayor perfección, detalles más correctos, superior delicadeza en los rasgos, que en aquellas encontradas en el imperio de los incas, en la América Central y en Méjico, pero sin embargo, unas y otras acusan un mismo origen.

En la república Argentina, en el Chaco fortín de Samaipata, existe esculpido de relieve en la roca un disco curiosísimo, en el centro del cual hay una figura felina tigre ó jaguar, en un todo semejante á esas primitivas y toscas esculturas de las ciudades asirias y también á las de la India inglesa, reproducidas en grabados.

Cerca de Charqui, en los límites del Ecuador y Colombia, existen notables vestigios que hacen pensar más aun en esa comunidad de origen el que en Bolivia, en el Perú y en el Centro América, se manifiesta en cada piedra, en cada monolito, en todos los colosales restos de la antigüedad.

En la historia general de América nos permitiremos expresar nuestra opinión, y con mayor espacio, hacer algunas descripciones y desarrollar las ideas que han surgido en nuestra mente, á la vista, de estos prodigiosos restos de un pasado que se pierde en la noche de los siglos.

Encerrado el que se llamó Alto Perú entre la Argentina y Bajo Perú, disputado alternativamente en la época del coloniaje por los Gobiernos de Buenos Aires y Lima, objeto de ambiciones y discordias, llegó á ser nación con el nombre de Bolivia.

La batalla de Ayacucho fué su cuna; al coloso de la independencia americana, al libertador Bolívar y al heroico mariscal Sucre, debió su autonomía.

Dos poderosas rivalidades, á semejanza de la República Oriental del Uruguay, fueron sólidos cimientos sobre los cuales se apoyó la naciente nacionalidad.

Caudillos ambiciosos y osados anarquizaron ese pueblo, compuesto en su mayor número de indígenas, y el deseo de escalar la suprema magistratura, dió lugar á sangrientas revoluciones que arrollaron y destruyeron cuanto á su objeto se oponía, y las cuales se contienen sólo ante el verdadero patriotismo y cordura de los partidos.

Consecuencia funesta de esa relajación política fueron los asesinatos del general Belzú, de su yerno el general Córdoba, de Melgarejo¹ y del general Morales.

Mal trazada la área de Bolivia, desfavorable en extremo su condición etnológica, no podría adivinarse su porvenir: ¿se transformará por anecciones voluntarias ó forzosas? ¿Sus valiosas minas y producciones agrícolas enriquecerán á otros pueblos? ¿Arrastrará lánguida existencia ó se

¹ Asesinado en Lima por un tal Sanchez.

verá engrandecida por interés político de chilenos, brasileños ó argentinos?

Nebuloso el horizonte nada deja traslucir de la evolución política material y social que se efectuara en esa región que tanta riqueza encierra en su fecundo seno.

No más despejada se presenta la atmósfera en el grandioso imperio de Atahualpa; en ese Perú, foco de las ambiciones en la conquista, cuya celebridad fué universal, por lo fabuloso de sus tesoros, á la vez que por las contiendas sangrientas que desde el coloniaje se han sucedido sin interrupción hasta nuestros días.

Antagonismo y altiva ambición entre los conquistadores; rencillas y desunión entre los jefes de la independencia argentinos, chilenos y colombianos que sellaron la libertad en decisivos combates en el territorio de los incas; la variedad de razas, los diferentes caracteres, han sido la base disolvente para los sanos principios de moral, orden y legalidad, que constituyen el crédito y supremacía de las naciones.

El militarismo se sobrepuso á la administración civil y repetidos motines completaron el desorden y la anarquía.

Desde 1834 hasta 1836 el Presidente Orbegoso y el general Gamarra estuvieron en perpetua lucha, uniéndose el último con el intrépido general Salaverry, su rival político, para combatir ambos al general Santa Cruz, Presidente de Bolivia, quien había invadido el territorio peruano de acuerdo con Orbegoso, y autorizado por la Asamblea para intervenir y hacer cesar la guerra civil.

El esforzado Salaverry, intentó oponerse á la invasión boliviana y al proyecto de confederación iniciado por Santa Cruz, desplegando un valor prodigioso, energía incansable y rara habilidad, pero vencido en Socabaya, hecho prisionero y presentado á Santa Cruz, fué condenado á muerte y fusilado.

En octubre de 1836 se decretó la confederación Perú-boliviana, pero la nueva organización de ambas repúblicas no podía obtener ni prestigio, ni la aprobación de Chile y de la República Argentina.

Ambos países rompieron las hostilidades.

Santa Cruz, protector de la confederación, era un peligro para el porvenir.

El ejército boliviano, victorioso en varios encuentros, fué derrotado por los chilenos en enero de 1839, en la batalla de Yungay, y disuelta la

confederación, continuó el Perú en aquel oleaje de eterno desasosiego y de ideas encontradas.

General terror é indignación causó el levantamiento de los hermanos Gutiérrez, el asesinato del general Balta, Presidente de la República y las escenas sangrientas que fueron tumba de aquellos insensatos, siendo precisa toda la habilidad de D. Manuel Pardo para calmar los ánimos y devolver al país consoladora calma.

Al cáncer del caudillaje endémico en todas las repúblicas hispano-americanas, se agregó en el Perú otra plaga mayor aun, factor principal tal vez de la sombría actualidad y que tuvo la singular virtud de invertir el orden de la Hacienda pública.

La riqueza natural de aquel fértil suelo que parecía inagotable y llenaba mágicamente las arcas del Tesoro, creó de éste colosales fortunas individuales, en lugar de que las contribuciones particulares, por igual y económicamente distribuídas, cubrieran las necesidades del fisco; el resultado de tal régimen fué la molicie, la imprevisión, la bancarrota y toda clase de desastres.

¡Ojalá el generoso pueblo peruano adquiriera en la escuela de la desgracia, mayor cautela para lo futuro y le sirva de lección cuanto ha sufrido, como á la Francia, le sirvió su guerra con Prusia y sus derrotas.

Entre las repúblicas Sud-americanas, existe una, que fué llamada en un tiempo á formar una gran nación tal y como la soñaba el libertador Bolívar.

Colombia, creación colosal de aquel genio, entidad militar más que política, murió con el héroe; los celos y disensiones destruyeron aquella notable república modelo.

Acaso el Ecuador, una de sus secciones pertenezca geográficamente á la constelación meridional; pero la antigua Nueva Granada, hoy Estados Unidos de Colombia, está de tal manera ligada por la naturaleza con sus vecinos los Estados Unidos de Venezuela, que parecen creados para formar una sola nación.

Venezuela y el Ecuador, aun cuando bajo diversas condiciones, han estado sometidos á Gobiernos personales, no así Colombia, la cual hasta por sus elementos especiales, inauguró un régimen legal, al corto tiempo de afianzada su independencía, que prevalece y tiende á consolidarse á pesar de que, en determinadas circunstancias, lo hayan falseado los revoltosos, las ambiciones y el odio de los partidos.

Tomados de la escuela socialista francesa, campean allí los principios de política teórica, mezclados hoy con las doctrinas de la escuela inglesa y cuya base es el sistema parlamentario, cimentado sobre el sufragio libre.

El pensamiento de un joven estudioso propuesto á varios amigos, fué la primera piedra del edificio federal.¹

Se trataba de erigir en Estado el territorio panameño y elevado á proyecto y presentado á las Cámaras en 1852, obtuvo definitiva aprobación en 1855: el ejemplo del Istmo fué seguido por otras provincias y la reforma en sentido federativo, se llevó á cabo.

Prolijo sería entrar ahora en detalles de la revolución posterior á la federación y no fácil de agruparlos en los límites de esta reseña, pero sí diremos que sembró el desorden y encendió la tea de la discordia en el hermoso suelo colombiano: aun hoy se sufren las funestas consecuencias y se podría creer que sus actuales instituciones requieren una reforma fundamental, adecuada á sus circunstancias y que se granjee la general consideración de los partidos.

Poblado el Ecuador como Bolivia, por aborígenes descendientes de diversas familias, cuéntanse entre éstas los belicosos é indomables *giva-ros*, fuertes en la guerra y enemigos de todo dominio: su tipo no carece de belleza y altivez; en las tribus que habitan las orillas del Napo y del Pastasa, apenas se conoce el idioma de los conquistadores; pues aunque sometidos durante algún tiempo, sacudieron en breve el yugo, y han hecho inútiles las tentativas posteriores.

La gran mayoría de indios sumisos, han sido y son con frecuencia escabel para los ambiciosos que no confían sus esperanzas de mando á elección constitucional, ó en quienes la impaciencia del poder se sobrepone al patriotismo y al amor, al orden y á la paz.

Casi al propio tiempo que la mayoría de los pueblos americanos, impulsada por idénticas causas y anhelando los derechos de un pueblo libre, se declaró Quito en abierta rebelión contra la península, proclamándose independiente y formando un *todo* con la República de Colombia, hasta que, disuelta aquella, se constituyó por sí solo y bajo régimen republicano.

Desgraciadamente al dar los primeros pasos, no pudo contar con hombres, como Santander, en la Nueva Granada, ni cual Páez, Súblette

¹ D. Justo Arosemena, hoy decano de los diplomáticos colombianos y escritor distinguido.

y otros, cuyas elevadas condiciones para el mando fueron una garantía en las nacientes Repúblicas.

El congreso constituyente de 1872, formó el código fundamental y proclamó presidente al general Juan José Flores, jefe militar á la sazón del departamento de Quito, y que apoyado por la constitución y en la fuerza militar, ejerció un mando absoluto.

La célebre batalla de *Miñarica*, propicia para Flores, fué sin embargo el pedestal para que Rocafuerte llegara á la suprema magistratura, pero en 1839 volvió á pesar el caudillo militar en la balanza hasta 1845.

Desde esa época continuó el Ecuador su marcha entre sediciones y trastornos, hasta que subió al poder el general D. José María Urbina, como jefe supremo y caudillo de la insurrección militar que derrocó la elección hecha en Noboa.

Algunas reformas y sobre todo el benéfico decreto para la emancipación de los esclavos y el impulso dado á la instrucción pública, fueron los principales actos de su Gobierno, debiéndole el Ecuador los primeros pasos en la senda del progreso.

Nuevas luchas y nuevas ambiciones renovaron odios extinguidos, y la anarquía volvió á enseñorearse con mayor fuerza, hasta que por segunda vez, otro levantamiento militar elevó hasta el solio presidencial á García Moreno, el Felipe II del Ecuador.

Después de un prolongado mando, imposible de reseñar en tan reducido cuadro, murió aquel mandatario, asesinado por el colombiano Rayo.

Entronizadas las ideas del siglo XIX en la comercial Guayaquil, llave de la riqueza ecuatoriana, se extendieron rápidamente por el interior, adquiriendo los principios liberales singular prestigio, á pesar de añejas preocupaciones.

Generalmente, la forma política de los pueblos está en relación con sus costumbres sociales, siendo doblemente difícil transformar aquélla interin éstos no abandonen el antiguo rumbo.

El Ecuador, ha fluctuado posteriormente entre su pasado y su presente: entre la teocracia y la libertad del pensamiento: en ese choque naufragan á veces innovaciones útiles, impidiendo la consolidación de principios más en armonía con el espíritu del siglo.

Distintas causas que en el antiguo reino de Quito, han militarizado á Venezuela, sujetándola á Gobiernos personales, si bien calificados como civiles.

Las guerreras inclinaciones de los tiempos heroicos, la enfermedad ó manía de los combates, anularon los primeros años de paz y garantías iniciadas por la superior grandeza de alma de Bolívar, cuando, la primera en sus aspiraciones de independencia, rompió Venezuela los lazos que la unían con la madre patria.

Una serie de motines, revoluciones y luchas electorales, dieron sér al partido liberal, creado por la superior inteligencia de D. Antonio Leocadio Guzmán, para hacer frente al oligarca, que por aquel entonces ocupaba el poder.

Siguió Venezuela en su intranquilidad política en la permanente desconfianza y malestar, haciendo ensayos y valerosos esfuerzos para alcanzar la prosperidad y el orden á la sombra constitucional.

Prolongado fué el combate.

Enérgica la lucha.

Glorioso el triunfo.

La federación se planteó como definitivo régimen político.

La industria y el comercio han adquirido desde hace algunos años verdadero desarrollo, afluyendo la emigración al suelo venezolano, muy especialmente, durante la presidencia del general Guzmán Blanco.

Alemanes, italianos y españoles, son otros tantos elementos nuevos para empresas de todas clases, para los trabajos agrícolas y creación de intereses particulares, los que constituyen una garantía y un apoyo para la civilización y el crédito nacional.

Pródiga la naturaleza, dotó á Venezuela con un clima suave y deleitoso, con ricas y abundantes producciones, con esplendorosa y lozana vegetación, añadiéndose la facilidad de comunicaciones con Europa, y por ahora la seguridad individual.

En extremo curioso es para el viajero el territorio dividido hoy en cinco repúblicas que un día, al independizarse de España, formaron una sola.

Esa región que encontraron los invasores habitada por numerosas tribus, con civilización é historia, que encerraba notables restos de otros tiempos y de otras razas, esa fecunda tierra, que para el anticuario y el historiador se presenta bajo tan interesante aspecto, ha adolecido también de idénticos males y ha sufrido las mismas consecuencias que se derivan de las guerras civiles, de las cuales en vano intentó salvarla el desgraciado cuanto intrépido general Morazan.

Disuelto el pacto federal por el general Carrera en 1847, Guatemala, el Salvador, Nicaragua, Costa Rica y Honduras, combatidas por partidos, vacilantes en su política, dominadas por el espíritu de rebelión que ha pesado y pesa sobre la mayoría de las antiguas colonias, iniciaron tras infecundas y asoladoras contiendas, una era de progreso y de relativo bienestar con horizontes risueños y despejados, que presagiaban risueño porvenir.

Tan despejado cielo volvió á empañarse, y nuevos conflictos pusieron frente á frente á las cinco repúblicas hermanas.

Un decreto del Presidente de Guatemala, general Barrios, declarando la unión centro-americana, fué origen de temores y de abierta hostilidad por parte del Salvador, Nicaragua y Costa Rica.

Iniciada la guerra, tuvo ésta una solución tan rápida como inesperada.

Una bala resolvió el problema, y al cortar la vida del general Barrios, devolvió la paz á los pueblos centro-americanos.

Sin embargo, esas cinco repúblicas nunca alcanzarán completo desarrollo, ni preponderancia, ínterin no formen un *todo* bajo régimen federativo.

La aspiración es general; para llevarla á cabo sólo se necesita patriotismo y abnegación.

Feliz y civilizado, poderoso y sometido á leyes tan hábiles como respetadas, engalanado con el lujo de la creación, extenso, feraz y embellecido con suave y delicioso clima, apareció el imperio de Moctezuma ante Hernán Cortés y sus castellanos: hermosas poblaciones, bien acondicionadas casas, caminos, puentes, floreciente agricultura é inmensas riquezas, aumentaron el asombro de los audaces invasores, que en nombre de su Dios y de su Rey, arrebatában su independencia, imponían su religión y costumbres, á pueblos aterrados por lo desconocido y vencidos por la osadía, la temeridad y el valor.

Una de las figuras que más resaltan en esa historia de la conquista, que á no ser de tan pocos siglos, nos parecería inverosímil por lo rápida y audáz, es la de aquel hombre extraordinario que sometió el imperio mejicano á la Corona de España.

Hernán Cortés peleó, sufrió, triunfó y puso á los pies de Carlos V joya de tanto precio y valía; pero ¡triste privilegio de los grandes genios! ¡murió pobre, oscuro y olvidado!

Importante colonia fué la Nueva España; vastísima extensión del continente americano, poblada en gran parte por la raza india, por africanos, europeos y mestizos, cuando desprendida de la península ibérica y organizada su regencia, se proclamó emperador el mal aconsejado Iturbide.

D. Antonio López de Santa Ana, entonces, y el esclarecido patricio D. Benito Juárez años después, redimieron á su patria salvando los principios republicanos.

El pueblo de Padilla y Querétaro, el infortunado Maximiliano, víctima de la política rastrera de Napoleón III y anteriormente Iturbide, señalan dos épocas notables: son la personificación del combate entre las ideas democráticas y autocráticas: el sufragio libre, ante el dominio que se impone y esclaviza.

Muerto Juárez, legando á la posteridad una vida tan esclarecida como pura, las rivalidades entre los aspirantes al mando promovieron nuevos conflictos, dando triste espectáculo á las demás naciones y sembrando la ruina y el desaliento en el suelo azteca.

Esta desastrosa situación tuvo al fin, deseado término, y durante la presidencia del valeroso general D. Porfirio Díaz, ¹ se cimentó el orden bajo régimen estrictamente legal, se llevaron á terreno práctico mejoras materiales y de ventajosa trascendencia, cobrando la república nueva vida y movimiento.

La intervención de capitales extranjeros, es también poderoso auxiliar en las nacientes empresas y en el bienestar de las masas populares, proporcionando al propio tiempo medios honrosos de subsistencia á los revoltosos por codicia y anhelo de medrar.

El pueblo inteligente y laborioso es el que, reducido á la impotencia con las revoluciones, mira la nueva faz y se regocija con la idea de que no vuelvan á penetrar en su hogar la miseria, la desesperación y el luto, compañeros inseparables de los motines y de la intranquilidad pública.

No por menos rica y extensa, tuvo escasa importancia, la antigua Española ó Isla de Santo Domingo, primera colonia de los españoles en tierra americana y punto de partida, para la colonización del Nuevo mundo.

¹ Presidente por segunda vez, en la época en que estas páginas se dan al público

Descubiertos el Perú y Méjico, perdió entonces su primitiva importancia, y su suerte ha sido tan caprichosa como interesante.

Anexionada la parte española, unas veces á los haitianos, otras á los franceses, separada de España no voluntariamente, sino por el tratado de Basilea; invadida por el célebre Toussaint Louverture, una vez más colonia francesa; más tarde recuperada para España por el arrojado Sánchez Ramírez en la batalla de Palo Hincado, después fué independiente y juguete de los unos y de los otros, languideciendo en la nulidad y en la ignorancia, hasta que el héroe de las Carreras, D. Pedro Santana, librándola del dominio haitiano consolidó su autonomía, rechazando á sus pertinaces vecinos y enemigos.

Electo Presidente el general Baez, ocupó el poder hasta 1853 y segunda vez aún cuando por corto tiempo, en 1857.

De nuevo en 1859 y 60 se renovaron las gestiones hechas anteriormente para la reincorporación de Santo Domingo á España, activamente impulsadas en Madrid por el general D. Felipe Alfau, plenipotenciario del Presidente Santana y hermano del Vicepresidente general Antonio Alfau y á quien se atribuía ser el iniciador de la idea.

Este acontecimiento se ha prestado á muy diversos comentarios y á rumores poco favorables, siendo conocido de cortísimo número de personas el verdadero móvil que guió á los iniciadores, cuyos detalles imparcialmente relatados, reservamos para el libro AMÉRICA Y SU HISTORIA.

La experiencia demostró, tras corto plazo, había sido la anexión un gran error político, del que dos años después se arrepentía España, abandonando *casi sin combatir* aquel territorio minado por la revolución, no sin haber perdido cuantiosas sumas y gran número de hombres.

Fácil será en tiempo oportuno poner de relieve las causas del levantamiento, los abusos cometidos por los mismos á quienes el Gobierno español enviara de la Península, encomendándoles el buen éxito de la anexión; y el porqué de la marcha que siguieron.

La historia es juez severo é imparcial y no está sujeta á pasiones de partido, ni dominada por ciego amor nacional.

Sucesivas revoluciones, rivalidades y ambiciones han alterado la paz en Santo Domingo, pero por ley ineludible del progreso, ha salido del estado de atraso y de abatimiento en que yacía.

El comercio, la industria, la instrucción pública y mejoras materia-

les prestan hoy risueño aspecto á la República dominicana, presagiando próspero porvenir.

¿Estará ligado con el de Cuba y Puerto Rico?

Esas dos colonias, las únicas que aun conserva España de todo su poderío en América, han sido á su vez foco de intereses encontrados, particularmente la primera, que de largo tiempo viene combatiendo por su independencia, aun cuando en mucho haya variado el sistema colonial que hoy rige en las Antillas, de aquel establecido en las demás colonias americanas, más bien por los mandatarios, que por las leyes españolas muchas de ellas sabias protectoras y benévolas, pero contrarias á los intereses de los ambiciosos quienes, á su antojo las transformaban con notable mengua para la madre patria; con fatales consecuencias para las colonias.

Ese combate de las ideas, esa lucha propia de otros tiempos en que no existía otro derecho que el de la fuerza, ha costado ya mucha sangre y la pérdida de grandes intereses.

La sagacidad de Inglaterra adivinó que no era dable luchar contra principios que de día en día adquirieron mayor solidez y que estaban de acuerdo con la marcha de los siglos: dió un gran paso político reconociendo la independencia del Norte América, no ocultándose á su penetración que el triunfo de su colonia era seguro.

Ese coloso fué posterior en su organización colonial á los países conquistados por los españoles.

En los primeros años del siglo xvii se establecieron los ingleses en Virginia y Plimouth (Nueva Inglaterra), poblada la primera por aventureros turbulentos y la segunda por emigrados religiosos y políticos.

Tal diferencia entre sus colonos, grabó indudablemente en ambas regiones sus especiales rasgos característicos y cuando al independizarse en 1776 fueron sometidas á un sólo Gobierno federativo las trece colonias de que constaban, conservaron las condiciones especiales de su origen, por lo cual prevaleció en el Sur la esclavitud doméstica, y en el Norte el espíritu de libertad social y política.

Proclamado el principio de soberanía de los Estados federales, se complicó la situación por la anterior disidencia entre las dos grandes secciones que componen los Estados Unidos de América, dando por resultado aquella formidable guerra que terminó en 1865 y que fué asombro de Europa y tumba de Lincoln.

Esa prodigiosa república cuenta hoy cincuenta millones de habitantes, en los que el espíritu emprendedor forma su principal elemento de prosperidad industrial.

Su actividad, el amor al trabajo y la energía, son el cimiento de su preponderancia y riqueza. ¿Su propia vastísima extensión, la diversidad de intereses, consecuencia lógica del notable desarrollo, podrían alterar más tarde la paz de que disfruta?

Misterio del porvenir, tanto más difícil de penetrar, si su progreso guarda proporción en los tiempos venideros con el que ha tenido desde que Washington, su inmortal fundador, y los nobles patriotas Franklin, Jefferson y Madison transformaron á una pobre colonia de tres millones de habitantes, en la potente nación que inspira respeto universal.

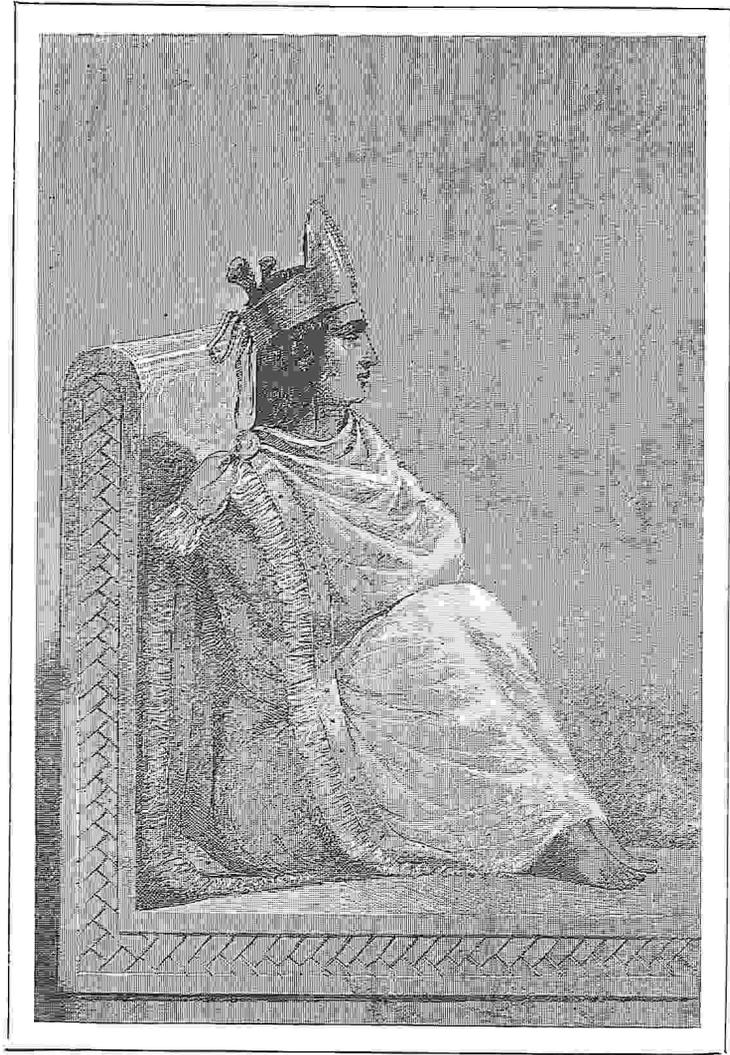
No de escasa importancia política y comercial, es la colonia federativa. El Dominio, sometido *pro-formula* á la Gran Bretaña y formado en parte, por la antigua colonia francesa, el Canadá.

Ancho espacio tendría para dar cabida á varias de las naciones europeas, y su diversidad de razas, su riqueza y tal vez espíritu de rivalidad, la mantienen en dependencia nominal, en vez de incorporarse á sus poderosos vecinos.

No sería aventurado pensar, vista la progresiva preponderancia de esa colonia, que andando el tiempo formase una confederación destinada á equilibrar en el mundo americano y ayudada por las repúblicas al Sur de Panamá, la gigantesca influencia de los Estados Unidos de América.

Tal vez los acontecimientos respondan á vaticinios presuntuosos; entre tanto, discúlpese el atrevimiento de la historiadora, quien en esta reseña histórica y en los perfiles biográficos de «Americanos Célebres,» no ha sido guiada por interesada adulación, sinó por dos elevados sentimientos.

Entusiasta admiración por América; eterna gratitud hacia sus hijos.



CUAUHTEMOTZIN

AMERICANOS CÉLEBRES

CUAUHTEMOTZIN

I



En los sorprendentes descubrimientos y conquistas de América, descuellan por su poderío, riqueza y civilización, el imperio de los *aztecas* en Méjico y el de los *incas* en el Perú.

Ambas gigantescas nacionalidades sufrieron igual suerte y fueron sometidas á la entonces potente nación española, por dos hombres audaces, valerosos y obstinados.

Cayó el Perú casi instantáneamente en poder del conquistador Francisco Pizarro y de su cortísimo número de soldados, por medio de la atrevida captura de su monarca, que facilitó riquezas inmensas en cortísimo espacio de tiempo y libre campo para conseguir también tras breve plazo la deseada posesión del territorio.

En Méjico, el pusilánime Moctezuma aunque sabio político y hombre astuto y muy reverenciado por los suyos, no opuso resistencia al conquistador Hernando Cortés y á los arrojados caudillos que á la conquista contribuyeron; pero no fué ésta muy fácil ni decisiva cuando por la muerte del soberano de Anáhuac, tomó el noble Cuauhtemoc ó Cuauhtemotzin la defensa del imperio *azteca* y opuso á las antiguas predicciones y á la táctica europea, al terror que inspiraban las armas desconocidas, los caballos, y el denodado esfuerzo de los españoles, su inquebrantable

voluntad, su valor, su amor patrio, haciéndose inmortal en el sitio de Tenochtitlán.

Era Cuauhtemoc hijo de Ahuitzolt, primo de los dos últimos monarcas y casado con una hermosa hija del emperador Moctezuma. Dicen las crónicas que contaba por aquel entonces 25 años y que su presencia era arrogante y varonil.

Ascendido al trono en circunstancias tan críticas y teniendo en perspectiva la prisión ó el suplicio, se consagró exclusivamente á la destrucción de los invasores y á dejar libre su patria del yugo extranjero, no abrigando ni por un momento vacilación ni desaliento.

Preparó la capital para la defensa; hizo fabricar armas *entre ellas unas lanzas largas destinadas contra la caballería, armadas con los puñales y las espadas que había tomado á los castellanos*; aumentó y mejoró las fortificaciones sin descansar ni de día ni de noche.¹

Los preparativos hechos por Cortés para rendir á la ciudad eran formidables; anhelaba tomar venganza de aquel funesto desastre de la noche triste y de su salida de Méjico y estaba decidido á llevar todo á *sangre y fuego* hasta ser dueño de la corte azteca.

Más de 150,000 hombres² componían su ejército, con las tribus auxiliares indígenas, tribus que siempre le fueron fieles entre éstas, los tlaxcatecas, texcocanos, xochimilcos y otros.

Las naciones de Anáhuac, como demostraremos en la historia general de América, sufrían con mal reprimida violencia el yugo azteca y eran rivales entre sí; esta división sirvió á Cortés, para que en ellas encontrase poderoso auxilio, y que todas contribuyeran á la destrucción del imperio mejicano, del que en su mayoría eran tributarias, por la fuerza y el terror, pero que aborrecían al tirano y esperaban con afán la ocasión de vengar las vejaciones sufridas. Tal fué el arma principal para Cortés.

Cuauhtemoc quería oponer fuerza á la fuerza y con singular energía, actividad y heroico tesón, fortificó calles y plazas, encerró víveres en la ciudad, y abandonado por los que debían á su vez rechazar al conquistador, se entregó con los fieles tenochca á la defensa y á vencer ó á morir, habiendo sido y siendo un ejemplo admirable de temerario arrojo digno de haber triunfado.

¹ Bernal Díaz del Castillo.

² Ixtlilxochitl y otros historiadores dicen de 110 á 150 mil.

Cortés tenía el mando de la flota, de aquellos 13 bergantines contruidos en tierra firme y conducidos hasta Texcoco para navegar en las aguas del lago; es uno de los pensamientos más grandiosos de Cortés y ; extraño suceso! los propios indios ayudaron á la construcción, es decir, dieron armas contra sí mismos, sin comprender que su apoyo era la ruina para su patria y para sus hogares.

Asombra é inspira respeto y entusiasta admiración, la actitud de Cuauhtemoc; no le arredraban aquellos españoles cubiertos de acero ni las armas destructoras, ni lo numeroso de aquel ejército, ni tampoco se desalentó cuando la ciudad estaba cercada por todas partes, ni perdonó medio para sostener el sitio. Aquellos infelices indios medio desnudos, sin víveres, sin esperanza de auxilio, rechazaron varias veces proposiciones de paz y juraron morir antes que entregarse.

Los habitantes acechaban los bergantines y desde las casas los arrojaban cuanto á su alcance estaba: que en su pecho ardía puro el fuego del patriotismo.

El ejército sitiador vivía en continua alarma, pues ni de noche ni de día estaba libre de sorpresas y ataques de los sitiados, y estos en la obscuridad recibían frugales víveres que para su sustento necesitaban, tales como *tortillas*, ¹ *tuna*, *capulines*, y otros frutos.

El conquistador Cortés dispuso un ataque general el domingo 9 de junio de 1521, y Cuauhtemoc en ese día se cubrió de gloria; las calles estaban sembradas de cadáveres, pero los aztecas no cejaron en la defensa y se batieron como leones. Al llegar Cortés á la plaza principal, aquellos soldados, los primeros que defendieron la causa de la independencia americana, refugiados en un *teocalli* y arrojados de él por los vencedores, se rehicieron y los atacaron enérgicamente volviendo á tomar el templo (*teocalli*), y arrollando á los enemigos les hicieron abandonar la plaza apoderándose del cañón que momentos antes barría sus filas. Los españoles retrocedieron por la calle que les había dado entrada, y si bien los *tenochca* eran vencedores, la pelea aun no estaba terminada en aquel día.

¹ Tortas de maíz; *tuna* (higos chumbos); *capulines*, especie de cerezas.

II

Dos jinetes penetraron en la plaza: al verlos, los méxica retrocedieron pensando que toda la caballería caía sobre ellos; los de Cortés, que habían sido arrollados volvieron, y el terreno perdido fué recobrado. En la gran pirámide del *teocalli* se parapetaron diez ó doce sacerdotes, se defendieron con desnudo, pero los españoles y tlaxcaltecas, se lanzaron por las gradas y fueron pasando á cuchillo á los bravos tenochca que tuvieron que abandonar la plaza.

La batalla duró todo el día, y ya en la tarde, invadieron los canales multitud de canoas llenas de combatientes; eran los esforzados batallones de los cuacuachicti; saltan en tierra y apoyados por los que se batían cargan sobre los de Cortés y éste ordena la retirada perseguido por los defensores de la ciudad que de nuevo en las azoteas, disparaban sobre los españoles flechas, piedras y saetas.

Los asaltos se repitieron en los días sucesivos, y Cortés, tan bravo en la pelea como hábil, se ocupó en rellenar los fosos, en cegar los canales de aquella Venecia americana, y viendo que los sitiados no cedían y que Cuauhtemoc no desmayaba, determinó destruir la capital, y el fuego y la ruina empezaron desde aquel momento. El primer paso para el asedio de la ciudad se había dado en el bello lago de *Texcoco*. En medio de las aguas se destacaba un alto y escarpado cerro llamado antes del Marqués y hoy *peñón viejo*. La cima estaba cubierta de indios dispuestos á defenderse, y como Cortés mandando los bergantines había fondeado muy cerca de aquel sitio, cayó sobre él una lluvia de flechas: comprendiendo el conquistador que para surcar el lago sería continua la batalla con los indígenas parapetados en el peñón, desembarcó con 150 españoles, y escalando la fragosa pendiente se apoderó de la plataforma y pasó á cuchillo á sus enemigos.

Al socorro del peñón acudieron 500 *acalli*; ¹ pero Cortés al distinguir á los enemigos se reembarcó apresuradamente y aguardó á la flotilla, derrotándola poco después y encontrando los heroicos indios hondo sepulcro en el lecho del lago.

¹ Piraguas.

III

Este primer encuentro, había ya dado á Cortés la medida del valor de los indios que esforzados patriotas estaban decididos á una lucha desesperada. El noble defensor del patrio suelo, el indomable soberano azteca estaba decidido á morir, puesto que la victoria no coronaría sus esfuerzos: que en las filas contrarias peleaban, no en contra suya sino en contra de aquella patria querida, multitud de traidoras tribus y eran las más encarnizadas en la sangrienta pelea. ¿Qué extraño, pues, que sucumbiera Anáhuac, si sus propios hijos lo entregaban? Que de no ser así, quién sabe si sus dioses habrían exterminado á los blancos que eran como 600, aunque su valor doblaba el número.

Se sucedían los asaltos, la destrucción continuaba sin que desfallecieran ni Cuauhtemoc ni los suyos: tan constantes como los conquistadores, defendían palmo á palmo sus hogares y el último baluarte del imperio azteca.

Era el combate encarnizado de dos razas, de dos continentes; el choque de dos inquebrantables empeños; trágica epopeya digna de las antiguas edades. Nada tan grandioso; nada tan sublime. Si en Cortés se admira la fuerza de voluntad, el sereno valor y la habilidad suma para vencer obstáculos y triunfar conservando el dominio sobre las circunstancias, en Cuauhtemoc, se respeta el sagrado deber cumplido y el sacrificio de sí mismo en aras de la patria.

Los tenochca fueron victoriosos en varios encuentros, y con estratagemas y celadas sorprendían á los guerreros castellanos; cuanto más arreciaba el peligro más animosos aparecían los sitiados; porque Cuauhtemoc les infundía su espíritu y su arrojo.

Pero llegó el día en que ardieron los templos, se desmoronaron las casas bajo la acción de la piqueta destructora: los cadáveres se amontonaban en las calles y los defensores ya no eran sino sombras de sí mismos; el hambre y la peste arrasaban la población, tanto como las tropas invasoras.

De nuevo Cortés hizo proposiciones de paz; Cuauhtemoc las rechazó. No, no,—exclamó;—todos pereceremos antes que entregarnos.

Y la sangre corría á torrentes y aquellos héroes convirtieron á la rica y alegre Tenochtitlán en un montón de ruinas. Nuevos numantinos prefirieron la muerte al perdón del enemigo.

En el asedio de la capital del imperio, elévanse por igual las dos figuras colosales de aquella epopeya; la de Cuauhtemoc y la de Cortés. Eran dignos rivales, y el intrépido é indómito guerrero azteca, nada menguaba al lado del héroe castellano. Su arrojo y su tenacidad fueron sublimes y ni el incendio, ni el hambre, ni la certeza de la derrota, doblaron su enérgica voluntad.

Con estoica indiferencia (aunque tal vez el dolor desgarrase su corazón) vió arder aquellos palacios de Axayacatl, asombro de los españoles, por su riqueza y su vastísima extensión; las casas de recreo suntuosos edificios en los cuales rivalizaban lo pintoresco de la naturaleza, con el refinado buen gusto artístico: aquellos salones de ricas maderas y con magníficos artesonados. Al reducirse á cenizas y á escombros, las regias moradas, se hundía con ellas el imperio azteca, pero Cuauhtemoc, como un gigante descollaba sobre las ruinas de los suntuosos *teocallis* y de los palacios.

En uno de los combates cuando ya los tenochca peleaban con la rabia de la desesperación, Cortés y los suyos cayeron en una emboscada preparada hábilmente: allí, al estruendo del gran atambor del templo de Tlatelolco, al lúgubre son del caracol de Cuauhtemoc, acudieron los méxica con furioso empuje; cargaron sobre los castellanos y los pusieron en fuga, luchando cuerpo á cuerpo y con igual bravura. Cortés fué presa de los campeones méxica al grito de «Malinche, Malinche.»¹

El fanatismo de los indígenas salvó al conquistador. Pudieron matarle en aquel instante, pero no: su deseo era llevarlo en trofeo ante el emperador y de allí al templo para sacrificarlo, dando tiempo á que llegaran en socorro del noble general; acudieron todos á salvarle, tanto de los suyos como de sus aliados, logrando arrancarlo de las manos de los tenochca que incansables les persiguieron ínterin el combate seguía por otros lados obteniendo los méxica señalada victoria.

Los castellanos prisioneros fueron víctimas inmoladas en los templos en honor de los dioses.

¹ Nombre dado por los indios á Marina, la india intérprete y amada de Cortés y que á él mismo le conocían por ese nombre.

Durante algunos días cesó el exterminio. Cortés reorganizaba sus fuerzas sin perder la confianza ni la firmeza por el terrible desastre sufrido, y se aprestaba á combatir de nuevo.

El infortunio nunca lo arredró y abandonado por varios de los aliados no pensaba sino en la victoria sin calcular ni temer con la reducción del ejército. Cortés propuso una vez más la paz. El guerrero azteca reunió un consejo de notables y pintándoles el angustioso estado de la ciudad les pidió su opinión; todos rechazaron la paz y en vez de contestar al general castellano se arrojaron sobre los campamentos y quisieron, animados por el caracol guerrero de Cuauhtemoc, vencer y escarmentar á sus enemigos: la suerte les fué contraria.

Siguieron peleando sin descanso, prestándoles mayor brío la vista de las casas incendiadas y los alaridos de sus hijos y mujeres que perecían entre los escombros.

El gran templo de Tlatelolco fué destruído, y día por día, con infatigable perseverancia se adelantaba en la rendición de la ciudad. La miseria era espantosa: mujeres y niños, se presentaban al ejército español para no caer muertos de hambre en las calles.

Las últimas trincheras cayeron en poder del caudillo castellano y los infortunados méxica morían á millares, ya en tierra, ya en las aguas del lago.

La resistencia era un imposible, y el triste y heroico Cuauhtemoc, pensó en huir para tal vez rehacerse más tarde y volver sobre los invasores.

IV

Ínterin se batían por distintos lados, intentó ganar tierra conducido por rápido açalli, pero el capitán Holguin, que mandaba uno de los bergantines más veleros observó aquella embarcación que se alejaba y comprendiendo por el lujo de los ropajes y por su celeridad, que en la piragua debía ir Cuauhtemoc con su familia, la dió caza y la abordó.

El emperador se puso en pié, y con entero acento y digno ademán dijo: «No me tiren; soy el rey de Méjico y de esta tierra, y lo que te ruego es que no me llegues á mi mujer ni á mis hijos, ni á ninguna

mujer ni á ninguna cosa de lo que aquí traigo, sino que me tomes á mí y me lleves á Malinche.»

Al llegar el desventurado monarca á la presencia de Cortés, le dijo: «Señor Malinche,¹ he cumplido con lo que estaba obligado en defensa de mi ciudad y vasallos; no puedo más, y pues vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, haz de mí lo que te plazca (y poniendo mano en el puñal que Cortés llevaba al cinto añadió): Toma luego este puñal y mátame con él.»

Cortés honró al prisionero, á la reina Tecuichpo hija de Moctezuma, y á los nobles que con él se entregaron, con la cortesanía que admiraban en él amigos y enemigos.²

El asedio de la ciudad había durado 75 días.

La ambición del oro y la sed de riquezas, empañaron la victoria ganada á tanta costa.

Cuauhtemoc y el señor de Tlacopán, fueron puestas en el tormento para obligarles á confesar en donde estaban ocultos los tesoros. ¡Nunca rayó tan alto el heroísmo del príncipe azteca; su rostro permaneció sereno ínterin le quemaban los pies y las manos!

El infeliz Tettlepanquetzaltzín, agobiado por el dolor tornó los ojos á su rey como suplicándole gracia y licencia para hacer revelaciones. Cuauhtemoc, mirándole severamente, dijo: «¿Estoy yo en algun deleite ó baño?»³ El noble azteca se resignó á sufrir y murió en el tormento.

El héroe legendario, el patriota sublime vegetó prisionero desde el 13 de agosto de 1521, día de la toma de Méjico, hasta 1525, es decir, cuatro años, después de haberse reducido á escombros el imperio azteca.

En aquella época salió Cortés para las Hibueras, llevando consigo á Cuauhtemoc, al rey de Tacuba y á otros nobles, temiendo que en su ausencia promovieran una revuelta, pues á pesar del trascurso del tiempo y del aislamiento en que vivía no había decaído el prestigio del valeroso emperador ni el respeto y amor que le profesaban sus vasallos, ni en él, la grandiosa idea de redimir á la patria.

Abrigaba aún el levantado pensamiento de devolver á sus vasallos la perdida libertad y es creíble conspiraba para alcanzar tan sagrado objeto.

¹ Malinche ó Malitzin.

² Detalles copiados de Sahagún de Bernal Diez de Cortés, de Orozco y Barra, de Carbajal Espinosa y de Gomara.

³ Algunos historiadores han alterado esta frase diciendo: «¿Estoy yo en lecho de rosas?» pero Gomara «Crónicas» cree que es auténtica la citada por nosotros.

V

Un infame delator ¹ puso en noticia de Cortés el combinado plan y el riesgo que corría su vida si la conspiración estallaba. Horas después fueron reducidos á prisión Cuauhtemoc, el rey de Tacuba y varios nobles; nada negaron en las declaraciones: el monarca confesó haberse ocupado de aquel particular pero sin tener pensamiento de ponerlo en ejecución.

El caudillo azteca fué condenado á la pena de horca así como el rey de Tacuba; los demás nobles fueron puestos en libertad. Al dirigirse de la prisión al sitio fatal en que debían abandonar para siempre el mundo marchaban con firme y sosegado paso. ² Un religioso les exhortaba por medio de la bondadosa Marina y los demás iban rezando á su lado; pronto llegaron al sitio donde debía verificarse la ejecución. Cuauhtemoc conservando el valeroso espíritu que siempre le había distinguido, exclamó al verse debajo del árbol en que iba á ser colgado: «Bien sabía yo, capitán Malinche, que este era el fin á que me destinabas, ya que no me dí la muerte por mi propia mano cuando te apoderaste de la capital. ¿Por qué me matas sin justicia? Dios te lo demande cuando aparezcas ante su recto tribunal.» El señor de Tacuba dijo que consideraba como una felicidad morir al lado de su emperador.

Poco después los dos desgraciados príncipes, fueron colgados de las robustas ramas de un frondoso ceibo que se hallaba á orillas del camino.

La noble víctima del patriotismo, el mártir de la independenciam de Anáhuac, el héroe legendario, no desmintió un instante la serenidad de que tantas pruebas había dado.

La digna altivez de aquella gran figura de la historia de América, lo acompañó hasta el sepulcro. ³

Los pueblos de Anáhuac quedaron sometidos al conquistador y la noble raza azteca dominada y sierva.

¹ Mexicaltzin.

² Bernal Díaz del Castillo.

³ La ejecución se efectuó en el carnaval de 1525, ó según Herrera en los principios de la cuaresma. El lugar fué Izancanae provincia de Acala.

EL INCA ATAUHALPA

I



PARA presentar en la escena pública personajes y acontecimientos de la antigua América, es preciso identificarse con aquella época que entre brumas aun no se destaca con la precisión que al historiador fuera necesaria pues el fanatismo, las preocupaciones, el continuo guerrear y la falta de previsión han hecho desaparecer documentos y datos que hoy serían de incalculable valor.

Multitud de curiosas tradiciones prestan alguna luz para la historia y ayudadas por escasos documentos que por casualidad se han salvado de la general destrucción, pueden guiar por el enmarañado laberinto de edades anteriores al descubrimiento y á la conquista, aun cuando fueran muy cercanas á estos dos maravillosos hechos y se enlazaran con la llegada de los conquistadores.

Éstos se deslumbraron con aquellos palacios en donde brillaban los metales más preciosos y seducían las telas más delicadas y ricas; con aquellos templos que cubiertos de oro servían de asilo á las escogidas y hermosas criaturas destinadas al culto del sol ó al tálamo del poderoso inca; los manantiales murmuraban cayendo en fuentes de oro; las grandes *pirhuas*¹ recibían las cuantiosas ofrendas; las anchas fajas del preciado

¹ Orones.



EL INCA ATAHUALPA

metal se extendían por techos y paredes y aquel templo de *Coricancha* reluciente como una áscua de oro engarzada en guirnaldas y en festones de extrañas flores, de árboles colosales, de góticas portadas de follaje, con todas las galas de la riqueza, con todos los dones de la madre tierra, con toda la poesía de lo desconocido

Y no pudo menos de maravillarse á los rudos y audaces conquistadores el encuentro de canales y prodigiosos caminos de leguas y leguas como el del Cuzco á Quito ¹ y fortalezas ² como la de *Sacsahuaman* que parecía construída por titanes: los gigantestos acueductos, las preciosas quintas encerradas en selvas de rica vegetación, los sólidos *rumichaca* ó puentes de piedra taladrada y tantas maravillas que superaban á las del remoto Oriente y tenían singular aspecto.

II

Causan asombro las sabias leyes de los incas, la administración de países tan dilatados; el noble apoyo á los menesterosos; la caridad, el espíritu de protección mutua fomentada por la especial y benéfica forma político-administrativa.

Holgábanse los aventureros con tantos esplendores y a pesar de la ambición del oro y de la codicia que en su pecho despertaba las inesperadas riquezas, ofrendaron su admiración en el altar de aquella magnificencia, de aquellos verjeles, de aquel cielo y de aquel sol padre de los incas.

Uno de los soberanos más poderosos y que elevó el imperio á la mayor altura fué *Huainacpac el Grande*, quien ambicioso de extender sus dominios llevó sus armas triunfantes hasta el corazón del reino de Quito y en la gran llanura de *Hatum Taqui*, obtuvo la victoria en sangriento combate que fué tumba del scyri ³ *Cacha XV*, último rey de Quito.

Y cuenta el P. Velasco que en el inmenso llano hubo desde ese día

¹ 500 leguas que á cada 2 millas tenían casa de postas llamadas Chasqui Huasi.

² Una de las obras más maravillosas de las incas: dicen los historiadores que trabajaron para su construcción 20,000 obreros por espacio de más de 50 años.

³ Rey.— Señor de todos.

más de 12,000 *tolas* ¹ de forma cónica según la costumbre de los *varas*, pues á tanto subieron los muertos del ejército real.

Derrotados los quiteños y poseídos de religioso respeto á la vista del cadáver de su rey, tuvieron el generoso impulso y la energía de proclamar por su reina á Pacha, hija única del monarca en el propio campo de batalla y á la vista del vencedor.

Dan cuenta las antiguas crónicas, de la singular belleza, gracia y juventud que adornaban á la *scyri* Pacha y que siendo el inca de carácter apasionado y rendido admirador de la mujer cedió á la seducción que ejercieron sobre él los atractivos de la princesa, confundiéndose á la vez con su naciente pasión, hábil cálculo político, pues que su casamiento con la heredera de los *scyris*, le otorgaba por la ley el derecho de reinar con ella y daba por consecuencia pacífica solución á sus planes y á su ambición de conquistador.

Todos los actos del inca se encaminaron desde aquel momento al buen éxito de su propósito.

La reina de Quito, se encontraba en circunstancias especialísimas: la muerte de su padre y de sus principales defensores, los triunfos de Huaina Capac y su débil condición de mujer, la ponían en manos del vencedor y éste era árbitro de su suerte y de su reino. Tan poderosa causa y tal vez secreta inclinación al inca, pues según los historiadores era gallardo y de arrogante presencia, influyeron para que consintiera en compartir su autoridad real con el soberano del Perú.

Cesaron el luto y la consternación; las lágrimas que se derramaban por el rey Cacha se enjugaron y no pensó el pueblo en otra cosa, sino en festejar á su reina por la elección de esposo.

Huaina Capac, cediendo á la influencia de la hermosa Pacha ó por halagar á sus nuevos súbditos manifestó su aprobación por la entusiasta actitud del pueblo y por aquellas demostraciones, y el día de su casamiento puso en el *Uauto* ² la simbólica esmeralda insignia de los *scyris de Quito*.

De este amor y de aquel matrimonio nació el príncipe Atahualpa. ³

¹ Tumbas.

² Especie de corona imperial.

³ Huaina Capac estuvo casado dos ó tres veces, esto ha dado lugar á que algunos historiadores hayan considerado como ilegítimo su enlace con Pacha y le den el nombre de concubina pero Fray Marcos de Niza, Bravo Saravia, Gomara y otros lo consideran legítimo, tenía ya Huaina Capac heredero para el imperio en *Huascar* (cadena) llamado así por una de oro que, según la tradición, mandó hacer el inca para celebrar el nacimiento del heredero y que más tarde arrojaron los indios en el lago *Titicaca* para salvarla de los españoles.

III

La infancia y juventud de Atahualpa, hijo predilecto del inca, fué tan dichosa y tranquila como agitados é infaustos los últimos años de su vida.

Aseguran antiguos historiadores que tenía talento, singular viveza y penetración; dignidad sin orgullo, majestuosa y noble presencia y habilidad suma en la carrera, en la lucha y en la caza; era de estatura mediana, cara aguileña, con hermosos ojos negros vivos y expresivos; descollaba el príncipe por sus estudios en las artes, ciencias y astrología y las bellas condiciones de su carácter afable y conciliador, le conquistaban el corazón de sus vasallos y el aplauso de todos.

La muerte de Huaina Capac ocurrida en diciembre de 1525 ¹ fué la primera nube en el cielo de su vida; contaba entonces 37 años.

La gloria y la sabuduría del soberano le habían hecho tan querido que *más de 1,000 personas se sacrificaron para estar á su lado y servirle más allá de la tumba.*

Por su testamento, legaba el reino de Quito al inca Atahualpa como sucesor de los scyrís y el rico imperio del Perú al hijo primogénito Huascar, quien al coronarse recibió la borla encarnada insignia de los incas así como Atahualpa la esmeralda.

IV

Durante cuatro años nada alteró la paz de su reinado, pero había llegado el momento de la ruina de los incas y de su destrucción.

Las discordias civiles estallaron y el rencor de Huascar por la división del imperio, largo tiempo contenido, se manifestó contra *el bastardo* como llamaban los hijos de las *coyas* ² al rey de Quito.

¹ Según el P. Velasco.

² Princesas.

La provincia de Cañar, fué el pretexto para aquella guerra fratricida la cual abría las puertas y daba mayor probabilidad de triunfo á los extranjeros que según noticias, se habían presentado en algunos puntos de la costa conducidos por grandes *huampus*.¹

Ambos monarcas se disputaban la posesión del territorio Cañar, tomado al Perú por los *scyris* hacía largo tiempo.

Atahualpa era valiente, y no queriendo desmembrar nada de los dominios que como á hijo de Pacha le pertenecían fió el triunfo de su suerte á las armas. Estas al principio le fueron contrarias en Tumbamba, en donde cayó prisionero del general Yupamqui ínterin su ejército perecía ó se desbandaba huyendo de los vencedores.

El inca no se abatió; los soldados rendidos por el cansancio ó por la embriaguez descuidaron la guarda que se les había encomendado y el rey de Quito logró evadirse y llegar á su capital sin riesgo.

El odio creció entre los dos monarcas y el deseo de vengar el desastre de Tumbamba, prestó nuevo brío á los quiteños aumentando su confianza con la adhesión de generales veteranos compañeros de armas de Huaina Capac.

La victoria de Ambato, aterró á los partidarios de Huascar pues el triunfante Atahualpa llevó todo á sangre y fuego y no perdonó á los infelices cañares ni á uno solo de los vencidos.

Entretanto sus generales Quisquis y Chalcuchima, ganaban terreno en el Norte del Perú, y llevaban ya el ejército hasta Quipaypán muy inmediato al Cuzco en donde empeñaron el combate decisivo de la guerra.

Las tropas de Huascar, fueron completamente derrotadas cayendo el inca en poder de Chalcuchima y pereciendo en el campo más de 30,000 combatientes del ejército peruano.

Tan señalado triunfo colmó de alegría al rey de Quito que á la sazón se encontraba en Cajamarca, curándose una herida recibida en la Puna.

Inmediatamente ordenó á los generales se apoderasen del Cuzco y demás capitales mudando guarniciones y gobernadores en aquellas que sin apelar á la fuerza se rindiesen, pero castigando sin piedad á los pueblos que no se sometieran á su poder.

Desde el triunfo de Paypán se consideró Atahualpa como señor del Perú y añadió á su corona, en abril de 1532, la borla carmesí.

¹ Naves.

El inca Huascar, había sido conducido á una fortaleza en la provincia de Jauja en la cual, estaba cuidadosamente vigilado y en donde permaneció durante nueve meses sin que aceptase la mitad del imperio del Perú que su hermano le cedió, puesto que ya de hecho era Atahualpa el soberano.

V

Ocupado Atahualpa en la contienda provocada por su hermano, no había dado importancia á la llegada de los extranjeros á Tumbes aun cuando Pizarro, sabedor de las desavenencias y lucha civil y pensando utilizarlas provechosamente para la conquista, le envió seiscientos prisioneros tomados á los indios en uno de los encuentros, ofreciéndole á la vez su ayuda para combatir á Huascar.

El inca, continuó de triunfo en triunfo en la campaña empeñada contra su hermano sin aceptar la oferta de Pizarro por creerla insignificante ó por que la restitución de los seiscientos indios le pareciese ocultar algo extraño y sospechoso.

Había recibido noticias de que los extranjeros cometían abusos en algunos lugares, muertes, robos y atropellos en los pueblos por donde iban pasando; que los indígenas se quejaban y huían y estos hechos le inspiraban desconfianza abrigando el deseo de ir á su encuentro y exterminarlos apenas concluyera la guerra civil.

Los ofrecimientos del conquistador Pizarro habían llegado hasta el Cuzco, y Huascar, envió una embajada al audaz extranjero portadora de grandes regalos y encargada de solicitar el apoyo y la amistad del conquistador en contra del usurpador.

Atahualpa estaba en Cajamarca, y sus ejércitos marchaban victoriosos hacia la capital del imperio de los incas, cuando Pizarro con el arrojo y la decisión propia de su carácter se resolvió á dirigirse al interior del país para llevar rápidamente la conquista y al efecto, emprendió la marcha el día 24 de septiembre de 1532.

Cien infantes y aproximadamente 70 caballos, era el total de la fuerza que mandaba Pizarro para la conquista del grandioso imperio de los incas.

Temeraria y arriesgada era la empresa, pero digna del hombre que había soportado en la *Gorgona* el hambre y la desnudez, que había luchado con los elementos y que no perdió jamás la serena firmeza ni el indomable valor.

Asombra su audacia al internarse en país pobladísimo y desconocido y parece imposible se efectuara la conquista con aquel cortísimo número de hombres.

Cuando pasen los siglos, cuando se sucedan las generaciones y la conquista de América sea un estudio como lo es hoy la historia de las guerras del Asia y de la Grecia, aparecerán los hechos como fabulosos é inverosímiles ó concederán á los conquistadores algo de sobrenatural y maravilloso.

VI

Deseoso Atahualpa de atraerse la amistad de aquellos desconocidos hijos del sol ó del mar, pues que tal origen les daba la popular opinión, les había enviado el inca un embajador con varios y ricos presentes.

Varios historiadores afirman y entre ellos Jerez que, al enviar el inca su primera embajada había hecho expresar á Pizarro no siguiera adelante con su gente y se retirase con ellos porque no quería recibirlos. Gomara añade que esa intimación fué acompañada de amenazas—*Historia General*—pero el P. Velasco altamente imparcial en sus juicios y refiriéndose á Robertson—*Hist. de Ame.*—lib. 6, pág. 200, opina que por el contrario Atahualpa, le hizo por medio de su embajada ofertas de amistad instándole para que fuese á Cajamarca.

Por otra parte sí el monarca hubiera tomado la resolución que indican Jerez y Gomara, no hubiera permitido que los españoles llegaran hasta la ciudad, y hubiera enviado tropas contra ellos ó al llegar fácilmente podía haberlos derrotado.

La sencillez y buen proceder del inca, se manifestaron en todos sus actos y nunca desmintió su generosa hospitalidad.

VII

El historiador tiene la facultad ó el poder de evocar el pasado, de examinar reposadamente los acontecimientos y de investigar más allá de la tumba.

Atahualpa no pensó jamás en ser víctima de aquel corto número de extranjeros, y ¿cómo podía pensarlo rodeado de su victorioso ejército y en el centro de su imperio?

Siguieron los españoles su marcha con precaución y cuidado: la voluntad de hierro de Pizarro se oponía á toda señal de descontento, y su carácter indómito y enérgico hacía aceptar su dominio sin murmurar.

Por fin llegaron al pie de la sierra y á las cabeceras de Cajamarca.

La subida de la cordillera fué penosa y larga por aquellas escabrosidades, ya remontándose más allá de las nubes ó descendiendo á profundos abismos; los caminos eran pendientes y á veces resbaladizos, angostos desfiladeros, gargantas encerradas entre altas montañas y, por último, la glacial *puna* en donde el rigor de la temperatura les causó poderosa impresión.

De nuevo el inca mandó embajadores á Pizarro, y provisiones, y por fin, otro enviado con numerosa comitiva y ricos regalos.

Los rigores de la cordillera, las escabrosidades del terreno y el ansia de llegar al término tan deseado, hizo para los españoles más esplendoroso y bello el lozano vergel en donde está situada Cajamarca:

Jerez, en su obra *Conquista del Perú*, describe así la ciudad que iba á ser teatro de acontecimientos de tan alta trascendencia.

«Esta es—dice—la tierra principal de este contorno, puesta al pie de una montaña en un valle rodeado de colinas, de circuito de cuatro millas; le pasan cerca dos bellísimos ríos, cada uno con su puente por el cual se entra á la ciudad por dos puertas: por la una puerta, antes de entrar á la ciudad hay un gran palacio rodeado de muros á uso de templo y en su gran patio ó plaza están puestos varios árboles que hacen sombra. Á este palacio llaman la casa del sol al cual adoran y antes de entrar se descalzan. Dentro de la ciudad hay cerca de dos mil casas distinguidas y todas sus calles tiradas á cordel, con muros de piedra fuer-

te, bien distribuidas por dentro y con bellísimas fuentes. En medio está la plaza, mejor que algunas de España, toda cerrada en contorno y dominada de una fortaleza de piedra con una escala por la cual se comunica á la plaza. En el frontis de la plaza está el palacio del señor Atahualpa, mucho mejor que todos los otros, con jardines y magníficos portales donde él estaba todo el día; sus habitaciones son todas pintadas de diversos colores y entre otras una de color rojo como el bermellón. En uno de sus pórticos hay dos grandes fuentes adornadas con planchas de oro y en una de ellas sale por un cañón el agua hirviendo y por otro la fría, conducidas ambas de la vecina montaña.»

Cuando llegaron los españoles, estaba el inca descuidado y tranquilo en los baños, como á tres millas de la ciudad, y ésta sin guarnición; dió fácil hospedaje á los conquistadores en el gran *Tambo*¹ real que á la entrada se encontraba.

El ejército del inca se extendía en más de una legua en torno de la casa de campo que ocupaba el soberano, y éste, rodeado de la familia real y de toda su corte, recibió al capitán Soto enviado por Pizarro para anunciar su llegada, en un trono portátil y luciendo en su frente la *mascaipacha*, una de las insignias de su rango.

La serena majestad de Atahualpa, no se desmintió durante la entrevista y ni aun se alteró su gravedad cuando Soto, haciendo caracolear á su caballo lo acercó tanto al inca, que la espuma de la boca del bruto salpicó su rostro.

Sin levantar la vista, escuchó el mensaje, autorizando á uno de los nobles para contestar: Arí — Bien está; — y sólo al acercarse Hernando de Pizarro, hermano del conquistador, depuso la reserva al saber quién era y le dirigió la palabra, con amable deferencia, haciendo movimiento como para levantarse y saludarlo.

Fray Marcos de Niza, Garcilaso de la Vega y otros historiadores, hacen mención de las palabras de Atahualpa dirigidas á los nobles:

«*Veis vosotros como el traje, la figura, el color, la barba y todas las demás señales de estos forasteros son las mismas que de nuestro Dios, Viracocha, y tales cuales nuestro antecesor Yaguar-guacac quiso que fuesen representados en una estatua de piedra.*»²

¹ Hostería Real.

² Se asegura existía una predicción del inca Viracocha, que anunciaba la ruina del imperio cuando aparecieran extranjeros de color blanco y barba poblada.

VIII

El historiador Sebastián Lorente, dice: «Al saber quién le hablaba y movido por la cortesanía de Hernando, alzó el inca la vista, y mirándole con grata sonrisa, le dijo entre otras cosas: Maizavilca, un capitán mío, me ha avisado que sois mala gente y no buena para la guerra, y que ha muerto á tres de vosotros y á un caballo; quiero con todo ser amigo vuestro é iré á verme mañana con vuestro hermano el general.»—«Maizavilca ha mentido—replicó Hernando con la arrogancia que le era natural y tal vez exagerada de intento.—Los indios de San Miguel, son como mujeres y un solo caballo basta para sujetar todo aquel valle. Ya comoceréis quienes somos cuando nos veais pelear. Mi hermano os quiere mucho; decidnos si teneis algún enemigo, que él lo sujetará.»—«Cuatro jornadas de aquí—dijo el inca—están unos indios muy bravos con quienes yo no puedo; allí podeis ir á ayudar á mi gente.»—«Diez de á caballo enviará mi hermano,—contestó Hernando—y bastarán para sujetar toda la tierra; tus indios no son menester sinó para buscar á los que se escondan». ¹

Atahualpa obsequió á sus huéspedes con licores y chicha servidos por las *coyas*, en rica vajilla de oro, y los españoles regresaron al *tambo* maravillados de la riqueza y fausto de la corte y no exentos de temor, por el numeroso ejército acampado en las cercanías.

No había dejado de asombrar á los indios la ligereza y fuerza de los caballos, y aun se dice huyeron algunos cuando Soto, llegó á visitar al inca; pero la verdad es, que sentían como presentimiento de una desgracia, porque siempre superciosos, daban importancia suma á los trastornos de la naturaleza, y ésta se había manifestado rebelde para los españoles, ocultando sus rayos el sol y destacándose fuerte borrasca el día de su arribo á Cajamarca, llegando á tanto la inquietud de los indios que manifestaron sus temores al inca.

Procuró el monarca tranquilizarlos; con su clara inteligencia les hizo comprender que no eran seres sobrenaturales, y que los caballos,

¹ SEBASTIÁN LORENTE, *Conquista del Perú*.

eran animales propios de su país como en el Perú lo eran las llamas ó los guanacos.

Sin embargo y después de haber hecho plegarias y ofrendas á sus dioses, ordenó que sus tropas le acompañaran á la visita que al día siguiente—16 de noviembre de 1532—pensaba hacer al jefe extranjero, tal vez más que por temor por ostentación de su poder.

Toda la carrera se cubrió de lucidos escuadrones perfectamente vestidos, y después por el centro se puso en marcha la lujosa comitiva del inca; delante y quitando las piedrecillas del camino iban trescientos indios.

Más lejos, seguía la nobleza con ricos trajes, y en medio de ella Atahualpa en hombros de ochenta nobles súbditos, en preciosa litera chapeada de oro y plata sentado en almohadon de alpaca bordado con piedras de gran valor.

El traje imperial riquísimo, la corona en su cabeza y el collar de esmeraldas gruesas y de pureza sin par, le prestaban majestuosa dignidad y soberbia grandeza.

Como á mil varas de Cajamarca se detuvo el inca. ¿Le advirtió su corazón el peligro? ¿su razón y claro entendimiento le aconsejaban mayor cautela y despertaban en su pecho la desconfianza? quién sabe cuáles fueron los pensamientos del monarca al enviar el mensaje á Pizarro y aplazar su entrevista para la mañana siguiente.

Pero el conquistador instó, y reflexionando el inca que eran pocos, que nada podía temer de ellos, abandonó su primer pensamiento, contestando que continuaba para Cajamarca sin más acompañamiento que su vanguardia y ésta sin armas.

Aseguran algunas crónicas que á pesar de esta orden varios soldados llevaban mazas y hondas, y dice Velasco, y Lorente lo repite, que el general Rumiñahui se había apostado con 5,000 hombres por el lado del *cumbé* para cortar la retirada á los blancos en el caso en que pensarán en huir.

IX

Acompañado por sus nobles, por gran número de criados y unos 4 á 6 mil hombres y conducido en su áureo trono portátil, entró el inca en la plaza de Cajamarca, desierta á la sazón, y cuando ya el sol en su ocaso lanzaba los postreros fulgores.

La comitiva formó un extenso círculo, y el soberano quedó en el centro atónito é inquieto tal vez, porque no veía salir á su encuentro á ninguno de aquellos extranjeros.

Pero aumentó su asombro al ver adelantarse hacia él á Fray Vicente Valverde acompañado por el intérprete Felipillo, y aseguran que al llegar al trono, saludó al inca y lo bendijo con un Cristo haciendo la señal de la cruz; Atahualpa entonces se volvió á los suyos diciendo con ingénua sencillez: *«estas gentes son mensajeros de los dioses, guardaos de hacerles daño»*.

El fraile dominico se dirigió al inca y pronunció larguísima arenga mal traducida por *Felipillo*, y en la cual se trataba de imponerle en los misterios del verbo y ordenarle que él y los suyos se sometieran al Rey de España, de quien era Pizarro representante y abrazaran la religión católica.

Pero al escuchar el discurso del fraile dominico, por intuición adivinó el inca, si bien confusamente, el propósito de aquellos extranjeros.

Era de regia estirpe y no podía aceptar religión para él desconocida, ni el vasallaje suyo y el de su imperio á otro soberano que precisamente pensaba, no podía ser tan poderoso como él.

Decía el P. Valverde, que el Papa, había dado aquel país al rey de España para conseguir nuevos servidores y adictos á la religión del Crucificado y salvar á infieles.

Y ¿quién era el Papa, decía Atahualpa con verdadera lógica, para ceder lo que no era suyo? ¿cómo disponía á su antojo del vastísimo imperio de los Incas, es decir, de dominios inmensos, pueblos numerosos, riquezas heredadas de sus mayores?

Sofocaba al inca la indignación por tal desacato, y cuando el fraile

dominico le presentó el breviario diciéndole era el sagrado libro de la religión católica, le tomó, le aplicó al oído, le hojeó y arrojándolo con despecho, dijo: «*esto nada me dice; no me iré sin que me deis satisfacción de vuestros ultrajes*».

Al arma, al arma, exclamó el P. Valverde; venganza, cristianos; *este perro desprecia la religión de Jesucristo y arroja los evangelios*.

Atahualpa puesto en pie hablaba con los suyos, notándose entre las masas de los indios sorda agitación.

El invasor dió la señal, se disparó el primer tiro, salieron los caballos á galope con sonajas y cascabeles para aumentar el ruido y la confusión; las descargas de artillería sucedieron á los toques de trompeta, y los indios aterrados por el estruendo, huían sin encontrar salvación, pues aun cuando lograron derribar en crecido número una tapia de la plaza y salir por ella, los caballos siguieron á galope, y pocos fueron los que en las angostas gargantas ó en los empinados cerros, pudieron quedar con vida protegidos por la oscuridad de la noche.

La carnicería fué espantosa. Atahualpa había visto caer á su lado á sus más fieles defensores que sostenían el venerado trono; las espadas atravesaban los pechos de los nobles sin resistencia; morían por el inca sin defenderse, sin combate como los mártires en vasto circo morían en las garras de las fieras.

Un soldado intentaba herir al inca, cuando Pizarro con resuelto ademán gritó: «Nadie toque al indio so pena de la vida», y protegiéndolo con su brazo y *ayudado por sus rodeleros* le bajó de las andas y le hizo prisionero.

X

Nadie acudió en su auxilio; el suelo estaba sembrado de cadáveres, y aseguran los historiadores que Rumiñahui, al escuchar el estampido de la artillería en vez de correr al socorro del monarca salió para Quito con los 5,000 hombres.

La prisión del desventurado príncipe, aseguró la conquista del Perú, y facilitó á Pizarro la posesión de aquellas fabulosas riquezas ambicio-

nadas. Gomara afirma que sólo la vajilla del inca pesó 100,000 ducados de oro.¹

En esa infausta noche, empezó la servidumbre de los infelices indígenas, y cuéntase que cenando el inca con Pizarro y hablando de la derrota, dijo: «usos son de la guerra vencer y ser vencido,» y admiró la destreza de los invasores no haciendo ni alusión á la perfidia ni al engaño de que había sido víctima.² Lo grandioso de los descubrimientos, la gloria de la conquista del Perú se oscureció con la crueldad que los conquistadores usaron con Atahualpa.

El inca Huascar, fué otra de las víctimas sacrificadas á consecuencia de aquella funesta jornada.

Atahualpa temió más tardé una alianza de Pizarro con su hermano, y para evitarlo, trasmitió la orden de asesinarlo, y el infeliz y destronado soberano fué ahogado por Chalcuchima en el río Jauja según unos, y según otros en la prisión.

XI

Holgábanse los españoles con el resultado de la trama urdida y más aun con la oferta del infeliz monarca. Consistía ésta, en pagar su rescate cubriendo de oro un aposento hasta la altura que señalaba con su brazo.

Tal riqueza deslumbró á los invasores y aceptado el ofrecimiento, corrieron una línea roja para señal hasta donde el inca podía alcanzar con su mano.³

Las distancias eran inmensas, el tiempo largo para la ansiedad del inca y la codicia de sus vencedores; por lo que las órdenes fueron transmitidas en todas direcciones apremiando Atahualpa á sus vasallos para que, reunieran los tesoros que debían restituírle la libertad.

El capitán Soto y Hernando Pizarro, salieron comisionados para recoger el fabuloso rescate comprendiendo entonces cuán grande era la

¹ El ducado de oro equivalía á 4 pesos fuertes.

² LORENTE. *Conquista del Perú*.

³ Es la versión más general, aun cuando algunos aseguran era hasta la altura que tocaba con un bastón.

veneración y el amor por el Soberano pues por todas partes en el dilatado imperio, recibían honores, agasajos y muestras de la buena fe del inca.

Las riquezas acumuladas fueron tantas que, conducidas á Cajamarca y hechas las particiones debió parecerles á los aventureros algo increíble, algo que sobrepujaba á cuanto la ambición pudiera haber soñado.

Entretanto el inca sufría el cautiverio con digna resignación y jamás desmintió en su comportamiento su elevado rango, su nobleza, su regia altivez; la generosidad de que había dado tantas muestras, le hacían cada día más temido para los conquistadores, pues su prestigio crecido aún con el infortunio, podía hacer brotar ejércitos cuando estuviera en libertad é inutilizar los esfuerzos y buen éxito para la conquista.

Estas reflexiones se acumulaban á la mente de Pizarro y la causa de Atahualpa, no podía ni prolongarse más ni decidirse favorablemente para el inca.

Poderosos intereses pugnaban en contra del infeliz preso y hasta el miserable *Felipillo*¹ atizaba el fuego del odio y de la desconfianza haciendo creer á Pizarro y á los españoles que los indios se armaban en son de guerra para libertarlo y que juraban aniquilarlos, añadiendo que el general Chalcuchima de acuerdo con el monarca exhortaba á los pueblos para la rebelión.

Sólo tenía Atahualpa dos auxiliares, dos caballerescos defensores y aquéllos también se alejaban abandonándole indefenso en manos de sus terribles adversarios: eran Hernando Pizarro y el capitán Soto.

El primero salía para España, portador del oro para el rey y de las portentosas noticias de la conquista del Perú y el segundo mandando una expedición al interior para averiguar si los rumores de revueltas eran ciertos ó más bien, con este pretexto, para alejarle del inca á quien siempre protegía y defendía.

Comprendía Atahualpa que estaba en grave riesgo y que el generoso sacrificio de sus vasallos y el raudal de oro entregado, no le devolvería su libertad ni tal vez salvaría su vida.

Un día los rumores de conspiración tomaron mayor altura y Pizarro reconvino al prisionero:

¹ Intérprete indio. Se da por cierto que, enamorado ciegamente de una Coya, temió que, sabedor el inca de aquella audacia, lo castigara severamente si llegaba á obtener su libertad.

«¿Qué traición es ésta que me tienes armada, habiéndote yo hecho honrar como si fueras mi hermano y habiéndome fiado de tus palabras?»

Con rostro sereno y risueño le contestó Atahualpa:

«¿Burlaste conmigo? Siempre me hablas cosas de chanza. ¿Qué parte somos yo y toda mi gente para enojar á tan valientes hombres como sois vosotros? No me digas esas burlas».

En aquella contestación vió Pizarro corroboradas sus sospechas ó quiso hacerlo creer así, y recargó la vigilancia y el rigor contra el infeliz cautivo.

¿Será posible que influyera también en el ánimo de Pizarro y según aseguran varios historiadores, la humillación sufrida delante del inca?

Hé aquí el suceso: Habiéndose admirado Atahualpa de la lectura y escritura, ciencia que poseían los europeos y que éstos le aseguraban aprendían en la infancia, deseoso de saber si era verdad, pidió le escribieran en una uña la palabra *Dios* y la mostró á cuantos en su aposento entraban convenciéndose de que la conocían y leían sin vacilación; entró Pizarro y á su vez le enseñó la palabra escrita, pero nadie ignora que la educación del conquistador había sido muy descuidada, por lo que contestó resentido en su amor propio y avergonzado que no lo entendía, y el inca le tuvo desde entonces en menos que á sus soldados, pues que éstos le superaban en sabiduría.

XII

Dos extrañas causas influyeron en el ánimo de Atahualpa convenciéndole de que estaba perdido.

Diestro el inca en la astrología pidió y obtuvo licencia para observar un meteoro que decían los españoles había aparecido en el cielo, mas al fijarse en él, manifestó profunda impresión y desaliento; aquel extraño fuego brilló en el cielo algunos días antes de la muerte de Huaina-Capac; el inca desde este instante no pudo dudar de que su muerte se acercaba.

Efectivamente, Pizarro, fuera por instigaciones fanáticas del P. Valverde ó por propia convicción y conveniencia, pues quería llevar á cabo la conquista, sin trabas ni dificultades y aguijoneado por los que pedían la cabeza del infortunado peruano, pretextando peligros y conspiraciones, nombró un Tribunal para entender en la causa y lo formó de este modo:

Dos jueces, que fueron Pizarro y Almagro; tres procuradores; dos letrados, fiscal, escribano y defensor; diez testigos, siete del servicio español y tres extraños.

El inca fué acusado de ser hijo ilegítimo, de haber usurpado el imperio; de si había hecho asesinar al inca Huascar; qué religión profesaba; si tenía concubinas y entre ellas hermanas y la acusación más capital si había levantado tropas contra los españoles.

Hubo indios á quienes no espantaron las amenazas y dijeron *no* á todos los cargos; hubo otros más resueltos que no quisieron contestar.

El injusto y antipatriótico tribunal condenó á Atahualpa á ser quemado vivo: ¡qué horror! ¡cuánta afrenta para España! ¡qué borrón en aquella brillante epopeya de la conquista!

No faltaron sin embargo leales é hidalgos pechos españoles, que lanzaron un grito de indignación y defendieron al desventurado Soberano; les parecía monstruosa aquella sentencia, considerándola como negra mancha en las limpias páginas de la historia de España.

Aquel asesinato era repugnante, inicuo tratándose de un hombre que no sólo había sido benéfico y generoso para los invasores, sino sobre quien ningún derecho podían tener los conquistadores.

El augusto cautivo no podía ni debía ser acusado por polígamo, ni por idólatra, pues las leyes de su país le autorizaban á lo primero y á lo segundo.

Las contiendas y desenlace de la guerra con Huascar, no entraba en el dominio de extranjeros recién llegados al Perú, y de las conspiraciones y la leva de tropas contra los españoles, no había sido posible adquirir prueba convincente.

Pero la muerte estaba decretada; todos los medios eran buenos para llegar al fin y Pizarro, aquel hombre audaz y valeroso que en la Górgona había sido tan grande y heróico, fué pequeño, ingrato é injusto, y arrastrado tal vez á su pesar por otras poderosas individualidades firmó

tan deshonrosa sentencia, contraria á toda ley, á todo deber humanitario y leal.

Con razón exclamó Atahualpa dirigiéndose á Pizarro al saber el fallo: «¿qué he hecho yo para merecer tal sentencia? ¿Debía esperar esto de tí con quien he repartido mis tesoros, que no has encontrado en mi pueblo sinó amistad y veneración, y no has recibido de mí sinó beneficios? Si me dejáis con vida, yo os respondo por la de todos los españoles y reuniré doble rescate del que os he pagado».

Cumple á la misión histórica, poner claros los hechos y con imparcial criterio juzgarlos.

XIII

La noble dignidad del inca recobró su imperio; firme y altivo aguardó la muerte y en la noche del 29 de Agosto de 1533 salió para el patíbulo á pie y con grillos.

Ya sobre los haces de leña de la hoguera le protestó el P. Valverde y le aseguró Pizarro, que si moría cristiano le conmutaría la pena del fuego por la menos terrible del garrote, y con esa seguridad aceptó el bautismo con el nombre de Juan, pues era aquel día el evangelista (1).

El sin ventura, suplicó al conquistador Pizarro que se doliera de sus hijos y los tomara bajo su protección y que deseaba descansara su cuerpo en la tumba de sus antepasados maternos en Quito

El P. Velasco dice refiriéndose á Gomara, que Atahualpa recomendó á los suyos que después que los cristianos le sepultaran con sus ritos y ceremonias, sacasen su cuerpo y embalsamado según costumbre lo llevaran á depositar en el sepulcro de los reyes de Quito.

Aseguran los mismos historiadores, que Pizarro mandó hacer los funerales con gran pompa y los indios en número de dos mil sacaron después el cadáver de su último Soberano, le embalsamaron y conduje-

(1) En los archivos de Quito se han encontrado dos interesantes documentos; el 1.º expresa haberse bautizado Atahualpa con el nombre de Francisco, tal vez en momentos tan supremos fué Pizarro su padrino («Apuntes para la historia de Quito» por D. Pablo Herrera). El 2.º documento se refiere á pensiones otorgadas á un hijo de Atahualpa llamado también Francisco.

ron con cantos lúgubres y tristísimos lamentos por el espacio de 250 leguas hasta la ciudad de Quito ¹

El inca Atahualpa, fué el último Soberano de aquel poderoso imperio extendido desde Pasto hasta Chile y con su muerte empezó el tristísimo calvario de su raza. Aun hoy los indios invocan su nombre con respeto, aun hoy la tradición conserva su recuerdo entre los humillados hijos del sol.

¹ VELASCO.—*Historia antigua de Quito.*



SIMÓN BOLIVAR

SIMÓN BOLÍVAR

*¡ Libertad á la patria de los Incas!
¡ Libertad de Colón al hemisferio!
Lauro al Libertador del Cuzco antiguo;
Las vírgenes precitadas
Libres del afrentoso cautiverio,
Himnos de triunfo entonan á Bolívar;
Los pueblos que feliz libra y aduna,
Manco¹ nuevo le llaman
Y con ardiente gratitud le aclaman
El genio de la guerra y la fortuna.*

J. M. HEREDIA (cubano).

Si Bolívar muere sin haberse ceñido una corona, será en los siglos venideros una figura singular. En lo pasado no tiene semejante, porque Washington, no tuvo nunca en sus manos, en las colonias británicas del Norte, el poder que Bolívar ha asumido entre los pueblos y desiertos de la América del Sur.

BENJAMÍN CONSTANT.

Bolívar, la figura más grandiosa de la independencia americana, será también en venideros siglos la más destumbradora en la historia universal. Honrado como Washington, inspirado como éste en el fuego santo de la libertad, guerrero cual Alejandro, desinteresado patriota, fué grande en el apogeo de su gloria y más grande aun y más sublime en el infortunio.

BARONESA DE WILSON.

I



XISTE un pueblo heróico, noble, audaz, encerrado entre pintorescas montañas, esparcido en lozanos valles, cobijado por un cielo siempre radiante y azul.

Vistosos y poéticos caseríos edificados al pie de los riscos, chozas arrulladas por las ondas del mar, cabañas construídas entre breñas, civilizadas é industriosas poblaciones, dan albergue á ese pueblo que desde las edades más remotas toma parte en universales luchas, pertenece á la historia de los siglos y se conserva puro y sin mezcla entre los pobladores del Nuevo Mundo.

El pueblo vascongado cuenta con preclaros descendientes en el mundo de Colón, con ilustres vástagos de los indomables cántabros, que en la gloriosa epopeya de la independencia americana conquistaron

¹ Manco Capac, fundador del imperio de los Incas.

inmortal renombre y esplendorosa página en el augusto libro de la Historia.

Los ascendientes del libertador Bolívar tenían su casa solariega en el señorío de Vizcaya, y como por los años 1590, y en compañía del gobernador Osorio, llegó á Venezuela D. Simón de Bolívar, el primero de aquel noble linaje que se radicó en la ciudad de Caracas.

Enviado á España como procurador general, consiguió ventajas franquicias y regias mercedes, aun cuando una de ellas debía tener gran influencia y funesto resultado para las colonias hispano-americanas:

La autorización para introducir africanos, considerados como esclavos auxiliares de los indios en los trabajos agrícolas.

Esta nueva raza, este cuerpo extraño agregado y mezclado con los diversos que poblaban el continente americano, tuvo en su origen tal vez humanitario impulso; pero abusándose más y más cada día de aquella concesión, llegó á ser tan arbitraria como cruel y mina inagotable para aquellos que especulaban y explotaban aquel nuevo y triste comercio.

Algunos de los historiadores vizcaínos, al mencionar el apellido *Bolívar*, le dan origen éuskaro, añadiendo que la casa primitiva tenía por arma una piedra de molino en campo de plata y que el nombre significa *pradera del molino*.

Dice el ilustrado español D. Antonio Trueba, que la casa de Bolívar ¹ existía desde tiempo inmemorial y que algunos de los antepasados del Libertador, figuraron desde muy antiguo en los gobiernos de Vizcaya y gozaron de preponderante prestigio.

Guerras y disturbios entre la sede episcopal de Armentía y los vizcaínos, dieron por resultado recayeran los bienes confiscados de la casa de Bolívar, en el señorío de Vizcaya; pero la noble familia fundó nueva casa solariega, cambiando su escudo primitivo y tomando el de alguno de sus entronques, siendo el moderno una faja azul con panelas en campo verde.

Añade el erudito escritor español que los labradores censuarios de los señores de Vizcaya, que en aquella comarca eran veintitrés, fundaron á principios del siglo x el monasterio é iglesia de Santo Tomás apóstol, y la casa de Bolívar hizo la fundación á expensas propias.

¹ Dice el Sr. Trueba es puramente latina y extraña al euskaro, al que pertenece el apellido Bolívar.

He creído importantes los anteriores detalles, pues que en ellos se trata de un nombre que tan culminante y tan grande es hoy en la historia americana, causa también para que sea el primero de la época de la independencia en esta galería de inmortales.

Los años pasan, las hazañas se despojan del manto con que el entusiasmo las engalanó ó de las sombras interpuestas por la envidia para obscurecerlas, y cada día aparece más radiante y más pura la memoria de los hombres que las ejecutaron.

A tal altura se encuentran algunas de esas individualidades, que sería audaz y temerario empeño analizar, juzgar su vida y pintarla con gráfica naturalidad y brillante colorido.

La mano del más hábil artista, no ha logrado jamás reproducir en el lienzo la esplendidez del sol.

II

Las majestuosas y elevadas cumbres del Avila coronan un deleitoso valle, en donde alegre, pintoresca, acariciada por suaves auras, se extiende la ciudad de Caracas.

Las mansas y cristalinas aguas del Guaire, sombreadas por altaneras palmas reales, que en ambas orillas ondean sus frondosas ramas, fertilizan y refrescan ese verjel americano.

Dos gloriosos acontecimientos le dan renombre universal.

En aquel privilegiado suelo brotó la independencia sud-americana, y allí también el 24 de julio de 1783, diez años antes de aquel en que el pueblo francés derribó un trono y sobre un río de sangre levantó el altar de la libertad, nació Simón Bolívar ¹.

El genio de la gloria cobijó su cuna: cada paso dado en su infancia le conducía al templo de la inmortalidad. La majestuosa pompa de la naturaleza tropical, inspiró á su corazón de niño la admiración por todo lo sublime, haciéndole partícipe de su grandeza.

Tal vez los secretos designios del Supremo Ser, le privaron de sus padres en la más tierna infancia.

¹ La casa en donde nació el Libertador sirve hoy de oficina para un Banco.

En su pecho no debía albergarse más cariño ni afecto que el amor á la libertad.

Contaba apenas catorce años, cuando fué enviado á España en el navío *San Ndefonso*. En aquella época pertenecía Bolívar, como subteniente, á las milicias disciplinadas de los valles de Aragua.

Coronel de aquéllas había sido su padre D. Juan Vicente Bolívar.

Su noble linaje, su clarísima inteligencia, su gallarda apostura, le conquistaron el favor y las simpatías.

Uno de sus tíos, que se encontraba al servicio del Rey, le prodigó paternal cariño, esmerándose en que adquiriera brillante educación y mayor número de conocimientos que aquellos más generales, que se daban en fin del pasado siglo y que estuvieran á la altura de su clase y fortuna.

Apreciador de su talento y adivinando por él brillante porvenir, solicitó su tío se le enviase como agregado de embajada á alguna de las capitales europeas, pero S. M. no atendió su justa pretensión.

No. ¡Bolívar estaba destinado á ser el redentor de un mundo, el creador de naciones, el apóstol de una idea inmortal!

¡A los diez y nueve años sintió por primera vez el anhelo de amar y ser amado!

Según consta por el siguiente documento que el general O'Leary, en sus memorias, extracta del archivo del Libertador, pronto creó Bolívar familia y hogar.

«Aranjuez 15 de mayo de 1802.

SEÑOR CAPITÁN GENERAL DE CARACAS:

Con esta fecha comunico al Capitán general de Castilla la Nueva lo siguiente:

El Rey se ha servido conceder á D. Simón de Bolívar y Palacio, subteniente del batallón de Milicias disciplinadas de los Valles de Aragua, en la provincia de Venezuela, actualmente residente en Madrid, el permiso que ha solicitado para contraer matrimonio con D.^a María Teresa Rodríguez del Toro, previos los requisitos prevenidos del consentimiento paterno y demás Reales disposiciones.

Lo traslado á V. E. de Real orden para su inteligencia.

Dios guarde á V. E. muchos años.

CABALLERO. »

III

¡Su ventura fué breve: la patria no admitía rivales!

Por misteriosa ley del destino estaba consagrada su existencia á una causa noble y santa, que rechazaba otros deberes y otros afectos.

Ya de regreso en Venezuela, se ocupaba Bolívar en hacer prosperar sus haciendas, entregado á la vida doméstica y buscando en ella solaz y ventura.

Era capitán entonces de las milicias de Aragua; se dedicaba á ejercicios militares y á perfeccionarse para la guerra, cuando terrible epidemia devastó Venezuela, sembrando el terror y la consternación.

El noble hogar de Bolívar perdió su alegre tranquilidad; la joven esposa sucumbió, y el vacío y la soledad, abatieron la entereza de aquel carácter, destinado á perpetua lucha y á sucumbir en ella.

En breve abandonó los lugares, testigos de su dicha.

Los viajes le ofrecían vasto campo, para desarrollar las ideas que ya germinaban en su mente.

De nuevo visitó Europa, y entusiasta por las hazañas de Napoleón, se detuvo en París y presencié el acto de la coronación del emperador.

¿Qué ideas despertaría en su corazón republicano?

Desde esa época, la existencia del hombre extraordinario, que en la historia de la emancipación americana conquistó el primer puesto, se consagra á la patria y á la libertad.

Imposible sería seguirle paso á paso en esa prodigiosa carrera militar, que está enlazada con los hechos más memorables de la independencia.

Venezuela, Nueva Granada, Ecuador, Perú, Bolivia, cinco nacionalidades creadas por el héroe y que hoy son miembros en la gran familia de los pueblos libres, presentan la vida de Bolívar con gráfico esplendor.

IV

En diferentes regiones del continente americano y en diversas épocas se habían sofocado bien organizadas conspiraciones, si no cimentadas en el principio de independencia, ni en el deseo de sacudir el yugo del coloniaje, encaminadas á reformar el sistema administrativo y á obtener algunas franquicias que, colocaran á las vastas regiones conquistadas en más ventajosas condiciones é impulsaran el desarrollo del comercio y de la industria.

La idea de libertad se despertaba, se extendía, brotaba, pero sin forma y cual una aspiración innata en el corazón humano.

La Revolución francesa fué el rayo de luz.

El noventa y tres, la página en donde los pueblos aprendieron á ser libres.

La invasión francesa en España, el pretexto para que las colonias hispano americanas lanzaran el grito de independencia.

Los hombres más ilustres por su elevación de sentimientos é inteligencia, anhelaban crear patria y la engalanaban con todos los adelantos que la libertad podría prodigarle.

Ilustración, prestigio, preponderancia, civilizadoras instituciones y desarrollo de su riqueza.

Cabe la gloria á Venezuela, de haber sido la primera, en aquella nueva era que se presentaba erizada de escollos y de dificultades.

Sin embargo y á pesar de todo, como el descontento era cada vez mayor, se hizo inevitable la evolución política de largo tiempo ambicionada.

Había llegado el día para los pueblos americanos, en que por ley natural se emancipasen de la madre patria y formaran nuevo hogar y familia.

Caracas, tomó la iniciativa. En Quito y en el Alto Perú, habían tenido lugar algunos trastornos en el año de 1809, pero sin resultado alguno para la emancipación americana.

La aurora del 19 de abril de 1810 en Venezuela, extendió sus fulgo-

res por todos los ámbitos del Nuevo Mundo y fué el cimiento de la independencia.

En el movimiento efectuado el 19 de abril de 1810, para cambiar radicalmente en Caracas la forma de gobierno, fué Simón Bolívar uno de los mas entusiastas instigadores, y su juvenil energía, su impetuosidad y decidido empeño por la noble causa le conquistaron prestigio y popular admiración.

«Es un hecho histórico, — dice el ilustrado escritor venezolano Don Ramón Azpúrua, — que para tramar la revolución que comenzó con el suceso del 19 de abril, se tenían reuniones secretas é interesantes en la estancia del joven Simón Bolívar, á las que asistían, con él, su hermano Juan Vicente, los Montillas, los Ribas, Toro y otros actores del gran acontecimiento.»

Establecida la Junta suprema en aquel memorable jueves santo, obligado Emparán por la actitud del pueblo y del Ayuntamiento, y más aun desconcertado por la sagaz y oportuna iniciativa de D. José Cortés Madariaga, ilustre chileno y canónigo á la sazón de la catedral de Caracas, resignó el mando, y la revolución triunfó apenas iniciada.

El arresto de las autoridades españolas se llevó á cabo sin lucha, pues que la tropa fraternizaba con el pueblo, y bien custodiadas, fueron conducidas á la Guaira, en donde á bordo de un buque pudieran esperar su salida para los Estados Unidos.

Con hidalga generosidad procedió la Junta independiente, abonando sus sueldos á las destituidas autoridades y otorgándoles cuanto pudieran necesitar para su viaje á la madre patria.

V

Al divulgarse la noticia de la atrevida evolución efectuada en Caracas, las provincias vacilaron: la costumbre y el respeto á instituciones seculares, rechazaban la libertad de acción.

En Coro, encontraron los emisarios de la Junta suprema, formal resistencia.

Gobernadores españoles, Miyares y Ceballos, populares y estimados, se ocuparon activamente en contrarrestar el cambio político y acusando

de traición á los que representaban la opinión nacional, los enviaron presos á Puerto Rico.

Liberal y alentada por el deseo de popularizar y consolidar el nuevo sistema de gobierno, dictaba entretanto la Junta suprema disposiciones sabias y regeneradoras, cuales eran, la supresión de las alcabalas y el tributo pagado por los indios, procurando á la vez atraerse las simpatías y amistad de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña.

Entre los comisionados enviados por la Junta á las naciones extranjeras, se encontraba Simón Bolívar, ya coronel, quien acompañado por López Méndez y por D. Andrés Bello, partió para Londres, con la noble misión de alcanzar para Venezuela la protección de Inglaterra.

Tal vez los resultados no estuvieron á la altura de sus aspiraciones, pues ligado con España, el Gabinete británico no podía otorgar apoyo al nuevo Gobierno sino bajo la condición de «fidelidad á su legítimo soberano y resistencia á la usurpación de la Francia».

El Marqués de Wellesley, ministro de relaciones exteriores, manifestó por los venezolanos simpatías y cordial interés, insistiendo en nombre del rey de la Gran Bretaña, en recomendar á los comisionados «restableciesen las buenas y amistosas relaciones con la madre patria, para lo cual ofrecía su mediación la Inglaterra, y que entretanto los jefes ingleses de las Antillas, tenían el deber de adoptar cuantas medidas creyesen necesarias para sostener á los Gobiernos de las provincias españolas contra el tirano de la Francia, ya reconocieran ó no, la autoridad del Consejo de Regencia de Cádiz.

Los comisionados comprendieron que el sagaz y altivo Gabinete inglés no iría más allá en su protección, y que aún se había excedido en la cortesía con la cual acogió á los representantes de la Junta suprema de Caracas.

Bolívar, regresó á su patria en compañía de Miranda. El apóstol de la libertad; el maestro para la emancipación de las colonias; el primero que enarboló el estandarte tricolor en tierra sud americana.

Llegaba Bolívar, en momentos decisivos y solemnes: la patria necesitaba del amor, de la inteligencia y del brazo de sus hijos.

Se iniciaba la lucha sin tregua. El horizonte aparecía tempestuoso y sombrío. Anunciaba quince años de guerra y de heroísmo.

VI

Dotado Bolívar de gran fuerza de voluntad, de vasta instrucción y profundo conocimiento de las necesidades y elementos de los pueblos americanos, soñaba con crear en ellos poderosas naciones, y con asidua perseverancia é incesante labor, consiguió no sólo vencer grandes obstáculos, sino despertar al propio tiempo con la magia de su palabra, el entusiasmo de las masas, vacilantes aun entre el respeto al soberano y la aspiración de la libertad.

Al finalizar el año de 1810, la Regencia de Cádiz comisionó á don Antonio Ignacio de Cortabaria para pacificar las provincias americanas sublevadas, ofreciendo perdón y olvido, para que volvieran á cobijarse bajo el pabellón gualdo y rojo.

No era, sin embargo, tan fácil de dar cumplimiento al decreto de las Cortes generales españolas, y Cortabaria, al comunicarlo desde Puerto Rico á la suprema Junta de Caracas y recibir la enérgica y razonada Contestación de aquélla, pudo convencerse de la altitud que tomaban los hasta entonces humildes y sumisos colonos.

La semilla de insurrección cundió más y mas, no sólo fertilizada por la idea de independencia, sino también porque ninguna de las disposiciones adoptadas por el Gobierno español, podían ser á propósito para calmar los ánimos y contrarrestar el influjo de los nuevos principios.

La *Junta patriótica* creada en Caracas á imitación de los célebres clubs franceses, que tan poderosamente ayudaron á la marcha de los acontecimientos del noventa y tres, pugnaba por decidir al Congreso constituido el 2 de marzo de 1811, para que abandonara su marcha vacilante, y Bolívar, el más entusiasta, audaz é intrépido de los caudillos, exclamó en una de las sesiones:

«Unirnos para reposar, para dormir en los brazos de la apatía, fué ayer una mengua, hoy es una traición. Se discute en el Congreso nacional, lo que debiera estar decidido.

»La Junta patriótica respeta como debe al Congreso de la nación; pero el Congreso debe escuchar á la Junta patriótica, centro de luces y de todos los intereses revolucionarios.

»Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad sur-americana: vacilar es perdersnos.»

Tan elocuentes frases, fueron el cimiento del acta de independencia del 9 de julio de 1811.

En el mismo año y pocos meses después, se afianzaba el principio federal con la Constitución para los Estados Unidos de Venezuela.

Era el más admirable evangelio de los pueblos libres.

El libro del ciudadano.

El altar de sus derechos.

En la mayoría de las que fueron colonias españolas, se proclamaba la independencia, preparándose á la lucha á pesar de que la escasez de recursos, las antiguas leyes y las costumbres, paralizaban la marcha que hombres como Bolívar deseaban fuera rápida y gloriosa.

El congreso constituyente de Venezuela suspendió sus árduas tareas el 15 de febrero de 1812, aquel congreso, que había proclamado las sabias leyes de la república y que debía congregarse de nuevo el primero de marzo.

A grandes rasgos hemos reseñado algunos de los acontecimientos de aquella época, hasta el momento en que ya Bolívar, elevándose sobre la generalidad de los seres, fué el meteoro más radiante de la independencia, el hombre extraordinario que soñó y realizó la emancipación de vastos territorios, creando en ellos cinco nacionalidades independientes.

VII

La libertad tan deseada, estaba en peligro.

Diariamente recibían los patriotas noticias desconsoladoras.

El horizonte venezolano aparecía sombrío y tempestuoso, triste y amenazador.

El marqués de Toro había rehusado el mando supremo que con instancia le ofrecieron los independientes, y en tal conflicto, se fijó el Poder Ejecutivo en Miranda, confiriéndole el mando de las tropas, con el título de generalísimo, contrarestando la opinión de una gran mayoría de largo tiempo opuesta al nombramiento.

En aquella época era importantísimo conservar la plaza de Puerto

Cabello, pues que en ella se encerraba el parque del ejército y Miranda, entre los jefes más valientes y decididos, escogió al coronel Bolívar para mandar y custodiar la población.

Algunos contemporáneos del Libertador y fieles narradores de aquella larga contienda, aseguran que el generalísimo manifestó siempre decidido empeño de alejar á Bolívar del ejército de operaciones ¹, y que en una ocasión, pidió Miranda al Poder Ejecutivo la separación del bizarro venezolano en aquella campaña «Porque, señor, —dijo,— éste es un joven peligroso».

En la obra *Documentos relativos á la vida pública del Libertador*, se consigna que llevado el general en jefe de su prevención contra Bolívar, en lugar de emplearle con utilidad en la campaña, le destinó á servir la comandancia de Puerto Cabello, en donde experimentó una desgracia en su carrera militar.

Efectivamente, la traición enarboló en el castillo de San Felipe la bandera española y la guardia, infiel á sus juramentos, puso en libertad á los presos españoles y en compañía de ellos hostilizó á la población con su artillería.

En tan críticos momentos, quiso Bolívar sostenerse y esperar auxilio del generalísimo, pero éste, ignorante de cuanto sucedía en Puerto Cabello y atento sólo á los movimientos del jefe español Monteverde quien acababa de ser derrotado en Victoria, no pensaba en otra cosa que en mantenerse á la defensiva.

Noticioso Monteverde del buen éxito de sus planes en Puerto Cabello, marchó de San Mateo para Valencia: desde allí dispuso la salida de algunas tropas para que, se posesionaran del importante puerto que una infame traición le entregaba.

Bolívar hizo un esfuerzo desesperado para detener al enemigo que se adelantaba.

Envió á su encuentro doscientos hombres al mando de los coroneles españoles Jalon y Mires, pero este último regresó á la plaza con siete hombres; el resto había sido derrotado, quedando Jalon prisionero.

Aun con los cuarenta soldados que le quedaban intentó Bolívar defenderse fuera de la población, pues los habitantes, temerosos del estrago que causaba la artillería del castillo, habían capitulado.

¹ José Austria, oficial á las órdenes de Miranda.

La suerte continuó siendo contraria para los patriotas, y Bolívar, abandonado por sus compañeros, determinó embarcarse en el bergantín *Zeloso*, acompañado por sus oficiales, trasladándose á la Guaira y de allí á Caracas, desde donde participó al generalísimo el infausto suceso.

La posesión de Puerto Cabello dió á las tropas españolas armas y municiones, alentando su decaído espíritu pero abatiendo por completo al general Miranda, quien aceptó la capitulación propuesta por el jefe español Monteverde y por la cual, las provincias venezolanas aun fieles á la idea republicana, debían prestar de nuevo obediencia por el antiguo régimen.

No se había firmado aún la capitulación cuando, se empezaron á sufrir las fatales consecuencias.

Dice en sus apuntes el general Briceño Méndez, amigo íntimo y secretario privado de Bolívar, que éste no conforme con la capitulación que sometía su país de nuevo á los españoles, se dirigió á la Guaira, determinado á embarcarse para el extranjero, con varios oficiales del ejército republicano, pero el jefe de los realistas había dado una orden para impedir el embarque de todos. Briceño añade «exceptuando á Miranda»; otros historiadores aseguran que esta excepción fué únicamente para exasperar á Bolívar y á sus compañeros impulsándoles á dirigirse contra el generalísimo, como lo efectuaron y engañados por infames calumnias propaladas contra el venerable apóstol de la libertad.

Bolívar, acompañado por el coronel José Felipe Ribas y el capitán Francisco Ribas Galindo, pudo lograr la evasión, con pasaporte de Monteverde, obtenido por la influencia del español don Francisco Iturbe, leal amigo del patriota venezolano.

Tan repetidos desastres, no disminuían ni aun doblegaban el valor de aquellos que rendían culto á la diosa libertad, y que anhelaban la independencia americana con verdadero fanatismo.

En Curazaó, recibió Bolívar la noticia de la confiscación de sus cuantiosos bienes, cuando estaba preparándose para dirigirse á la Nueva Granada.

La pérdida de su fortuna no le abatió: ya en su mente bosquejaba gigantesco plan que debía conquistarle imperecedera gloria.

Dispuesto á sacrificar sus intereses y su vida en aras de aquel pensamiento, salió de Curazaó dirigiéndose á Cartagena (Nueva Granada), adonde llegó en los primeros días de Octubre de 1812.

Bolívar no tenía otros elementos para la magna empresa, que su valor, su perseverancia y su amor patrio; este conjunto ofreció al llegar á Nueva Granada, para ayudar á ésta en la lucha que sostenía por su independencia, pensando en reconquistar más tarde la de Venezuela, pues era indispensable para consolidar la primera obtener también la segunda, decía el denodado caraqueño, en el manifiesto publicado en Cartagena, el 15 de Diciembre de 1812.

VIII

En aquella época había sido nombrado para la comandancia de Barranca, bajo las órdenes del francés Labatut.

Pero Bolívar no podía permanecer en la inacción: con algunas fuerzas que había logrado organizar se dirigió á Tenerife para arrebatársela á los españoles y, facilitar la navegación del alto Magdalena.

El éxito coronó su esfuerzo, y de triunfo en triunfo llegó hasta Ocaña, batiendo por doquiera á las tropas enemigas y conquistando tanto prestigio como entusiasta admiración.

El coronel Castillo, jefe militar de Pamplona, solicitó por entonces el auxilio de Bolívar para contrarestar las fuerzas del jefe español Correa, quien se encontraba en la frontera venezolana.

El caudillo de la independencia accedió con inmenso júbilo, á los deseos de Castillo.

Acercarse á Venezuela, luchar por su libertad, era la más ardiente aspiración del héroe.

Para lograr su plan, solicitó permiso del gobierno de Cartagena y obtenido, emprendió aquel viaje que gloriosamente compartieron con él, cuatrocientos hijos de la heroica Mompox,¹ algunos venezolanos y cartageneros.

Por escabrosas sendas, á través de la cordillera y ya reunido con las escasas fuerzas de Castillo, atravesó en frágil canoa el caudaloso Zulia, se avistó con las fuerzas realistas y las derrotó consiguiendo

¹ Ciudad del Estado de Bolívar, situada á la orilla del río Magdalena.

abandonaran en poder de los patriotas, el parque y numerosos objetos de valor comercial.

Alentado Bolívar por tantos brillantes resultados, no vaciló para emprender la conquista de Venezuela y hacerla grande é independiente.

Ya por entonces, su creciente popularidad despertaba rivalidades, y éstas entorpecieron los planes que su patriotismo formaba.

Lucha estéril sostenía el jefe venezolano con el gobierno general de la Nueva Granada, el que vacilaba no prestando todo el valor que en sí tenían á los atrevidos planes de Bolívar, quien con inquebrantable fe y grandeza de alma arrostraba dificultades y caminaba sin detenerse por el camino que debía conducirle al anhelado fin.

El guerrero llevó en corto tiempo á feliz término, la conquista de dos provincias venezolanas y la independencia nacional tomaba forma ante la voluntad de un solo hombre; era la obra de un genio que hoy aparece aun más colosal é inspirado, á medida que los años pasan y crece la distancia, aumentando su gloria y disminuyendo los efectos de la malevolencia, de la envidia y de la rivalidad.

Las victorias sucesivas de Niquitao y de Horcones, en donde preé y gloria alcanzaron los oficiales Urdaneta y Ribas, contra los españoles, y otros reñidos encuentros, aumentaron considerablemente el armamento de los patriotas y los recursos de los vencidos; ensancharon el escabroso camino que seguía Bolívar y lo condujeron hasta Caracas, en donde el pueblo, frenético y entusiasta, le daba el nombre de padre de la patria y el dictado de Libertador.

IX

Obra de gran aliento y de extensísimas proporciones sería aquella que, paso á paso, siguiera á Bolívar, y más bien que biografía, fuera el relato de esa brillante época de la independencia sud americana que presenta en cada página, en vasto espacio y con indelebles rasgos al Alejandro del Nuevo Mundo.

Bolívar dominó á los hombres y libertó á los pueblos. Con la magia de su talento y de su palabra á los primeros: con el arrojo, la perseverancia y la fe á los segundos.

En sus proclamas, en sus cartas, en sus discursos, se le adivina y comprende: su alma generosa, prestaba vigor á la palabra, expresión y sublimidad al pensamiento.

Poseedor de una gran fortuna y ocupando notable posición social, sacrificó ambas en aras de su amor patrio, y sin embargo, ha sido calificado de ambicioso.

¡Sí; ambicionaba la grandeza y el prestigio para el continente americano; ambicionaba la gloria de consolidarle!

Bajo tal aspecto, Bolívar fué ambicioso; ¡pura y heroica ambición, sed de renombre y de libertad para todo un continente!

Por entonces, empezaba ya esa lucha de partidos, que tanto ha influido é influye en la suerte de los pueblos hispano-americanos.

Bolívar luchaba con el principio federalista, comprendiendo y abarcando, con su mirada de águila, las dificultades que surgirían en países nuevamente emancipados, si perfecta unidad no presidía al constituirlos.

Sangrientos episodios, terribles represalias de vencidos y vencedores aterraban á los sencillos habitantes de los pueblos y esto provocaba descontento, vacilación y rebeldía. Bolívar no sólo luchaba con los ejércitos españoles, sino que á la vez encontraba enemigos entre aquellos por quienes sacrificaba porvenir y fortuna; pero el desaliento no encontró jamás albergue en su alma, ni la desgracia y decepciones lograron abatir su levantado espíritu.

A los brillantes triunfos siguieron las derrotas; á los laureles recogidos en Bárbula, á la victoria de las Trincheras á la heroica hazaña de San Mateo y al triunfo de Carabobo, siguieron los desastres de La Puerta y de Barquisimeto, en donde los patriotas murieron á centenares tras de porfiada lucha, siendo muchos asesinados y otros prisioneros de Bóves.

Poco después en Valencia capitulaba Escalona y entregaba la población al jefe español, sin haber podido cumplir las órdenes de Bolívar, relativas á la defensa de aquella importante ciudad.

X

Poco á poco se desmoronaba el edificio levantado con titánicos esfuerzos. Caracas fué también ocupada de nuevo por los españoles, y el héroe de la independencia venezolana se encaminaba hacia la costa con el corazón hecho pedazos por el peso del infortunio, y no ignorando que Morales, jefe de infantería á las órdenes de Bóves, había sido enviado en su persecución.

El caudillo, sin embargo, intentó rehacerse y probar de nuevo en Aragua si continuaba la suerte siéndole contraria: allí peleó con denodado esfuerzo, haciendo frente á 8,000 hombres con 2,000 que había logrado reunir.

Nuevamente fué vencido, no sin graves pérdidas para los contrarios, quienes en aras de la venganza inmolaron numerosas víctimas: ¡día funesto en el cual perecieron 4,700 hombres!

Bolívar abandonó Aragua de Barcelona dirigiéndose á Cumaná y embarcándose poco después para la Margarita, acompañado por Mariño siguiendo la opinión de otros jefes, que veían imposible la resistencia.

Un filibustero italiano llamado Bianchi, á quien la sed de medrar había puesto al servicio de Venezuela, mandaba la escuadrilla, á bordo de la cual había trasladado Mariño, caudales, armas y municiones que se encontraban en Cumaná, y como tuviera la seguridad de que el Libertador, llevaba consigo valiosas joyas que el alto clero caraqueño le había entregado para que haciendo uso de ellas buscarse recursos que sirvieran á la causa de la libertad, intimó á Bolívar le entregase el tesoro despojándole de este porque no había fuerza allí que se opusiera. Después vencido por las reclamaciones de los patriotas les cedió dos de sus buques, y algunas joyas.

Bolívar y Mariño formaron entonces otro plan, y abandonando el viaje á Nueva Granada, hicieron rumbo á Carúpano en donde desembarcaron el 3 de Septiembre, resueltos á nuevos sacrificios por la independencia de la patria.

¡Inútil esfuerzo! Los envidiosos y los intrigantes habían logrado se diese un decreto de destierro contra ambos caudillos, como traidores por

haber abandonado el ejército. Ocupaban los primeros puestos Ribas y Piar; el primero voló á Carúpano, prendió á Mariño y dejó en libertad á Bolívar, pero destituido de mando. La suerte les protegió de extraño modo valiéndose del propio Bianchi como auxiliar é inspirándole la idea, por remordimiento ó capricho, de presentarse á Ribas reclamándolos en actitud amenazadora, y auxiliados por el italiano salieron el día 8 para Cartagena.

XI

Para seguir á Bolívar en el vastísimo camino de su gloria, fuera preciso escribir no una biografía, sino la historia americana de casi medio siglo en la cual ocupó tan ancho campo.

Era aquel hombre águila caudal cuyo raudo vuelo se perdía en la inmensidad, sin encontrar rival en su camino.

Era un titán, que creaba naciones con el poder de su enérgica bravura y poderosa voluntad.

Hemos dado gran extensión á la primera época de su vida, y hemos señalado los inconvenientes y las trabas que se presentaban á su paso, para llevar á feliz término la magna idea de la libertad é independencia sudamericana.

Era Bolívar, del número de aquellos que conciben un pensamiento grandioso sin mezclar en él interés ninguno personal.

Su actividad maravillosa, su potente constancia y su sereno valor para arrostrar el peligro, hicieron que jamás decayera su espíritu en los momentos de prueba. Creó héroes como pueblos. ¡Cuántos hombres han llegado al templo de la inmortalidad por haber combatido á su lado! Emprendió con algunos valientes, una lucha titánica, contra soldados numerosos y aguerridos, y sus esfuerzos se estrellaron á veces ante la intriga, la calumnia ó la envidia de aquellos á quienes intentaba dar patria y libertad. Fué amado cual ninguno, admirado hasta el delirio; pero también blanco de odios y de ingratitud sin ejemplo.

Bolívar, hoy aparece como un genio sin par, como un ser extraño, único en la Historia, que apenas cumplida su difícil y portentosa misión en la tierra, desaparece dejando profunda y luminosa huella.

Volvamos á su época y evoquemos los hechos á grandes rasgos.

Interin el caudillo salía de Carúpano y surcaba el Océano con rumbo á Cartagena, triunfaba Bermúdez del jefe español Morales, en la batalla de Maturín, apoderándose de pertrechos de guerra, provisiones y numerosos prisioneros. Morales tuvo que emprender la fuga hasta Urica en donde aguardó la llegada de Bóves.

Con el resultado obtenido, cobraron nuevos bríos los patriotas y más aun con el que alcanzó Piar en la Quebrada de los Frailes al dirigirse á Cumaná, por orden de Ribas, para proteger la marcha de los emigrados caraqueños hasta Maturín.

Sabedor Bóves de todo lo ocurrido, dispuso inmediatamente ir á combatir a Piar, quien desobedeciendo las órdenes recibidas permanecía en Cumaná, en donde pensaba hacerse fuerte con 2,000 hombres que había logrado reunir.

Desgraciadamente, Bóves lo derrotó en la Sabána del Salado, pereciendo en ella la mayor parte de los patriotas; desde aquel momento la victoria acompañó á los españoles, aun cuando el triunfo en la jornada del 5 de Diciembre de 1814 costó la vida á Bóves: un soldado, cuando la batalla estaba aún indecisa, le atravesó el pecho con una lanza, y sin embargo, en vez de influir este acontecimiento en favor de los independientes, no fué así, y el valeroso Castillo, que mandaba la infantería, pereció con toda su gente *toda, toda*, cercada por el ejército contrario, según dice Baralt ¹.

Pocos días después, á pesar del valor y heroísmo de sus defensores, cayó la noble Maturín en poder de Morales, sucesor de Bóves.

Bermúdez se refugió con 200 hombres en la montaña del Tigre, y Ribas se dirigió hacia Barquisimeto; pero sorprendido en los montes de Tamanaco cuando estaba entregado al sueño fué conducido prisionero al vecino pueblo, en donde á manos de la plebe amotinada perdió la vida, y su cabeza, aun cubierta con el gorro frigio, fué puesta en una jaula y colocada en el camino de la Guáira á Caracas.

Bolívar, entretanto, luchaba en la Nueva Granada contra la adversidad á pesar del apoyo que encontraba en el Gobierno general. La calumnia se oponía á la realización de sus patrióticos deseos.

Sometido Bogotá al ejército republicano, dispuso el Gobierno de la

¹ Resumen de la historia de Venezuela.

Unión la toma de Santa Marta, apenas defendida por débil guarnición, comisionando á Bolívar para empresa de tal importancia.

Reunido un cuerpo de tropas en Santa Fe, salió el caudillo para Cartagena, en donde por las órdenes del Gobierno debían suministrarle pertrechos de guerra para llevar la campaña á feliz término.

En la heroica Mompox, se ocupó Bolívar en organizar sus tropas y desde allí escribió al jefe militar de Cartagena para solicitar el cumplimiento del mandato superior; pero aquel jefe se negó á prestarle apoyo, rechazando toda proposición amistosa que dictaban á Bolívar la prudencia y el amor á la santa causa.

Perdida la esperanza de obtener los auxilios pacíficamente y habiendo empleado cuantos medios estaban á su alcance para evitarlo, determinó Bolívar atacar la plaza, sin contar las consecuencias que tuvo para la ciudad el inconcebible odio del jefe militar Castillo: ¡cuántos hombres útiles á la patria perecieron en aquella lucha civil que prestaba mayor fuerza y aliento á los enemigos! ¡Todo le era contrario al Libertador! ¡todo se oponía á sus más vehementes deseos! se le negaban víveres, se le hostilizaba, pretendiendo que él y sus venezolanos saqueaban y arruinaban pueblos y haciendas.

XII

La llegada de Morillo á Venezuela mandando fuerzas considerables, enmudeció los rencores; pero Castillo siempre opuesto á marchar de acuerdo con Bolívar, desbarató los planes que podían contrarestar en parte los del enemigo, quien aprovechándose entonces de las circunstancias se había apoderado de Mompox, y era demasiado tarde cuando las autoridades de Cartagena, dieron un manifiesto reconociendo su error y fraternizando con Bolívar.

Sentimientos indignos del levantado amor patrio, dieron nuevos triunfos á los españoles y crearon grandes dificultades para la anhelada independencia.

Comprendió Bolívar, que nada podía hacer por la libertad en aquellos momentos y salió para Jamaica, condenándose á voluntario ostracismo; desde allí, con fecha 10 de Julio de 1815, escribió una nota al

Gobierno Supremo de la Unión, dictada por el más acendrado patriotismo pero traduciéndose en ella la amargura del corazón herido.

¹ «Estoy tranquilo, — dice, — en mi conciencia; conceptúo que he llenado mi deber; que he procurado el bien, que he huído de la guerra doméstica, y que he sacrificado todo por la paz.»

Poco después de salir Bolívar para Kingston, fué tomada Cartagena por Morillo.

Por aquel entonces un negro libre, criado de Bolívar, llamado Pío, intentó asesinarle seducido por la oferta de dos mil pesos que ofreciera don Salvador Moxó, gobernador y capitán general de Caracas.

² «Bolívar había dormido por dos noches en el cuarto de Páez, posada de Rafael Poisa, en la esquina de la calle de la Princesa (Kingston). Para la tercera ya había encontrado las piezas de Madame Julienne y no volvió. Ocupó su hamaca el emigrado Félix Amestoy, comisario de la guardia de honor del general Bolívar, y como Pío no supiese si su amo había entrado ó no, á eso de las diez y media de la noche del sábado 9 de Diciembre, fué á tientas á descubrir si aquél había llegado...

» El peso de la hamaca le hizo sospechar que sí.

» Dormía tranquilo en ella el pobre Amestoy, cuando el negro le tiró una puñalada y le hirió horriblemente por el pescuezo. Amestoy tuvo ánimo para reincorporarse y gritar: «Páez, Páez, que el negro me asesina.» En este instante Pío descargó otra vez su brazo y le enterró el puñal en el corazón.

» Esta feliz casualidad salvó de la muerte al Libertador de Colombia y del Perú.»

Venezuela y la Nueva Granada, estaban humilladas, pero no vencidas; en sus llanuras y en sus ciudades se disputaba palmo á palmo el terreno, y realistas y republicanos peleaban con singular denuedo; unos por lealtad al juramento prestado y por el honor de España; otros, por sublime y venerado principio.

Más poderosa que nunca agitábase en la mente de Bolívar la idea de libertad; conducíanle su fe y su entusiasmo á los Cayos de San Luis, en donde Petión, Presidente entonces de la república de Haití, ayudó

¹ Tomo 5.º, pág. 303, Blanco y Azpurua. — *Apuntes para la historia del Libertador.*

² Tomo 5.º, pág. 349. — *Documentos para la historia pública del Libertador.*

eficazmente al noble general venezolano, pues su alma generosa no sólo comprendía la abnegación de Bolívar, sino que veía surgir de la independencia americana, la emancipación de los esclavos.

Aquellos dos seres tenían dos almas hermanas: el Libertador era el apóstol de una idea grande y redentora, Petión, aspiraba á redimir su raza.

Un reducido número de valientes salió de los Cayos en la escuadrilla mandada por Luis Brion; entre todos serían 250 hombres ¹ de desembarco. Mariño era jefe de estado mayor; Carlos Soublette, después inmortal en la historia americana, acompañaba á Bolívar, así como Piar, el escocés Mac-Gregor, Brizeño Méndez secretario del general en jefe y el granadino Francisco Antonio Zea, que tan alto renombre conquistó más tarde.

En Abril de 1816, se inició la campaña con la captura del «Intrépido» y de la goleta «Rita» que bloqueaban los puertos de la isla de Margarita.

Vuela Bolívar á Carúpano, y sin gran resistencia se apodera de la población y desde allí escribía al general Marión, gobernador de los Cayos, y le decía estas sublimes palabras en uno de los párrafos:

«He proclamado la libertad absoluta de los esclavos.»

La fama daba fabulosas proporciones al pequeño ejército, y los realistas no podían creer en el arrojo de Bolívar, ni que se lanzara con un puñado de hombres á combatirlos.

El desastre de Ocumare probó una vez más la constancia del jefe independiente, y cuando arrostrando peligros sin cuento llegó á Güiría, las tropas que allí tenía Mariño desobedecieron su autoridad y faltó poco para que fuera víctima de Bermúdez, y de la ambición que por momentos se enseñoreaba del pecho de Mariño.

XIII

Una vez más solícito Bolívar asiló en Haití; de nuevo el noble Petión le prestó desinteresado apoyo para la campaña que debía emprender.

¹ Baralt y Austria.

Entretanto los patriotas habían alcanzado algunas victorias en el Juncal, Quebrada Honda y el Alacrán; pero para consolidar la libertad y obtener sólidos resultados de aquellos triunfos, se necesitaban la energía, el prestigio y el superior talento de Bolívar.

Tanto por su ardiente amor á la patria cuanto porque ésta lo llamaba como á su salvador, salió del puerto de Jacquemel el 28 de Diciembre de 1816.

Aquel hombre era infatigable: llevaba hasta el heroísmo la generosidad, pues á su regreso al suelo venezolano y olvidando la ingratitud de los que en Guiría le escarnecieron y le insultaron, los trató como amigos, colmándoles de distinciones.

La campaña de 1817 fué reñida y constante, resaltando en ella el potente impulso y el genio creador del Alejandro americano.

Las victorias alentaban á los patriotas á la par que los reveses eran fuente de vigoroso brío para los realistas, y un día unos, y otro día otros, creían seguro y consolidado el triunfo. Cumaná, Barcelona y las llanuras de Caracas eran libres. Páez ocupaba el centro entre el Apuré y el Arauca, y la brillante batalla de San Félix, ganada por el valeroso Piar, enriqueció á los republicanos con armas, municiones, dinero y hombres. Bolívar, que todo lo veía con su mirada de águila, comprendiendo la importancia de comunicar con el exterior por las bocas del Orinoco, resolvió transformar las insignificantes piraguas en buques de guerra. El resultado no coronó sus esfuerzos, pues fueron tomados por los enemigos en la salida del Caño de Casacoima.

Cuenta Restrepo, que Bolívar, en la crítica situación que se encontraba al ser la escuadrilla presa de los españoles, había desnudado su garganta y preparado un puñal para degollarse antes de caer en poder de los realistas. ¡Cuán diferente tal vez habría sido la marcha de los sucesos si se hubiera realizado tan terrible acontecimiento! En la noche de ese mismo día hablaba el Libertador con sus compañeros, y con los colores de su brillante imaginación pintaba libres á la Nueva Granada y Venezuela; al pabellón tricolor flotando sobre la cima del Chimborazo, y más tarde las banderas victoriosas ondeando en el Perú independiente. El Capitán Martel que escuchaba, exclamó: «Nos hallamos sumidos en la última desgracia, Bolívar está loco.»

Durante el curso de estos acontecimientos, Piar, movido por celoso impulso y ambiciosas ideas, procuró extraviar la opinión pública sem-

brando la discordia entre los jefes é induciéndoles á desconocer la autoridad del Libertador. Éste, sabedor de tales maniobras, llamó á Piar al cuartel general pretextando era para que ocupase su puesto en el ejército, pues por licencia solicitada hacía algún tiempo con empeño, se encontraba fuera de servicio.

No acudió al llamamiento, y entonces Bolívar, convencido de que las maquinaciones continuaban, dió orden para prenderlo en Angostura. Piar se fugó á Maturín y después á Aragua de Barcelona, en donde fué preso y de allí conducido á Angostura; sometido á un consejo de guerra y condenado por unanimidad de votos á ser pasado por las armas, sufrió el castigo de su falta que empañó los brillantes servicios prestados á la santa causa de la independencia.

Los triunfos de Calabozo y San Fernando, la ocupación de los valles de Aragua, compensaron el desastre de la Hogaza, y aun cuando en la batalla de Sémen fueron vencedores los españoles, ya los patriotas, fuertes y animados por la inquebrantable energía de Bolívar, no perdían terreno ni decaían en sus esperanzas, y los realistas vieron con asombro surgir nuevas legiones en donde creían encontrar sólo restos dispersos del ejército derrotado en el Sémen y en el cual fué peligrosamente herido Morillo.

XIV

Nuevos desastres comprometieron al denodado ejército republicano, y en Cojede y en los Patos, quedaron de nuevo á merced de los españoles las llanuras de Calabozo hasta el río Apuré.

El ejército independiente había sucumbido casi en totalidad: parte en los combates, y parte prisionero de los realistas.

Y sin embargo, no desmayaba Bolívar. El descendiente de los indomables vascongados había heredado su porfiada bravura.

Los ejércitos españoles, aguerridos, numerosos, aquella infantería admirable y casi invencible, encontraban dignos adversarios.

Contaba Bolívar para el ejército de Venezuela con esforzados caudillos, como el heroico Páez, Monagas P. Urdaneta, Cedeño, Mariño y

otros, por lo cual formó el atrevido plan de libertar á la Nueva Granada; pensarlo, era ponerlo en ejecución.

Don Francisco Antonio Zea, fué elegido Vicepresidente durante la ausencia del Libertador.

Las lluvias inundaban los campos de Venezuela. Morillo había tomado cuarteles de invierno cuando Bolívar, se puso en marcha para la Nueva Granada con soldados medio desnudos, escasos en número (2,500 hombres), acostumbrados al clima abrasador de Venezuela, que debían atravesar anchos ríos, campos inundados, subir la cordillera Andina y soportar el frío de sus perpetuas nieves.

Fueron tan rápidos los movimientos del caudillo, tan inesperada su aparición en suelo granadino, que al llegar la vanguardia mandada por el general Santander á la fuerte posición española de Payá, los prófugos del primer combate y primera victoria de los independientes, llevaron á los realistas el aviso de su llegada.

Imposible sería describir las penalidades de su marcha, el frío que agobiaba á los soldados y del cual muchos morían, y los que pudieron resistir llegaron á la hermosa provincia de Tunja exánimes y sin fuerzas. En situación tan desesperada, nadie sino Bolívar hubiera podido hacer frente.

El enemigo tenía su cuartel cercano y era preciso no darle tiempo de aprovechar la mala situación de los patriotas. Tres días bastaron para que aquel hombre, templado como el acero, allanara todas las dificultades y reorganizase su diezmado ejército.

Jefes como Santander, Soublette y Anzoategui, le secundaron con activa eficacia.

Después de la acción de Gámeza pasó Bolívar el río Chicamocha y tomó posiciones en los corrales de Bonza.

Por patriotismo y por el ascendiente de su jefe, no murmuraba el ejército; pero sufría con el rigor del clima y la falta de vestuario.

Numerosos partidarios de la libertad acudían al campamento: unos para alistarse como voluntarios; otros llevando víveres y caballos para aquellos que, más que temor, inspiraban al enemigo irónica compasión; pero llegó el día del combate, y en la acción de Vargas, ganada por los patriotas y en la que fueron desalojados los realistas de todas sus posiciones, comprendieron éstos que el amor á la libertad transformaba en leones á los míseros *llaneros*.

El Libertador, aprovechándose de la obscuridad de la noche y por sorpresa, se apoderó de Tunja, haciendo prisionera á la guarnición y tomándole su vestuario, fusiles y pertrechos.

El día 8 de Agosto de 1819 se dió la decisiva batalla de Boyacá: la derrota del enemigo fué completa; la independencía de la Nueva Granada fué el resultado de aquella gran victoria. Siguió Bolívar su marcha para Santa Fe de Bogotá, y sabiendo que el virey Sámano al tener noticia de la acción de Boyacá había abandonado la capital acompañado por sus edecanes y criados, tomó posesión de la ciudad, el 10 de Agosto á las cinco de la tarde.

XV

Tan hábil gobernante como esforzado guerrero, ocupóse durante un mes en organizar ejércitos, en surtirlos de armamentos y municiones, de la administración política, nombrando como vicepresidente de la Nueva Granada al general Santander, uniendo aquélla con Venezuela bajo el mando de un jefe supremo.

Colombia estaba creada. Bolívar, con habilidad suma, corregía una injusticia incalificable rindiendo homenaje á la memoria de Colón.

Al dictar el Congreso de Angostura la ley fundamental para la gran república, decía:

«ARTÍCULO 1.º Las repúblicas de Venezuela y Nueva Granada quedan desde este día reunidas en una sola bajo el título glorioso de *República de Colombia*.»

Con ese nombre debía conocerse toda América.

Ya entonces, el Ecuador era libre en el pensamiento de aquel que no encontraba obstáculos ni barreras para su fuerza moral. La misma ley, añadía:

«ARTÍCULO 5.º La *República de Colombia* se dividirá en tres grandes departamentos, Venezuela, Quito y Cundinamarca que comprenderá las provincias de Nueva Granada, cuyo nombre queda desde hoy suprimido. Las capitales de estos departamentos serán Caracas, Quito y Bogotá.»

Colombia fué la creación augusta del genio; las brisas de las vírge-

nes selvas de Orinoco mecieron su cuna, é inmarcesible lauro coronó su frente.

La proclama del 8 de Marzo de 1820 dirigida por Bolívar á los colombianos, concluía con las siguientes palabras, brillante reflejo de la idea que había guiado los pasos del Libertador: *«la intención de mi vida ha sido una, la formación de la república de Colombia, libre é independiente entre dos pueblos hermanos; lo he alcanzado: ¡viva el Dios de Colombia!»*

XVI

Los acontecimientos políticos que habían tenido lugar en España dieron por resultado que solicitase Morillo una suspensión de hostilidades, pues el rey Fernando VII había jurado en Cádiz la Constitución del año 1812 y esto hacía creer que de nuevo reinase la paz entre España y Colombia.

Proclamado el código de la nación, intentó Morillo entenderse con el Congreso nacional y con Bolívar para entablar negociaciones: los patriotas rehusaron; pero el Libertador, comprendiendo que podía ser conveniente para el ejército y para el país, accedió á la proposición de armisticio á condición que se hiciera canje de prisioneros y de que Colombia tuviera toda clase de garantías, y se guardara respeto y consideración á los pueblos vencidos y ocupados alternativamente por ambos gobiernos.

El armisticio era por seis meses.

Firmado ya el tratado, manifestó Morillo el deseo de tener una conferencia con Bolívar, quien, al aceptar, se puso en marcha para Santa Ana acompañado únicamente por algunos jefes y oficiales.

En aquel sitio también aguardaba el jefe español: ambos echaron pie á tierra y se confundieron en estrecho abrazo.

Morillo había mandado preparar una comida sencilla y sin etiqueta, fraternizando en ella ambos generales y los jefes que los acompañaban. La caballeresca hidalguía de Bolívar, su elevada inteligencia, su cortesanía y franco alborozo por la paz cautivaron á Morillo y á su vez, la rudeza de soldado, la cariñosa acogida y la expansión del jefe español despertaron en el Libertador estimación y simpatía fraternal, brindando ambos por la paz y por los valientes de ambos ejércitos. Poco después

Morillo salía para España: eternamente conservó el recuerdo de aquel día, y entusiasta afecto por el americano sin par que le había electrizado con la magia de su palabra, con la tenacidad y la resistencia en la lucha, y con su heroico valor.

«Es uno de esos hombres que nacen, no para obedecer, sino para mandar y que se imponen por la admiración y por el cariño que inspiran».¹

El pronunciamiento de Maracaybo y la ocupación de la ciudad por las tropas de Urdaneta en Enero de 1821, anuló el armisticio y de nuevo se rompieron las hostilidades á pesar de los esfuerzos que para evitarlo hizo el general Latorre, sucesor de Morillo. Pero la impaciencia era mucha; gran parte del territorio estaba aún ocupado por los españoles, y alegando el mal estado del ejército, dió Bolívar á Latorre los cuarentá días de término estipulados en el armisticio. Rota la tregua, favoreció la suerte á los independientes, y la victoria de Carabobo aseguró la libertad de Colombia.

El día anterior á la batalla, 23 de Junio de 1821, pasó Bolívar revista al ejército, arengándole con aquella elocuencia que era uno de sus mayores auxiliares.

Al encontrarse frente á la legión británica dijo: «Mañana veréis que los colombianos son dignos de pelear al lado de los hijos de Albión» y después dirigiéndose á todos exclamó: «Mañana seréis invictos en Carabobo».²

La primera división, al mando del valiente Páez y en la cual estaba incluida la legión británica, se cubrió de gloria, rodilla en tierra y al grito de ¡viva la América libre!

En el diezmado ejército español, el batallón primero Valencey, mandado por el coronel D. Tomás García, se defendió con intrépida bravura haciendo la retirada con tan admirable acierto que pudo considerarse como una victoria. El ejército independiente tuvo escasas pérdidas; pero una, conmovió profundamente al Libertador: la muerte del bizarro general Cedeño. «Murió como merecía terminar su carrera, el bravo entre los bravos de Colombia».³

¹ Palabras de Morillo. En 1882, mi abuelo D. Ramón Serrano y Peñalver conoció en Galicia á Morillo y le escuchó el relato de la entrevista con el Libertador.

² Palabras de Bolívar.

³ Ilustración de Bogotá, 24 de Junio de 1870, aniversario de la batalla.

XVII

Con la rendición de la Guayra terminó la campaña de Venezuela, y entonces la sagrada causa de la independencia llamó á Bolívar al Ecuador, ansioso de nuevos lauros para su patria y de redimir las colonias que pugnaban por ser naciones.

El ejército de Venezuela quedaba bajo la hábil dirección de Soublette, como intendente, y el denodado Páez desempeñaba la comandancia general. En Colombia mandaba el ínclito Santander, y todo aparecía bajo favorable aspecto para la emancipación americana.

Los acontecimientos que se habían sucedido en Buenos Aires, Montevideo, Chile, Perú, Ecuador y Méjico, durante la lucha de Venezuela y Colombia, también habían dado gloriosos triunfos á los nuevos principios y en toda la vasta extensión americana se enarbolaba la enseña de la libertad. El general San Martín, el insigne argentino tan intrépido guerrero, tan *americano*, es decir, idólatra de las glorias de América, peleaba en el Perú como había peleado en San Lorenzo y en Maípu, y apoyado por sus admirables *granaderos de los Andes* hacía prodigios de valor rodeado de dificultades pero incansable en la lucha, porque, como en el de Bolívar, no cabía en su pecho el desaliento.

Ya el general Laserna había evacuado la capital del Perú, y el Prótector ocupaba la ciudad de los reyes en Julio de 1821. El primer acto de su mando fué el decreto de libertad para los esclavos.

En Guayaquil se dió el grito de independencia y los independientes victoriosos ó vencidos, continuaban su obra sin descanso ni vacilación. Sucre, al obtener la brillante victoria de Yaguachi sobre los realistas, había asegurado la independencia de Guayaquil, aun cuando más tarde en las llanuras del risueño Ambato, sufrió, al encontrarse con las fuerzas de Aymerich, pérdidas considerables en el combate de Guachi.

Sucre, después de este desastre, deseoso de organizar sus tropas, propuso á los contrarios una tregua que fué aceptada por D. Carlos Tolrá, jefe de la división realista.

Al empezar el año 1822 se dirigió Bolívar de Cálí á Popayán (Cauca), para dar principio á la campaña que debía conducirle hasta la capital

del Ecuador. Entre tanto el esforzado Sucre, había salido de Guayaquil y sin detenerse por la inundación que en esa época del año se desborda por montes y llanuras ecuatorianas, arrostrando el frío y el hambre logró llegar á Zaraguro, en la provincia de Loja, y allí, dos ó tres días después, se unió con la división peruana mandada por Santa Cruz.

Algunos días más tarde ocupaba Sucre la ciudad de Cuenca, cuando acababa de abandonarla el coronel español Tolrá, resolviendo dar en ella descanso á la tropa y organizar la administración de aquellos pueblos, llamando al propio tiempo hacia él la atención de los realistas y disminuyendo de ese modo las fuerzas que pudieran dirigirse á Quito, contra el ejército del Libertador. Este, queriendo apoderarse del territorio pastuso, llegó á las márgenes del Juanambú continuando después hasta Conzacá, pueblo situado en una alta planicie hacia las barrancas del río Guaytara; el volcán de Pasto corona las quebradas.

Cerca de aquel sitio está el llano de Bomboná, en donde Bolívar extendió su ejército, separado del español por una profunda cañada y por un puente dominado por los fuegos realistas.

El día 7 de Abril de 1822, el general patriota Valdés escaló una parte del volcán de Pasto, teniendo los soldados que clavar las bayonetas para llegar al punto designado, por lo escabroso de la subida. «La posición es »formidable; pero no debemos permanecer aquí ni podemos retroceder; »tenemos que vencer y venceremos.» Estas palabras de Bolívar fueron la orden de combate.

La batalla estuvo durante muchas horas indecisa y el encarnizamiento de uno y otro bando, era cada vez mayor; por fin la bandera del batallón republicano *Rifles* ocupó el lugar en donde poco antes ondeaba la española, á pesar de la fuerte resistencia y heroísmo del ejército realista.

El jefe español D. Basilio García remitió al Libertador al día siguiente las banderas de los batallones Bogotá y Vargas, que recogió del suelo cuando los valientes abanderados quedaron tendidos en el campo de batalla. El jefe realista escribió á Bolívar: «Remito á V. E. las banderas de »los batallones Bogotá y Vargas: yo no quiero conservar un trofeo que »empaña las glorias de esos batallones, de los cuales se puede decir, »que si fué fácil destruirlos, ha sido imposible vencerlos». ¹

¹ *Recuerdos históricos* del coronel Manuel Antonio López, ayudante del estado mayor general Libertador á quien conocí en Bogotá en 1881.

XVIII

A los ojos de los realistas, tomaba Bolívar proporciones gigantescas y la energía del jefe venezolano aumentaba á medida que las dificultades eran mayores, pues la falta de refuerzos y de víveres hacía tiempo esperados pusieron en grave conflicto al ejército, tanto más, cuanto que había tenido que retirarse á las alturas del Peñón y abandonar la posición de Bomboná, viendo que las negociaciones entabladas para un armisticio no daban resultado. Pocos días más tarde, dirigió una postrera intimación al comandante D. Basilio García, porque las enfermedades minaban el ejército, y Bolívar, decidido á llegar rápidamente al término de la guerra, deseaba que el jefe español capitulase, precisamente en los momentos en que el valeroso Sucre ganaba la brillante acción del Pichincha, en la cual los realistas tuvieron inmensas pérdidas, no sólo en municiones, -armas, cañones y banderas, sino en hombres muertos ó prisioneros.

La batalla tuvo lugar el 24 de Mayo de 1822; en la tarde del mismo día, Sucre intimó la rendición á la capital, á cuyas puertas había tenido lugar el combate; el 25 capituló el virrey Aymerich, y el héroe de Pichincha tomó posesión de Quito.

Sabedor el coronel García de aquellos trascendentales acontecimientos capituló á su vez con el Libertador, ignorante éste aun de los sucesos que acabamos de reseñar y de los que tuvo conocimiento al posesionarse de Pasto, cuyos habitantes eran hostiles á los patriotas.

En aquella capitulación fué admirable la generosidad de Bolívar: se garantizaban personas y propiedades del territorio ocupado por la segunda división española. Los jefes y oficiales conservaban espadas, equipajes y propiedades, y se transportaba, costado por Colombia, á puerto español, á los militares que lo desearan y sin que fueran como prisioneros de guerra. Este convenio es uno de los más hermosos laureles de la corona del Libertador.

El Sur de Colombia era libre, y Bolívar, enajenado de júbilo, procedió á dictar órdenes necesarias y á organizar el territorio en donde ya

ondeaba la bandera de la libertad: después salió para Quito. El vasto departamento ecuatoriano compuesto de las provincias de Cuenca, Quito y Loja, formó un todo con la gran república de Colombia, y Sucre, ya general de división, fué nombrado para gobernarlo. El Libertador, infatigable y soñando con la independencia del Perú, salió para Guayaquil, desde allí escribió al noble San Martín, y son de elevado interés las cartas que entonces se cruzaron entre aquellos dos hombres, redentores de América y genios de la guerra.¹

El Protector llegó á Guayaquil el 25 de Julio de 1822, es decir, el mismo día en que Bolívar le escribía lleno de alborozo, rogándole fuera á encontrarse con él. Durante tres días estuvieron siempre unidos ambos caudillos; sus conferencias fueron largas y secretas, pero se sabe se trató en ellas de los auxilios de Colombia al Perú, para concluir con la guerra y arrojar del territorio á los españoles.

Aseguran la mayor parte de los historiadores que ni Bolívar quedó satisfecho del Protector, ni éste del jefe supremo de Colombia. Sus ideas eran completamente opuestas y veían bajo muy diferente aspecto la organización de los países americanos.

Inmediatamente cuando el Protector volvió á Lima, presentó su renuncia y salió para Chile, Buenos Aires y Europa.

¡Noble desprendimiento! ¡digna abnegación del vencedor de Chacabuco!

Ínterin Bolívar, esperaba en Guayaquil, la autorización del Congreso para dirigir la campaña del Perú, mandó al general Sucre como enviado extraordinario, con instrucciones que reflejaban en su fónido los nobles sentimientos, y el único empeño de libertar al Perú.

Por fin, autorizado por el Congreso, partió de Guayaquil el 6 de Agosto de 1823 y llegó al Callao y Lima el 1.º de Setiembre. Aquel pueblo entusiasta y demostrativo recibió á Bolívar con intenso regocijo, pues en el caudillo veía su próxima redención.

¹ Véase San Martín.

XIX

En el gran convite que en Palacio le dieron, pronunció las célebres palabras: «Caigan los usurpadores de los derechos del pueblo americano, »sin que uno solo quede triunfante en toda la dilatada extensión del »Nuevo Mundo.»

Aumentó el entusiasmo del pueblo peruano cuando Bolívar rehusó los 50,000 pesos de sueldo que le señalaba el Congreso, aceptando únicamente la asignación igual á la del Presidente de la República. El desinterés del esclarecido caraqueño rayaba á la misma altura que su heroísmo.

La causa de la independencia no estaba aún ganada: recias luchas; encuentros en que los realistas llevaban la mejor parte; discordias civiles y rivalidades de partido, aumentaban la impaciencia de Bolívar viendo á los españoles recobrar terreno y que se proponían marchar sobre la capital. El horizonte político se presentaba sombrío y amenazador; sólo un hombre conservaba serenidad y esperanza; sólo un corazón alentaba con la fe en el triunfo; sólo un genio sentía crecer su vigor en medio de los mayores reveses: el Libertador.

Estudiando detenidamente las pasadas zozobras, los quebrantos, las dificultades, los titánicos esfuerzos en la prolongada contienda, parecerá imposible que aquel ser extraño y sin par, conservara aún la confianza que demuestra en su conversación con Mosquera, ministro de Colombia.

Se había retirado enfermo á Pativilca; las circunstancias eran tan críticas, el cuadro tan desconsolador, que Mosquera le preguntó: «¿Y qué piensa V. hacer ahora?»—«Triunfar,» contestó sin titubear.

Cuenta D. Joaquín Mosquera, que al separarse de Bolívar en Pativilca, éste le acompañó hasta la entrada del desierto de Huarmeí *montado sobre una mula mansa*. El equipaje de Mosquera se había retrasado y tuvo que esperar allí su llegada.

Bolívar, que estaba muy débil, se apeó y acostó sobre un capote de barragán. Eran las seis de la tarde; el sol se ponía perdiéndose entre las

olas del Océano. La soledad era completa y solemne; el Libertador, tendido aún en el suelo, dijo: «Diga V. allá á nuestros compatriotas cómo me deja V.: moribundo, en esta playa inhospitalaria, teniendo que pelear á brazo partido para conquistar la independencia del Perú y la seguridad de Colombia».

Días después la fortaleza del Callao había caído en poder de los españoles; los buques y pertrechos se habían perdido; el presidente de la República Torretagle, el ministro Berindoaga, numerosos oficiales y soldados argentinos y peruanos, desertaron las filas de la patria para engrosar las de los realistas.

Pero Bolívar arrojó la tempestad, y recobrada la salud, salió á campaña; los desfiladeros y agrestes gargantas de los Andes lo vieron intrépido, sereno y confiado hasta llegar al valle de Huaraz, situado en el centro de dos ramificaciones de la cordillera, y de allí siguió hacia Pasco. El 2 de Agosto pasó revista en la pampa del Sacramento; con su notable elocuencia arengó á los soldados, fijando la batalla para el día 7, aniversario de Caracas y de Boyacá.

La pampa de Junín fué el sitio escogido para el combate. El 3 empezó el movimiento del ejército patriota por la derecha del Jauja, forzando la marcha al saber que el ejército español, mandado por Canterac, se retiraba desde Carhuamayo y después desde Pasco hacia Tarma. A las 2 de la tarde del 6 de Agosto de 1824, se avistaron ambos ejércitos en la llanura de Junín y se prepararon para la batalla.

La brillante caballería española dió la primera carga mandada por el general Canterac: el desorden fué espantoso.

Ambos ejércitos se batieron lanza en ristre y á sable con tal empuje y bizarría, que unos y otros rivalizaron en heroísmo. El Libertador creyó perdida la batalla.

El coronel D. Manuel Antonio López, dice en sus *Memorias históricas* y nos lo ha repetido á nosotros mismos, que presencié un diálogo que pinta gráficamente el carácter de Bolívar:

«Estaba éste reuniendo los maltrechos jinetes cuando llegó el general Lara y le preguntó:

—» ¿Qué hay, general?

—» Que ha de haber, — contestó el Libertador: — que nos han derrotado nuestra caballería.

—» ¿Y tan buena así es la del enemigo?

—»Demasiado buena, cuando ha vencido á la nuestra, contestó »Bolivar.

—»¿Quiere V. que yo vaya á dar una carga con esta caballería? »propuso Lara señalando á los arrollados.

—»No, —contestó el Libertador, —porque esto sería quedarnos sin »ella para concluir la campaña».

Tal era la confianza que tenía en la victoria de la gran causa.

Á las seis y media, el coronel Carvajal, herido y con un prisionero á la anca del caballo, anunció la derrota del enemigo que emprendía retirada por las fragosidades de los Andes hasta el Cuzco, ocupando Bolivar y su ejército el territorio al Norte del Apurimac.

El hermoso canto á Junín del inspirado Olmedo, es una de las ofrendas más bellas que por aquel triunfo recibió el Libertador.

La caballería peruana se batió con bravura y mereció el nombre de húsares de Junín, dado por el general en jefe.

XX

Los historiadores españoles, son los primeros en reconocer las grandes cualidades de Bolivar para el mando. Torrente en su *Historia de la Revolución Hispano Americana*, dice:

«Inconcebible parece como en *tan poco tiempo* hubieran logrado los »insurgentes, poner en campaña una fuerza tan numerosa y bajo un pie »tan *respetable* de arreglo y buena dirección. *Abundaban las provisiones de »guerra y boca, el armamento, vestuario, medios de transporte y cuantos »elementos guerreros se necesitan para abrir una importante campaña...* Las »tropas de Bolivar, cruzaron los horribles desfiladeros de la cordillera de »los Andes con tanta constancia y sufrimiento, que sería un acto de injusticia »negarles el gran mérito contraído en esta campaña... Al llegar Bolivar al »llano que se encuentra entre Ranca y Pasco, dió una *enérgica proclama »á su ejército para animarle á combatir contra las brillantes tropas del »citado Canterac...*»

Cuatro meses después, el 9 de Diciembre de 1824, se dirigió Bolivar á Lima con el objeto de crear nuevos recursos para la campaña y tran-

quilizar los ánimos exaltados por las violencias que cometían los *montoneros*.

Ocupaban la capital peruana alternativamente patriotas y realistas; motivo por el cual estaba la población en continua alarma. La entrada del general en jefe causó verdadero delirio: le abrazaban y le tocaban vitoreándole frenéticamente; era un semidiós para aquel pueblo, loco de entusiasmo, y sin embargo, el Congreso colombiano acababa de dar una ley derogando las facultades extraordinarias concedidas en Octubre de 1821, al Presidente de la República en campaña. La nueva ley de 28 de Julio de 1824, concedía aquellas facultades al encargado del Poder Ejecutivo, y éste podía delegarlas, como efectivamente lo había hecho en el jefe superior de los departamentos meridionales de Colombia.

Por el último artículo de la misma ley quedaba privado de mandar el ejército colombiano, nombrando para reemplazarle al noble Sucre. Tenía pues Bolívar la dirección general de las operaciones militares como jefe de la república peruana por decreto de 10 de Febrero de 1824, en el cual se le confería el mando supremo, político y militar.

Después de la batalla de Junín, y sediento de reparar aquel desastre, se ocupó el virrey Laserna en la organización de su ejército en el Cuzco, formando tres divisiones de infantería y una de caballería para inmediatamente caer sobre el enemigo, como lo efectuó apoderándose en su camino de la ciudad de Huamanga, de la guarnición, de los almacenes y pertrechos que allí existían, cortando toda comunicación con la costa al valiente ejército patriota que estaba situado en Andahuailas, mandado por Sucre.

XXI

En el encuentro de Matará fueron derrotados los independentes, y siguiendo el general Sucre las instrucciones del Libertador, que no veía salvación sino buscándola en el campo de batalla, determinó dar cara al enemigo y atacar. El 8 de Diciembre ambos ejércitos estaban cercanos, ambos deseaban la batalla y los momentos eran supremos. El día 9 de

Diciembre, la Naturaleza sonreía mostrando sus más bellas galas, y torrentes de luz bañaban la *sabaneta* de Ayacucho. ¹

Á las diez de la mañana el general Sucre arengó á los patriotas preparándose a romper el fuego. Los españoles estaban situados en las cumbres del Condorcanqui como águilas dispuestas á lanzarse sobre su presa. A la una del día el triunfo era completo. ² El virey, Canterac y Carratalá, gran número de generales (catorce), cayeron prisioneros con todo aquel denodado ejército que había hecho desesperados esfuerzos por alcanzar la victoria. ³

Dice D. Manuel Antonio López, en sus *Recuerdos Históricos* que el general Canterac bajó solo, con un pañuelo blanco en la mano, para solicitar la capitulación que fué honrosa y digna del vencedor.

La batalla de Ayacucho terminó la guerra en el Sur, y Bolívar, al recibir la noticia, pudo exclamar: *América es libre*.

Los españoles conservaron aún las fortalezas del Callao durante un año, y por último, aquel postrer baluarte de su dominio en el Perú cayó, por capitulación, en poder de los patriotas el 23 de Enero de 1826. Bolívar otorgó á Sucre, merecidos honores y el lauro de la victoria por su acierto y bizarría, pero el caballeresco vencedor de Pichincha y de Ayacucho, no admitía el triunfo sino por los acertados planes del Libertador.

Interin habían tenido lugar en el Ecuador y en el Perú tan grandiosos acontecimientos, habían sufrido los realistas constantes reveses en Venezuela, hasta que en el combate naval del lago de Maracaibo (24 de Julio de 1826) capituló el ejército español, embarcándose para Cuba el 5 de Agosto. La lucha de catorce años tocaba á su fin.

La victoria de Ayacucho entregó á los patriotas las ciudades del Cuzco y Arequipa, dirigiéndose después el ejército vencedor hacia el Alto Perú (hoy Bolivia), y en Abril de 1825 ondeaba la bandera republicana en todo su territorio.

Á raíz del combate de Ayacucho, convocó el Libertador el Congreso Constituyente que debía reunirse el 10 de Febrero de 1825, aniversario del día en que le había otorgado el Perú el mando supremo.

Después de haber decretado honores y recompensas para los liberta-

¹ Campo de sangre fétido.

² La fuerza española consistía en 9,810 hombres y 11 piezas de campaña, y la de los republicanos era de cerca de 6,000 hombres y una pieza de artillería.

³ Véase Sucre.

dores, terminó el Congreso sus sesiones confiando de nuevo el mando al caudillo venezolano y facultades extraordinarias. En Abril y Mayo de 1825 recorrió Bolívar el país, acogido por el amor, la gratitud y el regocijo de aquel pueblo que le aclamaba padre de la patria.

En Agosto de 1825, convocó la Asamblea general y creó la república Bolívar (más tarde Bolivia), en los departamentos del Alto Perú.

En Julio, dió el filantrópico decreto eximiendo á los indígenas de todo servicio forzoso y que no procediera de contrato y precio del trabajo. Abolió el título de autoridad de cacicazgo; prohibió la matanza de vicuñas, con el objeto de aumentar aquellos preciosos animales, y para fomentar la cría de ellos ofreció un premio á los que formaran numerosos rebaños; creó colegios y se ocupó con actividad de la instrucción pública, muy descuidada entonces; decretó la fundación de hospitales y hospicios; fijó su vista de águila en la falta de carreteras, en la explotación de minas y en todo cuanto pudiera aumentar la prosperidad de las naciones que eran hijas de su valor heroico y de su abnegación.

Á la sazón ardía el fuego de la discordia en Colombia: sólo Bolívar podía apagarle, y á él acudieron los pueblos; siempre generoso, voló en su auxilio, dejando encargado del mando supremo del Perú al general Santa Cruz y á los ministros del despacho. A su llegada á Guayaquil encontró dominantes las ambiciones de partido en toda la extensión de la gran república, y su alma noble y conciliadora le dictó estas palabras:

«No he querido saber quien ha faltado; mas no olvido jamás que
»sois mis hermanos de sangre y mis compañeros de armas. Os llevo un
»ósculo común y dos brazos para uniros en mi seno».

Más bellas aun fueron las que pronunció en Bogotá al tomar posesión del Poder Ejecutivo, en Noviembre de 1826.

XXII

No desconocía el Libertador las intrigas de sus enemigos y las calumnias propaladas con aviesa intención; le acusaban de ambicioso, de sed insaciable del mando y de soñar con el trono.

«El voto nacional,—dijo,— me obliga á encargarme del mando supremo; yo le aborrezco mortalmente, pues por él me acusan de ambicioso y de atentar á la Monarquía. ¡Qué! ¿me creen tan insensato que aspire á descender? ¿No saben que el destino de libertador es más sublime que un trono?»

¿Qué mejor defensa que estas palabras dictadas por sentimientos de hidalga grandeza? En aquel ser no cabían vulgares aspiraciones, todo en él lo elevaba á una altura á la cual no podían alcanzar los pigmeos. Anhelaba para su patria, para aquella hija predilecta de su entusiasmo, un futuro brillante; soñaba hacerla grande, poderosa, única por su gobierno y su organización política, no calcada sobre la de otros países cuyas instituciones eran diametralmente opuestas para la paz y seguridad de Colombia.

Venezuela, se había declarado en abierta oposición. La presencia del Libertador fué suficiente para sofocar las facciones y devolver la tranquilidad al país. A su llegada á Caracas, los partidos central y federal amenazaban declararse en sangrienta guerra civil. Bolívar, al hacerse cargo del Poder Ejecutivo, se ocupó activamente de reformas urgentes, sobre todo en el ramo de Hacienda, que se encontraba en deplorable estado. Sabias economías dieron propicios resultados, y la benéfica mano del Libertador, se extendió por toda la república. Pensaba por entonces en formar una confederación que dividiese al Perú en dos estados y á Colombia en tres, que aun cuando dependientes del jefe de la confederación pudieran gobernarse cada uno de por sí. Bolívar abarcaba el porvenir con su mirada de águila y preveía que la desunión sería inevitable después de su muerte.

La actitud de Venezuela, las fratricidas luchas federal y central, hicieron necesaria la presencia del Libertador, y éste salió para Maracaibo recogiendo en su marcha hombres y fondos para sofocar la rebelión con enérgica severidad. La proclama que dió á su llegada rebosaba amargura y profundo pesar.

«¡Venezolanos! Ya se ha manchado la gloria de vuestros bravos con el crimen del fratricidio. ¿Era esta la corona debida á vuestra obra de virtud y valor? No.—Alzad, pues, vuestras armas parricidas; no matéis á la patria. Escuchad la voz de vuestro hermano y compañero, antes de consumir el último sacrificio de una sangre escapada de los tiranos, que el Cielo reservaba para conservar la república de los héroes.

» ¡Venezolanos!...

» Os empeño mi palabra. Ofrezco solemnemente llamar al pueblo para que delibere con calma sobre su bienestar y su propia soberanía. Muy pronto, este año mismo, seréis consultados para que digáis cuándo, dónde y en qué términos queréis celebrar la gran Convención nacional. Allí el pueblo ejercerá libremente su omnipotencia, allí decretará sus leyes fundamentales. Tan sólo él conoce su bien y es dueño de su suerte; pero no un poderoso, ni un partido, ni una fracción. Nadie, sino la mayoría, es soberana. Es un tirano el que se pone en lugar del pueblo, y su potestad una usurpación.

» ¡Venezolanos!

» Yo marchó hacia vosotros á ponerme entre vuestros tiros y vuestros pechos. Quiero morir primero que veros en la ignominia, que es todavía peor que la misma tiranía, y contra ésta ¿qué no hemos sacrificado?—¡Desgraciados los que desoigan mis palabras y falten á su deber!!!

» BOLÍVAR.

» Cuartel general Libertador en Maracaibo, á 16 de Diciembre de 1826. —16.º»

XXIII

La llegada del denodado caudillo calmó las pasiones y tranquilizó los partidos: su habilidad política y su tacto consiguieron grandes ventajas y dispuso cesaran las hostilidades, dirigiéndose á Páez con dignidad y carácter, asegurándole temblaba ante una contienda entre hermanos, pero que estaba resuelto á combatirla. «Sólo quiero, — decía, — que la ley reuna á los ciudadanos, que la libertad los deje obrar y que la sabiduría los gué, para que admitan mi renuncia y me dejen ir lejos, muy lejos, de Colombia.»

No concebía Bolívar que en el suelo de la libertad en donde tanta sangre se había derramado, se vertiera y se sacrificara por ruines ambiciones ó falta de tacto político.

Para cortar la revolución, dió el decreto que alejaba todo temor de persecuciones ó castigos, garantizando bienes y empleos de los que abrazaban las reformas, confirmando á Páez en su cargo de jefe superior de Venezuela y disponiendo sometieran á la autoridad del Libertador como presidente de la República.

El efecto fué instantáneo, y Bolívar, recibiendo manifestaciones de entusiasmo, festines y vítores por donde pasaba, llegó hasta Caracas, y aquel pueblo que veía en él á su salvador, al esclarecido guerrero, expresó su regocijo con grandes festines.

En tan hermoso cielo no se vió la más pequeña nube: allí, como en Bogotá, se consagró el Presidente á remediar las necesidades públicas, á reformar abusos, á plantear economías, á crear colegios y centros de educación, á redimir esclavos, á la reorganización universitaria, y al estudio de aranceles de aduanas.

Todo lo invadía su fabulosa actividad; todo lo abarcaba su vasta inteligencia; pero ínterin se dedicaba al bien de aquellos pueblos, las revueltas se sucedían en el Perú, y en Bogotá aplaudían aquel levantamiento; también en Guayaquil se efectuaban grandes trastornos, y de aquel modo empezaba á desmoronarse el edificio á costa de tantos sacrificios levantado.

En Julio de 1827, salió Bolívar de Caracas, para hacer frente á las contiendas civiles que tenían lugar en otros puntos de la república. El orden se restableció, si bien por muy corto tiempo, pues no sólo estaban en guerra abierta los partidos, sino que algunos corsarios y guerrillas españolas amenazaban por el lado de la costa.

Tantas calamidades, tan continuos combates encaminados á malograr el fruto de diez y ocho años de fatigas y de vigorosa resistencia, abatían al Libertador, por más que su espíritu fuera siempre valeroso y enérgico.

La Convención de Ocaña, reunida para reformas y saludables resultados, no respondió tal vez á las esperanzas del país, y los pueblos protestaron enérgicamente asociándose al pronunciamiento de Bogotá, que confería la dictadura y facultades extraordinarias á Bolívar. Al aceptar en circunstancias tan difíciles, ¿podía tachársele de tirano ó ambicioso? ¿No era más bien una nueva prueba de amor á la patria, y un sacrificio noble y digno? Creemos que sí, y que á medida que pasen las generaciones aparecerá más grande y sin tacha la figura de aquel hombre, cuya vida fué un prolongado heroísmo.

Ninguno de los hombres de la independencia americana tuvo que luchar con tantas dificultades, ni jamás estuvo tan largo tiempo expuesto á ellas.

XXIV

España reforzaba sus ejércitos en las Antillas y amenazaba las costas de las nascentes repúblicas. Bolívar, infatigable como siempre, se dedicó á la organización de tropas, á disciplinarlas y á reformar la ordenanza.

Venezuela estaba más tranquila y en villas, ciudades y aldeas, se juró obediencia al dictador. Sin embargo de que su benéfico influjo se extendía por todas partes, sus enemigos no descansaban: le acusaban de amar el poder, y éste, absoluto, omnímodo, lo cual no vacilamos en creer; pero no por sed de dominio, sino por exceso de amor patrio; se creía necesario para consolidar el edificio que él había levantado.

Las pasiones se exaltaron; los rencores no tuvieron límites y, con asombro del mundo, se vió amenazada la vida del Libertador, del guerrero, del victorioso en cien combates. La audacia conduce á los amotinados hasta el palacio, sorprenden á la guardia, asesinan á los centinelas y se lanzan en busca del Libertador: El joven y esforzado edecán Andrés Ibarra trata de oponerse, aunque inútilmente, é hiriéndole en un brazo, llegan hasta el dormitorio en donde descansaba Bolívar: con su natural bravura se había levantado al escuchar el ruido, y esperaba para vencer ó morir, que impropio é indigno de su carácter creía emprender la fuga.

Pero alguien velaba por su vida: una mujer amorosa y fuerte, una varonil quiteña. D.^a Manuela Sanz ¹ al salvar á Bolívar haciéndole huir por una ventana, salvó también de un gran crimen, á los colombianos de una ingratitud sin ejemplo, y á la patria de infinitos males.

La noticia voló por Bogotá con la rapidez del relámpago y fué recibida con estupor é indignación: los cobardes asesinos no encontraron ni apoyo ni auxilio.

¹ Era la amada del Libertador

Muerto el Libertador, hubiera sido espantosa la anarquía, y jamás Bolívar pudo creer que llegara á tal punto el odio de sus enemigos.

Esta tentativa contra su persona le causó profundo desaliento y alteró su salud, ya quebrantada de largos años de fatigas y decepciones. El 2 de Enero de 1830 debía reunirse el Congreso en Bogotá, con carácter de constituyente, y entre tanto el malestar crecía, y se arraigaba en los ánimos la convicción de mayores trastornos.

En Venezuela se había convocado una Asamblea general y ésta determinó organizar una nación independiente, consultar la voluntad del pueblo, y por medio de un Congreso constituyente manifestar y reconocer la separación del Gobierno de Colombia.

Hasta la instalación del Congreso se confirió el mando al general José Antonio Páez.

En el Perú y Bolivia, no era menor la agitación y la hostilidad á lo que se llamaba tiranía de Colombia, y si bien Bolívar había sido proclamado presidente vitalicio con el hermoso título de *padre y salvador* del Perú, sin embargo, en Lima se cometieron atropellos contra la división colombiana, se prendieron jefes y oficiales, y después de estar aprisionados cuatro días en oscuros calabozos, se les embarcó á bordo del bergantín inglés «Bucher» tratándolos indignamente hasta que desembarcaron en Buenaventura. ¹

XXV

En Bolivia tenían lugar motines y pronunciamientos apoyados por el general Gamarra, y á pesar de que Sucre hizo saber que la división colombiana (pretexto para los revolucionarios) abandonaría el país, sin embargo el desorden crecía hasta desconocer la autoridad del vencedor de Ayacucho, quien había sido herido en una de las revueltas y á pesar de esto fué sacado de su casa y conducido preso.

Poco después el valiente general renunció su alto cargo y se embarcó para Colombia, su patria, dejando un recuerdo sin tacha de su elevado carácter y de sus nobles cualidades como mandatario.

¹ Restrepo.—*Historia de la Revolución de Colombia.*

Los alzamientos del Perú y Bolivia, repercutieron en el Ecuador y el Cauca se levantó en favor de los peruanos que intentaban invadir el país. Tales noticias contristaron hondamente al Libertador, quien activo y decidido organizaba ejércitos, agotados ya los medios de conciliación, y se decidía á rechazar á los peruanos que ocupaban una parte del Ecuador. ¡Qué reflexiones tan amargas debieron surgir en la mente del héroe de Junín! ¡qué terrible desencanto para el caudillo de la libertad! ¡qué hondo desaliento para aquel espíritu enérgico y soberano!

Pero Bolívar era más grande aun en el infortunio. Ni la adversidad, ni las decepciones, lograron abatir ni exacerbar su noble condición.

Con su acostumbrada actividad marchó para el Ecuador, terminó la guerra con el Perú y sofocó la guerra civil.

En Julio de 1829 escribía desde la costa ecuatoriana á D. Estanislao Vergara, y en aquella larga carta, se reflejaba la tristeza por lo infructuoso de sus esfuerzos para crear países fuertes y pacíficos.

«No quiero engañar á V., — decía, — ni perderme yo; no puedo más, » y este sentimiento me lo dice mi corazón cien veces por día ». En otro párrafo de la misma carta añadía: «me ha tenido tan melancólico estos » días la perspectiva de la América, que ni la caída de Lamar y los servicios que nos ha hecho el Perú en su mudanza me han consolado, y antes » por el contrario han aumentado mi pena, porque esto nos dice clara- » mente que el orden, la seguridad, la vida y todo se aleja cada vez más » de esta tierra, condenada á destruirse ella misma y á ser esclava de » Europa ». ¹

También escribía al general Daniel Florencio O'Leary, expresándole la misma amargura y su incesante pensamiento fijo en la suerte de aquella patria que idolatraba. Lo futuro le preocupaba hondamente, dando su sabia opinión para organizar el país.

Veía inevitable la división de la gran república y deseaba se hiciera pacíficamente, y si era posible durante su vida, para utilizarla aún en servicio de la patria, como mediador, consejero y amigo.

Esa notable carta que no reproducimos por su extensión, demostraba palpablemente que *jamás* había abrigado Bolívar ideas monárquicas, ni tendencias á ceñirse corona: todos sus actos desmienten tan calumnioso aserto.

¹ Felizmente en esto último no se ha cumplido la predicción de Bolívar.

El día 15 de Enero de 1830, y terminada la guerra con el Perú, volvió á Bogotá, y persuadido de que debía abandonar el mando por la tranquilidad de la nación, dirigió al Congreso en 20 de Enero de 1830 la renuncia, apoyada patriótica y enérgicamente por reflexiones y votos de concordia.

«¹ Si os obstinaseis en que yo mandara sucumbiría: oid mis súplicas: » salvad la república, salvad mi gloria que es de Colombia. Disponed de » la presidencia que respetuosamente abduco en vuestras manos.»

El 20, en una proclama se despidió de los colombianos, y el 22 contestó el Congreso Constituyente al mensaje de Bolívar. Aceptaron su renuncia, pero expresándole la inmensa gratitud que le debían los pueblos y el deseo de que con su presencia y sabiduría entendiese en los asuntos públicos y de gobierno, ínterin se nombrase quien debía sucederle.

XXVI

De día en día se multiplicaban los acontecimientos. En Mayo se pronunciaron algunas de las poblaciones ecuatorianas en favor de la separación de la Nueva Granada, y en Setiembre del mismo año, se constituía Venezuela en estado soberano independiente.

El 4 de Mayo de 1830, fué electo presidente D. Joaquín Mosquera, y vicepresidente D. Domingo Caicedo. Dos días después presenciaba Bogotá la sublevación del batallón de granaderos y húsares de Apuré, y en la noche del 7 no se creía libre de un atentado el caudillo caraqueño.

El día 8 salió para Cartagena; el Congreso había dado un decreto que fué aprobado, para honra de Colombia: se le rendía un homenaje de gratitud, se otorgaba la veneración á que era tan acreedor y se aseguraban á Bolívar 30,000 pesos anuales vitalicios. Aquel hombre, árbitro del destino de cinco naciones durante largos años, estaba pobre y carecía de recursos para trasladarse al extranjero.

El crimen de Berruecos ² fué un nuevo y terrible golpe para el legen-

¹ Palabras del Libertador.

² Asesinató del general Sucre

dario héroe americano, ya muy débil y enfermo. Sucre había sido uno de sus compañeros más nobles, fiel y consecuente amigo; pero, á no dudarlo, la herida más profunda para su corazón, la incurable, fueron aquellas palabras de José Osío, Angel Quintero y otros venezolanos, quienes al participar la instalación del Congreso como nación independiente, exigían de la Nueva Granada una villanía, un deshonesto proceder; *la expulsión del general Bolívar del territorio colombiano*.

Pocos días más tarde se llevaba más lejos el odio al Libertador de Venezuela. Los diputados Ramón Ayala, de Caracas, y Juan Evangelista González, de Maracaibo, pedían *se declarara al general Bolívar fuera de la ley si iba á Curacao*; para honra y gloria de los ecuatorianos debemos consignar, que asombrados por aquella incalificable ingratitud que rechazaba á Bolívar del suelo patrio, le ofrecieron, con el respeto que merecían sus glorias, cariñoso asilo en el Ecuador.

El 1.º de Diciembre de 1830 llegó el Libertador á Santa Marta á bordo del bergantín «Manuel» ya tan gravemente enfermo, que fué trasladado á tierra en una silla de brazos, y el día 6, desahogado de respirar el aire puro del campo se trasladó á San Pedro Alejandrino, lugar cercano á Santa Marta, á una propiedad de D. Joaquín Mier, á quien creemos español.

Bolívar vivía ya sólo con el espíritu.

A la una de la tarde del día 17 de Diciembre de 1830 se extinguió aquella útil y heroica existencia: tenía 47 años. El dolor respetó al héroe en los postreros momentos. No sufrió, se apagó lentamente como una lámpara.

Grande hasta la tumba, otorgó su perdón á sus enemigos. Seis días antes de morir dictó la última proclama:

«¡Colombianos! Habéis presenciado mis esfuerzos para plantear la
» libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés,
» abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad. Me separé del mando
» cuando me persuadí que desconfiabais de mi desprendimiento. Mis
» enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más
» sagrado: mi reputación y mi amor á la libertad. He sido víctima de mis
» perseguidores y me han conducido á las puertas del sepulcro. Yo los
» perdono... Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice
» que debo haceros la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro á
» otra cosa que á la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por

»el bien inestimable de la unión: los pueblos, obedeciendo al actual
 »Gobierno para libertarse de la anarquía; los Ministros del Santuario,
 »dirigiendo sus oraciones al Cielo, y los militares, empleando la espada
 »en defender las garantías sociales.

»¡Colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si
 »mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la
 »unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.

»SIMÓN BOLIVAR.»

XXVII

Nacido el Libertador en la riqueza y en el fausto ¹, acariciado por la gloria y la fortuna, moría pobre y solitario. Su desinterés y su indiferencia por el oro eran tan grandes como su heroísmo.

Entre los varios retratos y bustos que se conservan del Libertador ², el mejor, sin duda alguna, es la obra al óleo ejecutada por el bogotano José M.^a Espinosa.

La estatura de Bolívar era mediana; tenía músculos finos, tez blanca mate que habíase tornado morena á favor de los ardores del sol; el rostro era ovalado, anguloso y agudo en la barba; su cabeza era deprimida en las sienes, bien conformada y prominente en la parte superior; los ojos eran negros, grandes, vivísimos, brillantes; la boca pequeña, la frente ancha, la nariz fina, correctamente delineada; era muy pronto en sus movimientos, y su presencia y su actitud acusaban la costumbre del mando.

Con su palabra deslumbraba, y elocuentísimo y especial en su *decir*, cautivaba á las masas y á los soldados.

En Bolívar, todo era potente, y soñaba con algo superior, con algo grande, con algo colosal. Era un sér único; tenía todas las grandes condiciones del guerrero, las del hábil político y las del estadista, nobilísimas aspiraciones y generoso impulso.

¹ Su padre era el Marqués de Aragua, Vizconde de Toro y Señor de Aroa.

² El mejor retrato que existe del general Bolívar, es el que hizo José M.^a Espinosa en visperas del atentado del 25 de Setiembre de 1828. La autora de este libro posee un admirable busto que le fué obsequiado en Mompox.

Con profunda veneración hemos visitado San Pedro Alejandrino: en la habitación en donde murió el Libertador, nos parecía encontrar algo de su sér; y en tropel acudieron á nuestra imaginación los grandes hechos de la vida del héroe, su abnegación é incansable porfía, sus tristezas y decepciones, los días de luz y de esplendor, las horas sombrías, los instantes que precedieron á su muerte: ¡cuántas filosóficas reflexiones nos sugería aquella vivienda, convertida en templo de inmortalidad!

Bolívar, preso en el pequeño espacio de un sepulcro, vive en los corazones y ejerce poderoso influjo en generaciones y generaciones.

Colombia, hija del héroe, murió con él.

JORGE WASHINGTON

« El primero en la guerra, el primero en la paz, el primero en los corazones de todos sus compatriotas. »

I



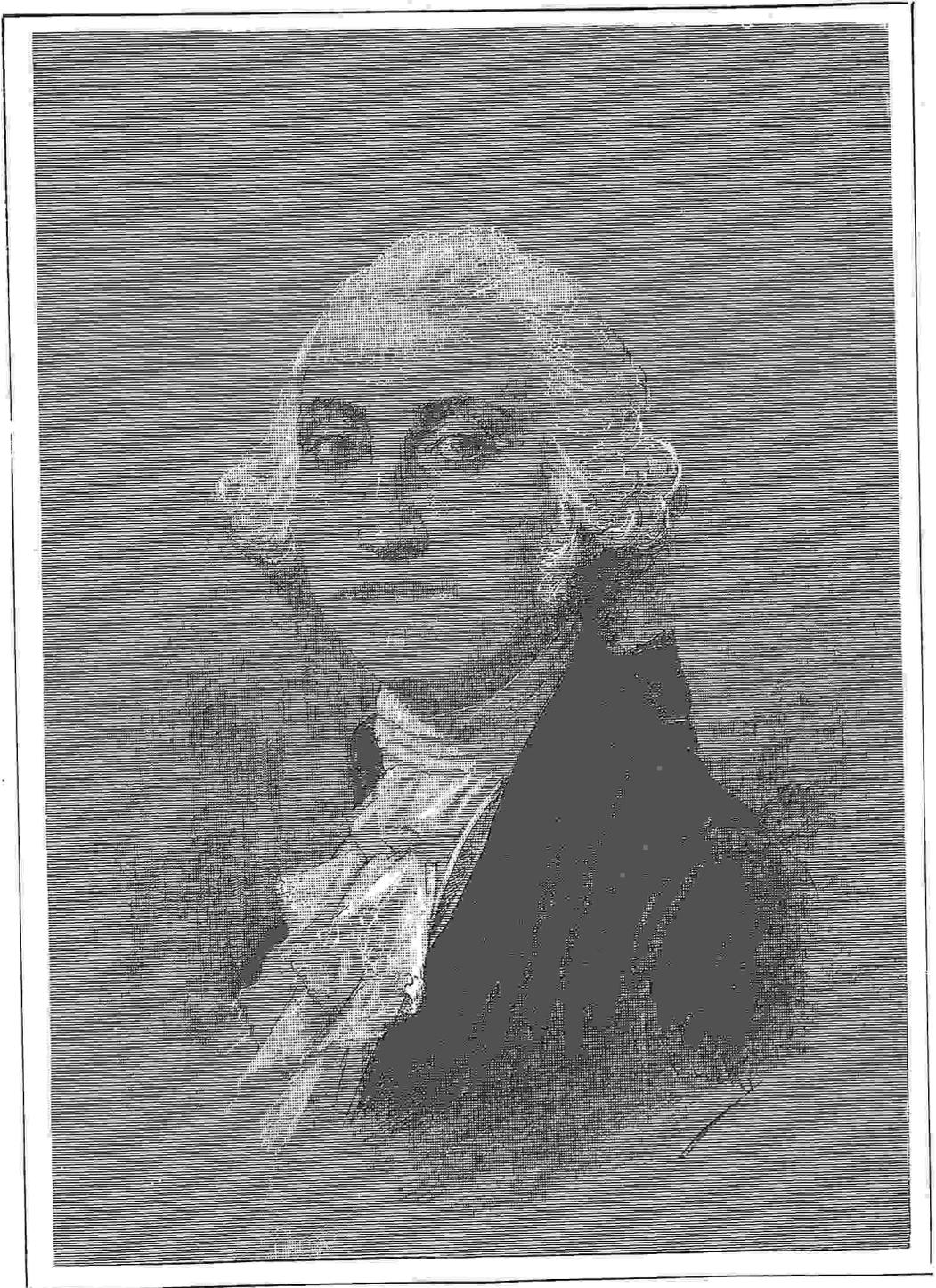
Un hombre coronado con luminosa aureola; principio y complemento de heroica epopeya; genio de la independencia norteamericana; creador de la más gigante de las repúblicas; inmortal arquitecto del más grandioso de los monumentos.

Tal fué Wáshington.

El, en el Norte. Bolívar, en el Sur. Dos colosales cimas que se pierden entre la majestad del infinito; eternos contemporáneos de las generaciones que avasallan con su poderoso influjo; sublimes predestinados que obedecen al impulso de algo tan superior, tan omnipotente, como los augustos derechos del hombre en pugna con las cadenas de la esclavitud.

Invulnerables é intrépidos, asombran con su grandeza, asustan con su arrojo y desafían con la fe en la victoria. Son dos elementos que no encuentran dique ni barrera, que no ceden ni se abaten.

¿En qué se apoyan Wáshington y Bolívar para ponerse frente á frente de la poderosa Inglaterra el primero, y en abierta lucha con la altiva y tenaz España el segundo? ¿Cuál es su fuerza? ¿Cómo alcanzan á bastarse á sí mismos? ¿Cómo forman de humildes colonos, soldados aguerridos para la guerra? ¿Con qué misterioso poder improvisan ejércitos, los conducen á la pelea y luchan y vencen?



JORGE WASHINGTON

A los ojos de los pueblos, esos dos colosos son semidioses; á los ojos del historiador son genios, son guerreros de la moderna *Iliada*, más sublime y grande que la de Homero.

¡El evangelio de esos redentores heroicos es la libertad!

II

Jorge WASHINGTON era de noble linaje; la cuna de sus antepasados se había mecido en la poderosa Inglaterra.

Dos de aquéllos, Juan y Lorenzo WASHINGTON, se trasladaron en 1657 á las férciles y risueñas márgenes del Potomac, cuando ya la colonia Virginia había tomado la iniciativa desde 1620 y adquirido franquicias y libertades apoyadas por su Cámara de representantes.

En un fresco valle cercano al Potomac, á orillas del manso arroyuelo de Bridges, vivían Agustín WASHINGTON y la hermosa María Ball, venturosos, tranquilos y disfrutando mediano bienestar.

Aquella ventura creció el 22 de Febrero de 1732 con el nacimiento de un niño, que era el primogénito de las segundas nupcias de su padre, y éste, que se había trasladado á una de sus haciendas del condado de Stafford, falleció cuando Jorge WASHINGTON contaba aún muy pocos años, quedando á cargo de María, la digna y virtuosa madre, que unía á su carácter elevado la energía, la sencilla dignidad y natural grandeza de la mujer espartana.

¿Cuál fué su influjo en los primeros pasos del niño que más tarde había de ser el primer ciudadano de los Estados Unidos?

Horacio Mann, nos indica lo que en aquella época eran las escuelas rurales, y WASHINGTON no podía adquirir grandes conocimientos en la que estaba á cargo del sepulturero Hobby¹, de escasa inteligencia de acuerdo con su apellido, y hombre poco á propósito para inculcar amor al estudio ni desarrollar el natural entendimiento del niño.

Su madre hizo mucho más que el maestro, y diariamente le señalaba la lección en un libro que, á decir verdad, fué su Mentor, abundante

¹ Hombre rudo y torpe.

en sanos consejos, en nobles principios, profunda moralidad y magnánimas ideas. *Contemplaciones morales y divinas*, por Matthew Hale.

Más tarde consiguió aprender correctamente la Aritmética, algo de Trigonometría, Geometría y Topografía, y los estudios concluyeron cuando ya, adolescente y escaso en bienes de fortuna, hubo de pensar en crearse por sí mismo posición y porvenir.

III

Tenía Jorge Wáshington un hermano mayor, primogénito del primer enlace de su padre, y ya retirado del servicio que como marino había hecho en la escuadra de las Antillas, y establecido en la hacienda del Potomac á la que había dado el nombre de Mont Vernón. Deseoso de que Jorge siguiera la misma carrera y conquistara nombre, consiguió un despacho de guardia marina, que el joven aceptó con entusiasmo y aun obtuvo el beneplácito de su madre, pero ésta negó poco después lo que primero había concedido.

El corazón de las madres tiene extraños presentimientos, y el de María tal vez leyó en el porvenir, y con aquella negativa hizo de su hijo el salvador de un gran pueblo.

Durante algunos años, ocupado como agrimensor, llevó á cabo grandes y provechosos estudios para el deslinde de los terrenos y propiedad del acaudalado Lord Fairfax, emparentado con la esposa de su hermano Lorenzo, adquiriendo vigorosa robustez y la incansable resistencia física que tan útiles fueron más tarde al guerrero.

Jorge adoraba á su hermano, y con profundo pesar le vió languidecer, extinguirse lentamente y sucumbir bajo el peso de terrible dolencia ¹, dejando por heredera á su hija única, á una niña que también falleció poco después.

De ese modo, la hacienda de Mont Vernón, hoy célebre en la Historia, pasó á ser propiedad de Wáshington, cuando éste era ya mayor comandante de milicias coloniales, organizadas para rechazar los probables ataques de los franceses y las hostilidades de los indios.

¹ La tisis.

El ayudante Van Braam y Ware, compañeros y amigos de Lorenzo, le habían enseñado el arte de la guerra.

IV

En esta época de la vida de Wáshington, se registra un notable episodio: su viaje al campamento francés para cumplir las órdenes del gobernador Diuwiddie.

El camino estaba erizado de peligros; el indio enemigo era rey de enmarañadas selvas, por las cuales tenía que cruzar el bizarro joven ¹ con sus pocos pero esforzados compañeros. Las dificultades fueron vencidas, y ya desde Logstown alcanzó de los indígenas, guías seguros hasta el campo francés, y cumplida en éste su misión emprendió la vuelta, en la cual crecieron los obstáculos: el invierno, con todos sus rigores, se oponía á su marcha; espesas capas de hielo cubrían los ríos; montañas de nieve amenazaban servirles de sudario; extensísimos bosques, no hollados aún sino por las fieras, inspiraban al cruzarlos misterioso pavor, pero nada arredró el valeroso corazón de Wáshington.

Poco después marchó como teniente coronel de un regimiento de trescientas plazas, destinado á la frontera de Virginia; ya los franceses habían iniciado la campaña, y en el primer encuentro en Great Mesdows derrotó á la partida que mandaba Jumonville, el que fué muerto en la acción.

Se acercaba para los Estados Unidos la época de luchas y de tormentas, y ya en la tenaz defensa del fuerte Necessity, se reveló el carácter de aquel que mandaba las fuerzas como coronel por haber fallecido éste.

La superioridad del número en los enemigos franceses é indios, hizo inevitable la capitulación, pero ésta fué con los honores de guerra y libertad para los vencidos.

¹ Tenía veinte y un años.

V

Por algún tiempo permaneció Jorge Wáshington en Mont Vernón; pero nuevamente fué llamado para ponerse bajo las órdenes del general Braddock, y á su lado como ayudante peleó el 9 de Julio de 1755, día de funesto recuerdo, página sombría en la historia norteamericana.

El bizarro Braddock cayó en una emboscada, caso que la prudencia de Wáshington había previsto aconsejando ciertas precauciones que desgraciadamente se descuidaron, entre éstas que se avanzara á marchas forzadas para impedir que el enemigo recibiera refuerzos, y que los bagajes se condujeran á lomo de bestias, más ligeras que los carros; ya empeñada la acción, opinó que los soldados de las tropas de línea se guarecieran detrás de los árboles, como lo hacían las compañías de Virginia, para que no presentaran blanco al enemigo.

El general optó por no abandonar su táctica europea, pretendiendo con su denuedo y heroico ejemplo reanimar la desatentada tropa; todo fué inútil, y el desastre se completó con la mortal herida del valeroso Braddock, y ya en retirada, murió al llegar en Great Mesdows.

En aquel azaroso combate sucumbieron ochenta y dos oficiales, y Wáshington se salvó porque *el Gran Espíritu*, como decían los indios, protegía su vida.

Estaba destinado á mayor gloria.

VI

Nombrado más tarde comandante en jefe de las tropas de Virginia, mostróse la fortuna favorable á los franceses como en los encuentros anteriores, y las dificultades de la campaña aumentaron el prestigio de Wáshington, por su actividad en la organización de fuerzas, por la severidad en la disciplina y en el principio de autoridad que puso de manifiesto cuando el comandante del fuerte Cumberland, oficial nombrado por

el rey de Inglaterra, se negó, apoyado en tal privilegio, á obedecer las órdenes del joven jefe de las fuerzas de Virginia.

Éste, desafiando el rudo invierno, atraviesa á caballo gran distancia; preséntase en el campamento del comandante en jefe del ejército general, Shirley y le da cuenta del agravio: justo é imparcial, falló en favor de Washington.

De vuelta á Virginia continuó ocupándose de sus deberes militares, y á pesar de los grandes méritos contraídos y de su noble desinterés, no logró salvarse de la ingratitude que siempre encuentra abrigo en las almas pequeñas.

Desalentado y ofendido, pugnó por presentar su dimisión; pero nobles y generosos influjos, la voz de sus amigos y el deseo de ser útil á su país, le hicieron desistir de su propósito, sin embargo que poco después, abatido físicamente por las tercianas y moralmente por las decepciones y el desencanto, se retiró á Mont Vernón, hasta que en 1758 volvió á emprender la campaña con las tropas de Virginia, que unidas á las del general inglés Forbes tomaron el fuerte Du Quesne, el Ohío quedó libre de invasores, y Virginia vió lucir de nuevo la aurora de paz.

Washington había ya tomado asiento en la Cámara como diputado por Winchester, y en ella recibió señaladas muestras del prestigio que sus méritos de soldado habían conquistado.

VII

Veintisiete años contaba la hermosa viuda Marta Cutis, cuando Washington la eligió por compañera.

Tenía la soñadora expresión de las hijas del Rhin; correctas facciones; ojos de ese color indefinible que se apellida garzo; profusa la castaña cabellera, y esbelta y flexible la cintura; era grave, seria, prudente, dechado de virtudes domésticas, sacerdotisa del hogar y de la familia.

La Providencia la hizo compañera del fundador de la independencia americana.

Eran dos almas gemelas, dos seres creados para comprenderse.

La gallarda viuda residía en las cercanías de Williamsburg, y festejado Wáshington por un entusiasta amigo suyo, obligado por éste á aceptar un convite en el campo, la conoció, la admiró, la amó y fué amado.

En los combates llevaba por talismán la imagen de Marta, y su no interrumpida correspondencia encendió más en ambos el fuego de la pasión. Fijóse el día de su ventura, y en el mes de Enero de 1759, indisoluble lazo los unió para siempre en Casa Blanca, morada de la casta prometida.

Los esplendores de la luna de miel iluminaron con suavísima luz la vida de Wáshington, árida y vacía hasta entonces de las tiernas expansiones del amor.

Dice el notable biógrafo Mister Sparks, que una de las grandes condiciones características en el padre de la gran república *era observar y ejecutar puntualmente cuantos deberes le fueron encomendados*, y por lo cual en la vida doméstica se distinguió por la estricta moralidad, por el amor á su familia, por la consagración á sus intereses y cuidado de su hacienda y por el orden que presidía hasta en los menores detalles de su vida.

Cuando pasados los primeros meses de su matrimonio se trasladó á Mont Vernón, santuario de la familia; cuando allí se vió rodeado de su esposa y de los hijos de ésta, un niño y una niña, se ocupó activamente de la agricultura, de la exportación del tabaco, del trigo y de harina, manantiales de inagotable riqueza, complaciéndose en hermohear su casa con artísticos objetos, con muebles de severo estilo, para hacer de su hogar un templo feliz y digno de la esposa que en él reinaba.

La hospitalidad en Mont Vernón era proverbial, y durante 15 años, aquella incesante prodigalidad de bienes y de venturoso anhelo no fué empañada por la más imperceptible nube, y el cielo de aquella vida estaba exento de tempestades.

VIII

«El imperio del mundo se dirige al occidente; ya están representados los cuatro primeros actos; la pieza terminará el quinto con el ocaso del sol; el hijo menor del tiempo será el más noble de todos».

Proféticas palabras del idealista filosófico Berkeley, que analizadas más tarde, simbolizan la altivez y el orgullo del país que piensa será un día el punto central de la civilización, y en mucho contribuyó á la magna lucha y social reforma, la idea de esa futura soberanía.

El monopolio del comercio colonial había sido inagotable fuente de discordias, y Francia, Inglaterra y España, luchaban sin tregua para arrebatarse el cetro del dominio y la rica mina descubierta allende el Océano.

La dependencia en que vivían las colonias respecto de Inglaterra y el afán natural de crear patria, germinaba en la mente de los americanos, y la idea había adquirido prodigioso desarrollo y completa madurez cuando la altivez y poder del Parlamento y la voluntad de Grenville, dictaron el impuesto del papel sellado.

Ya de larga fecha había surgido la idea de contribuciones sobre las colonias, y en 1745, el hábil ministro Walpole rechazó la proposición, poniendo de manifiesto su marcha teóricopráctica en aquella cuestión que se le sometía.

«Me basta, —dijo, — el tener que habérmelas con la vieja Inglaterra, no quiero entretenerme también con la joven; conozco sus planes: se los abandono á los que sean menos aficionados que yo á la tranquilidad, y sobre todo, á la prosperidad comercial de este país. Sé perfectamente lo que hacen los americanos: comercian con las Antillas y con el Portugal sacándoles oro; con ese oro vienen á comprar nuestras mercancías, y yo calculo que si sus negocios subiesen á doce millones anuales, la mitad de éstos entran en algunos años en las arcas del rey. He aquí mi sistema de impuestos; que otros más hábiles ó más atrevidos que yo procedan como les plazca».

En 1750 se renovó la idea de la contribución; pero como encontrara acogida hostil en el Parlamento, quedó sin efecto, no alcanzando

mejor éxito con Mister Pitt en 1757 alegando éste, era inconveniente y desleal levantar impuestos en país que tenía asambleas propias y derechos para votar sus contribuciones.

Tan recto criterio no fué, sin embargo, más tarde suficiente argumento para evitar que Carlos Towshend, presidente del Tribunal de comercio, pensara en descargar á las colonias del pago de los gobernadores, jueces y demás empleados ingleses, imponiéndoles en cambio fuerte contribución, utilísima para que S. M. el Rey de la Gran Bretaña, sostuviera con ella y pagara veinte regimientos.

Al ministerio Bute y Towshend, sucedió Grenville, y apoderándose de la idea y dándole carácter benévolo, la sometió á la voluntad de los americanos, á los que dejaba con libertad de escoger el impuesto que pudiera serles más grato y fácil.

El resultado fué contraproducente, y Norteamérica lanzó las primeras chispas del incendio y éste tomó incremento, cuando Lord Grenville, irritado por la resistencia y contra la vacilante opinión del Parlamento, hizo votar el impuesto del papel sellado.

«La Inglaterra no tiene derecho de imponernos contribuciones, — dijeron las colonias, — y no las pagaremos».

Esta negativa fué la base de la evolución política social.

Un abogado de Virginia pobre y desconocido, Patrick Henry, pero elocuentísimo orador y diputado entonces, fué el primero que impulsó á sus conciudadanos y les fortaleció para la resistencia contra el injusto impuesto.

Washington secundó al audaz patriota: aquel memorable día 29 de Mayo de 1765, fué decisivo en la vida del héroe y en la emancipación americana.

Inglés por familia, leal á la Corona de Inglaterra, interesado en la paz por la seguridad de sus numerosas haciendas, jamás había pensado en que llegara un momento de prueba en el cual su amor patrio se sobrepuisara á todo, hasta el punto de ponerse frente á frente de la nación, cuna de sus antepasados.

A pesar de estos antecedentes, encontramos á Washington, en las primeras revueltas de Virginia figurando entre los patriotas y más tarde en el primer Congreso reunido en Filadelfia.

Desde entonces se destacan en la tenaz lucha americana, la imponente figura y el carácter firme del guerrero.

IX

Copiamos algunos párrafos de la patriótica carta dirigida por el coronel Wáshington á Bry Fairfax como documento de la historia de la revolución.

«*Mont. Vernon 20 de Julio de 1774.*

» Querido señor: *No vacilo* en reconocer cuán distante estoy de estar de acuerdo con vos, acerca de los medios de obtener la revocación de las actas de que se quejan con tanta vehemencia y justicia: convengo en que esta diferencia de opinión, parece que proviene de las diferentes interpretaciones que nosotros damos á la conducta del Ministerio. Como nada veo que pueda inclinarme á creer que el Parlamento aprovechará una ocasión favorable para volver á tomar en consideración, actos que se obstina en adoptar para mantener su sistema tiránico; como, por otra parte, observo ó creo observar que el Gobierno, con desprecio de las leyes y de la justicia, persiste en su plan decidido de destruir nuestras leyes y nuestras libertades constitucionales, ¿cómo puedo esperar alguna cosa de una medida que ya se ha puesto en planta inútilmente? En suma, señor: ¿qué rechazamos? ¿es el impuesto de 3 peniques por libra de te como excesivo? No, es el derecho únicamente el que hemos negado y cuya reclamación hemos elevado á S. M. con todo el respeto y afecto de súbditos fieles. Además nos hemos dirigido á la Cámara de los Lores y á la de los Comunes para representarles que, en nuestra calidad de ingleses no podemos ser privados de esta disposición esencial y preciosa de nuestra Constitución.

» Luego, si es contra el derecho de imposición que nosotros protestamos ahora y que hemos constantemente protestado, ¿por qué ha de suponerse en Inglaterra que la aplicación de este derecho sea hoy día menos odiosa que lo que fué antes? ¿Qué razón tenemos para creer que se decidan por una segunda tentativa cuando existen siempre los mismos resentimientos en nuestros corazones, si no es que se tenga la intención de impulsarla hasta su fin por todos los medios que están en su poder?

» La conducta del pueblo de Boston no puede justificar el rigor de las

médidas que se han tomado respecto de ella, si no es el caso en que hubiera habido demanda ó denegación de pago: no había necesidad á causa de esta conducta de privar de su carta al Gobierno de Massachusettes ó impedir que los culpables fuesen juzgados en el lugar en que el delito ha sido cometido, pues que no hay ni puede haber ningún caso que exija esta medida. ¿Todos estos hechos no son pruebas evidentes de un plan fijo y decidido para someternos al impuesto? ¿Y si tuviéramos necesidad de otras pruebas, no nos las dan los debates en la Cámara de los Comunes? ¿La conducta del general Gages suprimiendo la representación de su Consejo y publicando una proclama más digna de un bajá turco que de un general inglés, en la que califica de traición toda asociación que tenga por objeto afectar el comercio de la Gran Bretaña; esta conducta, digo, no es un testimonio sin ejemplo del más despótico sistema de tiranía que se haya jamás practicado bajo un gobierno libre? En una palabra: para convencernos de los proyectos ministeriales, ¿qué más pruebas que los actos mismos del Ministerio, actos que tienden todos al mismo fin, es decir, si no me engaño, á establecer el derecho de imponernos contribuciones? ¿Qué podemos esperar de nuestras reclamaciones, cuando nos dicen que ha llegado el momento de decidir ahora ó nunca la cuestión? ¿haremos escuchar nuestras quejas después de esto y pediremos que se nos haga justicia cuando ya lo hemos hecho en vano?

»¿Queréis que á la vista de semejante conducta nos limitemos á lamentarnos y á suplicar humildemente á los ministros que nos administren justicia, después que nos la han negado tantas veces? ¿ó bien permaneceremos con los brazos cruzados mientras que nuestras provincias son inmoladas una tras otra á un ciego despotismo?

»Si yo viera alguna razón en favor del derecho que se abroga el Parlamento de la Gran Bretaña para someternos al impuesto sin nuestro consentimiento, creería de muy buena voluntad y estaría de acuerdo con vos, que á la vía de petición únicamente convenía que recurriéramos para obtener la reparación de nuestras quejas, porque entonces pediríamos un favor en vez de reclamar un derecho que, en mi opinión, nos pertenece incontestablemente, tanto por la ley natural como por nuestra Constitución; sería aún, en mi opinión, un crimen dar un paso más si tuviera tal idea, pero no la tengo. Pienso que el Parlamento de la Gran Bretaña no tiene el derecho de poner sus manos en mi bolsillo sin consentimiento mío, como yo no tengo el derecho de poner las mías en

el vuestro. Y como ha rechazado ya las manifestaciones respetuosas de todas las colonias, ¿qué se puede esperar ahora de su justicia?

»En cuanto á la proposición de una exposición á la Cámara, os confieso, señor, que mi pensamiento es que lo mejor habría sido no ocuparse de ella.

»Nada espero de esta medida y mi voto no la habría sancionado si ella debiera retardar la adopción del sistema de no importación, porque estoy convencido, como de mi propia existencia, que no hay salvación para nosotros más que en la penuria de nuestros adversarios, y pienso ó por lo menos espero que ha quedado entre nosotros demasiada virtud pública para renunciar á todo, á excepción de las cosas necesarias á la vida, á fin de llegar á este resultado. Tenemos el derecho de obrar así y no hay poder en el mundo que pueda forzarnos á desprendernos de él, en tanto que no estemos reducidos á la esclavitud más abyecta.

»La interdicción puesta á nuestras exportaciones sería, sin duda, un medio más expedito que el otro para llenar nuestro objeto, y si debemos algunas sumas de dinero á la Gran Bretaña, la extrema necesidad basta á justificar la denegación de pagarlas.

»Tengo dudas sobre esta medida y deseo desde luego que tengan el ensayo de otro medio que es legal y debe facilitar los pagos.

»No concluiré sin expresaros mi sentimiento por no estar de acuerdo con vos, acerca de una cuestión de tan grande importancia y de interés tan general: desconfiaría de mi propio juicio en estas circunstancias si no tuviera una convicción profunda, y si no retrocediese ante el pensamiento de someterme á medidas que creo subversivas de todo lo que debe de ser caro y sagrado, y si no conociera al mismo tiempo que la voz del género humano está conmigo.

»Espero me disimularéis que os envíe un bosquejo poco legible de las ideas que me ha sugerido vuestra carta; pero al ver la extensión de la mía y como estoy muy ocupado en este momento, no me es posible hacer una copia más limpia.

»Soy, querido señor, vuestro obediente servidor.

»JORGE WASHINGTON.»

X

Las transacciones de la Inglaterra al tener noticia de la tormenta que se formaba en América, fueron paliativos para hacer triunfar de su voluntad. Se derogó el impuesto sobre varios artículos, exceptuando el te, y por medio de una circular se estimuló á las autoridades para hacer cumplir lo ordenado y para prohibir que las asambleas discutieran contra la contribución; pero los que ya se llamaban *americanos*, porfiados y firmes en su propósito, desistieron de tomar lo que constituye una de sus costumbres más inveteradas.

Las señoras norteamericanas abrazaron ciegamente la opinión general y ayudaron á la resistencia pasiva de aquel extraño pueblo que no pudiendo impedir el desembarque del te, por la inflexible actitud del gobernador inglés, hizo abrir las cajas en el muelle y arrojó cuanto encerraban al mar, y la Compañía de Indias fué causa del *bill* presentado el 16 de Marzo de 1774 cerrando el puerto de Boston, ínterin los habitantes no indemnizasen á la citada Compañía.

S. M. Británica no comprendía la rebelión á sus mandatos, y una serie de *bills* arbitrarios y despóticos acabaron de exasperar á los americanos.

En el Congreso de 1774 había dicho Patrick Henry: «Si habláis de elocuencia, Butledge, de la Carolina del Sur, es el más grande orador; pero si habláis de la solidez de juicio y del profundo conocimiento de las cosas, el coronel Wáshington es incontestablemente el hombre superior».

En el segundo Congreso, reunido en Mayo de 1775, fué considerado el coronel Wáshington como el hombre más apto para ser comandante en jefe, pues ya en las cercanías de Boston acampaba un reducido ejército provincial, y los ingleses se presentaban tomando la ofensiva y parapetándose en aquella ciudad, hoy la Atenas de los Estados Unidos.

Al aceptar el nombramiento, comprendió Wáshington la grave responsabilidad que pesaba sobre él, no ocultándosele tampoco que desde aquel instante perdía la apacible vida del hogar, trocándola por la azarosa del campamento y por los peligros de la lucha que se iniciaba, escasa de elementos, pero rica en esperanza y patriotismo.

Con noble modestia expresó su insuficiencia para corresponder al elevado cargo que se le encomendaba y con generoso desinterés manifestó su deseo de no aceptar ninguna cantidad por sus servicios, más que aquellas indispensables para gastos públicos, de las cuales llevaría exacta cuenta.

Partió: el 22 de Julio llegó al campamento y tomó el mando de las tropas cuando ya el día 17 se había dado el célebre combate de Bunkers Hill; el valor de los milicianos era incontestable, pero faltaba todo para organizar aquellos mil cuatrocientos ó mil quinientos hombres sin armas y *casi desnudos*.

Parecía caso imposible intentar batirse ni abrigar la esperanza del triunfo; sin embargo, Wáshington, con la audacia de los héroes y jugando el todo por el todo, tomó posiciones en las alturas de Dorchester, las que fortificó, resolviendo atacar la plaza.

Protectora tempestad para los americanos impidió que los ingleses intentaran desalojarlos, y ya decidido el general Howe á retirarse, abandonó la ciudad y se embarcó con sus tropas para Halifax, ocupándola Wáshington en la mañana siguiente.

La situación era delicadísima, y sobre todo difícil, pues el ejército carecía hasta de lo más necesario y no existía medio alguno para procurarse recursos. Entonces el Congreso recurrió á los asignados, emitiendo primero dos millones de duros, ó sean diez millones de pesetas, medida arriesgadísima y disculpable únicamente por la gravedad de las circunstancias.

Entretanto el jefe del ejército, rodeado de dificultades, procuraba vencerlas con inteligente y activo afán: de día en día crecía su fama y á la vez la admiración de los pueblos y la confianza en el caudillo.

El Congreso se reunió de nuevo en Mayo de 1776, decidido á la separación de Inglaterra y á la declaración de independencia, que fué adoptada el 4 de Julio.

Desde ese día la América del Norte, entró á formar parte de la gran familia de los pueblos libres.

El acta contiene párrafos admirables, y resaltan en ellos la cordura, la sencillez, la rectitud y la prudencia.

Al comunicarla Wáshington al ejército, excitó con su palabra el patriotismo y la fe en el triunfo.

Por entonces había llegado el general Howe con instrucciones del

Gobierno inglés, dirigiéndose al ilustre Franklin, y al propio tiempo envió un parlamentario á Wáshington con una carta.

El sobre decía: «*Á Mr. George Wáshington Squire,*» pero fué rechazado el mensaje: el orgullo del general inglés no quería reconocer á Wáshington como jefe del ejército, y éste, por su parte, sostenía la dignidad del nombramiento hecho por el Congreso.

«Jamás,—decía dando cuenta al Congreso,—sacrificaré una cosa esencial á una etiqueta vana; pero por mi país y por mi posición, he creído que debía insistir sobre una muestra de consideración, en la que no me habría fijado si el honor del país no estuviera comprometido».

Mientras que el general Howe trataba de iniciar la reconciliación, habían llegado nuevos refuerzos, y Wáshington se dispuso á combatir por más que el número de sus tropas fuera muy inferior al del enemigo, pues sólo contaba con diez mil hombres y era preciso guarnecer Nueva York, contener la marcha de los ingleses y resguardar la bahía; pero su grandeza de alma le inspiraba palabras dignas de inmortalizarse en mármol ó en bronce.

«Mientras yo pueda,—decía escribiendo al Congreso,—juzgar por el lenguaje y disposiciones aparentes de mis tropas, me sostendré, y aunque el llamamiento á su valor no llegue á producir el feliz resultado que deseo, el enemigo no triunfará sin grandes pérdidas. *Toda ventaja le costará cara*».¹

XI

Prudente como Temístocles y valeroso como Aníbal, formó su plan de batalla, y á no ser por la enfermedad del bizarro Greene y el lamentable descuido y falta de cumplimiento, á sus órdenes del general Putuam, la victoria hubiera coronado sus esfuerzos, y el 27 de Agosto en Long Island no sería una página de luto en los anales americanos.

Wáshington atendía entretanto á defender á Nueva York, y al recibir noticia de que el enemigo triunfaba, voló al campo de batalla, y la

¹ *Life of Washington*, Mars hall's.

pérdida de ésta le causó el más profundo pesar, pero aun se cubrió de gloria en la retirada: el diezmado ejército, se salvó por su serenidad y notable dirección.

Dos días más tarde, hombres, caballos, artillería y pertrechos, burlando al enemigo y ayudados por la espesa niebla, evacuaron Long Island durante la noche, pasaron el río y se replegaron sobre Nueva York.

Washington fué el último. Había estado cuarenta y ocho horas á caballo.

El general Howe, creyendo que la d errota habría debilitado el tesón de los americanos, volvió a entablar negociaciones, y como en el desastre del 27 de Agosto había caído prisionero el general Sullivan, fué enviado bajo palabra con mensaje verbal que tenía por objeto solicitar una conferencia con alguno de los representantes al Congreso, por más que no reconociera a éste, ni viese en aqu ellos sino simples particulares.

La dignidad del cuerpo legislativo no se desmintió y respondió al altivo inglés que enviaría una comisión, pero ésta en nombre de la corporación de representantes de un pueblo independiente.

Entre los comisionados, se hallaba Franklin. Sus palabras sensatas y dignas al dar cuenta al Congreso merecen consignarse.

«Hemos dicho a S. S., que no deber  contar con que la América volviese a la dominación de la Gran Bret a. Hemos recordado el pasado; las humildes y frecuentes peticiones dirigidas por las colonias al Rey y al Parlamento, vistas con desprecio y que no han recibido más que respuestas insultantes; la paciencia inaudita que mostramos bajo este Gobierno tiránico. Hemos agregado, que para declarar nuestra independencia, hemos esperado los últimos actos del Parlamento que nos declaran la guerra y nos ponen fuera de la protección del Rey.

»Esta declaración ha sido pedida por el pueblo de todas las colonias y aprobada por todos; las colonias se miran como estados independientes y, en consecuencia, han establecido su gobierno.

»Si S. S. no tiene poderes suficientes para tratar con nosotros como estados independientes, puede pedirlos a la Inglaterra, bajo el concepto de que el Congreso no obtendrá de las colonias su consentimiento para someterse.»

La avenencia fué imposible y la guerra inevitable.

Los acontecimientos se sucedieron, los desastres fueron sucesivos.

Wáshington tenía que luchar no sólo con los ingleses, sino con la desmoralización de sus tropas, abatidas, cansadas y sin entusiasmo.

Al abandono de Nueva York siguió la retirada á Wentchester, y en el combate de White Plains pudo observarse cuanto había sido el trabajo del general en jefe durante su permanencia en Harlem, para disciplinar al ejército y acostumbrarlo á combatir y á obedecer.

Poco á poco disminuyeron los combatientes en aquella retirada que fué, á no dudarlo, la época más triste y funesta en la lucha de independencia, y sólo el inquebrantable patriotismo de Wáshington y su decisión lograron mantener aquella sombra de ejército que, siempre alerta é infatigable, en marchas y contramarchas, ganando hoy terreno y perdiéndolo mañana, trastornaba y paralizaba las operaciones de los ingleses.

Dice un escritor hispanoamericano:

«La América del Norte estaba bajo la dominación de la Gran Bretaña que veía en sus colonias, no esclavos á quienes explotar, sino pueblos libres que gozaban de grandes privilegios; cuando en aquellos pueblos llegó la hora de la emancipación, la labor fué fácil, y en su ayuda acudieron España y Francia; los colonos estaban acostumbrados á los hábitos de la vida ciudadana, y leyes, costumbres, vida propia, todo concurría á hacer fecunda la obra de Wáshington y allanarle todos los obstáculos que encontraba en su camino».

No encontramos conformes los anteriores párrafos con la opinión de otros varios historiadores, pues Wáshington tuvo grandes dificultades que vencer, poderosos inconvenientes en el seno mismo del pueblo, que ante los desastres, y como sucede siempre en parecidas circunstancias, se retraía de la gran causa y se cobijaba á la sombra de la bandera más potente.

El Dr. Ramsay, contemporáneo de aquellos días de prueba, dice:

«Mientras que los americanos atravesaban el país en retirada nadie se les unía, al mismo tiempo que una porción de habitantes corría hacia el ejército real para hacer la paz y obtener su protección. De un lado, un ejército numeroso, bien vestido, bien equipado, que encantaba la vista por la elegancia de sus uniformes; del otro, un puñado de soldados pobres, cuyo mal vestido superaba á los *ragamuffins* (haraposos), huyendo para salvar la vida: no fué sólo el pueblo quien en estas circunstancias cambió de partido; algunos de los hombres influyentes de Nueva Jersey, de la Pensilvania, hicieron otro tanto».

Por lo que antecede se ve que Wáshington *no encontraba allanados los obstáculos tan fácilmente*, y que á costa de grandes penalidades, privaciones y sacrificios, alcanzó el deseado éxito.

XII

Penoso, triste y henchido de decepciones y tempestades concluía el año 1776, y en 18 de Diciembre, el campeón de la libertad americana pintaba su desaliento y describía la situación en los siguientes términos:

«No dudo que el general Howe haga en este invierno alguna tentativa sobre Filadelfia; no veo como podemos resistirle dentro de 15 días, época en que expiran los enganches de todas nuestras tropas, excepto las de Virginia, bastante reducidas, y el regimiento de Smallwood compuesto de gente de Maryland. En una palabra, si no se hace un esfuerzo supremo para reclutar un ejército, temo que perdamos bien pronto la partida: triste desenlace al que no habrán contribuído poco las intrigas del enemigo, el mal espíritu de ciertas colonias, el ruinoso sistema de los enganches por corto tiempo y la confianza ciega que se ha tenido en la milicia».

»Estas consecuencias desgraciadas las he previsto y casi profetizado hace diez y seis meses.

»No podéis formaros una idea de los inconvenientes de mi situación; jamás hombre alguno ha tenido, según creo, más dificultades que vencer y menos recursos para combatirlas; convencido, sin embargo, de la justicia de nuestra causa, no puedo figurarme que sucumbamos, bien que puede suceder que nuestra estrella permanezca oculta por algún tiempo en las nubes».

El 20 del mismo mes escribía al Presidente del Congreso pidiendo se le ampliasen sus facultades.

«...Dentro de 10 días, nuestro ejército no existirá si el corto tiempo que queda se emplea en consultar al Congreso sobre la oportunidad de las medidas que deban tomarse; si esperamos las decisiones á ciento cuarenta millas de distancia, pasará la oportunidad y se habrá perdido un tiempo precioso.

»Se me objetará que yo reclamo poderes que es peligroso confiar, pero para desesperados males se necesitan remedios extremos; yo declaro, con toda sinceridad, que no ambiciono estos poderes: suspiro tan ardientemente como cualquier otro ciudadano por que llegue el momento en que podamos dejar la espada por el arado; pero como oficial y como hombre, estoy obligado á declarar que nadie ha encontrado jamás tantos obstáculos como yo en su camino. Inútil es agregar que la corta duración de los enganches y nuestra confianza ciega en la milicia, han traído todas nuestras desgracias y causado el espantoso aumento de nuestra deuda.

»No es el momento de retroceder ante el gasto; no es el dinero el único objeto que debe tenerse en consideración».

XIII

Tan apremiantes circunstancias hicieron que el Congreso concediera á Wáshington la dictadura militar por seis meses, comprendiendo que la libertad estaba en peligro y el país expuesto á ser de nuevo esclavo de la Inglaterra.

El invierno de 1776 fué uno de los más fuertes y crueles de los Estados Unidos, y el enemigo ocupaba sus posesiones de Trenton y Borden Town, esperando pasara el rigor de la estación.

La falta de víveres y la desnudez diezmaron el ejército americano; todo parecía luchar contra él, y retirado en la orilla opuesta del Delaware, logró Wáshington con perseverante enegía, organizar seis mil hombres.

Luchando y haciendo prolongados sacrificios y decididos á resistir hasta lo último: *retrocediendo de estado en estado, de posesión en posesión, hasta llevar la guerra, si era preciso, más allá de los montes Alleghanys* ¹.

En tal situación resolvió atacar al enemigo atravesando el río Delaware para sorprenderlo, idea que, madurada, le pareció podía ponerse

¹ Ramasay.—Palabras de Wáshington.

en práctica en la noche de Navidad, oscura, fría y á propósito para tal empresa.

La expedición se efectuó mandada por el general en jefe, y como el transporte en barcas se hizo con gran cuidado y fué lento, era ya la madrugada cuando pudieron emprender la marcha, difícil también por la nieve y el granizo que les azotaba el rostro, no logrando llegar antes de las ocho de la mañana á las avanzadas del enemigo.

El plan ideado por Wáshington y ejecutado con acierto y valor, obtuvo brillante resultado y triunfo completo; mil hombres cayeron en poder de los americanos, y su general Rahl fué muerto en la pelea.

La victoria causó profundo asombro é hizo aún más difícil la situación, porque Lord Cornwallis salió de Nueva York á Nueva Jersey en persecución de los americanos, y éstos se encontraban en la alternativa de abandonar Filadelfia, asiento del Congreso, ó pelear, y si eran vencidos, la retirada era imposible por tener el río á retaguardia.

La capacidad de Wáshington resolvió tan difícil problema; los fuegos del campamento denunciaban al enemigo la posición que tenía el ejército americano, y según aquél, la destrucción de éste era segura.

De repente, en la noche del 2 al 3 de Enero de 1777, se vió atacada la retaguardia de Lord Cornwallis que estacionaba en Princetón, y la atrevida operación de guerra que Wáshington durante la noche ejecutó y la derrota del enemigo, obligaron al general Howe á ordenar la evacuación de Nueva Jersey.

Aquellos dos combates, coronados con el lauro del triunfo, fueron de gran trascendencia por el prestigio y confianza que despertaron, infundiendo entusiasmo en el soldado y noble afán á la vez por la causa de la patria.

La intrepidez de Wáshington en la acción de Princetón había sido admirable, pues siempre era el primero en el sitio del peligro y siempre estaba al frente de las filas.

Por entonces llegó un poderoso y heroico auxiliar, el Marqués de Lafayette, que empeñado en el triunfo de la libertad americana, se presentó al Gobierno como voluntario, ofreciendo generosa y desinteresadamente su persona y su espada.

El 31 de Julio de 1777 fué aceptada su oferta y poco después formaba parte del estado mayor del general en jefe.

La idea fija en el general Howe era tomar Filadelfia, para lo cual

había subido hasta el nacimiento del Elk, desembarcando diez y ocho mil ingleses ⁴ el 25 de Agosto de 1777.

El ejército americano se componía de doce mil hombres, y éstos avanzaron al encuentro del enemigo hasta la orilla del río Bradywine.

Las tropas inglesas formaron dos columnas, una á las órdenes del general Kuyphansen y otra á las de Lord Cornwallis: la primera atacó el frente, y la segunda rodeó á los americanos por el flanco y retaguardia.

La indecisión de algunos momentos había sido la causa de ser envueltos y sólo la valerosa resistencia del general Greene disminuyó la gravedad de la derrota.

En aquella acción fué herido Lafayette en una pierna; algunas semanas después escribía á su esposa diciéndole:

«Al presente, como mujer de un oficial general americano, es necesario que os dé vuestra lección. Se os dirá: *han sido batidos*; responderéis: es verdad, pero entre dos ejércitos iguales en número y en campo raso, los soldados viejos tienen ventaja sobre los nuevos, pero han tenido el gusto de matar muchos. Después de esto, se os dirá: bien, pero Filadelfia ha sido tomada, la capital de la América, el baluarte de la libertad. Vos replicaréis con política: sois unos imbéciles. Filadelfia es una triste villa abierta por todas partes, que la residencia del Congreso ha hecho famosa, yo no sé por qué. He aquí lo que es esta célebre ciudad á la que, entre paréntesis, llevaremos el bien tarde ó temprano».

Wáshington activó la reparación de aquel desastre reorganizando el ejército y adiestrándolo para la pelea; el temple de su alma era de acero, su fortaleza de granito que ni se rompía ni doblegaba.

Aquella intrepidez y serena perseverancia inspiraban á los americanos respeto y veneración, y familiarizados con los desastres, confiaban en que Wáshington alcanzaría la victoria.

⁴ Según el biógrafo Evert A. Duyckinck, pero Laboulaye no cuenta sino catorce mil.

XIV

El Congreso se había refugiado en York, provincia de Pensilvania, y allí se estableció por espacio de ocho meses, tiempo que los ingleses permanecieron en Filadelfia.

Una parte del ejército enemigo estaba acampada en German-Town, distante algunas millas de la ciudad, y el comandante en jefe de los americanos viendo á sus soldados descalzos, desnudos y hambrientos, intentó equiparlos con el botín tomado al enemigo y atacó á éste el 4 de Octubre de 1777.

La sorpresa desordenó á los ingleses y hubieran sido infaliblemente derrotados, á no impedirlo la espesa niebla que, sembrando el pánico entre los americanos, les arrebató la victoria.

Á pesar de esta circunstancia, el combate fué sangriento y las pérdidas del enemigo fueron grandes, por lo que no puede considerarse como una derrota para los americanos.

Durante esta campaña habían tenido lugar otros combates en el Norte entre las tropas independientes, fuertes de trece mil hombres indisciplinados y sin organizar, al mando del general Gates, y las inglesas á las órdenes del general Burgogne; entre los primeros se encontraba Arnold, americano valeroso y activo, incansable en la pelea, sagaz, astuto y emprendedor.

Washington, satisfecho de sus servicios y bizarría, lo hizo jefe de una de las divisiones que marcharon contra Quebec, en donde se había batido denodadamente.

Arnold hubiera sido un héroe legendario, si la ambición no hubiese ahogado en él su valerosa condición. Lo volveremos á encontrar más tarde en circunstancias tristes y desastrosas.

El encuentro de Bennington fué favorable á las milicias del Nuevo Hampshire, mandado por el general Stark, y dió por resultado contener en su marcha al general Burgogne.

El 19 de Setiembre adelantó el enemigo hacia Saratoga átravesando el Hudson, y los americanos, sobre las alturas de *Behmus*, sostuvieron el choque de los ingleses; el 7 de Octubre fueron de nuevo rechazados, y

Burgogne, con el ejército diezmado y reducido á tres mil quinientos hombres, tuvo que retirarse, y perseguido y hostilizado por Arnold, hubo al fin de capitular, si bien con honrosas condiciones.

Gates, orgulloso con sus triunfos se envalentonó hasta el extremo de dar parte al Congreso sin dirigirse á Wáshington, como general en jefe.

«Podemos esperar, — decía el prudente caudillo á Patrick Henry, — que todo acabará bien; si nuestra causa es feliz, poco me importa en dónde y por quién se alcance el triunfo».

Por aquel entonces, Lord Chatham pronunció un célebre discurso en la Cámara, modelo de elocuencia y de recto criterio; la cuestión relativa á las colonias preocupaba á todos y el orador exclamaba:

«Milores: En medio de inquietudes y peligros parecidos á los nuestros, la costumbre de la Corona ha sido siempre solicitar el auxilio y concurso de esta Cámara: el gran consejo hereditario de la nación. Derecho ha sido del Parlamento prestarlo, como deber de la Corona pedirlo.

»Estos colonos que al principio hemos despreciado como rebeldes, pero que ahora nos es preciso reconocer como enemigos, se han conjurado contra nosotros: nuestro inveterado enemigo les proporciona armas y provisiones, consulta su interés, recibe sus embajadores, y nuestros ministros no pueden ni se atreven á obrar con dignidad y con energía.

»Conocemos en parte la situación que guardan nuestras tropas allá; nadie más que yo tiene una idea tan elevada de los ejércitos ingleses; conozco su virtud y su valor; sé que todo pueden hacerlo, pero sé también que la conquista de la América Inglesa es una cosa imposible. No podéis, milores, no podéis conquistar la América... Mas serán vanos é impotentes todos vuestros esfuerzos, y doblemente impotentes, cuanto que os apoyáis sobre recursos mercenarios, recursos que excitan un profundo resentimiento en el corazón de vuestros adversarios, de esos hombres que entregáis á la espada mercenaria de la rapiña y del robo, de esos hombres que libráis con sus bienes á la crueldad penal de unos cuantos pillos pagados. Si yo fuese americano, mientras un soldado extranjero permaneciese en mi patria, nunca depondría las armas, nunca jamás».

XV

Llegó el invierno de 1777 á 1778, rudo, inclemente y desplegando todo su furor.

Los hielos, las nieves, el intenso frío, las torrenciales lluvias y el viento que como hoja de afilado acero cortaba al cruzar los semblantes y hacía acudir lágrimas á los ojos, abatían en el campamento de Valley Jorge el valor moral y físico del soldado.

Pobres y mal abrigadas chozas casi enterradas entre espesa capa de nieve, servían de albergue al ejército, que resignado sufría la falta de cuanto pudiera hacerle sobrellevar el rigor de la estación.

Con ellos, partícipe de los sufrimientos, compañero inseparable en sus privaciones y haciendo frente con estoica serenidad á la inclemencia de los elementos, estaba Washington atendiendo á la salud del soldado, á su sustento, reanimando su decaído espíritu, y eficazmente apoyado por aquella que solícita acudía en el invierno para ser el ángel del campamento, el consuelo del infeliz soldado, la hermana de caridad, activa, laboriosa é infatigable. *La Señora*, como la llamaban, la esposa sin par, la caritativa Marta, vivía allí sin fausto ni comodidades, tomando su parte en el rancho del ejército y ocupada constantemente en dulcificar la influencia del frío cosiendo prendas de abrigo para el soldado, mientras el héroe, el genio americano, trabajaba en pro del ejército preparándolo para la próxima campaña.

Se había sabido en Diciembre que el Gobierno de Luis XVI estaba dispuesto á reconocer generosamente y á sostener la independencia de los Estados Unidos, sin más condición que la de no volver jamás al poder de la Inglaterra.

El tratado se firmó en Febrero de 1778.

Lafayette, el noble admirador, el amigo leal, el entusiasta partidario de Washington y de los americanos, al recibir la fausta nueva corrió á ver al general, y lleno de júbilo le abrazó diciendo:

«El Rey mi soberano, ha reconocido vuestra independencia y se alía con vosotros para ayudar á establecerla».

¡Aquel día fué de fiesta para el ejército: la Francia los protegía, la

Francia los ayudaba; su libertad, su independencia, tenía ya garantías para el triunfo!

La idea de reconocer la autonomía de las colonias, ganaba terreno también en Inglaterra, y ya el Duque de Richmond se inclinaba á proponérselo al Rey, pero Lord Chatham combatía enérgicamente, y enfermo y agobiado se hizo llevar á la Cámara para excitar el patriotismo y la altivez de los ingleses.

«Jamás, — exclamó, — jamás consentiré en privar de su más bella herencia á un descendiente de la casa de Brunswick, á un heredero de la Princesa Sofía. Milores: S. M. ha heredado un imperio tan extenso como respetable. ¿Mancharemos los fastos de este imperio por un ignominioso abandono de nuestros derechos? ¿caeremos de rodillas ante la casa de Borbón? ¿no es verdad, Milores, que esta nación no es ya lo que era antes? ¿Un pueblo que hace diez y siete años era el terror del mundo, ha descendido tanto, para verse obligado hoy día á decir á su constante enemigo: *toma todo lo que tenemos, pero danos la paz?* No, es imposible».

Tocó á Richmond contestar con enérgicas frases:

«Nadie, — dijo, — respeta más que yo el gran nombre de Chatham, pero este nombre no puede hacer lo imposible; las cosas no están ya en el punto en que el noble Lord las ha dejado al retirarse del poder; entonces teníamos á la América de nuestra parte, entonces eran la Gran Bretaña y la América las que hacían frente á la Francia y á la España, hoy día son la Francia, la España y la América las que se reúnen contra la Gran Bretaña».

El noble Lord Chatham quiso protestar y levantándose gritó: «La América se pierde y triunfan los Borbones...» y cayó cual corpulento árbol abrasado por el rayo.

Semanas después había muerto sin recobrar la razón.

XVI

Filadelfia había sido evacuada por los ingleses, dirigiéndose éstos hacia Nueva York para efectuar su embarque.

Pensó Wáshington en atacar á los enemigos, y aun cuando Carlos Lee

desaprobó la idea, como estuviera de acuerdo con la opinión de la mayoría de jefes y oficiales se puso en ejecución, nombrando á Lafayette para que dirigiera la vanguardia, determinación á la cual se opuso Lee, alegando que él también podía mandarla y sin que esa instancia despertase recelos ni diese lugar á vacilaciones.

Wáshington, con la reserva marchó á la vez contra el enemigo; pero á corto trecho tuvo noticia de que Lee se retiraba sin justificado motivo, y como este suceso podía hacer trastornar sus planes y desconcertar el orden del ejército, tomó instantáneamente acertadas disposiciones, y cuando el mismo Lee se presentó, el enojo del general no conoció límites; recordó algunos incidentes, y la sospecha de traición atravesó por su mente.

Sin embargo, y merced á su hábil dirección, la batalla de Monmouth fué un triunfo para los americanos, aun cuando menos glorioso por la censurable actitud de Lee.

Este combate fué el acontecimiento más notable de la campaña en el año 1778, y Wáshington, desde la orilla oriental del Hudson ejercía vigilancia sobre el enemigo y se preparaba á combinar sus movimientos con los de los franceses recién llegados y que estaban á las órdenes de D' Staing.

La situación general del país era triste y precaria, é ínterin los estados empezaban á constituirse, el Congreso y el ejército se hallaban en apuradas condiciones; la hacienda pública corría á inevitable ruina y en vano Wáshington procuraba despertar el patriotismo de unos y el valor moral de otros, para que cooperasen á salvar tan alarmantes y críticas circunstancias.

El año 1779 corrió casi en el mismo estado: los ingleses hostilizaban y merodeaban, y el ejército americano, sin recursos y sin pan, no podía oponerse á los abusos cometidos por el enemigo.

La toma por asalto de la Punta S.—Tony, perfectamente defendida y artillada por los ingleses, fué un brillante episodio que honra á Wáshington y á sus conocimientos militares, así como el ataque de Paulus Hook, por las tropas mandadas por Carlos Lee.

El invierno de 1779 á 1780 fué aún más rígido que los anteriores, y las tropas, sufriendo dolorosas privaciones, pasaron largos meses de ansiedad en el campamento de Morris Town: la situación empeoraba y sólo Lafayette al regresar de Francia logró reanimar el abatido espí-

ritu de todos con la noticia de la llegada de tropas francesas (cinco mil hombres) al mando del general Rochambeau.

Por aquel entonces tuvo lugar la traición de Arnold, que condenado en Enero de 1779 por la corte marcial á ser reconvenido por el general en jefe por los abusos cometidos en Filadelfia, sintió arder en su pecho el fuego del enojo y del amor propio ofendido; surgió en su mente el pensamiento de ser traidor á su patria, creyendo de fácil ejecución entregar West Point á los ingleses acuartelados en Nueva York y hacerles dueños del ejército americano, de sus armas y pertrechos.

El mayor André era cómplice, y descubierto el plan, fué sentenciado á muerte y ejecutado. Arnold buscó refugio entre los ingleses, de los que recibió treinta mil libras esterlinas reconociéndole como general del ejército. Fué sanguinario y feroz para su patria, y en 1801 murió en Londres, objeto de desprecio y vilipendio general.

Wáshington sintió profunda amargura por la traición, pero no vaciló ante el cumplimiento de su deber para imponer el castigo al extraviado André.

Durante el año 1780, la lucha en el Sur fué sangrienta y los ingleses se posesionaron de Charleston, pérdida inmensa para la confederación; pero si en América triunfaban los ingleses, en Europa se encontraban amenazados por casi todas las naciones.

El año 1781 se inició con la sublevación de mil ochocientos hombres que estacionaban en Morris Town, y aun cuando Wáshington trató de desarmar á los rebeldes con benévola indulgencia, hubo al fin de apelar á la fuerza para cortar la rebelión.

XVII

La miseria hacía imposible la situación, y Wáshington solicitó de nuevo de su aliada la Francia, hombres y dinero para contrarrestar el desaliento del ejército y del pueblo, porque en los Estados Unidos era ya imposible encontrar recursos.

«Por lo demás,—decía Wáshington,—sólo solicitamos un empréstito, y ningún otro pueblo tendrá más facilidad para pagarlo que nosotros.

Nuestras deudas son poco considerables, nuestro territorio inmenso, la fecundidad del suelo, nuestros recursos comerciales, todo asegura que en pocos años la América podría pagar».

Lafayette estaba en Virginia persiguiendo á Philips y á Arnold y defendiendo al país contra aquellos feroces enemigos, cuando el Conde de Grasse llegó á las Antillas con veintiocho navíos de guerra y cuatro mil hombres de tropa. Feliz consecuencia del auxilio pedido á la Francia por Wáshington.

Lord Cornwallis se hacía fuerte en York Town con siete mil hombres, y el general en jefe resolvió dar un golpe decisivo ó por lo menos que levantara el abatido espíritu y el adormecido entusiasmo, y trasladándose á Williamsbourg, se puso al frente de las tropas, teniendo á sus órdenes al general Rochambeau; americanos y franceses componían un total de diez y ocho mil hombres, que el 1.º de Octubre cercaron la plaza, siendo dignos compañeros los soldados franceses de los americanos y batiéndose ambos con bizarría y denuedo.

Tomados los reductos y convencido Lord Cornwallis de que Sir Henry Clyton no le enviaría auxilio, determinó rendirse; Wáshington dictó las condiciones, y aceptadas por los ingleses, evacuaron la plaza.

El dominio de la Inglaterra había concluído.

Mathieu Dumas refiere en sus memorias un curioso episodio.

«Fuí encargado de ir delante de las tropas de la guarnición y de dirigir la columna; me coloqué á la izquierda del general O'Hara; al aproximarnos á los fosos me preguntó en donde estaba el general Rochambeau». — A la izquierda, — le contesté; — á la cabeza de la línea francesa. — El general inglés violentó el paso de su caballo para presentar su espada al general francés. Presintiendo su intención, partí á galope para ponerme entre él y Mr. de Rochambeau que en este momento me indicaba con el gesto al general Wáshington que estaba en frente, á la cabeza de la línea americana: — «Os engañáis, — dije al general O'Hara: — el general en jefe de nuestro ejército está á la derecha»; — y lo conduje; y en el momento en que sacaba su espada, el general Wáshington le dijo: — «Jamás: está en buena mano».

»La guarnición desfiló entre las dos líneas, en medio de las que se les hizo formar en batalla y poner las armas en pabellones. Los oficiales ingleses manifestaban el más vivo despecho, y recuerdo que el coronel Abercronbie, de las guardias inglesas, el mismo que más tarde pereció

en Egipto, en el momento en que su tropa entregaba las armas se alejó violentamente cubriéndose la cara y mordiéndolo su espada».

En Marzo de 1782 llegó Sir Guy Carleton para reemplazar á Sir Clayton en el mando de las fuerzas inglesas que estaban en Nueva York: prudente y digno, opinó porque se suspendieran las hostilidades, conservando ambos ejércitos sus posiciones hasta que se hiciera la paz que creían segura.

El 20 de Enero de 1783 se firmaron en Versalles los preliminares de paz y el 3 de Septiembre se firmó aquel célebre tratado impuesto por las naciones á la Inglaterra.

El 25 de Noviembre salieron los ingleses de Nueva York. La ciudad estaba de fiesta, alegre, engalanada. Wáshington, á la cabeza de una procesión militar y cívica, efectuaba su entrada al propio tiempo, aclamado como padre de la patria y vitoreado con delirante entusiasmo.

XVIII

Tierna y conmovedora fué su despedida al separarse el 4 de Diciembre del ejército que él había creado: estaba rodeado por los oficiales en France-Tabern.

Conmovido, tembloroso y sin voz, ahogado por la emoción, estrechó la mano uno á uno á sus compañeros, diciéndoles: «Amigos míos: con el corazón lleno de amor y de reconocimiento me separo de vosotros; que los días que van á seguir sean tan felices como fueron los primeros, tan honrosos y llenos de gloria».

Momentos después se embarcaba en el río del Norte; hasta allí le acompañaron jefes y oficiales, y todavía desde la embarcación daba el último adiós con su sombrero á los soldados.

En Filadelfia entregó al contador la cuenta de los gastos escrita por él.

En ocho años se habían empleado trescientos sesenta mil francos, comprendiendo sus gastos personales como general, pues que desde el primer día había renunciado á recibir sueldo.

Los gastos secretos importaban cincuenta mil francos.

Desde allí se dirigió á Annápolis (Maryland) en donde se presentó al Congreso para deponer el mando, y en sentidas y sencillas frases se despidió expresando cuán dichoso era considerando libres y tranquilos á los Estados Unidos.

«Feliz al ver asegurada la independendencia de los Estados Unidos, me separo con gusto de unas funciones de que estaba encargado con la mayor desconfianza: la carga era difícil y sentía toda la debilidad de mis medios; pero la justicia de nuestra causa, la unión de todos los ciudadanos, y sobre todo la protección del Cielo que dispone de los hombres y de los pueblos, son los motivos poderosos que me han sostenido. El éxito que ha coronado nuestras armas ha sobrepujado a nuestras esperanzas. Cumplido mi deber, me retiro del teatro de los negocios públicos; ruego á la augusta Asamblea, cuyas órdenes he ejecutado tanto tiempo, que se sirva aceptar mi más afectuosa despedida.

»Depongo mi encargo y me retiro al mismo tiempo de todos los empleos de la vida pública».

El modesto fundador de una nación logró concluir el año rodeado de su familia y en su casa de Mont Vernón á la sombra de su viña y de su higuera ¹, consagrándose de nuevo á las tareas agrícolas y á la sencilla vida campestre.

XIX

Sin embargo, así como en la guerra había sido siempre el primero frente al enemigo, debía serlo también en la paz como legislador, presidiendo la Asamblea cuando fué preciso dar forma al país por medio de la Constitución, y más tarde como gobernante y primer magistrado dos veces, consolidando el heroico monumento y creando la gran república fuerte y respetada.

La muerte de su madre, de aquella mujer admirable por sus virtudes, por su energía, por su carácter digno y sencillo á la vez, causó honda herida en Washington: él la idolatraba. Al ser elevado á la Presidencia fué á estrecharla en sus brazos antes de tomar el mando.

¹ Ramasay.

«No me volverás á ver,» le había dicho, y aquellas palabras fueron una profecía.

Sobrevino la revolución francesa, y al recibir la llave de la Bastilla que le enviaba Lafayette como recuerdo, se sobresaltó y tembló ante aquel torrente desbordado que amenazaba anegar en sangre cuanto á su paso se oponía.

Mantuvo la neutralidad, é impasible, arrastró las encontradas opiniones sin desistir de su propósito, su juiciosa actitud fué aplaudida más tarde y aprobada por toda la nación.

Renunció á la tercera presidencia y ánsioso de descanso se retiró de nuevo á Mont Vernón.

Poco después Francia, el caballeresco país que tan eficazmente ayudó á los Estados Unidos en tiempo de Luis XVI para conseguir su emancipación, amenazó bajo el Directorio á la joven república, y Wáshington fué encargado por el Presidente Adams de organizar el ejército para si era preciso que se pusiera al frente y defenderse contra los franceses.

Afanoso empezaba á ocuparse del bien público, cuando el 12 de Diciembre, repentina dolencia motivada por un constipado, le ocasionó fuerte malestar é inflamación en la garganta.

El 13 la situación era desesperada y el médico no ocultó la gravedad.

Wáshington, comprendiendo que se acercaba el fin de aquella carrera tan útil y gloriosa, se preparó á morir diciendo: «el viaje no me causa temor.»

En la noche del 13 al 14 de Diciembre de 1799 expiró. Su agonía había sido la del justo; sin zozobra, sin dolor, sin sufrimiento. Sobre su pecho tenía la miniatura de Marta que siempre había llevado consigo.

Wáshington era amable, caballeresco; sencillo en sus costumbres y refractario á fastuosas demostraciones; madrugador en extremo, parco y comedido, honrado en todo, activo, celoso de sus intereses que manejó con orden y economía.

Había tenido sublimes deberes que cumplir, pero su grandeza de alma y sus virtudes le guiaron siempre para salvar poderosos obstáculos y llenar la misión que su patria le había encomendado.

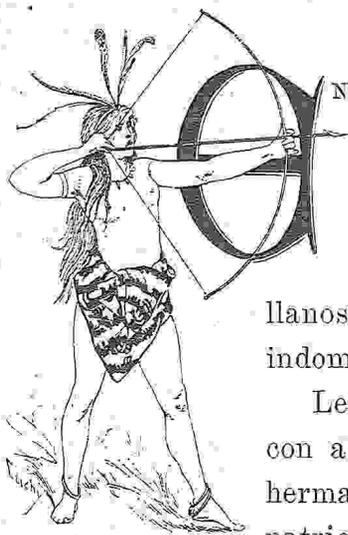
El nombre de Wáshington, pasará á través de los siglos, como ejemplo de sabiduría, prudencia, valor y patriotismo.



JOSÉ DE SAN MARTÍN

JOSÉ DE SAN MARTÍN

I



ENCONTRÁBAME en Chile hace algunos años. Estudiaba con avidez los episodios culminantes de la independencia chilena; me entusiasmaba con sus héroes, y admiraba, llena de asombro, los hechos de aquella pléyade de valientes patriotas: comuneros castellanos por las ideas, y descendientes del Cid, por su valor indomable.

Leía una noche el *Ostracismo de los Carrera*; seguía con alma y vida el glorioso *vía crucis* del mayor de los hermanos, y de mis ojos brotaba una lágrima por el patriota sin ventura, por el hombre abnegado, por el esposo amante.

En aquel instante entró sin anunciarse una amiga mía, mujer de singular talento y de carácter tan apasionado como impetuosamente dispuesto á dejarse arrebatarse por la sensación que produce todo lo bello y todo lo grande.

Sobre mi mesa de escribir estaba el retrato de José Miguel Carrera. Con su belleza, realzada por el traje de húsar que tan perfectamente ceñía sus correctas formas; con su belleza artística y aristocráticamente erguida, y con su fantástico *dolmán* rodeado de pieles, resultaba el general Carrera, un tipo perfecto de la hermosura varonil.

El artista había prestado á la mirada del mártir de Mendoza una expresión de tristeza dulce y habíale puesto en su pequeña boca una contracción tan amarga y significativa, que á la sola vista de su retrato, sin conocer su vida aventurera y accidentada, sin amarlo por sus glorias, se le admiraría por su arrogancia y por la distinción que de su apostura marcial se desprendía.

Mi amiga contempló un momento el retrato, y visiblemente conmovida me dijo: — ¿Quieres creer que estoy enamorada de un muerto?

— Sí, — le contesté, — y ese muerto es José Miguel Carrera.

— El mismo. Pero ¿no te asombra mi ridícula impresión?

— ¿Asombrarme! — repliqué. — No, amiga mía: no puedo asombrarme, ni tener por ridículo, un sentimiento que á mi alma inspiran otros dos personajes de la historia americana, con quienes vivo identificada y unida por recuerdos imborrables.

Estos dos amores que estrechamente enlazados á mi pensamiento, me acompañan como centinelas fieles en las tristes soledades de mi alma huérfana, son dos hombres inmortales, dos nombres que iluminan el mundo con los deslumbrantes focos de luz que sus vidas irradian: son Bolívar y San Martín; son esos colosos, árbitros de un continente vastísimo, padres de ideas regeneradoras, y genios audaces que conquistaron para el nuevo continente la representación que merece ante la civilización y la Historia; son aquellos dos seres que, desde las orillas del Plata uno, y desde el Orinoco el otro, fueron á confundirse en estrecho abrazo en las márgenes del Guayas. Sí, yo comprendo este amor que retrocede hasta la tumba, en donde descansan los hombres que con sus hechos llenan de ilusiones nuestro corazón entusiasta. Yo conozco esa pasión tanto más intensa, cuanto más consume el pecho con el fuego de la admiración que sentimos por un imposible, y te compadezco como me compadezco á mí propia, cuando revolviéndome en la impotencia de un amor sobrenatural, cojo la pluma para aliviar de un peso enorme á mi atormentado corazón. Bolívar, San Martín, dechados de todas las virtudes cívicas, persiguiendo un fin noble y santo, aparecen á mis ojos como soldados mil veces superiores á todos los heroicos y legendarios capitanes de los tiempos primitivos. Mi mente retrocede hasta su época; recorre uno á uno los más insignificantes detalles de su existencia azarosa; paso á paso los acompaña desde las inmensas llanuras de las áridas pampas, hasta las cumbres majestuosas de los Andes.

Siento el amor que impulsa á la mujer hacia un objeto grandioso y elevado; hablo con aquellos amantes de mi espíritu; con ellos vivo en un mundo superior, y por fin, necesito imponerme á la imaginación para cerciorarme de que la dulcísima ficción de mis deseos, es ficción al fin.

Ya ves, amiga querida, si puedo comprender tu pasión y entusiasmo por José Miguel Carrera.

¡Bolívar! ¡San Martín! — Nombres sagrados escritos por la fantasía en cualquier parte en donde fijo mi vista. Guerreros insignes, más grandes que Jerjes y Julio César, porque si fueron sus émulos en cien batallas, no dejaron en pos de sí la estela sangrienta que marca el paso de los conquistadores.

II

Había nacido José de San Martín, en 25 de Febrero de 1778 en Yapeyú, punto situado en la misma costa del Uruguay, y según Azara, hace setenta años que era población importante y tenía cinco mil novecientos habitantes como capital de las misiones; hoy no quedan sino ruinas y ha tomado el nombre glorioso de San Martín; en la actualidad forma parte del territorio argentino.

El futuro soldado de la patria siguió los primeros estudios en el seminario de nobles de Madrid, y destinado á la carrera militar, pasó con rapidez de cadete á subteniente, y cuando contaba quince años servía en los ejércitos españoles, en los cuales estaba sucesivamente á las órdenes de los generales más valientes y entendidos, tales como Castaños, el Marqués de la Romana y Coupigny, siendo también ayudante predilecto y querido del gobernador de Cádiz, el infortunado general Solano, cuya muerte era para San Martín el recuerdo más triste de su carrera militar, pues tuvo el dolor de ver á su jefe á quien amaba como á un padre, tildado de afrancesado ó traidor á la patria, y como á tal, arrasado por las desenfrenadas turbas en el motín del 29 de Mayo de 1808.

San Martín estaba de guardia cuando fué atacado el palacio y defendió la entrada con sereno valor, pero Solano había ordenado no se hiciera fuego contra el pueblo: huyó de palacio acompañado por San Martín, pero descubierto su asilo fué sacrificado sin piedad.

San Martín se salvó milagrosamente y pudo llegar con vida á Sevilla, y desde allí marchar á incorporarse al ejército que mandaba el esclavido Castaños.

La invasión francesa puso de relieve las altas aptitudes militares del joven argentino, distinguiéndose el 19 de Julio de 1808 en la gloriosa jornada de Bailén, descollando entre los más bravos y mereciendo que su nombre fuese citado en los partes que envió al Gobierno el general Castaños, elogiando su valeroso comportamiento en aquel campo, primer teatro de sus triunfos.

Continuó en la guerra de la independencia española, y ya sus méritos habían ganado el ascenso de teniente coronel, cuando tuvo noticia de que en su patria se había dado el grito de libertad. El insigne ciudadano no vaciló un instante, y por medio de su amigo y general lord C. Stuart de Rotesmy, consiguió pasaporte para Inglaterra, y renunciando á su brillante carrera en España se embarcó para Buenos Aires en el buque Jorje Canning.

El corazón del entusiasta patriota se dividió entonces entre dos nobles y grandes sentimientos: el amor por la libertad y el que le inspiró la señorita Escalada, con la cual contrajo matrimonio.

El futuro vencedor de Maipu estaba en la flor de la edad y tenía notables cualidades físicas y morales. Era alto, de marcial presencia, con ese color moreno pálido, natural en la mayoría de los hispano americanos; ojos negros, rasgados y penetrantes; la mirada, espejo fiel del carácter serio y pensador; la nariz larga, la boca graciosa y el andar airoso; franco, amable y sencillo en el trato y en las costumbres; estaba formado para la vida militar; jamás el austero patricio se pagó de lisonjas, ni durante aquella serie de glorias se enorgulleció con los homenajes y las ovaciones. Su pericia militar, sus servicios en España, ya en infantería, en caballería y hasta en marina, le habían dado extensos conocimientos en el arte de la guerra, que le sirvieron para las luchas americanas. Tenía grandes virtudes políticas y administrativas, y su primer cuidado al llegar á Buenos Aires, fué organizar el ejército, formando aquel batallón de granaderos que adquirió renombre inmortal.

Su primer triunfo en favor de la gran causa, lo obtuvo en el convento de San Lorenzo en las orillas del hermoso río Paraná.

Las naves españolas poseían el puerto de Montevideo, y con fre-

cuencia dirigían sus excursiones á las ciudades y pueblos de la costa, sosteniéndolos en alarma incesante.

Llegó á noticia de San Martín, que intentaban los realistas hacerse dueños de San Lorenzo y de una parte de aquel territorio, y con sus granaderos ocupó aquel punto y esperó al destacamento que se acercaba *á tambor batiente y banderas desplegadas*; de repente, como un rayo envuelve á la caballería, y *sable en mano* la destroza y persigue á pesar del valeroso tesón del enemigo, haciéndole replegarse hasta que alcanzó la protección de los fuegos de la escuadra, y el 13 de Febrero de 1813 fué un día de gloria para la patria.

III

La independencia americana tuvo, de 1814 á 1817, crueles y terribles alternativas; los realistas obtuvieron grandes ventajas, y sus victoriosos batallones habían invadido de nuevo en Venezuela y en Colombia el terreno conquistado por los patriotas, á costa de tanta sangre generosa.

El día 2 de Octubre de 1814, se había dado en Chile la sangrienta batalla de Rancagua, en la cual los chilenos, mandados por intrépidos jefes como José Miguel Carrera, Bernardo O'Higgins, Diego José Benavente y otros, batallaron con desesperado é impetuoso aliento; pero fueron vencidos, y la ciudad argentina Mendoza sirvió de asilo y refugio á millares de emigrados que huían con los restos del ejército patriota, pasando á pie por entre las nieves de la cordillera y por las fragosidades de la sierra.

San Martín estaba en Mendoza como gobernador intendente de la provincia de Cuyo; con escasos recursos organizó una división para libertar á Chile, y aumentó sus filas con los desalentados prófugos, entre los que se encontraba el arrojado O'Higgins, con el cual fraternizó por la identidad de ideas y por el heroísmo que adivinaba el preclaro argentino.

El ejército patriota estaba dividido en tres columnas: la primera á las órdenes de Soler, la segunda bajo el mando de O'Higgins, y la reserva que tenía por jefe á San Martín.

El paso de la cordillera fué asombroso; en aquel penoso viaje

tuvieron los soldados precisión, algunas veces, de bajar la artillería á brazo en las grandes pendientes, otras poner las piezas en cueros de toro y las arrastraban ó las conducían en cabrestantes, siendo difícil en aquel terreno frágoso y erizado de precipicios.¹

Los soldados escalaron los gigantescos Andes; nada les arredró; sin desmayar sufrieron el frío glacial y mortífero, las fatigas y riesgos inmensos, el larguísimo trayecto de ochenta leguas vencidas en diez y ocho días, hasta reunirse todo el ejército en la falda occidental de la cordillera á 4 de Febrero de 1817.

Refieren algunos historiadores, que para distraer la atención del enemigo, solicitó San Martín, cuando ya tenía todo preparado para marchar á Chile, una entrevista con algunos caciques pehuenches, y en ella pedía permiso para atravesar por su territorio y caer sobre los españoles por el paso del Planchón, alegando que los extranjeros pensaban despojarlos de sus pastos y ganados y quitarles sus mujeres é hijos.

Los pehuenches reflexionaron y discutieron, dando su beneplácito y aceptando después un festín que duró tres días, y durante el cual se embriagaron con licores y vinos que el general San Martín había enviado al fuerte de San Carlos.

Efectivamente, el estratégico adalid envió por Planchón una pequeña parte del ejército, al mando del teniente coronel Manuel Rodríguez.

Este ardid de guerra dió el resultado que se deseaba. Marco del Pont dividió su ejército dispuesto á recibir á los independientes y á combatir las tropas.

El día 7 de Febrero estaban ya en el valle de Putaendo, y en esa misma noche abandonaron los españoles, mandados por el general Maroto, las posesiones de Aconcagua y Curimón, dejando armas, municiones y otros pertrechos, y situándose en la cuesta de Chacabuco, adonde se dirigió San Martín para empeñar la batalla.

No se sabrá qué admirar más en esa memorable acción; si el valor temerario de los patriotas ó la vigorosa resistencia de los españoles. Por ambas partes el tesón era igual, un mismo deseo animaba á los dos ejércitos, y el amor á la patria guiaba á los dos para alcanzar la palma de la victoria.

¹ Guzmán. — *Historia de Chile.*

Sin embargo, los independientes cargaron de nuevo con mayor vigor y la infantería realista fué arrollada y vencida: la victoria del ejército de los Andes era segura.

Numerosos prisioneros, el parque, los almacenes y la bandera del regimiento de Chiloé, fueron los trofeos.

«Las consecuencias, — decía el general San Martín en el parte de la batalla dirigido al jefe supremo argentino, — han sido aún más importantes.

»El presidente Marco del Pont, en medio de la confusión y del terror que produjo la batalla, salió la misma noche del día 12 de la capital y se dirigió con escasas fuerzas á Valparaíso, pero fué alcanzado por una partida de granaderos y tomado prisionero».

IV

Dos días después de la jornada de Chacabuco ocupó la capital el brigadier Soler en nombre de la libertad.

Chile aclamó al general San Martín como jefe supremo del Estado.

El entusiasmo fué inmenso; pero la modestia y sabiduría del general, le hicieron rehusar los honores que le habían conferido, y convocando nueva elección, le fué otorgado el mando supremo al brigadier D. Bernardo O' Higgins, quedando San Martín como director militar de Administración.

La noticia del triunfo causó en Buenos Aires verdadero delirio y se celebró la fausta nueva con fiestas civiles, otorgándose por el Directorio honrosas distinciones al egregio ciudadano y hábil militar autorizándole para usar un escudo con estas palabras: *La Patria, en Chacabuco, al vencedor de los Andes y libertador de Chile*. Su hija doña María Mercedes Tomasa de San Martín, fué agraciada con una pensión vitalicia de seiscientos pesos.

Á un valor á toda prueba reunía San Martín la sagacidad del hombre de Estado, acrisolada honradez y desinterés sin límites. En la portentosa emancipación americana, parece verse que la Providencia le otorgaba genios superiores para conseguir el deseado fin.

El primer cuidado fué crear escuelas militares, pues si bien los resultados de la campaña eran brillantes, no estaba consolidado el país y necesitaba soldados.

El ejército de Chile, empezó á formarse bajo la acertada dirección de aquel hombre que había adquirido desde muy joven nociones prácticas y científicas en la guerra y en la política, y que tan feliz había sido en sus campañas y en el mando.

El ejército debía tener una organización completamente europea, y la caballería toda la disciplina y severa corrección de los famosos «granaderos de los Andes» que llevaron hasta el Chimborazo la gloriosa bandera argentina.

La presencia del general San Martín era necesaria en Buenos Aires, su persuasión conseguiría del Gobierno los auxilios que le eran necesarios para intentar la libertad del Perú.

Al despedirse de sus soldados les dijo: «Vuestro bien y el de la patria me obligan á separarme de vosotros por pocos días».

Entonces tuvo un brillante rasgo de generoso desprendimiento.

Había recibido diez mil pesos que para gastos de viaje le regaló el cabildo de Santiago, pero su noble corazón no deseaba sino la gratitud de Chile y la dicha de haberlo hecho libre.

Al llegar á Mendoza escribió rehusando el cariñoso don: «¡cuánto más valía consagrarlo á la fundación de la biblioteca de Santiago!» «La ilustración y fomento de las Letras, — decía, — es una llave maestra que abre las puertas de la abundancia y hace felices á los pueblos. Yo deseo que todos se ilustren en los sagrados derechos que forman la esencia de los hombres libres.»

V

Entre las manifestaciones de aprecio y de entusiasmo patrio, recibió San Martín el despacho de *brigadier de los ejércitos de la patria*.

Era el premio de los triunfos de la campaña de Chile; pero, modesto como siempre y parco en sus aspiraciones, rehusó los honores que se le dispensaban, aceptando únicamente ante la justa insistencia del Gobierno.

Con activo interés se ocupó de alcanzar auxilios y protección para Chile, envió comisionados á Inglaterra y á los Estados Unidos para adquirir buques, organizar la marina y contratar oficiales; además de conseguir por cuenta del Gobierno argentino una cantidad de quinientos mil pesos, negoció un empréstito en nombre de Chile, autorizado por poderes ilimitados.

Entretanto los realistas, intentaban de nuevo lanzarse á la pelea y reconcentraban fuerzas en Talcahuano al mando del intendente de Concepción, D. José Ordóñez.

Para contener en su propósito al jefe español, fué nombrado el coronel D. Juan Gregorio de las Heras, á quien hoy llama Chile, el Sucre del Sur.

La victoria le dió sus lauros en el primer combate: Carapaligüe le abrió las puertas de Concepción, consiguiendo que el enemigo se replegara á su cuartel de Talcahuano.

Ya el director O' Higgins había salido para dirigir la campaña, delegando el mando en el argentino coronel Quintana, cuando llegó San Martín. Su grande capacidad como hacendista, fué el alma de aquella administración en la cual operaba milagros para subvenir á todos los gastos de la guerra.

Se procedió inmediatamente á la elección de tres beneméritos patriotas chilenos, como supremos magistrados, y en el acto solemne de prestar juramento, expresó el generoso San Martín que el ejército puesto á sus órdenes por el Gobierno argentino, no tenía más objeto que, *asegurar y mantener la absoluta independencia de Chile.*

Estas palabras respondían á calumniosos comentarios esparcidos contra San Martín, pues siempre el genio y la heroicidad tienen detractores y émulos.

Pero se acercaba el momento del peligro y de gloriosa prueba para el ejército libertador y para el pueblo chileno.

Una numerosa expedición, al mando del general Osorio, se dirigió desde el Callao á las costas chilenas y desembarcó en Talcahuano, en donde estaba Ordóñez, reuniendo entre las fuerzas existentes y las recién llegadas un ejército como de siete á ocho mil hombres.

O' Higgins y las Heras, retirados al lado opuesto del Maule, replegaronse de allí á Talca para reconcentrarse y unirse con la división de San Martín, siguiendo las instrucciones del hábil jefe, eligiendo éste

para campamento la hacienda de las Tablas, distante de la capital como treinta leguas y al sur de Valparaíso, cuyo puerto puso San Martín en estado de defensa.

Había llegado el 12 de Febrero, aniversario de la acción memorable de Chacabuco, y en ese día de eterna memoria, para alentar el entusiasmo y prepararse á la pelea se leyó el acta de independencia.

«Declaro el Gobierno solemnemente y en nombre de los pueblos en presencia del Altísimo, é hizo saber á la gran confederación del género humano que el territorio continental de Chile y sus islas adyacentes formaban de hecho y por derecho un Estado libre, independiente y soberano y quedaba para siempre separado de la monarquía de España».

Al terminar la fiesta nacional, abandonó San Martín el traje de gala, y vestido con el de soldado, salió para el campamento de O' Higgins á conferenciar porque el tiempo era precioso y el enemigo acechaba su presa.

VI

Reconcentrado el ejército, se dispuso San Martín á dar un combate que consolidara la libertad; tomó el mando de la primera división á vanguardia, y O' Higgins el del resto de las fuerzas, provistas de todo lo necesario y ansiosas de luchar y de vencer.

El día 19 de Marzo de 1818, se encontraban ambos ejércitos como á legua y media uno del otro, y San Martín se propuso atacar al día siguiente al enemigo, quien, encerrado en Talca, desconfiaba del éxito y temía la destrucción de su ejército, pues la retirada sería imposible después de una derrota; pero en aquella noche de funesto recuerdo para Chile, el brigadier Ordóñez, el coronel Baeza y otros, opinaron en el consejo de oficiales, que la salvación estaba en arriesgar un combate nocturno, y aceptado el plan por la mayoría, lo pusieron en práctica.

San Martín, estaba situado en el sitio que tiene por nombre Cancha Rayada y había dado orden de cambiar los campamentos, maniobra que se ejecutaba en el momento en que los tiros de las avanzadas republicanas anunciaban el ataque imprevisto del enemigo. La línea de avanzada fué dispersa, y poseída de terror inexplicable, se dispersó en distintas direcciones.

La confusión fué espantosa; el valor de O'Higgins á pesar de una herida que había recibido, no pudo contenerla; los realistas hacían fuego en toda la línea, y la obscuridad de la noche contribuyó á que en la sorpresa obtuvieran completo resultado.

El coronel de las Heras que con su división formaba el ala derecha, se retiró gloriosamente sin pérdida hasta Chimbarongo, en donde se encontraba el general en jefe, quien con serenidad y activa energía organizó la retirada, mandada la artillería chilena por el mayor Borgoño, pues la de los Andes se había quedado en poder del enemigo. La primera división era la que estaba al mando del intrépido las Heras.

Tal fué la desastrosa noche de Cancha Rayada.

VII

El golpe fué rudo, y la noticia causó vivísima impresión en la capital, pues varios de los fugitivos exageraron el desastre y dieron por perdida la causa de la libertad. Una gran parte del vecindario creyó completamente derrotado el ejército y procurando salvar vidas y haciendas de la crueldad de Osorio, escondieron joyas y dinero y huyeron á Mendoza, mientras que otros, temblando, aguardaban á que llegaran los realistas de un momento á otro.

En aquellas circunstancias tan críticas y desesperadas, llegó el teniente coronel D. Manuel Rodríguez y trató de aplacar aquel desaliento y desesperación; repartió armas para todos los que deseasen servir á la patria, levantó un regimiento de caballería y procuró transmitir la confianza.

Los conductores del Tesoro público que ya marchaban hacia Mendoza, recibieron orden de volver, y puso en juego todos los medios para conjurar la mala impresión.

Sabedor San Martín de lo ocurrido en Santiago, creyó oportuno presentarse en la ciudad con O'Higgins, para tranquilizar los ánimos y devolver el entusiasmo y la fe.

«¡Chilenos! — exclamó San Martín, al verse rodeado de inmenso pueblo que acudía á su encuentro como para implorar su protección.— Una casualidad que no es dado al hombre evitar, hizo sufrir á nuestros

ejércitos un golpe que jamás esperabais, y la incertidumbre os hacía vacilar; pero ya es tiempo de que volváis sobre vosotros mismos y observéis que el ejército de la patria se sostiene con gloria al frente del enemigo, que vuestros compañeros de armas se reúnen apresuradamente y que son inagotables los recursos de vuestro patriotismo. Al mismo tiempo que los tiranos no han avanzado un punto de sus atrinchamientos, yo dejo en el cuartel general una fuerza de más de cuatro mil hombres, sin contar con las milicias. Me presento á aseguraros del estado ventajoso de vuestra suerte, y regresando muy en breve á nuestro cuartel general, tendré la felicidad de concurrir á dar un día de gloria á la América del Sur».

Su esperanza y su fe en el porvenir se comunicó á la población. Todo lo esperaba de su genio y del supremo director O'Higgins.

En las comunicaciones enviadas á los departamentos, se decía:

«El general ofrece con su cabeza no dejar una de las del enemigo, si los súbditos del Estado creen en su palabra y si los ciudadanos le ayudan en la esfera de sus alcances».

Y con su ejemplo, soldados y pueblo trabajaban para reorganizar el ejército.

El llano de Maipu se transformó en vasto campo de instrucción, y á los trece días de la derrota de Cancha Rayada, estaban los patriotas dispuestos á combatir.

El general español Osorio, orgulloso con el triunfo y creyendo segura total victoria, se dirigió lentamente á la capital, y el 1.º de Abril vadeó el río Maipu, permaneciendo hasta el 4 en la hacienda de la Calera.

El día 5 se puso en movimiento con dirección al campo republicano.

San Martín lo aguardaba; había tomado el mando de la caballería, y muy de madrugada, al recorrer la línea y estudiar las posiciones del enemigo, dijo á sus ayudantes.

«El sol que asoma en la cumbre de los Andes, va á ser testigo del triunfo de nuestras armas. Osorio es mucho más torpe de lo que yo pensaba».

Colocados uno y otro ejército sobre colinas que dominan el valle plano y angosto, se contemplaron por un momento como dos atletas, provocándose á la lucha: el que tomó la iniciativa fué San Martín; su artillería empezó á cañonear la posición enemiga, y como ésta no contestara, dió la orden de marcha, arma al brazo, y las columnas

empezaron el descenso, ínterin tronaba el cañón y á pesar del nutrido fuego de los contrarios. Los escuadrones realistas bajaron á su vez, pero el coronel Zapiola se lanzó sobre ellos y los rechazó valerosamente. La acción se hizo general, y los bravos soldados de la patria y las aguerridas huestes castellanas se acometieron con furor y se confundieron en la bizarría y en la temeridad.

Retroceden los realistas; avanzan los republicanos hasta una loma de la cual vigorosamente los rechaza el enemigo, y por último la victoria bate palmas en el campo patriota, y San Martín adelanta con su escolta para activar la persecución de los vencidos.

El supremo director O'Higgins, no repuesto de la herida que recibió en Cancha Rayada, asistió sin embargo, á la acción, presenciando el triunfo.

A las seis de la tarde del día 5 de Abril de 1818, el ejército vencido diez y ocho días antes, era vencedor y afirmaba en Maipu la independencia chilena.

Los realistas huían, y O'Higgins exclamaba: ¡Gloria al salvador de Chile!

VIII

San Martín entró en la capital á las diez de la noche, saludado con frenético entusiasmo, con delirante júbilo por la población en masa; cien lenguas de bronce aclamaban al propio tiempo al vencedor.

La alegre nueva llegó á Mendoza poco después de haber sido pasado por las armas, Juan, José y Luis Carrera, presos hacía tiempo en los calabozos de aquella población y acusados de conspiración.

La calumnia ha intentado manchar la limpia historia de San Martín culpándole por aquellas sangrientas ejecuciones, que sólo tuvieron por base los odios políticos y las circunstancias especiales que concurrieron á la pérdida de aquellos infortunados.

La Historia ha justificado á San Martín.

Años después, un ilustre escritor chileno, un incansable narrador de glorias nacionales ¹, acusaba también á San Martín en su libro *Ostracismo*

¹ Viouña Mackenna.

de Carrera, pero reconocido su error, más tarde con leal franqueza lo celebra en el *Ostracismo de O'Higgins* y dice «se congratula por haber hallado documentos que lavan una mancha que, como el reflejo de una afrenta nacional, la tradición desautorizada hacía pesar sobre dos nombres tan grandes como San Martín y O'Higgins».

El noble vencedor de Maipu soñaba siempre con la redención del Perú y en 10 de Mayo de 1818, volvió á Buenos Aires para insistir en la magna empresa.

La sencillez y modestia del guerrero, esquivaban toda manifestación pública; pero el entusiasmo y la admiración del pueblo argentino le tributaron grandes ovaciones, á la par de aquellas que el Gobierno le otorgó.

A pesar de sus esfuerzos no logró los auxilios para la expedición del Perú, y después de permanecer en Mendoza hasta el mes de Octubre, abatido y descontento volvió á Chile, presentándose de improviso en Santiago para no dar lugar á fastuosa entrada que el pueblo agradecido pensaba proporcionarle.

La situación de Chile era lisonjera, y precisamente uno de los valientes en la retirada de Cancha Rayada y de los héroes en Maipu acababa de dar á su patria una página más de gloria: la captura de la fragata española *María Isabel*, que se dirigía al Callao custodiando un convoy.

El marino que llevó á cabo tal hazaña era el contraalmirante Blanco Encalada.

San Martín se encontró en difíciles y extrañas circunstancias. Su noble y liberal ambición, le llamaba al Perú; su deber, á la república Argentina,⁴ amenazada por numerosas fuerzas españolas y por discordias civiles; pero la suerte favoreció de nuevo al victorioso caudillo; el Gobierno autorizó su marcha al Perú, permitiendo que los escuadrones de cazadores á caballo que se encontraban en Cuyo, pasaran á Chile.

El 20 de Agosto de 1820 estaba la escuadra chilena reunida en Valparaíso y dispuesta para llevar al Perú al ejército libertador.

Lord Cochrane, conde de Dundonald, el valiente escocés, partidario

⁴ Dice el general Mitre que el reclamo urgente del Gobierno argentino para el regreso del ejército libertador, creó una situación difícilísima al general San Martín, y las vacilaciones de su alma, combatida por sus convicciones y por la obligación de la obediencia militar, se traslucían en su correspondencia oficial y en la confidencial con sus amigos.

decidido de la libertad americana, era el almirante, y San Martín el general en jefe de la expedición, compuesta de unos siete mil hombres entre argentinos y chilenos.¹

El puerto de Pisco fué elegido para el desembarque, acampando el ejército á corta distancia de la costa, confiando San Martín en la grandeza de su misión y en el triunfo.

«Es verdaderamente curioso, — dice Azpurua en sus *hombres ilustres* — que el hombre que había atravesado los Andes al galope con su caballo y afrontado en serias batallas á los españoles en las mismas faldas de la cordillera por donde descendía, cambiase completamente de táctica al desembarcar en la ribera peruana y ofreciese á los inteligentes el raro aspecto de un general que en dos campañas emprendidas con idéntico objeto, siguiera dos sistemas abiertamente contrarios y obtuviera el mismo resultado».

El General en jefe destacó una columna al mando del fiel Arenales y la envió á la sierra, ínterin el grueso del ejército se ponía en marcha para acercarse por el Norte á la capital; al efecto se dirigió al puerto de Huacho y acampó con todo su ejército en el saludable, pintoresco y abundante valle de Huaura.

El esforzado general Alvarez de Arenales, español educado en Buenos Aires, empezó la campaña con notable acierto y buena fortuna, pues batió en el Cerro á una división española mandada por el brigadier O'Reilly, cayendo éste prisionero.

Su derrota le causó al bravo brigadier tal vergüenza, que habiéndole mandado prisionero al campamento de San Martín, pidió á éste le permitiera regresar á España, y otorgado su deseo, se embarcó en el San Patricio el 23 de Noviembre de 1821; pero creyendo una deshonra presentarse vencido, se arrojó al mar. Era irlandés de nacimiento, pero había servido en España contra las tropas francesas.

Entretanto la escuadra, dirigida por Cochrane, había empezado el bloqueo del Callao, tomando la fragata Esmeralda el intrépido Almirante y el capitán Guisse; esta presa fué en alto grado ventajosa para los republicanos, pues asombrados los españoles por aquella audacia, les dieron mayor valor é importancia, y los altivos generales y jefes del ejército realista que hasta entonces habían considerado á los patriotas

¹ En algunas biografías y crónicas se dice no pasaban de cuatro mil.

como revoltosos, los juzgaron como beligerantes y con derecho de guerra como á tales:

El general Arenales era un militar leal, valiente y severo, hasta el punto de no aceptar un ascenso para un hijo suyo teniente, por creer no había hecho méritos para tal recompensa.

La primera campaña de la sierra, llevada á cabo por este general, es una de las páginas más gloriosas de su vida militar.

San Martín se había adelantado por el Norte para cortar todo apoyo ó refuerzo á la capital.

Ya desde Pisco se había puesto en contacto con los patriotas para que ayudaran á llevar á buen término la guerra, autorizándole para tomar lo que fuera preciso y comprometiéndose á pagar cuando el ejército entrara en la capital.

«Por la presente,—decía San Martín,— empeno mi palabra de honor y los respetos de mi autoridad, que inmediatamente que las armas de mi patria entren á la capital del Perú, pagaré fiel y cumplidamente las cantidades que los buenos patriotas quisiesen suministrar al dador de ésta para objetos interesantes á la causa sagrada de América, para lo cual ruego contribuyan según sus fuerzas en el concepto de que estimaré este servicio como el más importante á la patria y que será cubierto por mí todo recibo que en virtud de este documento se me presente en Lima».

El General en jefe mandó á los departamentos emisarios inteligentes para fomentar la insurrección y creó la bandera peruana, tomando dos de los colores de las naciones hermanas y auxiliares: el color rojo de Chile y el blanco de la Argentina.

Precisamente el triunfo de Arenales mencionado anteriormente, coincidió con la presa de la *Esmeralda* y con la incorporación del batallón *Numancia* á las tropas auxiliares, esta deserción se debió en gran parte no sólo á la inclinación natural de los soldados y jefes que eran en su mayoría colombianos, sino también á los hábiles estímulos de San Martín, pues que usó hasta de las armas femeninas, es decir, de los fulgores que lanzan los ojos de las seductoras limeñas y del amor que inspiran sus encantos.

El batallón *Numancia*, fuerte de seiscientas cincuenta plazas, se encontraba en el valle de Chancay, cuando en masa fué á incorporarse con los patriotas en Huaura, que le recibieron con loco entusiasmo.

San Martín le entregó la bandera del ejército como muestra de ilimitada confianza.

Uno de los planes más importantes para los patriotas era apoderarse del castillo Real Felipe en el Callao, para lo cual estaban en connivencia con un coronel caraqueño, Cortines, y con un español coronel graduado, Santalla; pero sabedor el Virrey de que se fraguaba la entrega por traición, depuso á varios oficiales, redujo á prisión á otros y se frustró por entonces el resultado apetecido.

La gran causa de independendencia peruana estaba, sin embargo, muy adelantada y en buen camino; pero San Martín procuraba activar el éxito por medio de deserciones en el ejército, de combinaciones con los patriotas de cada provincia y por contiúas escaramuzas, sin presentar batalla decisiva, pues su ejército era escaso para batir á los españoles; éstos, intentaron atacarlo en Retes adonde se había dirigido, pero informado de aquel plan retrocedió á Huaura y el Virrey Pezuela, tal vez mal informado, hizo retroceder sus tropas hasta el campamento de Azuapuquio, temiendo que San Martín se embarcara en Huacho para ir á Chorrillos y de allí dirigirse á Lima.

Los jefes Canterac y Laserna, conspiraron poco después contra el virrey Pezuela, y gran número de oficiales de acuerdo con aquellos generales, le intimaron resignase el mando y saliera para España. La Junta Directiva de Guerra le dió á Laserna por sucesor en el virreinato.

San Martín, aleccionado en la guerra de España contra Francia, estableció el sistema de *guerrillas* tan temibles para los franceses y que tal estrago causaron en los ejércitos de Napoleón, y á las cuales en América llamaron los realistas *montoneras*. Varios de los guerrilleros adquirieron verdadera celebridad y ayudaron poderosamente en todos los países americanos al triunfo de la libertad.

España, noticiosa de los acontecimientos del Perú, había enviado comisionados para tratar un arreglo ventajoso, y uno de ellos llegó al campamento de San Martín en donde éste le hizo todos los honores debidos á su cargo, y poco después se entablaron conferencias que tendían á un arreglo satisfactorio entre España y América; pero no se consiguió el completo acuerdo en las bases, y únicamente se acordó que el Virrey saliera de Lima para el Sur, dejando á San Martín la capital y territorio del Perú que queda al Norte del departamento del

Cuzco ¹ ínterin se mandaban comisionados á la metrópoli para ajustar un tratado y durante un armisticio de diez y ocho meses.

Arenales había conseguido nuevas victorias y ocupaba gran extensión de territorio, cuando evacuada Lima por los españoles que con el Virrey se dirigían á la Sierra, tomó San Martín pacífica posesión de la ciudad, declarando *desde aquel momento al Perú libre é independiente*.

El sitio de los castillos del Callao continuó, y San Martín reasumió el mando supremo con el nombre de *Protector del Perú*, entre los ministros figuraba el notable argentino Monteagudo, uno de los hombres más hábiles en política, y de elevadísima, sagaz inteligencia.

La causa española estaba perdida, y á pesar de los poderosos esfuerzos del virrey Laserna y del general Canterac para sostener la bandera de la patria en los castillos del Callao, fué imposible impedir la capitulación y entrega de aquellos baluartes del poder colonial, el día 21 de Septiembre de 1821.

La enseña republicana ondeó por primera vez en las temibles fortalezas.

La organización y administración del país fijaron muy particularmente la atención de San Martín, y la instrucción pública, las mejores reformas á todos los ramos, los censos, el desarrollo del comercio é industria, la libertad para los esclavos, decretada el 12 de Agosto de 1821, fueron otros tantos bienes que derramó y que hacen inolvidable el recuerdo de su mando, así como el de sus virtudes cívicas y de las sabias reformas sociales, que es el más lozano laurel de su corona.

Sin embargo de tan relevantes cualidades, la calumnia y la ingratitude se cebaron en el prócer argentino. En Diciembre de 1821, se formó una conspiración encaminada á derrocarlo del mando y tal vez haber llegado hasta el crimen, según algunos historiadores.

La conspiración fué descubierta por denuncia, y la amargura y el desaliento, invadieron el corazón de San Martín. Creyéndolo deshonesto ni aun pretendió hacer extensas averiguaciones, para no tener que castigar á los culpables.

La vida pública le era ya insoportable, porque *su corazón estaba dilacerado con tantos desengaños, traiciones, ingraticudes y bajezas*. ²

¹ Paz Soldán, *Perú independiente*.

² Palabras de San Martín.

Todavía el poder español tenía en el Perú ejércitos y generales, agonizante virreinato y parte del territorio, cuando Bolívar, triunfante en Pasto, y libre el Ecuador por la batalla del Pichincha, ganada por el invicto Sucre, se dirigió á Guayaquil y verificó allí la memorable conferencia con el protector San Martín, para tratar de la completa emancipación del suelo peruano, que reclamaba el auxilio del libertador de Colombia.

Aquella entrevista entre los dos colosos de la libertad americana, fué decisiva, porque el vencedor de Chacabuco y Maipu y el valeroso Bolívar, convinieron los medios para terminar la prolongada contienda, la cual no podía tener tan fácil solución si el jefe venezolano no prestaba su auxilio.

El héroe le prometió eficazmente ayudar al logro del noble propósito, y combatió las ideas monárquicas de San Martín, que, franco y sencillo manifestaba abiertamente su opinión en los pueblos de América; decía: «No hay elemento republicano, y en mi concepto, sería más fácil establecer monarquía como la del Brasil». ¹

El Protector permaneció tres días en Guayaquil, y el 19 de Agosto de 1822 volvió á Lima, decidido á separarse del mando, para lo cual activó la instalación del Congreso Constituyente.

Suspiraba por la tranquilidad y aislamiento que tanto necesitaba. Así le decía á su amigo querido O'Higgins.

El 20 de Septiembre se reunió el primer Congreso del Perú independiente.

En ese día, San Martín, después de asistir al *Tedeum* en la catedral, acompañado por las autoridades, ministros y diputados, se dirigió al salón de sesiones, y cuando los representantes del país tomaron asiento, se puso en pie, y despojándose de la banda bicolor, dijo:

«Al depositar la insignia que caracteriza al Jefe Supremo del Estado, no hago sino cumplir con mi deber y con los votos de mi corazón; si algo tienen que agradecerme los peruanos, es el ejercicio del Supremo Poder que el imperio de las circunstancias me hizo obtener, y hoy que felizmente lo dimito, pido al Ser Supremo que conceda á este Congreso, el acierto, luz y tino que necesita para hacer la felicidad de sus representantes. ¡¡¡Peruanos!!! Desde este momento queda instalado el Con-

¹ Memorias de T. C. Mosquera

greso Soberano, y el pueblo reasumirá el Poder Supremo en todas sus partes.»

El Protector puso sobre la mesa seis pliegos cerrados y salió del Congreso, marchando en seguida al inmediato pueblo de la Magdalena para ocuparse en los preparativos de viaje.

El Congreso nombró al desinteresado ciudadano, Generalísimo de las armas de mar y tierra del Perú. El Protector sólo aceptó el título como página de grata memoria, puesto que decidido á entrar en la vida privada, sólo saldría de ella si los peruanos necesitaran su auxilio y viesan amenazada su libertad.

Su despedida fué tan elevada y digna como todos los actos de su vida.

«¡¡¡Peruanos!!! Presenciad la declaración de la independencia de los Estados de Chile y Perú; existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el imperio de los *incas*, y he dejado de ser hombre público. He aquí recompensados, con usura, diez años de revolución y de guerra. Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la campaña, están cumplidas: hacer su independencia y dejar á su voluntad la elección de sus Gobiernos; la presencia de un militar afortunado, por más desprendimiento que tenga, es temible á los Estados que de nuevo se constituyan. Por otra parte, ya estoy aburrido de oír decir que quiero hacerme Soberano; sin embargo, siempre estaré pronto á hacer el último sacrificio por la libertad del país, pero en clase de simple particular y *no más*.

En cuanto á mi conducta pública, los patriotas dividirán sus opiniones, como sucederá en todo lo demás: á las generaciones futuras queda reservada la misión de pronunciar su verdadero fallo con imparcialidad.

¡¡¡Peruanos!!! Os dejo establecida la representación nacional: si depositáis en ella una entera confianza, cantad el triunfo; si no la anarquía os va á devorar. ¡Que el acierto presida vuestros destinos y que éstos os colmen de felicidad y paz! — JOSÉ DE SAN MARTÍN ».

Notició á Bolívar su renuncia del mando y son dignos de mención algunos párrafos de su carta.

«Lleno de laureles en los campos de batalla, mi corazón jamás ha sido agitado de la dulce emoción que le conmueve en este día venturoso; el placer del triunfo para un guerrero que pelea para la felicidad de los

pueblos, sólo lo produce la persuasión de ser un medio para que goce de sus derechos.... Mi gloria está colmada cuando veo instalado el Congreso Constituyente.... Si mis servicios por la causa de América merecen consideración al Congreso, yo los represento hoy, sólo con el objeto de que no haya ni un sólo sufragante que opine por mi continuación al frente del Gobierno; por lo demás, la voz del Poder Soberano de la nación será siempre oída con respeto por San Martín como ciudadano del Perú, y obedecida y hecha obedecer por él mismo, como el primer soldado de la libertad».

El Generalísimo llegó á Valparaíso á bordo de la goleta *Moctezuma*, y escaso de salud y de recursos, pidió hospitalidad á su fiel amigo O'Higgins. Su decaimiento físico era grande, y esto le hizo permanecer dos meses en aquella tierra chilena tan querida, que le había aclamado con loco entusiasmo cuando le debió su libertad, pero que entonces le acogió con el frío glacial del olvido.

Otro dolor profundo, acerbo, desgarró su corazón al llegar á Mendoza. Su compañera, su esposa, en quien creía encontrar el amante consuelo para sus decepciones políticas, había muerto; y al recibir la infausta nueva tornóse aún más triste y sombría la vida de San Martín, y su desaliento creció en Buenos Aires, envuelto en fratricida lucha, en la cual preocupada la atención general, ni aun se fijó en la presencia del prócer argentino.

Sólo un lazo le era aún grato y querido: su hija.

Con ella se trasladó á Europa, y en Bélgica vivió aislado, casi careciendo de lo necesario, completando la educación de aquella única heredera de su nombre.

Más tarde, un noble corazón se encargó de ser la providencia del Protector del Perú ¹ y proporcionarle, con delicadeza suma, lo necesario para su bienestar.

En 1832, Mercedes San Martín, el ángel del solitario hogar del proscrito, se unió con el elegido de su corazón, con otro hijo benemérito de las orillas del Plata ²; pero siempre fué la tierna y cariñosa compañera del venerable anciano que vivió en Grand-Bourg, rodeado de trofeos de su vida de soldado y siendo objeto de veneración de propios y de extraños.

¹ D. Alejandro Aguado.

² D. Mariano Balcarce.

Allí murió en brazos de su hija amantísima, ella recogió el postrer suspiro del héroe y vió extinguirse aquella vida fecunda en bienes para la Humanidad y en glorias para su patria.

Pasaron largos años, y el día 13 de Julio de 1862, vistió de fiesta la ciudad de Buenos Aires. En la hermosa plaza de Marte se agitaba inmensa multitud que rendía homenaje á la memoria del general don José de San Martín, cuya estatua se levantaba arrogante y era objeto del público regocijo.

Había llegado la hora del *verdadero fallo*, y la justicia y la gratitud de los pueblos eternizaba en bronce la imágen del soldado de la libertad, y su nombre y su recuerdo, viven y vivirán en las futuras generaciones, y serán eternos como las heladas cumbres de los Andes.

En Mayo de 1880, se cumplió el último deseo del general San Martín: sus venerados restos descansan ya en suelo argentino, y si la vida le abandonó en extraño suelo, hoy sus cenizas están cobijadas por la bandera de la patria.



FRANCISCO MIRANDA

FRANCISCO MIRANDA

I



EL 9 de junio de 1756 nació en Caracas un niño, hijo de D. Sebastián Miranda y de D.^a Francisca A. Rodríguez y Espinosa.

Pasados los primeros años y deseosos sus padres de que siguiera la carrera militar por la cual Francisco Gabriel era entusiasta, le enviaron á España, porque como en las pasadas generaciones, la nobleza era intransigente sobre todo en las colonias, no había consentido la de Caracas en recibir á Miranda como cadete, aun cuando perteneciera á familia rica, honrada y de merecida reputación.

El carácter y clarísimo talento del joven venezolano le hicieron alcanzar rápidamente buen puesto en el ejército español, y cuando la Francia y la España se declararon á favor de las colonias contra Inglaterra, formó parte de las fuerzas españolas enviadas al Norteamérica, y sin duda, entonces, cultivando el trato con los independientes, surgió en su pecho el sentimiento de libertad para su patria.

Firmado en Versalles el tratado de paz, reconocida la independencia de los Estados Unidos, pasó Miranda á la isla de Cuba, en donde el bondadoso capitán general D. Manuel Cajigal, prendado del joven hispano-americano, le colocó á su lado como ayudante, y afectuosa simpatía unió al jefe y al oficial con solida amistad.

Así corrió la vida de Miranda durante algún tiempo, hasta que perseguido con su jefe por imaginario plan de entregar la isla á los ingleses y temiendo, que la causa languideciese años y años como sucedió, ¹ resolvió viajar y prepararse para poner en práctica el pensamiento que de larga fecha meditaba.

II

Prusia, Austria, Turquía y después Rusia, fueron para el joven caraqueño inagotable fuente de estudios políticos, y la emperatriz Catalina II mostró tan entusiasta predilección por su talento y cualidades características, que dió lugar á comentarios y á diferentes apreciaciones, y entre éstas contábanse flaquezas mujeriles, las cuales son ajenas á la vida pública de Miranda, por lo que, nos concretamos á consignar que fué autorizado para usar el uniforme de coronel de la milicia rusa; que recibió singulares atenciones en San Petersburgo de toda la sociedad, y que la Emperatriz, después de haberle ofrecido protección para la gran empresa de libertar á Venezuela, le recomendó á todos sus embajadores en el extranjero, de este modo:

«Queriendo S. M. Imperial dar á D. Francisco Miranda una prueba relevante de su singular aprecio y del interés particular que toma por él, encarga á V. E. haga á este oficial una acogida proporcionada al aprecio con que ella le distingue.

»Le tributará V. E. todas las atenciones y cuidados posibles, y dará, asistencia y protección siempre que la necesite y cuando él quiera reclamarla, y le franqueará, en fin, en caso necesario, un asilo en su palacio.»

En 1790 se encontraba Miranda en Inglaterra y su alta capacidad, le sugirió la idea de someter al ministro Pitt su plan de emancipación de Venezuela, y seguramente hubiera conseguido ayuda del sagaz inglés, si las consideraciones políticas y diplomáticas no hubieran hablado muy alto en contra del proyecto de Miranda é hiciéran imposible, toda protección ó aceptación del plan revolucionario.

¹ Diez y ocho años más tarde se reconoció que Cajigal y Miranda eran inocentes.

Trasladóse á Francia, en momentos de terrible crisis cuando la convulsión de aquel pueblo atraía las miradas del universo y muy especialmente las de los monarcas, aterrados, al contemplar por tierra seculares principios y reducido á escombros el trono de San Luis.

La elevación de ideas de Miranda, sus convicciones liberales y su patriotismo, le hicieron simpático á los franceses, y el ministro Servant formó empeño en que tomase parte en la campaña como mariscal de campo, colocándole aquella resolución al lado de generales de la más alta nombradía, entre los cuales adquirió justa fama y mereció por sus servicios ser ascendido á teniente general.

III

La traición de Dumouriez, le hizo comparecer acusado de complicidad ante aquel *Tribunal revolucionario* que ya empezaba á ejercer siniestro influjo y que tantas víctimas había de dar al cadalso; la atracción que ejercía el ilustre americano fué entonces tan grande, que consiguió ser absuelto por unanimidad, y Chauveau La Garde, el célebre, persuasivo y elocuente defensor de la desventurada María Antonieta y de la heroína Carlota Corday, se expresa, hablando de Miranda, con admiración y cariño:

«Viles calumniadores, hombres sedientos de sangre que no ven sino culpables, que no quieren sino víctimas, no se ruborizan de ultrajar hasta la misma virtud. El día más hermoso de mi vida ha sido aquel en que defendí á Miranda. Declaro que jamás he conocido hombre que me haya inspirado más *estimación*, y más diré, ni más *veneración*; es imposible tener más grandeza de carácter, más elevación en las ideas, ni un amor más verdadero á todas las virtudes. Habría deseado que toda la Europa lo hubiera oído. No es posible ser más preciso en las respuestas, más claro en las explicaciones, más fuerte en el razonamiento, más enérgico en todo lo que emana del sentimiento, y sobre todo, tener más de esa calma imperturbable que sólo es fruto de una sana conciencia».

El terrible Tribunal no pudo acallar con su fallo á los enemigos de Miranda, que empeñados en su pérdida y acumulando acusaciones calumniosas, lograron obtener una orden de prisión y conducirle á las mazmorras de la Force.

IV

Diez y ocho meses duró la terrible persecución, hasta que se dirigió á la Convención, enérgica y razonadamente:

«O soy culpable—decía—y se comete un crimen contra la Sociedad dejándome impune, ó soy inocente y entonces se ultraja á la Sociedad retenéndome en prisión sin juicio. ¿Qué digo? sin motivo que pueda honestamente confesarse. Cualesquiera que hayan sido en la época de mi mando las intrigas que estuvieron á punto de comprometer el buen éxito de la revolución francesa, es evidente que no hay en toda la nación un solo hombre menos sospechado que yo de haber tomado parte en aquellas maniobras, porque nadie ha dado de su conducta una cuenta más severa.

»Pero los más encarnizados en perderme, ocurren de nuevo por armas al arsenal de la calumnia, y desde esa fortaleza, inaccesible á la inocencia, me asestan sus tiros, cual cobardes, ocultando el rostro. Según ellos, mis cajas de libros estaban llenas de fusiles, las memorias de mis viajes eran correspondencias con el extranjero: pues todo fué registrado, y por doquiera se encontraron sólo mentiras y calumnias ó necesario fué buscarme entonces delitos en el porvenir, á fin de quitarme el medio de probar que no existen, y supusieron que proyectaba un viaje á Burdeos. Cambón lo anunció así en la tribuna de la Convención, y aunque no existía ni podía existir indicio alguno de semejante viaje, Pache dió con tan ridícula protesta la orden de prenderme; curioso es ver las acepciones diferentes y contradictorias que con respecto á mí se han dado á la palabra sospechoso: desde luego, y como un pretexto para perseguirme, fuí sospechoso por atribuírseme complicidad con Dumouriez; cuando quedó probado que lejos de haber sido cómplice suyo fuera su víctima, me hice sospechoso por un republicanismo racional y no revolvero; poco después, lo de sospechoso se entendió con respecto al federalismo, y hoy, que esta circunstancia no puede servir ya de pretexto á la opresión, la calificación de sospechoso se me da con relación al capetismo.»

V

Su elocuente y justa reclamación alcanzó la libertad, pero intimándole dejara el suelo francés, lo que efectuó tan luego como logró el arreglo de varios asuntos, dirigiéndose á Londres, pues había recibido en París varias comisiones de diferentes países del nuevo continente para que, intentara su independencia y pretendiese el apoyo de la Gran Bretaña.

Sus entrevistas con el ministro Pitt, demostraron una vez más que los profundos conocimientos políticos de Miranda, su elocuencia, su noble brío para defender la causa americana, alcanzaban las simpatías de todos, y la emancipación de América tenía en el sabio caraqueño un auxiliar poderoso.

Siempre, sin embargo, encontró entorpecimientos para que el proyecto alcanzara completa solución, hasta 1803 y 1804 en que la Inglaterra pensó en utilizar el empeño de Miranda en pro de sus propios intereses y ayudar á la libertad sud-americana, para atacar á España en sus colonias.

Tampoco las negociaciones emprendidas tuvieron entonces resultado: Europa se conmovía hasta en sus cimientos al paso de las tropas francesas, las naciones estaban pendientes de una palabra ó una orden dada por Napoleón, y los pueblos se coaligaban contra el coloso que era perpetua amenaza para la tranquilidad general.

VI

Desalentado Miranda, después de la prolongada expectativa para obtener protección y haber visto repetidas veces defraudadas sus esperanzas en favor de aquella emancipación tan anhelada, tan querida y tan necesaria para el progreso de la patria; cediendo á la vez á las instancias de muchos de sus compatriotas, resolvió hacer campo de sus aspiraciones la propia América y ayudarse con los mismos que suspiraban por la independencia.

También pensó, en que, la hermosa porción americana que disfrutaba ya los beneficios de pueblo libre apoyaría la realización de su deseo, y aun cuando á la llegada á los Estados Unidos vió desvanecida tan risueña esperanza, obtuvo la incansable actividad de aquel apóstol del principio republicano, pertrechos de guerra y unos doscientos hombres reclutados por el coronel W. Smith, además de dos corbetas *armadas en guerra, y fusiles y municiones.*¹

Los contratiempos acompañaban siempre y se interponían entre Miranda y el buen éxito, y no faltaron en este caso para retrasar la bien combinada expedición.

El Gobierno norte-americano para dar cumplida satisfacción al Gobierno español, quejoso de que en territorio de un país amigo se organizara un plan revolucionario, encausó á los que habían procurado los auxilios enumerados, y aun cuando con imparcialidad y justicia fueron absueltos y merecieron el aplauso hasta de sus jueces, se perdió un tiempo precioso y una de las corbetas, temeroso su capitán de sufrir perjuicios y consecuencias trascendentales en su persona é intereses.

El valeroso y perseverante Miranda, no cedió ni se arredró con tal cúmulo de contrariedades, y salvándolas y renovando con dos goletas su reducida escuadra, se dió al mar, rumbo á Costa Firme, pensando en pisar tierra venezolana y romper las hostilidades contra los españoles.

De repente, cuando soñaba con ser el salvador predestinado por la Providencia, cuando creía que le separaban pocas horas de aquel instante deseado durante largos años en que enarbolase la bandera símbolo de redención, se vió acometido por dos bergantines de guerra que le esperaban apercebidos para el combate, y éste, porfiado por ambos combatientes, hizo fracasar de nuevo los planes de Miranda, y derrotado, buscó en la huída la salvación: ¡que aun podía ser útil á su país y no había llegado la hora de morir!

VII

La vida de este impertérrito patriota tiene á veces el interesante colorido de aquellas de los obstinados capitanes de la Edad Media, y su

¹ Detalles tomados de la *Historia de Venezuela*, por Barrall y Díaz.

caballeresca figura se destaca siempre grande y heroica, aun en su martirio y en su muerte.

¿Acaso el auto de fe ejecutado en Caracas con la bandera libertadora, con las patrióticas proclamas, con la efigie del audaz revolucionario, destruyó el germen de la rebelión? ¿Pudo el fuego extinguir el que ardía en los corazones de esforzados patricios que, no esperaban sino el momento favorable para lanzarse á la lucha?

Las chispas de aquel incendio llegaron en no lejano día hasta las más remotas regiones americanas, y formando hogueras, consumieron en ellas las instituciones y las antiguas respetadas creencias.

Miranda, en tanto, celebraba en Trinidad un tratado con las autoridades inglesas para que á él fueran unidos, el auxilio que solicitaba y el apoyo de la Gran-Bretaña, y torpe calumnia fué el atribuírsele entonces promesas de dominio hechas á los ingleses y antipatrióticos amaños, ajenos á su acendrado patriotismo y á la grandeza de su carácter.

Estipuló el jefe revolucionario, franquicias para el comercio inglés en los pueblos que alcanzaran su autonomía, privilegio extensivo al Norteamérica, pero sin efecto para las naciones enemigas de Inglaterra; ésta abusaba, como siempre, de la situación, para obtener grandes ventajas comerciales, pero en cambio, lord Cochrane, almirante de la escuadra inglesa que á la sazón se encontraba en las islas de Barlovento, daría algunos buques de guerra, autorizaría el reclutamiento de ingleses en Trinidad y se opondría á las fuerzas marítimas que cruzasen aquellos mares.

Las condiciones podían ser en extremo ventajosas para Inglaterra, pero Miranda estaba en situación decisiva.

VIII

Habían pasado cinco meses, cuando una mañana se avistó desde la Vela de Coro, una escuadra compuesta de catorce ó quince buques y llevando á su bordo quinientos hombres de desembarco, decididos y entusiastas.

En ella iba Miranda con sus atrevidos compañeros, y en la noche del

primero de agosto de 1806 pisaron tierra, conducidos en botes y á fuerza de remos, desafiando el nutrido fuego que les hacían los españoles.

La primera escaramuza fué contraria á los realistas, y los expedicionarios se hicieron dueños de un fortín, cañones y almacenes, y muy de madrugada ocuparon Coro y se prepararon á resistir al enemigo. La actitud de la población era fría é indiferente, primera decepción que Miranda sufrió al pisar el suelo natal, y la cual trastornaba todos sus planes por el convencimiento de que no estando eficazmente apoyado por los pueblos, era imposible que su escasa fuerza iniciase ventajosa campaña ni intimidara al enemigo, influyendo tales consideraciones para que Miranda se reembarcara dirigiéndose á la isla de Oruba, desde donde solicitó nuevos auxilios. Llegaron éstos, pero fueron escasos, y aun así retirados poco después, porque la Gran Bretaña entablaba negociaciones de paz con la nación española y ya no podía convenirle prestar su apoyo para la emancipación de las colonias.

¡Qué serie de reveses para el ánimo esforzado de Miranda: qué triste desengaño el de aquella expedición emprendida con tanta fe y heroico civismo!

Era imposible emprender *solo* la guerra de independencia y hubo de resignarse á volver á Europa, en donde permaneció hasta el año 1810, primero de la libertad de Venezuela.

IX

Enviado Bolívar á Inglaterra por la Junta Suprema de Caracas, no vaciló en anunciar la vuelta de Miranda á Venezuela ni en apoyar ésta, porque su carácter enérgico, el conocimiento de los hombres y de la política, adquirido en los viajes y perfeccionado con la labor de una inteligencia tan despejada como innovadora, el amor á la patria, intenso, profundo y exclusivo, le impulsaban á prestar un inmenso servicio á la revolución, dándole el apoyo intelectual de Miranda y su firme brazo: ambos podían ser de grande utilidad para la santa causa.

Tenía Miranda entonces cincuenta y cuatro años; la presencia arrogante; el fuego de la juventud unido á la serena y reflexiva sabiduría de la edad madura; su larga estancia en la Francia del 93, le prestaba

algo de aquel especialísimo aspecto de Mirabeau ó de los girondinos, y en toda su persona se traducía el hombre eminente, distinguido, culto, pensador y consagrado al triunfo de una idea.

Su fisonomía era grave, seria; su mirada profunda, observadora y penetrante; valeroso como guerrero, era elocuente como orador, y como hombre, virtuoso y digno.

Aquella célebre *Sociedad patriótica*, establecida en Caracas, fué obra suya: era un club de jacobinos venezolanos destinados á ser el cerebro de la revolución, el alma y el impulso del acta del 5 de julio de 1811.

Poco después alcanzó el venerable patricio completo triunfo en Valencia, en donde los realistas enarbolaron el estandarte de la sublevación contra el Congreso y el Gobierno nacional, y cuando volvió vencedor de la campaña, encontró, á pesar del acierto en las operaciones y de su generosa benevolencia con los vencidos, germen de discordia y hostilidad contra él en el Congreso.

X

El 21 de diciembre se sancionó y firmó la Constitución, la que si bien no respondía á las especiales circunstancias del país, era, sin embargo, un documento admirable y sensato, dictado por las ideas más filantrópicas y redactado con profunda sensatez y cordura.

Diversos acontecimientos, desastrosos para Venezuela, tuvieron lugar en el primer tercio de 1812; los jefes españoles Cevallos y Monteverde habían alcanzado algunas ventajas contra los patriotas, precisamente en momentos de angustia y desolación.

Eran las cuatro de la tarde del Jueves Santo, 26 de marzo, cuando un terrible terremoto convirtió en ruinas poblaciones enteras, y los habitantes que no perecieron entre los escombros, quedaron reducidos á la mendicidad: la guerra, la miseria, las catástrofes de todo género hicieron insostenible la situación, y el Gobierno dictó medidas enérgicas y confirió la dictadura á Miranda, nombrándole generalísimo de las fuerzas de mar y tierra.

XI

El malestar del país aumentó con los temores y preocupación del pueblo que, dando al terremoto causa puramente política y atribuyéndolo los desastres ocasionados por él, á la revolución, influyó para que las filas de los realistas engrosaran con los tráfugas de los republicanos.

Miranda desplegaba activa iniciativa, y su singular capacidad y prestigio obtuvieron benéfico influjo para la noble causa que defendían; franceses, ingleses, holandeses, se alistaban con entusiasmo para la campaña regeneradora, y la juventud venezolana, arrastrada á su vez por la perspectiva de la independencia y por el ardor de la mocedad, se unió en bien de la patria á las fuerzas independientes.

Simón Bolívar, el más intrépido, sereno y entusiasta de los patriotas, fué destinado á defender la importante plaza de Puerto Cabello, y el Generalísimo, que se encontraba en Maracay, había tomado algunas medidas dictadas por lo apremiante de la situación; y rodeado por los hombres que componían el Poder Ejecutivo, diputados y senadores, formó un cuerpo consultivo y promulgó en marzo la célebre *ley marcial* por la cual llamaba á las armas á todo ciudadano apto para entrar en campaña, aumentando el ejército con el decreto de libertad para los esclavos que sirviesen á la patria durante diez años; disposiciones que si bien proporcionaban hombres para la lucha, tenían gravísimos inconvenientes, creaban á Miranda grandes dificultades, hacían decaer su prestigio y disminuir el número de sus partidarios y amigos, á la vez que los realistas confiaban más y más en el triunfo, extendían su dominio y recuperaban plazas importantes como Valencia, ocupada el 3 de mayo de 1812.

En Calabozo y en San Juan de los Morros, tuvieron lugar sangrientos combates favorables al jefe español, y el Generalísimo vióse en la necesidad de abandonar Maracay retirándose á la Victoria, en donde estableció su cuartel general.

XII

La acción de Pantanero, ganada por los patriotas en el ataque de Monteverde al cuartel general de la Victoria, influyó favorablemente reanimando la confianza, aunque el mal estado de la Hacienda pública, las luchas contra el fanatismo religioso, agravaban la situación del Generalísimo; éste había logrado reunir ya en la Victoria cinco mil hombres y veinte y ocho piezas de artillería, proponiéndose esperar allí los acontecimientos, que no tardaron en precipitar á Miranda en el abismo del desaliento y del infortunio.

La sublevación de los negros libertados y la amenaza contra la capital, obligaron al Jefe supremo á desprenderse de algunas fuerzas para que la defendieran y evitaran los terribles excesos, los incendios, los saqueos cometidos en diferentes puntos, y los cuales consternaron á Caracas tanto más, cuanto que aquellos foragidos se proponían destruirla.

Por otra parte, los odios contra Miranda, se manifestaban y crecían de día en día, hasta el punto de que muchos de los patriotas dieron la preferencia al enemigo y traicionaron la fe jurada á la patria; la división era cada vez mayor, las deserciones de la tropa eran frecuentes é inevitables y el desaliento, cundía y paralizaba á los que aun eran fieles á las banderas republicanas.

Pero no era bastante, las calamidades se sucedían unas á otras: y al tener noticia en la Victoria de la pérdida del castillo de Puerto Cabello, que defendía Bolívar, exclamó Miranda: «Venezuela está herida en su corazón.»

La traición había hecho ondear de nuevo la bandera española en aquella fortaleza.

Un oficial de milicia, llamado Francisco Vinoni, puesto de acuerdo con algunos presos y con la tropa, aprovechando la estancia de Bolívar y del comandante del castillo en la ciudad, habían proclamado al rey de España y enarbolado el pabellón español.

El Generalísimo no encontraba ya salvación, y apoyado por la junta convocada en el cuartel general, resolvió capitular con Monteverde, no desistiendo de su propósito á pesar de que las tropas independientes

batieron á los realistas, ni de la abierta oposici3n de jefes y oficiales que preferían seguir peleando y vencer 3 morir, á perder la libertad conseguida á costa de tantos sacrificios.

El ejército intentó insurreccionarse, rechazar las deshonrosas proposiciones, arrebatar el mando al Generalísimo y ponerle en manos de quien pudiera defender la amenazada causa; pero la energí3 de Miranda y prontas medidas apagaron la sedici3n y concluyeron el pacto con Monteverde, estipulándose en 20 de julio la entrega de las provincias ocupadas por los republicanos, pertrechos de guerra, y cuanto pertenecía á la Repú3lica.

El jefe espa3ol se comprometía á respetar las personas y bienes de los revolucionarios, á conceder pasaportes á los que desearan salir de Venezuela, en el término de tres meses, y á no perseguir á los comprometidos en la revoluci3n, fueran extranjeros 3 nacionales.

XIII

Dueño Monteverde de la situaci3n, dió cuarenta y ocho horas de término á Miranda para ratificar, y en último término doce horas, por lo que vióse el Generalísimo en la ineludible precisi3n de aprobar el convenio y autorizar al teniente coronel Sata y Bussy para que terminase el trascendental asunto.

La independéncia se había hundido en el abismo, y Venezuela, de república, tornaba á ser colonia de la naci3n espa3ola, bajo el mando de Monteverde, cláusula dictada por el astuto jefe espa3ol y á la que fué ajeno Miranda, según los datos que la Historia nos ofrece.

La Victoria y Caracas fueron ocupadas inmediatamente por tropas espa3olas, y Miranda, abrumado por la desventura y por el dolor, se dirigió á la Guaira para embarcarse con otros patriotas.

La llave de la traici3n cerró el puerto para los republicanos, pidiendo apoyo á la calumnia para que manchara el preclaro nombre de Miranda; con el falso rumor de haber vendido su patria á los espa3oles.

¡Qué tumulto é indignaci3n causó la vil serpiente en el corazón de aquellos hombres que creían culpable al Generalísimo, y dispuesto á

partir para disfrutar en extraño suelo del bienestar procurado por la perfidia!

Además, se aseguraba que Monteverde no cumpliría lo pactado y que no se permitiría la salida de los emigrados: ¡en ese caso Miranda no debía partir! ó todos ó ninguno, ¡era preciso prenderle para que se le juzgara!

Bolívar fué de los más exaltados contra aquel que había sido su amigo. ¡La calumnia cumplía su misión!

XIV

La orden de prisión contra el Jefe supremo fué dada por el gobernador de la Guaira, doctor Miguel Peña, y el comandante de armas, coronel Manuel María de las Casas, nombres que la Historia ha consignado como autores de una gran injusticia, de falta de hidalguía, de caballerosidad y de respeto á los deberes de la hospitalidad.

¡Miranda era huésped de Casas!

Tal vez debilitado el noble anciano por los sufrimientos, perseguido por las circunstancias, obcecado por el temor de mayores males, cometió el error de confiar en Monteverde; pero jamás se manchó con indigno lucro, ni con haber faltado á la austera honradez y á la pureza de su carácter.

¡Era pobre! Cuanto había poseído lo sacrificó en aras de la idea libertadora. ¡Su vida la gastó en servicio de la patria! ¡nada tenía que reprocharse! Su conciencia de nada le acusaba: por eso al verse rodeado de enemigos, marchó á la cárcel sin quejarse, sin acriminar, sin hacer alarde de altivez, pero sí con sencilla dignidad.

Todos los historiadores afirman que Bolívar, ofuscado, creyó culpable á Miranda y quiso que se le juzgara; pero jamás su alma generosa pudo albergar la idea de entregarle á sus enemigos los españoles.

« Esa fué la obra deshonrosa, y acaso pérfida, de otros jefes que concurrieron á la prisión del Generalísimo ». ¹

¹ JOSÉ MANUEL RESTREPO, pág. 89, cap. 4.º — *Historia de la Revolución de Colombia*.

Al día siguiente, una orden terminante de Monteverde hizo imposible el embarque de los republicanos.

— *Señores,* — dijo Casas, — *nadie se embarca, y juntos correremos la misma suerte.*

Y con la mayor severidad cumplió las órdenes del jefe español, con profunda sorpresa de Miranda y de los que debían abandonar el suelo venezolano.

Aquella misma tarde llegó Monteverde, y los republicanos más autorizados y eminentes fueron reducidos á prisión, no sólo los que con Miranda llegaron á la Guaira, sino otros muchos en Caracas y en otras poblaciones de Venezuela.

XV

La capitulación de San Mateo había sido una censurable farsa, y Monteverde, *Señor* entonces de Venezuela, mancilló el nombre de la hidalga España, con la violación del pacto y la persecución de los insignes patriotas que habían fiado la vida á su palabra.

«Esta fué la célebre capitulación que, terminó la primera época de la existencia de la república de Venezuela. Algunos la han mirado como una traición del general Miranda, cuyo nombre han querido mancillar, sin embargo de haber empleado gran parte de su vida en trabajar por la independencia y libertad de su patria. Otros, censuran la capitulación, creyéndola un acto de debilidad que tuvo lugar en momentos en que podía haber triunfado de las tropas colectivas y mal armadas de Monteverde.

»De todos los hechos anteriores se deduce, que este triunfo, tan fácil para alguno, era harto difícil en el estado en que se hallaba el país, perdida la importante plaza de Puerto Cabello, sublevados los esclavos y libertos de la costa de Barlovento y ocupado en su mayor parte el territorio de la Confederación.

»En aquellas circunstancias difíciles, habría sido necesario verter mucha sangre venezolana para que los patriotas pudieran mantener libres algunas provincias, y corrían el peligro de que los mismos pueblos los entregasen á los realistas. La filantropía de Miranda, sus

deseos de ahogar el derramamiento de sangre y las consideraciones arriba indicadas, lo decidieron á la capitulación.

»Lejos de nosotros la menor idea de que un interés pecuniario hubiera influido en el ánimo del Generalísimo para capitular. *Esta patraña, inventada por algunos escritores realistas que aun dicen haber recibido á cuenta setecientas cincuenta onzas de oro, es una verdadera calumnia que rechazamos con indignación, y para la cual no hubo fundamento razonable*». ¹

Miranda yacía en lúgubre calabozo con otros patricios de inmortal renombre, como el canónigo Madariaga, Roscio, Juan Pablo Ayala, José Mirés, José Barona, Juan Paz del Castillo, Manuel Ruiz y Francisco Isnardí.

El infortunado y sabio Generalísimo fué trasladado de la Guaira al castillo de Puertó Cabello, y encerrado en una bóveda, vió pasar días, semanas y meses, en amarga clausura y triste soledad. Grande, magnánimo, generoso, jamás apeló á la queja ó la injuria con los que tan cruelmente le habían calumniado y vilipendiado.

El ilustre anciano permaneció en Puerto Cabello hasta el año siguiente, época en la cual se le transportó á Puerto Rico, más tarde á Cádiz y al arsenal de la Carraca.

¡Allí vivió muriendo, el patriota insigne, el honrado dictador, el infeliz Miranda; allí, olvidado, mísero, á solas con sus recuerdos, con sus pesares, anhelando tal vez gratas nuevas de la patria y del hogar, sin esperanza de volver á su seno, pasaría las noches sin reposo y los días sin consuelo!

¡Allí evocaría la imagen de sus hijos, ² las horas felices, los años empleados en la política contienda! ¡Y qué cúmulo de ideas se agolparían á su fecunda mente! ¡Los rencores de unos, la envidia de otros, el terrible y cruel desengaño de la Guaira, premio de sus servicios; la prisión, el abandono, la incertidumbre del presente y del porvenir, el reconcentrado pensamiento, sin un corazón amigo que de él fuera depositario, y por último, la agonía lenta, la terrible idea de la muerte, solo é ignorado!

¡Cuán largas serían las horas de aquella noche postrera, acompañado

¹ RESTREPO. — *Historia de la Revolución de Colombia*.

² Leandro y Francisco Miranda, á quienes el libertador Bolívar demostró gran afecto y simpatías.

por un fiel sirviente, cuando ya miraba en lontananza la paz del sepulcro, el olvido, el término de tantas amarguras!

XVI

Á la una de la mañana del 14 de julio de 1816, se desprendió del barro terrenal, el alma noble y hermosa de Miranda, del revolucionario admirable, de aquel á quien Caracas había prodigado los nombres de *Padre y Redentor*.

Sus enemigos primero, y algunos historiadores después, presentaron al austero patriota bajo sombríos y odiosos colores, y el desventurado, víctima de Monteverde, ni aun pudo defenderse; aprisionado instantáneamente, cadáver cortos años más tarde, ignorante del feroz ensañamiento de sus enemigos y de los odios de partido, murió con la conciencia sana y tranquila pero con el corazón desgarrado por el dolor; la protesta enérgica que hubiera brotado de sus labios no pudo formularse, y José Domingo Díaz, Torrente y Urquinaona, dejaron consignada la impostura,¹ que conociendo la vida de Miranda, su abnegación y acrisolada honradez, no merece de la posteridad sino el profundo desprecio por los autores que, si enemigos en principios, batiéndose en campal batalla cumplían con su deber, era indigno de almas elevadas é hidalgas emplear armas arteras y manchar el nombre de un ínclito capitán y noble patricio.

La Historia ha dado ya su fallo. Las generaciones juzgan á Miranda como al mártir del primer período de la revolución de Venezuela, y el día 24 de septiembre de 1849, el Municipio de Caracas, libre y espontáneamente acordó: «Que como muestra de gratitud de los venezolanos á la memoria y servicios del general Miranda, fuese colocado, y se colocó, su retrato en el salón de sesiones del Consejo, en ocasión de la fiesta nacional del 28 de octubre de aquel año».

Los errores que Miranda cometiera durante la época de su mando, la inacción de que se le acusa, la censura á que dió margen el pacto con Monteverde cuando éste, derrotado en Pantanero, con sus fuerzas diezma-

¹ MARIANO TORRENTE. — *Historia de la Revolución Hispanoamericana*, tomo 1.º, pág. 305.

das y sin municiones ni recursos, reunió una junta de oficiales para resolver en tan apurados momentos, creyendo que le hostilizaría el enemigo con ventaja, toca á la Historia juzgar; pero ésta grabará el nombre de Miranda, puro y digno para las edades futuras, como el de un infatigable atleta de la patria libertad, perseguido siempre por adversa suerte, en eterna lucha con el infortunio y sucumbiendo al fin en tierra extraña, oprimido entre las pesadas rejas de una prisión y con las miserables ropas de su lecho por mortaja.¹

Desapareció arrastrado por el huracán político, dejando sublime enseñanza para la posteridad, y el recuerdo de aquella vida fecunda en contrastes, en grandeza y en sublimes sacrificios y abnegación.

¹ «De manera, que en los mismos términos que expiró, con colchón, sábana y demás ropas de cama lo agarraron y se lo llevaron para enterrarlo; de seguida volvieron y se llevaron cuanto era suyo para quemarlo.»— Tomado de una carta del criado que asistía á Miranda en su prisión.

JOSÉ OLAYA

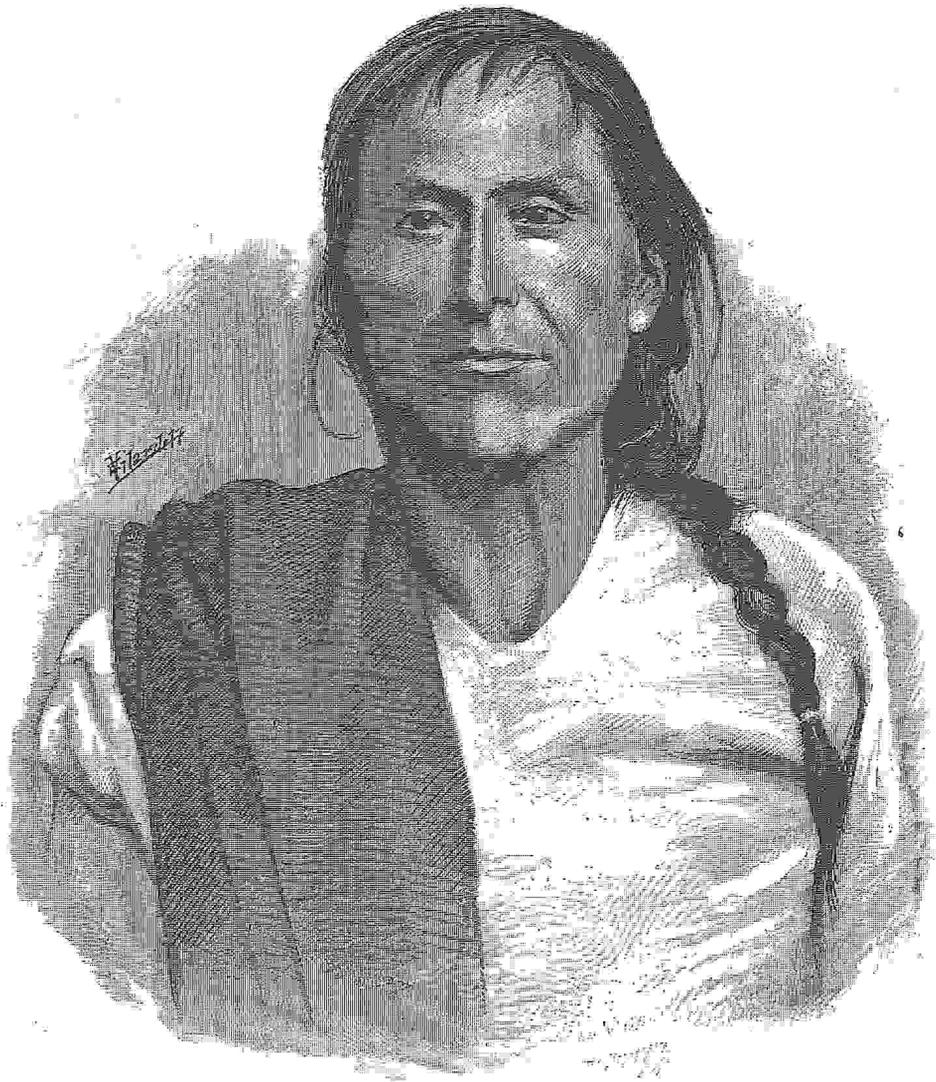


I

A independencia sud-americana, tan fecunda en heroicidades, nos ha dado mil ejemplos para poder combatir las ideas de los retrógrados. Dicen éstos, que sin educación no hay acciones magnánimas, y niegan que pueda ser héroe legendario el que no cuenta entre sus antepasados dos ó tres abuelos mecidos en dorada cuna: error crasísimo que si no estuviera bastante combatido por las metamorfosis sociales y por las conquistas de la civilización, bastaría recorrer las páginas de la historia patriótica de los pueblos para convencerse de la gran verdad que encierran las consoladoras doctrinas de la igualdad humana.

José Olaya es un ejemplo de glorioso civismo, desconocido fuera del círculo en donde se ha desarrollado el acontecimiento que inmortalizará su nombre; por eso yo, que venero la memoria del pescador indígena como el creyente venera la de los martires del Catolicismo, he querido que el descendiente de los hijos del Sol, el peruano denodado como hombre y sublime como patriota, figure entre los elegidos de mi galería de inmortales.

José Olaya y Balandra nació de José y Melchora en la villa de Chorrillos, en las cercanías de Lima, y desde su infancia se dedicó al oficio de pescador. De familia indígena, pero unida entre sí por el más acendrado cariño, llegó á la juventud siendo el sostén de su madre y de



JOSÉ OLAYA

sus hermanos Narcisa, Mercedes, Josefa y Cecilio. Tocaba á su término la dominación española en el Pacífico y se hacía á cada momento más difícil la situación del ejército fiel al rey de España. Rodil, el tan tirano como valiente jefe español, hacía un esfuerzo supremo, y el virrey Laserna llamaba al general Canterac, que á la sazón se encontraba en el Cuzco, para que acudiese en auxilio suyo. Con la llegada de este general y sus tropas se replegaron los patriotas al Callao, en donde, al amparo de los castillos, se hacían fuertes y temibles. Era aquel un baluarte en el cual se embotaban las armas realistas. La infantería española acordonaba la ciudad de los Virreyes, y nadie sin ser registrado pasaba del Callao á la capital, pues dentro de Lima había insurgentes de gran prestigio que sostenían el entusiasmo de los *Chalacos*¹. ¿Pero, por qué medio se comunicaban? ¿Qué paloma mensajera llevaba y transmitía las órdenes que se traducían por los hechos de los independientes? Olaya, el valeroso indio, ocultando su corazón de patriota bajo la tosca sarga de su pobre traje y alejando de él toda sospecha por el oficio que siempre había ejercido, llegaba furtivamente por mar al Callao, conducía las órdenes, recogía las respuestas, y al día siguiente entraba en Lima con las cartas que debía entregar á los jefes: llevábalas ocultas en las alforjas y en las cestas que le servían para conducir el pescado. No faltó un delator; algunos de sus manejos se dejaron traslucir entre sus vecinos, y los patriotas han señalado como infames delatores á un mulato, José Mirones y á otro indio pescador compañero de Olaya, llamado Leocadio Laines, pero acentuando más las sospechas en contra del primero.

II

Un día, del 17 al 20 de Junio de 1823, en que el valiente indígena aparentaba volver de su pesca, se dirigió á Lima llevando la correspondencia para los patriotas de la capital, correspondencia que por la noche le habían entregado los independientes del Callao.

Al entrar en la ciudad por la calle llamada de la Acequia Alta, encontró un retén de guardia de policía que le detuvo; pero no tan

¹ Nombre que se da á los naturales del Callao

pronto que no le diese tiempo, y gracias á su viveza, para arrojar á la acequia, que en aquella época pasaba por esa calle como por todas las de la población, un paquete de papeles que fué arrastrado por la turbia corriente. Esto desorientó á sus captores, pues en aquellas cartas, tan presto arrojadas por el indio, debían encontrarse nombres ó datos que que pudieran haber dado luz á los realistas. Fué conducido al local de policía y registrado minuciosamente: en una alforja se le encontró una caja de dulce, y en el fondo de esta caja cartas, que carecían de firmas y de nombre de las personas á quienes iban dirigidas.

José Olaya se negó á revelarlo, y á todas las preguntas contestó con el más obstinado silencio. Ante la entereza de aquel corazón de acero, le sujetaron á inquisitoriales castigos, llegando la crueldad á tenerle durante ocho días suspendido por los índices, al paso que lo martirizaban con ensañamiento impropio de seres humanos.

El virey Laserna estaba en la Legua, sitio intermedio entre el Callao y Lima, acantonado con las tropas de Canterac, por lo cual, algunos cronistas de la época hacen caer todo el peso de esta infamia sobre la cabeza de Rodil.

Tenía José Olaya, en aquella época veinte y ocho años, y sufría el tormento con un heroísmo que admiró hasta á sus enemigos, salvando á los patriotas de las iras de los realistas con su lealtad, pues que se asegura que algunas de las cartas arrojadas á la acequia, eran del esforzado Sucre y que estaban escritas con clave.

III

La familia de Olaya nada sabía de su prisión, aun cuando, impaciente por su tardanza, suponía que sus compromisos con los patriotas le tenían alejado de Chorrillos. Pero el 29 de Junio, día en que su hermana Mercedes se dirigía á la capital á vender pescado, supo que el desgraciado José estaba condenado á muerte y que la fatal sentencia debía ser ejecutada en la tarde de aquel mismo día. Mercedes corrió desolada á la Legua: imploró del Virey el indulto de su hermano, se arrastró á sus plantas, lloró, suplicó, y tanto dolor, hizo sensación en el alma de Laserna que le otorgó el perdón de Olaya.

Delirante, loca de júbilo, llegó al pie de la prisión en donde se encerraba el valeroso pescador, aquel hijo del pueblo que había de merecer más tarde el premio reservado á los héroes. ¡Cuál fué el dolor, la desesperación de Mercedes, al saber que José acababa de ser pasado por las armas! El alma del denodado pescador, volaba con las alas refulgentes de un martirio glorioso á esconder el secreto de los libres en el seno de Dios.

José Olaya era creyente fervoroso: al religioso dominico Fray Evaristo Enreche que le prodigó los auxilios espirituales, le negó los nombres de aquellos que faltaban en las cartas; le dijo que tenía en su rancho de Chorrillos algún dinero oculto, dinero que dedicaba á funerales para el eterno descanso del alma de su padre. Su hermana mayor Narcisa percibió después una pensión que le asignó el Gobierno patriota, y á la muerte de ésta pasó dicha pensión á sus hermanas Mercedes y Josefa.

IV

El Gobierno patriota ordenó que por espacio de cincuenta años pasara revista de comisario como subteniente, y que al ser llamado en la lista, el mayor de plaza contestara: «presente en la mansión de los héroes».

Algunos años más tarde, el 2 de Agosto de 1867, fué colocado en el malecón de la aristocrática villa de Olaya (Chorrillos) el busto del patriota abnegado, del pescador inmortal, del Cristo de la independencia peruana.

Se acordó que en la parroquia de su nacimiento, todos los años, el día 29 de Junio, debían celebrarse solemnes exequias, con asistencia de la Municipalidad, y en la sala de la consistorial debía ponerse su retrato.

La veneración de sus descendientes no se ha entibiado. Hace nueve años vivía en Chorrillos una hija de Mercedes, Alberta Robles y Olaya, casada con el indígena Camilo Rodríguez. Era tan grande el respeto, el amor, la admiración con que pronunciaban el nombre del mártir chorrillano, que se creían superiores al resto de los mortales por la honra de llevar tan glorioso apellido.

JOSE ANTONIO SUCRE

(GRAN MARISCAL DE AYACUCHO)

I



CUANDO la Revolución francesa había reducido á escombros la Bastilla, y con asombro universal se desplomaba el trono de San Luis, cuando se inmortalaban en el altar de la patria augustas víctimas y la mano del verdugo segaba á centenares la cabeza de nobles y plebeyos, nació en Cumaná (Venezuela) José Antonio Sucre, el 3 de Febrero de 1793, es decir trece días después que el infortunado Luis XVI había muerto en el cadalso víctima de las culpas y desaciertos de sus antepasados.

Sus padres D.^a María Manuela Alcalá y D. Vicente Sucre y Urbaneja, le dedicaron á la carrera de ingeniero, y por los años de 1810 había obtenido el grado de teniente, cuando sobrevino el pronunciamiento de Caracas. Por entonces el joven cumanés, que contaba diez y siete años, fué enviado á la comandancia de ingenieros de Barcelona, en Venezuela.¹

Iniciada la guerra de independencia, y por una orden del general Miranda, fué el joven Sucre en 1811 á formar parte del estado mayor, en donde empezó su carrera de gloria y de noble heroísmo.

¹ En las *Memorias* del general O'Leary, tomo I, pág. 9, dice que Sucre nació en 1790.



JOSÉ ANTONIO SUCRE

II

Todos los biógrafos del gran mariscal de Ayacucho están conformes en decir que desde la triste y desastrosa campaña de 1812, que concluyó con el pacto de San Mateo, la violación de éste por Monteverde y la dispersión de los independientes, mostró Sucre el carácter arrojado, digno y caballeresco que más tarde le hizo descollar sobre tantos héroes y merecer el calificativo de *el soldado más virtuoso de la independencia*.

En su vida no hay tacha ni nube que empañe su pureza. Sucre reunía á su serenidad en el combate, á su firmeza y arrojo, el amable trato y la distinción que cautiva y avasalla.

Tenía la sencillez del guerrero espartano y la modestia del verdadero sabio.

Era en el hogar, modelo de virtudes domésticas. El amante esposo, el tierno padre, y el noble sostén y apoyo de su familia.

Tenía en el mando benévola generosidad, indulgente carácter, al propio tiempo que la necesaria energía y severa rectitud del magistrado.

III

Tal vez su trágica muerte tuvo origen, en la nunca desmentida fidelidad y abnegación por el Libertador, y éste, que le debió grandes y decisivos triunfos para la causa americana, decía en un perfil biográfico de Sucre:

«Él era el alma del ejército en que servía, todo lo metodizaba, todo lo dirigía, pero con aquella modestia, con aquella gracia con que hermo-seaba cuanto hacía; él era el mediador, el consejero, el guía, siguiendo siempre la buena causa, corrigiendo el desorden y sin dejar de ser amigo de todos los compañeros de armas.»

Sirvió en el estado mayor general Libertador del ejército de Oriente, en cuyo cargo se revelaron las singulares facultades de Sucre y su alta capacidad militar.

Ya desde aquella época conquistó el afecto y total confianza de Bolívar, y siendo general de brigada, desempeñó en las Antillas la difícil misión de reunir armas y municiones, sin crédito, sin dinero, y sólo por medio de la elocuencia y de la persuasión.

Su celo, su actividad, su talento y su carácter, conquistador de simpatías, fueron la base de la tercera campaña en Venezuela, porque sus esfuerzos alcanzaron éxito completo y consiguieron fusiles, artillería y pertrechos de toda clase para la guerra, con la garantía de la honradez y del nombre del general Sucre.

En Noviembre de 1820, y siendo jefe del estado mayor del general Libertador, ajustó las bases del célebre tratado con el general Pablo Morillo, acompañado por el coronel Briceño Méndez y el teniente coronel Gabriel Pérez.

«Este tratado es digno del alma de Sucre: la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron; él será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicada á la guerra; él será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho».¹

IV

El 9 de Octubre de 1820 se había dado en Guayaquil el grito de libertad y nombradas algunas autoridades é instalado un Gobierno provisional, determinó éste que una división marchara al interior con el objeto de realizar el levantamiento y proclamar la independencia en Quito.

La división se componía de unos mil quinientos hombres al mando del capitán Luis Urdaneta, quien, adelantando hacia Ambato, logró que las poblaciones del tránsito se declararan contra el Gobierno español y apoyaran, al sublevarse, la marcha de la columna salvadora.

En la llanura de Guachi se habían acampado los realistas, y allí, provocados los patriotas al combate, sufrieron éstos grandes pérdidas, y en completa derrota volvieron á Guayaquil. El coronel José García salió

¹ Esto escribía desde el Perú el Libertador en 1825.

al frente de otra expedición con peor fortuna, pues, derrotado en Tonasigua, cayó prisionero de los realistas y fué pasado por las armas.

Los ejércitos españoles alcanzaron aún otras victorias y el Ecuador tal vez hubiera sido por entonces sometido de nuevo al dominio español, si Bolívar, con sus triunfos de Boyacá y el convenio con Morillo, no hubiera podido consagrarse inmediatamente á la causa de la libertad ecuatoriana.

El general D. José Antonio de Sucre llegó por entonces, nombrado para mandar el reducido ejército del Sur, y su capacidad política, su tacto y acierto, empezaban á tener ventajoso resultado, cuando recibió orden para trasladarse á Guayaquil y cumplimentar los deseos del Libertador, que eran persuadir al Gobierno de aquella porción del Ecuador, que dividido el país en reducidas repúblicas, éstas no alcanzarían nunca porvenir ni preponderancia, y que, incorporadas á Colombia, formarían un todo grandioso y respetado.

La razón, la lógica y el amor patrio dictaban ese pensamiento, digno de Bolívar, y en verdad que hoy, la nación colombiana sería potente rival de los Estados Unidos. La sabiduría y el don de leer en el libro del porvenir, impulsaban al hombre más portentoso de América para realizar tan magna obra.

* ¡Oh Colombia! ¡qué futuro tan deslumbrador te estaba reservado; qué adoración, qué amor, qué noble orgullo deberías al hombre que soñaba con este porvenir!

V

Las instrucciones dadas al general Sucre abrazaban, además, el conseguir se le confriese el mando en jefe de las tropas independientes del Ecuador, para que unidas con la división colombiana, alcanzaran en breve término la independencia del país.

La expedición salió para el Pacífico en Abril, en una escuadrilla adquirida en Chile y con algunos transportes enviados de Guayaquil.

Activo y previsor, logró Sucre organizar su ejército como auxiliar del ecuatoriano, pues que, á pesar de su influencia moral y de su persuasivo talento, no consiguió que Guayaquil se resolviera á su incorporación á Colombia.

El genio militar del general Sucre salvó á Guayaquil de una contrarrevolución intentada por los realistas, y decidido á emprender la campaña y no dar tiempo á la llegada de tropas que enviaba el virrey Aymerich contra los independientes, salió al encuentro, y tomando posiciones en Yaguachi, empuñó el combate con la división realista á las órdenes del coronel González, procurando, como lo consiguió, vencerla antes que llegase la de Aymerich.

La batalla fué un brillante triunfo, y numerosos prisioneros, municiones y armamento, cayeron en poder de los patriotas.

VI

Iniciada la campaña con tan pronto y notable resultado, y después de conseguir que las tropas de Aymerich, al saber la derrota de Yaguachi, retrocedieran rápidamente, dejando en la retirada á merced del vencedor, bagajes, armas y prisioneros, volvió Sucre á Guayaquil, y fuerte con las ventajas conseguidas, intentó de nuevo incorporar la provincia á la república de Colombia, convocando con tal objeto un colegio electoral que resolviera en tan importante cuestión.

Entretanto marchó para Babahoyo y siguió hasta Ambato por el camino de Pucobamba, decidido á permanecer en las alturas de la cordillera y á observar al enemigo, pues que las fuerzas de éste eran muy superiores en número; pero combatido el plan por algunos jefes, cedió Sucre y bajó á la llanura de Guachi; las fuerzas realistas atacaron vigorosamente, y á pesar de una resistencia de tres horas, la derrota de los patriotas fué espantosa. Los soldados se desbandaron, murieron, ó defendiéndose cayeron prisioneros y Sucre debió su salvación al valiente oficial chileno D. Manuel Jordán edecán del General, quien encontrándolo atropellado por los fugitivos y desmontado, le puso en las ancas de su caballo diciéndole: « Mi general, si estos *godos* nos han de fusilar cayendo en sus manos, tanto da que nos fusilen por delante ó por detrás. Tratemos, pues, de salir de entre ellos». ¹

¹ Antonio José de Sucre, pariente del vencedor de Ayacucho, en su artículo *Aclaraciones*, publicado en Santiago de Chile en 1865.

Ambos se salvaron, aun cuando ligeramente heridos, y el cabaleresco Sucre jamás olvidó, la abnegación de su heroico ayudante.

VII

Aquel desastre hubiera desalentado á otro jefe menos audaz y valeroso, pues que perdieron en la funesta batalla todos sus pertrechos y dejaron en el campo gran número de muertos y prisioneros.

Los restos de la división patriota regresaron á Babahoyo, en donde se ocupó Sucre de reorganizar sus fuerzas, canjear los prisioneros y formar un núcleo suficiente para defender á Guayaquil, pues los realistas, al mando del coronel Tolrá, habían penetrado hasta Sabaneta, pero el jefe español que no miraba por entonces muy fácil apoderarse de la capital, solicitó una conferencia del general para tratar de un armisticio propuesto por la Junta del Guayas. La cortesía, habilidad é inteligencia de Sucre, consiguieron se firmara una tregua de noventa días.

Entretanto se había diferido para circunstancias más bonancibles, la incorporación de la provincia á la república de Colombia, y dispuestas las tropas, reforzadas por recién llegados colombianos, debiendo reunirse con la división peruana que mandaba el coronel Santa Cruz y se encontraba ya en la provincia de Loja, y finalizado el armisticio, salió el constante y valeroso Sucre para el interior del Ecuador, resuelto á seguir hasta Quito.

Sus combinaciones obtuvieron completo éxito, y por las fragosas y empinadas sierras, arrostrando el frío y hasta la falta del preciso sustento, llegó con sus soldados hasta Cuenca, en unión ya con las fuerzas peruanas, apoderándose de la ciudad, y después de dar descanso á las tropas y haber aumentado éstas, siguió su marcha victoriosa; ocupó á Riobamba en Abril de 1822, y pocos días después continuó hasta llegar al pintoresco y fértil valle de *Chillo*, á cuatro leguas de la capital ecuatoriana.

El 24 de Mayo se trabó el combate entre realistas y republicanos en las alturas del Pichincha: ambos ejércitos combatían con denuedo y bizarría; intrépidos jefes peleaban con tesón y anhelo de gloria; el

noble empuje de los batallones republicanos fué rechazado con igual bravura por los españoles; pero la victoria se declaraba ya por los hijos de América, y desordenados aquéllos, huyeron, perseguidos hasta Quito por los soldados del batallón Magdalena y por su jefe el esforzado Córdoba.

Aymerich aceptó la honrosa capitulación propuesta por Sucre, y el Ecuador fué libre y formó parte de la gran República.

El vencedor de Pichincha ascendió á general de división y fué nombrado intendente de Quito.

Los laureles se agrupaban sobre la cabeza de aquel hombre generoso, y el Libertador encontraba en él su más firme y constante auxiliar.

La ciudad de Pasto, que cayó en poder de Bolívar, después de la batalla de Bomboná se había sublevado, y el general Sucre marchó á someterla, y derrotando á los realistas, ocupó la ciudad.

El Perú necesitaba aliados y auxiliares valerosos; allí la situación era complicada y difícilísima; los hijos de los incas imploraban el socorro de Bolívar y éste buscó en torno suyo un militar leal á toda prueba, inteligente é intrépido; Sucre llenaba sus deseos, le dió la orden de marcha y sus precisas instrucciones.

VIII

A su llegada al Perú, tuvo que aceptar el mando para defender el Callao y rechazar á las fuerzas realistas que, adelantaban numerosas y decididas á la lucha.

Y no sólo el temor de los españoles sobrecogía los ánimos: la contienda civil era tan temible y amenazadora como las armas de los realistas, y el edificio de la independencia se desmoronaba por la división de los partidos y por el encono del presidente Riva Agüero, quien desde Trujillo estaba en negociaciones con los españoles para establecer la monarquía en el Perú, secundándole en su propósito, el ministro general Herrera.

Bolívar, que había llegado á Lima para dirigir las operaciones de la campaña contra los realistas y que tenía noticia de que se fraguaba un atentado contra la libertad peruana, marchó á Huaras á batir las

facciones, y cuando se disponía á continuar hasta Trujillo, recibió la nueva de que el coronel La Fuente, sabedor de la traición tramada por Riva Agüero, se había apoderado de éste, y que el mayor Castilla, á su vez, había hecho prisionero en Santa al ministro Herrera. En la *Historia General de América* detallaremos la feliz casualidad, que puso en manos del coronel La Fuente los hilos de aquella trama.

Después de apagada la discordia civil, volvió el general Sucre á encargarse de la comandancia general del ejército unido, ya que su carácter digno y noble se sublevó ante la idea de tomar parte en aquella campaña contra Riva Agüero, que le había calumniado y que le creía enemigo personal.

IX

Además de la guerra civil y de las consecuencias fatales para el Perú, se complicaron cien diversas causas de sobresalto para Bolívar, ocupado en reorganizar su ejército. Los triunfos de los realistas, la falta de refuerzos, las enfermedades que postraron el espíritu y la energía del vencedor de Bomboná, la pérdida de las tropas del general Santa Cruz desbandadas en el alto Perú y la ocupación del Callao por los españoles. En momentos tan críticos, y agonizante la independencia peruana, decretó el Congreso la dictadura con facultades extraordinarias: Bolívar fué nombrado dictador en los momentos en que los realistas ocuparon Lima (27 de Febrero de 1824).

Torre Tagle y el ministro de la Guerra Berinduaga, el general Portocarrero, y otros se pasaron á los españoles.

Bolívar acabó de reorganizar el ejército y se lanzó en busca del enemigo. El general Sucre mandaba en jefe las tropas de Colombia; La Mar, las del Perú; Miller, la caballería peruana, y Santa Cruz, el estado mayor.

El día 6 de Agosto marchaban las tropas hacia el pueblo de los Reyes, departamento de Huánuco, y á las cuatro de la tarde se empeñó el combate.

Allí los soldados de *Boyacá* y de *Pichincha*, los *coraceros del Perú*, llamados después *húsares de Junín*, se batían cuerpo á cuerpo con los españoles triunfantes y orgullosos por sus victorias. Lanza en ristre

los recibieron los patriotas, y los caballos se estrellaban unos contra los otros, ya adelantando, ya retrocediendo en aquel mar de combatientes: eran leones contra leones.

Los republicanos fueron vencedores en aquella brillante jornada. Obligado el Libertador á volver á Lima, confió el mando en jefe del ejército al general Sucre *por haberse excusado de tomarlo* el general La Mar, que era de más graduación, previniéndole, sin embargo, que obrase de acuerdo con este general, tanto por las consideraciones de su grado, como por los conocimientos militares y prácticos del país que, sin duda, influyeron en el éxito de la campaña ¹.

Partió el general Bolívar, y Sucre siguió su marcha con el ejército hasta formar su línea de observación en la orilla occidental del Apurímac, desde donde empezó la retirada, siguiendo las instrucciones del Libertador, puesto que el enemigo se adelantaba á su encuentro. Los patriotas sostuvieron algunas escaramuzas hasta la pampa de Matará en donde los españoles prepararon hábilmente una emboscada, y cargando sobre los republicanos les persiguieron en todas direcciones, derrotándolos y causándoles considerables pérdidas.

La noche llegó á proteger la retirada, cuando todavía los realistas continuaban activa persecución, y Sucre se afectó profundamente con aquel terrible desastre, tanto más cuanto que al día siguiente pudieron apreciarse en toda su extensión los funestos resultados.

El ejército, diezmado y sin víveres, continuó la retirada hasta más allá de la quebrada de Acocro, habiendo recibido Sucre comunicaciones del Libertador é instrucciones, entre éstas la de arriesgar á todo trance una gran batalla sin contar con mayores fuerzas, pues, á consecuencia de algunos reveses y de que la situación era cada vez más apurada, sólo podría encontrarse la salvación en una victoria.

Arriesgadísimo era cumplimentar el deseo de Bolívar. El ejército enemigo contaba con dobles fuerzas, y las de Sucre, si bien animadas de bélico ardor, se exponían á ser destrozadas por el mayor número de los contrarios.

Sin embargo, en tan decisivos momentos, no hubo vacilación ni temor, y Sucre, escogiendo para el combate la pequeña sabana de Ayacucho, tomó posición y se dispuso á morir ó á vencer.

¹ MANUEL ANTONIO LÓPEZ: *Recuerdos Históricos*

Los corazones latían á impulso de juvenil entusiasmo; los soldados, serenos y satisfechos, se aprestaban á la pelea; la Naturaleza sonreía, engalanada como para una fiesta.

Y era imponente y solemne. En ella se jugaba no sólo la independencia peruana, sino la de Colombia. La caduca Europa y la joven América estaban frente á frente, y ambas empeñadas, tenaces y arrogantes.

Cuentan que, en la derrota de Matará, había dicho el general Canterac al presenciar el denuedo del batallón *Rifles* que sostenía la retirada del *Vargas* y el *Vencedor*: «General Valdés, ¿son soldados esos, ó no son?»

Y los españoles eran aguerridos y valerosos; contaban victorias y victorias en todo el continente americano; eran dueños de la costa y del Norte; llevaban la seguridad del triunfo por lo numerosos y lo escaso del ejército de los independientes, ya vencidos en los últimos encuentros.

X

Poco antes de la batalla se habían confundido en tierno abrazo, varios individuos de los ejércitos: eran parientes, amigos y hermanos que combatían en opuestos bandos y que solicitaron permiso para darse tal vez el postrer adiós. El cuadro era admirable, triste y poético á la vez.

En las alturas del Condor-Kanqui, formaba el sol caprichosos y brillantes reflejos sobre los ricos y vistosos uniformes de los realistas y sobre sus brillantes armas.

Los *alabarderos del Virrey*, regimiento creado en 1557 por el Marqués de Cañete, cuarto virrey del Perú, ostentaban marcialmente su elegante pantalón blanco y el dormán verde con vueltas negras. El regimiento *guías del General*, vestía de encarnado con vueltas blancas, y ambos descollaban en aquella perspectiva en donde se confundían el gualdo y el rojo, el azul y el blanco, el verde y el gris, entre los plumeros, los entorchados de plata y oro, las lucientes charreteras, las bandas y cruces, las fajas rojas ó azules y las banderas de la patria que ondulaban á favor del ligero ambiente, extendiéndose y cobijando á los campeones de la noble España. Los soldados republicanos carecían de

fastuoso atavío pero mostraban orgullosos en el morrión la escarapela ó roseta tricolor, los cordones encarnados, verdes ó blancos y el pompón; el capote tradicional completaba el uniforme general. En aquel conjunto sobresalían las chaquetas azules y alamares amarillos de los jinetes, las borlas de oro en los sombreros de los jefes y de la oficialidad, con las escarapelas tricolor ó bicolor de los colombianos ó peruanos. Una orla de pluma blanca en el sombrero era el distintivo de los generales ¹.

El gallardo general Sucre, vestido con pantalón blanco, levita azul, cerrada por botones dorados, charreteras de oro y espada al cinto, montado sobre brioso caballo castaño obscuro, recorrió el ejército y arengó á cada regimiento, recordándoles sus victorias, inflamando su entusiasmo por la causa de la libertad y escitando su heroísmo y amor propio patriótico.

Ya los soldados españoles se ponían en movimiento; Sucre volvió á ocupar su puesto, y con voz sonora exclamó: «De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur; otro día de gloria va á recompensar vuestra admirable constancia,» añadió señalando las numerosas huestes españolas.

Y se empeñó la decisiva acción; y las balas se cruzaban sembrando la muerte y aclarando las filas de los dos ejércitos. De las alturas del Condor-Kanquí se desprendían batallones y batallones sobre el campo de los republicanos y éstos los rechazaban con estoica entereza, supliendo el valor al número de combatientes.

El bizarro general La Mar, Sucre, Córdoba y otros, rivalizaron en hábil dirección contrarestando las acertadas maniobras de Monet Valdés y Villalobos; era una lucha de gigantes, en la cual el triunfo fué de los patriotas. Triunfo imponente, brillante, grandioso, absoluto.

El general español García Camba dice en sus memorias: «Resultado tan rápido como terrible é inesperado, produjo grandísima sensación en el ejército real.»

En aquella jornada, el anciano virrey Laserna había tomado parte activa, atendiendo á todo, animando á unos, ordenando á otros y desesperándose del aspecto que tomaba la acción.

El general Valdés, dice García Camba, á la vista de tal desastre,

¹ Los detalles para esta descripción están tomados de los *Apuntes Históricas* del coronel Antonio López oficial entonces del batallón *Vencedor*.

buscaba como de intento la muerte, y llegó á sentarse sobre una piedra para que los vencedores le acabaran; mas el valiente coronel D. Diego Pacheco y otros oficiales, le obligaron á abandonar tan temerario empeño y á continuar retirándose hacia la cumbre de la cordillera».

Entre los heridos y prisioneros se contaba el triste Virrey, y en el hospital de sangre, establecido en la pequeña iglesia de Quinua, aguardaba la visita de los médicos. Dice Miller que cuando entró, le halló sentado en un banco y recostado contra la pared de barro de la choza; un corto reflejo de la llama de una pequeña lámpara, apenas esparecía luz para que pudiera percibirse su faz teñida en sangre de la herida que había recibido. La actitud, la situación y la amargura todo junto, era precisamente lo que un pintor histórico habría escogido para representar la dignidad de pérdidas grandezas.

Reflexionando en las vicisitudes de la fortuna, puede fácilmente imaginarse con qué sentimiento se iría adelantando Miller hacia el hombre, que pocas horas antes ejercía el poder real.

El mismo general Miller envió á buscar á un cirujano, y lo único que pudo brindar al abatido Virrey fué una taza de *thé*: «eso es, á la verdad, la única cosa que podría tomar ahora; una sola taza me reanimaría y me preservaría de empeorar y de un desvanecimiento».

Laserna, fué después trasladado por orden del victorioso Sucre y acompañado por éste á sitio más reservado.

Con razón Bolívar decía en nota oficial al general Alvarez, nombrado, después de Ayacucho, virrey interino: «Sabrá U. S. que la nube cargada de tempestades que tronó en el Atlántico voló al Pacífico para ir á descargar sobre el campo de Ayacucho los rayos que le sobraron en Carabobo».

XI

Sucre continuó su carrera triunfal por el Alto Perú, y convocado á una asamblea para el 10 de Julio de 1825, declaró la independencia de aquellas provincias bajo el nombre de República de Bolivia, y en Abril de 1826, el Congreso Constituyente nombró al general Sucre presidente vitalicio.

Pero el caballeresco guerrero no se creía con derecho á mandar en aquel país adonde le condujo la victoria, y alarmada su modestia sin par y su desinterés sin rival, procuró atenuar en sí mismo su nombramiento, aceptándole únicamente por dos años, el Wáshington del Sur, como lo nombra un escritor chileno.

Honrado y conciliador, esclavo de su deber, magistrado recto y justo, se ocupó en la organización del país, y con su benévola moderación procuró cicatrizar las heridas causadas por la guerra.

Pero no había concluído la lucha: bastardos intereses levantaron obstáculos en su camino, y dos motines fueron el resultado de las maquinaciones é intrigas, á pesar de haber salido ya del país la división colombiana; pretexto de todos aquellos trastornos. (*El 27 de Abril*).

El 27 de Abril de 1828, escribía el general Sucre al Libertador de Colombia, y de su carta copiamos algunos párrafos.

«Mi general, esta carta será corta, pero importante: el 18 del corriente se sublevó la primera compañía de granaderos á caballo que formaba toda la guarnición de esta ciudad, á pretexto de dinero; creí contenerla echándome encima, pero habiéndome recibido á balazos, me hirieron gravemente en el brazo derecho. Tras este amotinamiento, se apoderaron algunos facciosos de la tropa y pretendieron dar al tumulto un aire de revolución popular... Todas las cosas se han restablecido y las autoridades restituidose á sus puestos. Hasta hoy han llegado de Potosí y Oruro, más de trescientos hombres de tropa, que al saber las novedades han marchado con una celeridad grande á salvarme y á salvar las leyes.... Debo decir en honor de Chuquisaca, que ninguna persona de respetabilidad se ha mezclado en este alboroto y que, en medio de los malvados, mi casa estaba, día y noche, llena de personas decentes.... Mi herida impide que ejerza el gobierno, y lo delegué el mismo día 18 en el Consejo de Ministros conforme á la Constitución.

No desempeñaré otro acto de la presidencia que instalar el Congreso y leerle mi mensaje; pienso abreviar la reunión del Congreso. Adiós, mi querido general. Por Septiembre estaré en Quito, pero nadie me hará emplear en servicio público: *llevo la señal de la ingratitude de los hombres en un brazo roto, cuando hasta en la guerra de la independencia pude salir sano.*

Como no podré firmar en dos ni tres meses, lo hará por mí el comandante Andrade».

Al vergonzoso atentado del 18 de Abril, siguió otro más indigno aún, pues los amotinados sacaron de su casa, herido y enfermo, al vencedor de Ayacucho, y le hicieron prisionero.

Hecho un convenio y convocado el Congreso, pensó Sucre no sólo en retirarse del mando, sino en salir del país, depositando en manos de algunos diputados tres pliegos que encerraban su renuncia de la presidencia, la organización del Gobierno provisional y las propuestas para la vicepresidencia que, según la Constitución le tocaba hacer.

Inmediatamente después salió de Bolivia para su patria, tocando en el Callao, en donde ofreció al Gobierno ser mediador en la guerra entre Perú y Colombia.

La generosidad de Sucre fué escuchada con glacial desdén, y el noble vencedor salió para Guayaquil y desde allí escribió al Libertador.

En uno de los párrafos decía: «Estaré en Guayaquil cuatro ó seis días y haré cuanto pueda por llegar á Quito el 30 de este mes para reunirme á mi familia. Hará sesenta y seis meses cumplidos que me separé de ella: vuelvo á Colombia con el brazo roto por consecuencia de este alboroto revolucionario y por instigación del Perú, á quien he hecho tantos servicios y de algún boliviano que tiene patria por mí. Traigo por toda recompensa la experiencia que me han dejado los sucesos, y ellos me harán pertenecer á mi familia como tantas veces he dicho á V. y como es mi voto y ambición.

El servicio á pueblos ingratos me es tan molesto como la carrera pública. Antes de pasar á suelo colombiano repito esta declaración, así como repito que el mayor premio que pueda recibir por mis servicios, es la amistad y el afecto del Libertador de mi patria».

A principios de Octubre estaba ya Sucre en Quito, y apenas repuesto de su herida, tuvo noticia de que tropas peruanas se preparaban á invadir el territorio colombiano, y con fecha 14 de Noviembre escribió el esforzado campeón de la libertad al comandante en jefe del ejército del Sur y al ministro, lo siguiente:

«Si la tierra colombiana fuera pisada por algún enemigo y se dispusiera una batalla, sírvase V. S. manifestármelo ó hacerme alguna ligera indicación. Cualquiera que sea el estado de mi salud volaré al ejército,

y en el puesto que se me señale participaré con mis antiguos compañeros de sus peligros y de la victoria ».

La invasión peruana se efectuó presentándose una escuadra frente á Guayaquil.

Entonces el Gobierno, aceptando el ofrecimiento del vencedor de Ayacucho, le nombró director de la campaña, y por su segundo al valiente y después ilustre general Flores.

No desmintió su natural actividad el noble héroe de Pichincha, y viendo que sus esfuerzos para evitar la guerra eran inútiles y que el enemigo ocupaba el Portete, determinó dar la batalla, añadiendo el 27 de Febrero de 1829 un lauro más á su corona de gloria, y nuevos timbres de generosa hidalguía en las bases que propuso á los peruanos para la capitulación, tal vez demasiado ventajosas para el enemigo que se retiró derrotado y reducido á *dos mil quinientos hombres, resto de ocho mil cuatrocientos que habían invadido á Colombia* ¹.

La brillante y heroica acción de Tarqui fué la última del guerrero virtuoso y leal, del patriota digno y consecuente.

Figuró después en el Congreso Constituyente de Bogotá en Enero de 1830 como diputado por el Ecuador, y presidente de la Asamblea cuando Bolívar se retiró del mando, quien al entregarle su mensaje le expresó su confianza, pues que dejaba el Congreso *presidido por el más digno de los generales de Colombia* ².

El Gran Mariscal de Ayacucho, asistió también como comisionado á las conferencias en el Rosario de Cucuta, entabladas con los diputados de Venezuela para mantener en Colombia la organización federal.

Con este motivo se manifestó en grado superior la grandeza de alma de Sucre. Expresó que para regir los destinos de la patria se necesitaban hombres nuevos, y que los que hubieran sido generales en jefe, presidentes, vicepresidentes, consejeros de Estado y jefes superiores en cualquiera de los Estados de la nueva federación, quedarán excluidos del mando durante un largo período.

Noble y sublime patriotismo, pues que al excluirse, á sí mismo, daba el ejemplo y hacía comprender que las naciones necesitan renovación de ideas y renovar glorias y gobernantes para el bien general.

¹ RESTREPO.—*Historia de la Revolución de Colombia*, tomo 4.º, pág. 176.

² Elogio que aseguran ofendió al general Urdaneta, que era también miembro del Congreso. Al publicar el discurso en la Gaceta Oficial se cambió diciendo: «por uno de los más dignos generales de Colombia».

Como todo fuera inútil, y Sucre viera con profundo pesar que cada día peligraba más la salvación de Colombia, y deseando únicamente consagrarse á la felicidad de su hogar y al amor de su esposa ¹ y de su hija, exento de ambiciones, cansado de la política, no pensó sino en regresar á Quito, y á fin de Mayo salió para Popayán.

Como generalmente se cree que la última carta que escribió días antes de su salida de Bogotá, es la dirigida al Libertador y que éste recibió en Turbaco, la reproducimos.

«Mi general: Cuando he ido á casa de V. para acompañarlo, ya se había marchado; acaso es esto un bien, pues me ha evitado el dolor de la más penosa despedida; ahora mismo, comprimido mi corazón, no sé que decir á usted.

»Mas no son palabras las que pueden fácilmente explicar los sentimientos de mi alma respecto á V.; V. los conoce, pues me conoce mucho tiempo y sabe que no es su poder, sino su amistad, la que me ha inspirado el más tierno afecto á su persona: lo conservaré cualquiera que sea la suerte que nos quepa, y me lisonjeo que V. me conservará siempre el aprecio que me ha dispensado. Sabré en todas circunstancias merecerlo.

»Adiós, mi general: reciba V. por gaje de mi amistad las lágrimas que en este momento me hace verter la ausencia de V. Sea V. feliz en todas partes, y en todas partes cuente con los servicios y con la gratitud de su más fiel y apasionado amigo. — Antonio José de Sucre».

Se cree que esta carta fué escrita á 8 de Mayo de 1830.

XII



El general Sucre era fiel y entusiasta amigo de Bolívar, y constantemente aumentaba ó sostenía con sus palabras la popularidad del hombre á quien admiraba y amaba. Esta amistad tan pura y desinteresada le había creado numerosos enemigos al mariscal de Ayacucho, y tal vez fué la base de su trágico fin, tanto más cuanto que expresamente habíase difundido la idea de que pensaba influir para que el Sur de Colombia se

¹ D.^a Mariana Carvelén de Sucre era quiteña, y hemos conocido en Guayaquil á la inteligente escritora Doña Dolores Sucre, descendiente del Gran Mariscal.

independizase, bajo el protectorado del Perú, y llevando más lejos la calumnia aseguraban los ultraliberales que Sucre trabajaría para coronar á Bolívar y que tal vez éste recobraría su dominio sobre Colombia.

Lo cierto es que de Bogotá se enviaron correos á todas las poblaciones por donde debía pasar y que *El Demócrata*, órgano del partido exaltado, decía el 1.º de Junio de 1830: «Puede ser que Obando haga con Sucre lo que nosotros no hicimos con Bolívar, y por lo cual el Gobierno está tildado de débil y nosotros todos y el Gobierno, careceremos de seguridad».

Habían circulado funestos rumores en Popayán, y los amigos del caballeresco Sucre intentaron continuara su viaje por Buenaventura y Guayaquil, y desistiera de seguir por Pasto, pues que allí con motivo de la guerra de 1822 á 23, tenía rencorosos enemigos.

¡Inútil empeño! El noble guerrero jamás había conocido el temor y hasta sin escolta y apesar de recordarle algunos de sus adictos, entre ellos el alcalde de Patía, que en la montaña se albergaban alevosos guerrilleros, no consintió y con tres compañeros y los arrieros, conductores en mulas, de su equipaje, se internó en la montaña que difícilmente escalaban los caballos. Durmió en el Salto del Mayo en casa del célebre asesino y guerrillero Erazo, que era temible en el país; al día siguiente continuó su viaje y no había andado dos leguas cuando la noche les cubrió con sus sombras.

En Venta Quemada, en donde pernoctó por la vez postrera de su existencia se encontró á Erazo á quien había dejado muy atrás, y que por otro camino se había adelantado. El general manifestó su sorpresa, pero Erazo logró disiparla con insignificante pretexto.

Allí también se reunieron otros tres con Sarria, guerrilleros como Erazo y Apolinar Morillo, antiguo oficial del ejército venezolano, expulsado del Ecuador por el comandante general del departamento de Quito, Barriga ¹, siendo Morillo el terrible jefe de aquel bando de asesinos pagados por individualidades que deseaban la muerte de Sucre y que tomaban por pretexto, la salvación de la patria y el encono contra Bolívar.

Sarria salió para el Salto con Erazo, donde debía esperar la noticia

¹ Esposo más tarde de la viuda del general Sucre.

del asesinato para llevarla á Popayán, y Morillo y los tres asesinos fueron á tomar su puesto y á esperar á la víctima.

Muy de madrugada salió Sucre, despachando delante de él á sus peones y equipajes, y únicamente acompañado por el diputado por Cuenca, García, por un ordenanza y su leal asistente Caicedo. El camino del bosque de Berruecos, era sombrío y enmarañado con malezas y gigantescos árboles que dificultaban el paso de los caballos.

Uno á uno entraron en aquel laberinto hasta llegar á obscurísimo y estrecho sitio llamado Angostura de la Jacoba ó del Cabuyal, en donde era más espeso aún el follaje y más enmarañado. En aquel instante sonó un tiro y en seguida dos ó tres más: Sucre cayó, atravesada la cabeza por un balazo, y el pecho y cuello por cortados de plomo.¹

El héroe de Ayacucho había dejado de existir. El que había sido respetado por las balas en el campo de batalla, moría en siniestra encrucijada á manos de cobardes asesinos.

El diputado por Cuenca, al escuchar los tiros, huyó hasta encontrar á los arrieros. Lorenzo Caicedo, asistente del General, voló á socorrerlo: pero era tarde; corrió á la Venta Quemada; nadie se atrevió á ir á la montaña. Sólo horas después el soldado y otros dos mozos fueron en busca del cadáver y lo trasladaron á un prado llamado *la capilla*. Allí se le dió sepultura á la mañana siguiente. Tenía entonces Sucre treinta y siete años.

«Los tres soldados que con Morillo asesinaron al héroe, recibieron, — dice D.^a Soledad Acosta de Samper, — diez pesos cada uno en premio de su crimen, y no los habían acabado de gastar cuando murieron envenenados. ¿Quién los mandó envenenar? ¿Quién sino aquellos que los habían ocupado?»

La opinión pública unánime, designó al general Obando, comandante general del departamento de Pasto, como autor del crimen, pues cuando llegó Morillo desterrado del Ecuador, lo mandó llamar y le dijo *se había fijado en él para aquella misión patriótica*, y le dió carta para Erazo, concebida en los siguientes términos:

¹ La ilustre escritora colombiana, D.^a Soledad Acosta de Samper, dice: «Cayó muerto entre el lodo del camino atravesado el corazón y horadada la cabeza con sendos balazos».

«Buesaco, Mayo 28.

»Mi estimado Erazo: El dador de ésta le advertirá de un negocio importante que es preciso lo haga con él. Él dirá á la vez todo, y manos á la obra. Siga todo lo que diga y V. dirija el golpe. Suyo,

JOSÉ MARÍA OBANDO.»

A esta carta le adjuntó otra el comandante Antonio María Álvarez,¹ y la protección dispensada á Morillo era la prueba más segura de la culpabilidad.

Erazo y Sarria fueron presos en Popayán por sospecha, pero al día siguiente, por misteriosos medios, estaban en libertad.

En 1839 persiguiendo al guerrillero pastuso Andrés Noguera y habiendo encontrado unas cartas de Erazo en las que resultaba ser espía contra el Gobierno y á favor de los facciosos de Pasto, se dió orden para prenderlo, y al efectuarlo, el feroz asesino palideció, y su mujer Desideria Meléndez no pudo contener el llanto.

Ambos creyeron que el asesinato del general Sucre era la causa de su desgracia.

«El culpable,—dijo la mujer,— no fué José, sino Apolinar Morillo.— ¿Apolinar Morillo? preguntaron los soldados que no tenían porque ocuparse de un militar insignificante que vivía entonces en Cali retirado del servicio militar.— Sí: el coronel Morillo,— añadió la mujer,— y lo puedo probar, porque previendo este caso guardé las cartas que trajo este militar de parte del general Obando y del comandante Alvarez; con ellas mi marido podría sincerarse.— Entonces se comprendió que aludía la mujer de Erazo al asesinato del Mariscal de Ayacucho, crimen que nadie había olvidado nunca y que hacía muchos años que no se averiguaba quienes fueran los culpables. Erazo entonces, casi sin que le interrogasen, confesó que el 3 de Junio de 1830, estando él en su casa en el Salto de Mayo, donde había dormido la noche anterior al asesinato del general Sucre, había llegado precipitadamente el entonces capitán Apolinar Morillo, con cartas de recomendación del general Obando; en las cuales le decía que auxiliase al capitán en una empresa que tenía entre manos. Que Morillo le dijo llevaba orden de matar al general Sucre, para lo cual él debía prestarle su contingente».

¹ Delante del cual Obando tramó la muerte de Sucre.

XIII

La escolta que llevaba preso á Erazo, informó á las autoridades de Pasto de la declaración de éste, y en la casa malhadada de Salto de Mayo, centro de todos los bandidos de los contornos, se encontraron las cartas que había indicado la mujer de Erazo, y por las cuales se redujo á prisión á Morillo, el que al prenderlo, exclamó: «Gracias á Dios, al fin podré hablar, podré desahogarme: este crimen no me dejaba vivir».

Morillo pereció en un patíbulo en 1842; Erazo, en presidio á perpetuidad; el comandante Álvarez, fusilado después de una batalla, y Sarria en el destierro. En cuanto á Obando, sufrió desastrosa muerte en un combate: fué alanceado.

Todos ó la mayor parte de los que consintieron ó ayudaron al horroroso asesinato del general Sucre, han tenido trágico fin.

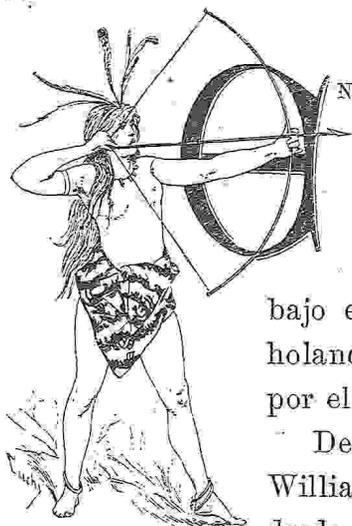
El bizarro y generoso Sucre sucumbió el 4 de Junio de 1830. Solitario y abandonado en humilde fosa permaneció el cadáver del Bayardo americano, hasta que, años después, su familia hizo trasladar los restos á la iglesia de San Francisco de Quito.

En 1845, el Gobierno de Bolivia solicitó las amadas cenizas de su libertador y primer presidente, pero el Ecuador ha querido guardar en su seno los venerados restos del vencedor de Pichincha ¹.

¹ La importante obra *El gran Mariscal de Ayacucho* por el Excmo. Sr. D. Antonio Flores, actual presidente del Ecuador, contiene documentos importantísimos para la Historia y relativos al triste episodio de Barracos, en ellos se encontrarán algunas, en nuestro libro *América y su Historia* que en breve daremos á luz.

WILLIAM PENN

I

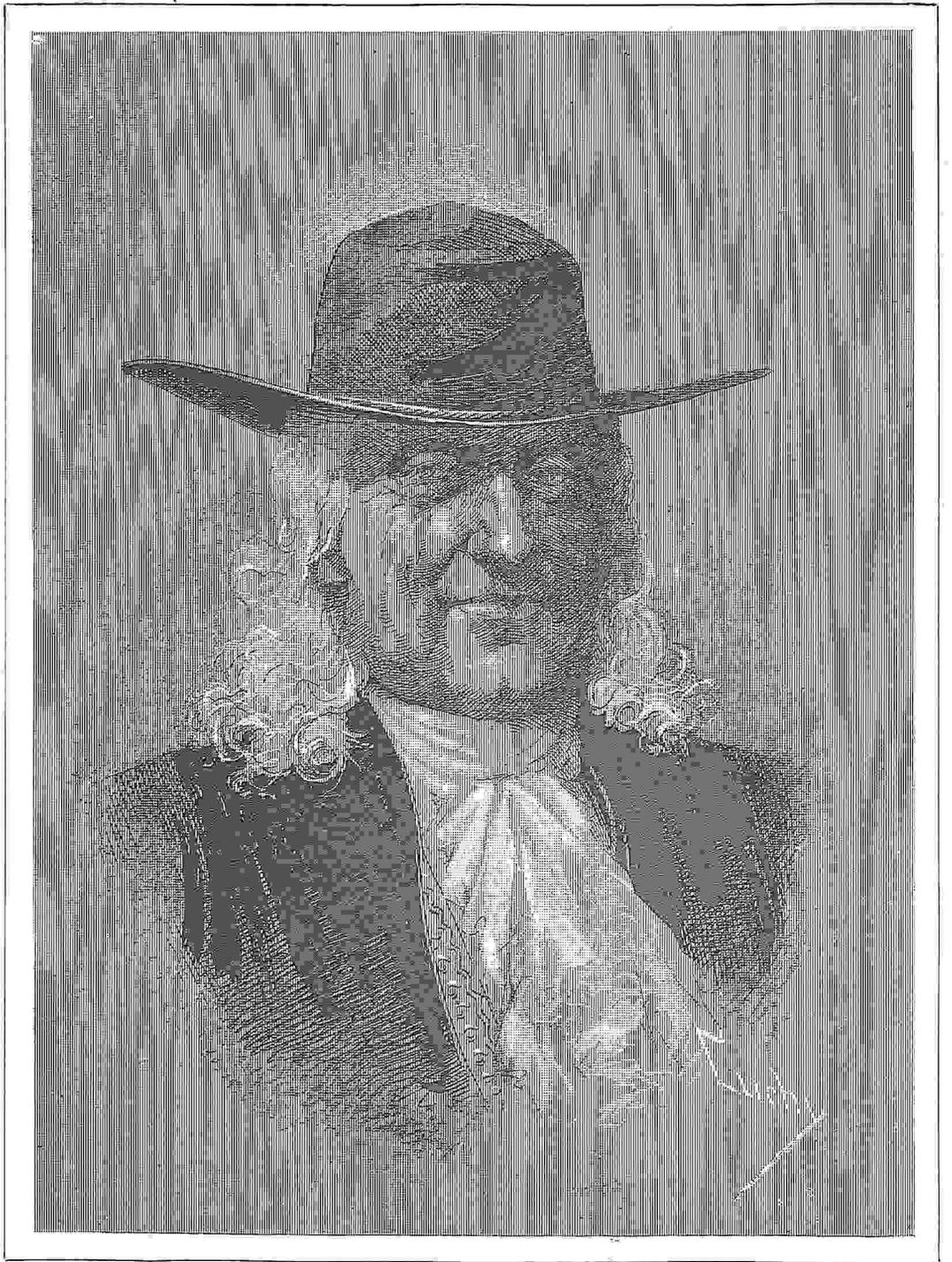


ENTRE los más celosos partidarios de los Estuardos distinguíase, en el fecundísimo siglo xvi, el vicealmirante Guillermo Penn, marino que había ganado honroso nombre en la conquista de Jamaica, durante el mando de Cromwell, y que más tarde, bajo el reinado de Carlos Estuardo, alcanzó contra los holandeses señalados triunfos, premiados con largueza por el desventurado Rey.

De aquel robusto tronco nació, en Londres en 1644, William Penn, el célebre legislador de Pensilvania, que desde edad temprana manifestó extrañas ideas, demasiado avanzadas para su época.

Siguió sus estudios el joven Penn en la universidad de Oxford; mas como expresara teorías favorables á los cuákeros, fué arrojado de la universidad y, con notoria injusticia, del hogar paterno, convirtiéndose en un sér odioso para los suyos.

Su espíritu observador lo llevó á Francia y á los Países Bajos, y como las doctrinas calvinistas aun tenían prestigio á pesar de la recia batalla que desde 1536, y muy en particular desde aquella terrible noche de la San Bartolomé en 1572, sostenían contra enemigos poderosos, dedicóse William Penn á estudiarlas, y tal vez entonces arraigaron en su mente los principios que defendió más tarde: la tolerancia y libertad de conciencia.



WILLIAM PENN

Volvió á Inglaterra y tomó asiento entre los cuákeros, como adepto á su secta, exponiéndose y sufriendo las iras de su padre, las persecuciones, la prisión y el ser expulsado de la casa doméstica. Parecíale al rígido servidor de Carlos II que la conducta de su hijo era monstruosa, y le negó su apoyo y su amor.

Dotado de energía y de claro talento, escribió en favor de la tolerancia religiosa y de la libertad de conciencia, siendo también apóstol de la secta cuákera.

El vicealmirante Penn, murió por entonces, y su hijo heredó gran fortuna y un crédito de seis mil libras esterlinas contra la Corona. Penn, soñaba con las soledades americanas, con extender sus ideas y practicar en vasta escala sus aspiraciones; pidió, pues, al Rey, en pago de la deuda, la concesión de tierras en el Norte América, y Carlos II accedió á su deseo, tanto más cuanto que á la sazón los terrenos en aquel territorio, tenían valor limitadísimo. La cesión se llevó á efecto de las regiones comprendidas entre el Mariland y el Delaware, dándoles el Rey el nombre de Pensilvania como homenaje á la memoria de su leal súbdito, el almirante Penn.

El decreto de concesión, — 4 de Marzo de 1681, — expresaba administración libre y con el tributo á la Corona de dos pieles de castor por año, reservándose el Parlamento inglés el derecho de imponer contribuciones á la nueva provincia ó colonia.

II

En la carta que Penn escribía noticiando la concesión que se le había hecho, encuéntranse las siguientes generosas palabras:

«Dios me ha dado la conciencia del deber y una alma honrada para obrar rectamente. Espero que no extrañaréis el cambio, ni la elección de rey, porque aquí quedaréis solidamente establecidos y no á merced de un gobernador que venga á hacer su fortuna. Seréis gobernados por las leyes que hagáis vosotros mismos; viviréis libres y, si queréis, como una nación sabia é industriosa».

Treinta años gobernó Penn aquellos dominios ricos, fértiles é inmensos, uno de los centros, hoy, más importantes y no lejos de

Nueva York. Allí dió asilo á todas las sectas religiosas: allí abolió la esclavitud, trató con los indios y conquistó su amistad por la fe guardada en los tratados. Allí desde 1682, época de su arribo, se distinguió por el célebre convenio con los indígenas, á la sombra del olmo de Shakkamaxon, que jamás fué jurado, decía Voltaire, pero jamás roto.

Él fué el primero de los hijos de la vieja Europa, que habló á los indios con lealtad, con afecto, y de igual á igual. Bajo sus auspicios se dió la notable Constitución, que algunos afirman fué el modelo de la que hoy rige en los Estados Unidos, y otros, indican era semejante á la de otras colonias ya establecidas en los Estados Unidos.

De todos modos, y sin participar por completo de las dos opiniones, William Penn, fué de los más avanzados en el camino de liberales instituciones y de benévolas, justas y rectas ideas, que fueron el credo de su vida y el pedestal de su inmortalidad.

Débele su origen la hermosa ciudad de Filadelfia, que más tarde tuvo su timbre de gloria por haberse reunido en ella el primer Congreso de 1774, en el cual los representantes de las doce colonias dieron el primer paso para la independenciam, y el de 1775, para declararse la completa emancipación de los Estados Unidos.

William Penn, es el más perfecto modelo de filantropía y probidad; el más hermoso tipo de benevolencia y del legislador honrado y justo.

Escocia, Irlanda y Alemania, poblaron la nueva colonia, y la emigración fué tan grande, que en corto tiempo adquirió inmensa preponderancia.

Como los cuákeros revisten tal severidad de principios, no se permitían bailes, ni juego, ni fausto, ni duelos ó riñas: la sobriedad era su sistema, y fueron los primeros que aboliendo la pena de muerte, crearon como estímulo, el trabajo en las cárceles. Tampoco permitieron los diezmos, ni que el culto fuera pretexto para lucrativos fines.

La existencia de Penn, se consagró al triunfo de sus generosos pensamientos y presenta admirables detalles, para estudio de los gobernantes.

Fiel á sus principios, jamás se doblegó en la adversidad, ni renunció á la misión que se había impuesto y que llevó á cabo.

Él creó una democracia pura, siendo sin embargo, un señor feudal en aquellos dominios, y el pueblo comenzaba á rebelarse en contra de sus derechos, que más tarde fueron rescatados de la familia y herederos

de Penn por ciento treinta mil libras esterlinas, cuando la Pensilvania se declaró Estado independiente.

Volvió Penn á Inglaterra, y Jacobo II le otorgó todo su favor, y la influencia fué noblemente aprovechada en favor de los perseguidos por religión; abrió las puertas de la cárcel á cuatrocientos cuákeros, que en ella gemían bajo el peso de la intolerancia inglesa; escribió en obsequio de la libertad de sectas, creándose con esto encarnizados enemigos entre los que aborrecían el catolicismo, y la calumnia se ensañó también contra aquel hombre austero y honradísimo, hasta el punto de que los protestantes le acusaran de estar vendido al Rey.

Cayó Jacobo II por la revolución de 1688, y Guillermo de Orange, sin respetar la grandeza de alma de Penn, le persiguió y encarceló, y hasta 1693 no alcanzó, con la libertad, la devolución de sus derechos en la colonia por él creada y que le habían sido arrebatados.

Ínterin sufría con alma entera las consecuencias de su generoso empeño, tenían lugar en Pensilvania otros acontecimientos que amargaron más aún los últimos años de la vida de Penn, por la actitud de los colonos cuando volvió entre ellos.

III

Las disensiones reinaban: la provincia de Delaware, que formaba parte de la Pensilvania, pugnaba por separarse y hubo de convocarse una Asamblea.

Los intereses públicos y suyos propios llamaban á Penn á Inglaterra y dejando en libertad á la colonia para darse su nueva Constitución, partió, encontrándose benévolutamente acogido por la reina Ana; sin embargo, nuevas pruebas le estaban reservadas, nuevos sufrimientos.

La creación de su colonia lo había arruinado y se calcula en ciento veinte mil libras esterlinas el desembolso hecho por Penn: los acreedores le acosaban y, por último, dieron con él en la cárcel, sin miramiento á sus nobles prendas ni á su edad.

El sostenimiento de los derechos de la colonia y el plan de Inglaterra, de unificar aquellas provincias bajo un solo gobierno, hicieron imposible su deseo de ceder á la Corona por doce mil libras, el terri-

torio que en un tiempo le fué concedido en pago de una deuda y al que amaba con paternal cariño. Resentida su salud por un ataque apoplético, vegetó Penn desde 1712 á 1718, y murió, como el hombre justo, con la conciencia tranquila y pensando tal vez en que la posteridad haría justicia á su elevado comportamiento.

Aquel legislador inmortal, dejó un nombre querido en América, y tal es la causa de darle cabida en nuestro libro, consagrado únicamente á los hijos del suelo americano.

William Penn, era inglés, pero en América desarrolló las grandes dotes que le había otorgado la Providencia: en América vivió consagrado á la noble tarea de hacer bien; América recogió el fruto de sus afanes y de su levantado carácter; su gloria es de América, y por ello tiene justo derecho á considerársele entre los hombres más ilustres de aquel suelo.



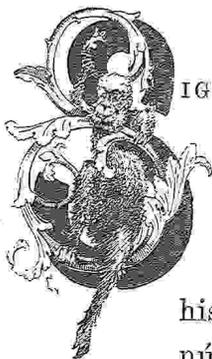
ANTONIO NARIÑO

ANTONIO NARIÑO

«Amé á mi patria; cuánto fué ese amor, lo dirá un día la Historia.»

NARIÑO.

I



IGUIENDO mi peregrinación americana, llegué á Bogotá en Julio de 1881. El objeto de mis viajes, el afán del estudio en países que me son tan queridos y amables, y el vehemente deseo de investigar y conocer con imparcial criterio los acontecimientos y los personajes de la magna historia americana, me pusieron en contacto con el gran núcleo de hombres ilustrados y eminentes con que justamente se enorgullece Colombia.

Allí, más que en los diferentes historiadores que de largo tiempo conocía, pude admirar, amar y estudiar bajo su verdadero punto de vista, á los que, no por odio á España, sino por razón natural y lógica, por aspiración del individuo á crear en su mayor edad, hogar y familia, se lanzaron á la lucha fuertes con su derecho, sacrificando vida, fortuna y bienestar, por el triunfo del principio de emancipación.

En tierra colombiana me identifiqué con Bolívar y Santander, con Zea y el heroico Ricaurte; con aquel esforzado Girardot, vencedor en Palacé; con el sapientísimo Caldas y con el infortunado cuanto ilustre Antonio Nariño.

II

De la revolución de 1793, que esparció por el universo nuevas y audaces doctrinas, brillantes destellos de vivísima luz que iluminaron el antiguo y nuevo continente; de aquel foco de ideas, ora turbulentas, ora benéficas ó exageradas; de aquella devastación y lucha encarnizada entre seculares principios de absolutismo, y otro nuevo, justo y grande, surgió en América el folleto *Derechos del hombre* extractado de un tomo de la *Historia de la Asamblea Constituyente de Francia* ¹, trasladado á lengua castellana en 1794 por D. Antonio Nariño, natural de Santa Fe de Bogotá y que contaba entonces veintinueve años de edad, pues había nacido en 1765.

Era el sabio apóstol de las ideas democráticas, de seductora y bellísima fisonomía; tenía los labios y nariz borbónicas, como dice el ilustre Vergara, y la mirada apacible y dulce. «Era activo, insinuante, emprendedor, y tenía el carácter tanto más dominante, cuanto que no lo dejaba conocer á los que dominaba.»

III

A semejanza de Emilio Castelar, lo llamaban en Bogotá desde muy joven, *el Sabio*, pues su entendimiento, despejado de suyo, se había enriquecido y desarrollado con la lectura de notables obras filosóficas, adquiridas en Europa, y en grato comercio con los autores más avanzados en ideas, se ensancharon cada día más, las que en favor de la libertad y de la patria brotaban en su impetuosa imaginación.

Fué Nariño uno de esos seres singulares que de existir en épocas más remotas, aparecería como personaje de fantástica leyenda, creado por la imaginación del escritor.

¹ Tomás Paine, ministro de Relaciones exteriores en los Estados Unidos, fué el autor del artículo *Derechos del hombre en sociedad*; pasó á Francia é Inglaterra, de donde era nativo, y lo reprodujo, siendo por ello fuertemente perseguido. Como representante del paso de Calais, fué miembro de la Convención francesa é hizo una nueva edición de su folleto, y la Asamblea Constituyente lo reprodujo en su *Código de libertades públicas*.

Distinguido por los virreyes, y muy en particular por Gil y Lemus, éste le nombró tesorero de diezmos en propiedad del arzobispado, y desempeñaba tal cargo, cuando formado en la escuela de los filósofos griegos, y de los franceses, Rousseau, Voltaire, Montesquieu y otro, por la lectura de sus obras, tradujo y dió á la imprenta los *Derechos del hombre*, semilla fructífera para la independencia americana.

Informado el virrey Ezpeleta de tan audaz acontecimiento, que alteraba la vida patriarcal y tranquila de la capital neogranadina, procedió á dar parte á la Audiencia, y ésta, de acuerdo con el Virrey, formó rápidamente la causa y condenó á Nariño á diez años de presidio en África, confiscación de todos sus bienes y ostracismo perpetuo.

Conducido como reo de Estado á España; logró fugarse á la llegada á Cádiz, pasar de incógnito á Madrid y de allí á Francia é Inglaterra, trabajando en ambas naciones para que los Gobiernos ayudaran eficazmente á la independencia de la Nueva Granada.

IV

Sin arredrarse por las consecuencias y á pesar del fallo judicial que le alejaba de su patria, creyó que ésta podía necesitar su apoyo, y se embarcó para la Guaira, siguiendo de allí por Cucuta á Bogotá en donde mandaba á la sazón el virrey D. Pedro Mendinueta.

Oculto en su casa ó en la de sus hermanas y cuñados, pasó los primeros días; pero como en breve se divulgó su llegada, pidió su indulto por la influencia del arzobispo señor Compañón é ínterin se daba cuenta á España, permaneció Nariño preso en el cuartel de caballería de Santa Fe.

Restrepo, en su *Historia de Colombia*, há empañado el claro nombre, la hidalguía y la elevación de carácter de Nariño, con estas duras palabras: «Nariño delató á sus compañeros de conspiración, conducta débil que le ha atraído justa censura,» pero dice Vergara, que aquéllos á quienes delató fueron Talliën y Pèel, que estaban fuera del alcance del Virrey, puesto que eran ministros de nación extranjera, y á D. José Caro, cubano que vivía en París. Sus amigos comprometidos con

él por la independencia americana, quedaron siempre en la sombra y sin que sus nombres aparecieran para nada.

Mientras duró el mando del virrey Mendinueta, nada turbó la vida laboriosa y útil de Nariño, desde que recobrada su libertad habitaba en su quinta de Tucha ¹ entregado á trabajos agrícolas; pero, como ya hemos señalado, nuestro inmortal bogotano estaba destinado á una existencia tan accidentada como interesante, y apenas empezaba á reponerse de las graves pérdidas sufridas por el destierro y la prisión, cuando el nuevo virrey, el anciano é inepto D. Antonio Amar y Borbón, lo hizo prender y enviar á Cartagena, en donde, á pesar de una tentativa de fuga, fué encerrado en el castillo de Boca chica y por severas órdenes del Virrey, cargado de grillos.

V

Había llegado la época gloriosa en que la Nueva Granada se tornase de colonia en nación. El año de 1810 había sido fecundo en acontecimientos: varias provincias levantaron el grifo de libertad y contaron en sus anales el martirio de aquellos que tomaron la iniciativa.

En el Socorro, los jóvenes D. José María Bosillos y D. Vicente Cadena en unión de D. Carlos Salgar, se lanzaron á la revolución apelando al patriotismo de villas y lugares para que secundaran el movimiento.

El Virrey envió tropas contra los sublevados, y hechos prisioneros por el gobernador D. Remigio Bobadilla, fueron condenados á muerte y ejecutados. La Real Audiencia intentó que las cabezas de aquellos desventurados se expusieran en escarpías á la pública execración, pero indignado el pueblo de Bogotá ante aquel propósito, manifestó en su actitud estaba dispuesto á todo, si presenciaba tan sangriento espectáculo.

Este y otros hechos aceleraron la marcha de la revolución y en breve se llevó á efecto el nombramiento de una junta, la deposición del Virrey y su salida para España; pero las consecuencias amenazaban ser

¹ Hoy quinta de Ramos.

desastrosas, y cada provincia, queriendo erigirse soberana, convocaba juntas, nombraba representantes y se dividía en partidos, desconociendo la autoridad central y las disposiciones de Lozano, presidente del Colegio Constituyente.

Nariño había sido puesto en libertad por el Gobierno de la revolución y retirado en su casa de campo, escribía y publicaba su periódico *La Bagatela* y en éste censuraba el sistema federal y presentaba la situación del país bajo verdadero aspecto, señalando como único remedio la forma de Gobierno central para contrarrestar al poder español y la anarquía.

El pueblo, que tenía grandes simpatías por Nariño, pidió que éste fuera nombrado para el puesto que ocupaba Lozano, y el Congreso satisfaciendo los deseos de la mayoría, elevó á Nariño á presidente de Cundinamarca en Septiembre de 1811.

VI

Los partidos *centralista* y *federalista* se declararon la guerra, y Nariño se reveló entonces con toda la sublimidad de su carácter: insultado en libelos, calumniado por sus enemigos, hacía publicar sin comentarios en la *Gaceta* de Cundinamarca, cuanto contra él se decía, haciendo juez al pueblo para que éste diera su fallo. Para sus partidarios, era un Cincinato; para sus enemigos era un Tiberio.

En una ocasión le advirtieron que se fraguaba una conspiración contra su vida, y que el jefe de los conjurados, designado para ser su asesino, se presentaría pidiéndole una audiencia privada.

Sucedió así, y Nariño se la concedió, conduciéndole á otro salón, el cual cerró con llave, entregando ésta al conspirador.

— «¿Qué hace vucencia?» preguntó éste asombrado.

— «Favorecer la fuga del que me va á matar, — respondió el Presidente: — no quiero que V. vaya á sufrir por mi causa;» y sin alteración en su semblante, tomó asiento.

Tal grandeza asombró al conspirador, y sacando un puñal que tenía escondido, se lo entregó diciendo:

— «Creía que venía á quitar la vida á un tirano; pero jamás privaré de ella á un ángel, que lo penetra todo y lo perdona».

— «Siéntese V. á mi lado y hablaremos sobre estas cosas de la patria», dijo Nariño.

Continuaba el estado de agitación en las provincias, optando éstas por la federación, y Nariño, siempre consecuente en su plan de centralización, que al constituir al país en pueblo libre conceptuaba más adecuado y con mayores recursos para hacer frente á los realistas y consolidar la independencia, envió fuerzas para agregar pueblos y ciudades á Cundinamarca, ⁴ fuera por la persuasión ó por las armas.

Dió por resultado aquella campaña, la ocupación de Tunja por Nariño y la transacción hecha con el gobernador D. Juan Nepomuceno Niño.

Sin embargo, la gravedad de las circunstancias era siempre la misma, y la anarquía devoraba al país neogranadino. Nariño hizo renuncia de la presidencia, retirándose á su quinta de Tucha; pero no habían pasado muchos días, cuando algunas noticias alarmantes consternaron al pueblo, y éste corrió á la casa del generoso patriota y le condujo en triunfo á la capital.

Á la mañana siguiente, fué elegido de nuevo presidente del Estado con omnímodas facultades.

VII

En la historia política de los pueblos americanos descuella la figura de Nariño, por las especiales circunstancias que le rodearon, por el delirio y fanatismo de sus partidarios, por el odio intransigente de sus numerosos enemigos.

Sus discordias con el Congreso, sus triunfos, los altercados con las provincias sobre el sistema de gobierno, sus esfuerzos para centralizar el poder, hicieron que su vida fuera una continuada lucha, en la cual siempre su generosidad y benevolencia se sobreponían á las injustas recriminaciones de sus contrarios.

⁴ Nombre primitivo de la provincia de Santa Fe.

La situación del país era cada vez más crítica.

El jefe español D. Toribio Montes, amenazaba á Nueva Granada por el Sur; el brigadier Sámano disponía de un ejército al Norte de Quito, y Monteverde en Venezuela con numerosas fuerzas, podía apoyar los movimientos de sus compañeros de armas.

Pero si el peligro era grande, la constancia de Nariño lo sobrepujaba y como ya el brigadier Sámano había invadido la república, determinó ponerse al frente de las tropas y emprender la campaña contra los realistas.

Vencedor en el Alto Palacé de las tropas mandadas por Sámano, continuó Nariño su marcha y entró en Popayán, abandonada por el enemigo.

En Colibio obtuvo un nuevo triunfo, y con inmensas dificultades forzó el paso del caudaloso Juanambú y sostuvo, en difícil posición, el choque con las tropas de Aymerich.

VIII

Pocos días después estaban los republicanos en el Ejido de Pasto, en donde se trabó el combate con las tropas realistas, batiéndose Nariño en el centro con intrépida valentía.

El resto del ejército había quedado en Tasines, y como algunos soldados habían huído del campo de batalla creyendo ésta perdida, llevaron la noticia de que el jefe estaba prisionero, y el coronel Rodríguez, que mandaba las fuerzas de Tasines, clavó las piezas de artillería, y abandonando municiones, caballos y tiendas, emprendió la retirada.

El estupor de Nariño, no conoció límites al encontrar levantado el campo en donde creía reunirse con el resto del ejército.

Los pocos que le acompañaban y algunos oficiales, entre éstos un hijo suyo, salieron para reunir á los dispersos, pero sabedores de que los realistas los perseguían de cerca, continuaron su retirada mandados por Cabal.

El general Nariño permaneció oculto algunos días en la montaña de *Lagartijas*, con la esperanza de que los suyos volarían á socorrerlo; no fué así, y entonces resolvió entregarse al general Aymerich.

Acompañado por un indio y por un soldado se presentó en Pasto, en donde estuvo expuesto á perder la vida, porque los pastusos pedían á gritos su cabeza, y Nariño con elocuente palabra conjuró la tempestad: habló al pueblo, y aquella voz armoniosa, aquella figura simpática, la noble actitud del preso y el poder de su mirada, avasallaron á sus enemigos y calmaron su rencor.

Nariño estuvo trece meses preso en Pasto; después fué conducido á Quito, y sin que se atrevieran á fusilarle, los españoles lo mandaron á Lima y á España, en donde en la prisión de la «Carraca» (Cádiz) vegetó cuatro años, hasta que en el levantamiento liberal, acaudillado por el invicto Riego, consiguió la libertad.

IX

Rebosaba la alegría en el corazón de Nariño, pues al aspirar el ambiente de la libertad en tierra española, tuvo noticia de las victorias de Bolívar, de los triunfos que conseguía la independencia, de la cercana época en que aquélla fuera completa.

Acompañado por la fe y por el patriotismo, volvió al suelo natal.

¡Cuán terrible era el desengaño que debía sufrir el iniciador de la independencia, el precursor de aquella nueva era!

Postrado por gravísima enfermedad, llegó á Bogotá en litera, después de largos años de ausencia. Electo senador para 1822 se disponía á las tareas parlamentarias, á pesar del mal estado de su salud, cuando sus implacables enemigos le acusaron de haber permanecido fuera de la patria por propia voluntad y careciendo del permiso del Gobierno.

Tal injusticia, fué el sublime epílogo en la vida de aquel hombre, que ostentaba en el rostro las indelebles huellas de los padecimientos físicos y morales.

Nariño se presentó en la barra para defenderse, con tardo paso, que todavía las heridas abiertas por los grillos no estaban cicatrizadas: las prematuras arrugas, el nevado cabello, la expresión de suprema amargura de aquella mirada, antes tan dulce, la voz solemne y

vibrante, y la triste elocuencia, crecida por la emoción, ganaron al auditorio, y hasta sus acusadores estaban conmovidos.

«Hoy me presento, señores,—dijo,—como reo ante el Senado de que he sido nombrado miembro, acusado por el Congreso que yo mismo he instalado y que ha hecho este nombramiento. Si los delitos de que se me acusa hubieran sido cometidos después de la institución del Congreso, nada tenía de particular esta cuestión; lo que tiene de admirable, es ver á dos hombres que no habrían quizá nacido cuando yo ya padecía por la patria, haciéndome cargos de inhabilitación para ser senador, después de haber mandado en la república política y militarmente en los primeros puestos, sin que á nadie le haya ocurrido hacerme tal objeción, pero lejos de sentir este paso atrevido, yo les doy las gracias por haberme proporcionado la ocasión de poder hablar en público sobre unos puntos que daban pábulo á mis enemigos para sus murmuraciones secretas. Hoy se pondrá en claro y deberé á estos mismos enemigos mi vindicación, de que jamás he creído tener necesidad, así como el poder hablar sin rubor de mis propias acciones. ¡Qué satisfactorio es para mí, señores, verme hoy como en otro tiempo Timoleón, acusado ante un Senado que él había creado, acusado por dos jóvenes, acusado por malversación después de los servicios que había hecho á la república, y el poder decir sus mismas palabras al principiar el juicio: *oíd á mis acusadores*,—decía aquel grande hombre,—*oídlos, señores, advertid que todo ciudadano tiene derecho de acusarme* y que en no permitirlo daría un golpe á esa misma libertad que me es tan glorioso haberos dado!..... El tercer cargo que se me hace es la falta de residencia que exige la Constitución por haber estado ausente.....

»Por mi gusto dejé de ser presidente y dictador de Cundinamarca, dejé de ser general en jefe de los ejércitos combinados de la república; por mi gusto perdí veinte años de sacrificios hechos á la libertad, las penalidades de ocho meses de marchas y el fruto de las victorias que acababa de conseguir; por mi gusto abandoné mi patria, las comodidades de mi casa, la compañía de mis amigos y mi numerosa familia; por mi gusto desprecié el amor de los pueblos que mandaba, para irme á sentar con un par de grillos entre los feroces pastusos, que á cada hora pedían mi cabeza; por mi gusto permanecí allí trece meses, sufriendo toda suerte de privaciones y de insultos; por mi gusto fuí transportado

preso entre doscientos hombres hasta Guayaquil, y de allí á Lima, y de Lima, por el cabo de Hornos, á la Real Cárcel de Cádiz, y por mi gusto permanecí cuatro años en esta cárcel, encerrado en un cuarto, desnudo, comiendo el rancho de la enfermería, sin que se me permitiese saber de mi familia. ¿No os parece, señores, que es más claro que la luz del día, que yo he estado ausente por mi gusto y no por causas de la república? ¿Qué deberemos presagiar de nuestra república? ¿Qué podremos esperar para lo sucesivo, si mis acusadores triunfan ó se quedan impunes?

»Por una de estas singularidades que no están en la previsión humana, este juicio, que á primera vista parece de poca importancia, va á ser la piedra angular del edificio de vuestra reputación. Hoy, señores, hoy va á ver cada ciudadano lo que debe esperar para la seguridad de su honor, de sus bienes y de su persona; hoy va á ver toda la república lo que debe esperar de vosotros para su gloria.

»Si vosotros, señores, al presentaros á la faz del mundo como legisladores, como jueces, como defensores de la libertad y de la virtud, no dais un ejemplo de la integridad de Bruto, del desinterés de Foción y de la justicia severa del tribunal de Atenas, nuestra libertad va á morir en su nacimiento.»

X

El Senado en masa, electrizado por aquel acento, subyugado por aquel infortunio, le absolvió por unanimidad.

Aun continuó algún tiempo sirviendo á su patria; pero sintiendo que su vida concluía, se alejó de Bogotá para buscar en el hermoso clima de Leiva, solitaria y pintoresca tumba.

Dice Vergara, que al despedirse de sus amigos y familia, le preguntaron: «¿Hasta cuándo?» — «Hasta nunca», contestó sonriendo.

En Diciembre de 1823 y después de recibir los sacramentos, aquel hombre singular montó á caballo, y dirigiéndose á casa de cada uno de sus amigos, se despidió de ellos con la cortés sonrisa que le era peculiar. — «¿Para donde se va V.?» le preguntaban. — «Para la eternidad,» respondía con expresión risueña.

«¡Qué hermoso día tendré!» exclamó en la mañana del 13 de Diciembre, y con serenidad imperturbable consultaba su reloj y señalaba la disminución del pulso.

— «He muerto ya, — decía á los médicos: — hablan ustedes con un cadáver».

— «No tenga V. cuidado,» le dijo el cura de Sachica.

— «Jamás lo he tenido,» contestó.

Poco después, cerrando su reloj, lo guardó en el bolsillo, y dijo: *¡ya es tiempo!* y expiró.

En la noche anterior á su muerte, había pronunciado las palabras que reproducimos y que pintan la nobleza de sus sentimientos, las aspiraciones de su vida y la moderación de su carácter.

«Odié siempre, por instinto, á los tiranos; luchando contra ellos perdí cuanto tenía, ¡perdí hasta la patria! Cuando apareció por fin esa libertad por quien había yo sufrido tanto, lo primero que hizo fué tratar de ahorcarme con sus propias manos. Es increíble que, ya hubiera audiencia ó asamblea patriota, al aparecer el día, le saludaba yo preso, amenazado ó desterrado... Me han dado cadenas todos, me han calumniado, pero no he aborrecido ni á los que más me han perseguido.

»Póngame este epitafio: no quiero nada más, ni nada menos: *Amé á mi patria; cuanto fué ese amor, lo dirá algún día la Historia.*

»No tengo que dejar á mis hijos sino mi recuerdo; á mi patria, le dejo mis cenizas».

Aun más allá del sepulcro lo persiguió el encono de sus enemigos; dispuesta la solemnidad fúnebre para el 13 de Febrero de 1824, recibieron sus hijos la siguiente carta del canónigo Guerra.

«SR. D. ANTONIO NARIÑO Y ORTEGA.

»Mi querido amigo: Cuando en repetidas ocasiones hemos tratado sobre que yo predicase la consabida oración fúnebre, siempre me dijo V. que había de ser sin que de ello me resultara algún perjuicio.

»Yo nunca calculé que así sucediera; pero de tres días á esta parte y hoy muchísimo más, tengo positivas razones, las más poderosas, no sólo para temerlo, sino para esperarlo indudablemente; es decir, me consta, con absoluta evidencia, que de hacer yo el elogio que me había propuesto del general Antonio Nariño, me van á resultar gravísimos daños en mi carrera y, sin disputa, lo padecería hasta mi cuerpo; harto

sufre mi espíritu al verme compelido á hacer á V. esta dolorosa exposición; que tampoco me es lícito amplificar porque soy sacerdote; pero yo libro sobre el fino entendimiento de V. para que la comprenda, y sobre el mundo, para que disimule este horrible chasco que las circunstancias hacen inevitable.

»F. X. GUERRA DE MIER.

»De esta su casa á 9 de Febrero de 1824».

XI

Durante treinta años han permanecido los restos de Nariño en Leiva; hoy sería difícil encontrarlos. Ningún monumento ha sido consagrado á la memoria del patriota que á pesar de la adversa suerte que le acompañó, es uno de los primeros y más culminantes prohombres de aquella serie de héroes. El día aniversario de Nariño debía ser de fiesta nacional, de ofrenda al prócer. ¡Que de pechos hidalgos es, reconocer los servicios y honrar la memoria de los bienhechores de la patria!



JOSÉ MIGUEL CARRERA

JOSÉ MIGUEL CARRERA

*Cubran cipreses fúnebres la escena
Del sacrificio atroz, riéguela el llanto
De la nación chilena.
Y desde el trono santo
Donde reside el Hacedor Divino,
Grato perdón descienda al asesino;
Mas eternice el genio de la Historia
La incorrupta memoria
Del que sabe morir como hombre fuerte,
Del que marcha á la muerte
Sin que le imprima susto.
Así muere el honrado y muere el justo:
Así, inmolados por venganzas fieras,
Murieron en Mendoza los Carreras.*



I

AMÁS ha temblado mi pluma al escribir un nombre. Jamás el espíritu se ha sentido cobarde reseñando la vida de los genios que he tenido la honra de biografiar; pero hoy, al evocar al mártir de Mendoza, despierta en mi alma sentimientos indescriptibles, en mi corazón sensaciones vivísimas, y en mi mente ideas que me transportan á un mundo desconocido, inmortal é infinito.

El nombre de José Miguel Carrera es el de aquel patriota sacrificado por bastardos rencores, por envidiosos de sus triunfos, por repulsivos sentimientos contra el que, podía obscurecer sus personalidades con la sombra de gloria conquistada hidalga y valerosamente.

José Miguel Carrera es el héroe sublime de la epopeya sud americana; es el mártir glorioso de la perfidia de los hombres; es el patriota legendario de los guerreros tiempos, el más infortunado de los caudillos y á la vez el más ilustre y popular.

Vió la primera luz en Santiago de Chile, el día 15 de Octubre de 1785, en el seno del bienestar que disfrutaban sus padres D. J. Ignacio de la Carrera y D.^a Francisca de Paula Verdugo.

Refractario á la filosofía que estudiaba en el colegio de San Carlos, fué enviado á Lima en casa de un tío suyo comerciante; pero como tampoco manifestó disposición ni deseo para el comercio, y sí indicara se encontraba inclinado á la carrera militar, pasó á España autorizado por su padre é ingresó como teniente, apoyado por altas influencias, en el regimiento de Farnesio.

La injusta invasión francesa de 1808 y el odio á todo yugo extranjero, levantaron el decaído espíritu de los españoles, y como un solo hombre, lanzáronse á la lucha contra los soldados que en cien combates, habían alcanzado en otros pueblos la victoria.

Entre los denodados defensores de aquella gloriosa época de independencia se encontraba José Miguel Carrera, que audaz y arriesgado alcanzó valiosos premios y el ascenso de sargento mayor, así como la honrosa comisión de formar el regimiento *húsares de Galicia*.

Brillante porvenir se iniciaba en España para el joven chileno, cuando llegó á su noticia que su patria se agitaba anhelando su emancipación, y lleno de noble brío y patriotismo, abandonó cuantos honores le prometía la guerra, y el 25 de Julio de 1811 desembarcaba en Valparaíso. Pocos días después estaba al frente de la revolución, y vencedor, estableció el 10 de Septiembre, apoyado por sus hermanos Luis y Juan José Carrera, un Gobierno con facultades tan amplias como el mismo Congreso. Aquél actuó hasta el 15 de Noviembre en que se estableció otra Junta gubernativa, compuesta de Juan Martínez de Rosas por las provincias del Sur, de D. Gaspar Marín, por el Norte, y del caudillo Carrera como representante del Centro.

D. Bernardo O'Higgins formó parte de esta Junta por la ausencia de Rosas; pero en Diciembre, disuelto el Congreso por la tropa, se procedió al nombramiento de nuevo Gobierno, compuesto de José Miguel Carrera, D. José Nicolás Cerdá y D. Juan G. Aldunate.

Tenía José Miguel Carrera, figura elegante, distinguida y bella; aire marcial, mirada dulce, pero enérgica á la vez; era joven, impetuoso, valiente, y su carácter le hizo popular y querido, y sus infortunios le han creado inmortales simpatías.

II

El mando de Carrera dió forma á la revolución, que hasta entonces había caminado indecisa y débilmente.

Su aparición en la escena política chilena, impulsó el movimiento general revolucionario, apoyado en poderosos elementos: la prensa, representada por el periódico *La Aurora*, el primero que se publicó en Chile,¹ y dirigido por el sabio y filosófico Camilo Enríquez; los centros de instrucción pública que ponían al alcance de los jóvenes mayor caudal de conocimientos, preparando así patriotas ilustrados para la futura generación y ciudadanos educados ya en el nuevo orden de ideas, arraigando en sus juveniles corazones el grandioso evangelio de la Libertad, y sembrando fructífera semilla, benéfica para la patria.

El general Carrera, enérgico y decidido, abrigaba aspiraciones radicales; su alma grande soñaba con formar una patria poderosa, emancipada de rancias preocupaciones, y con heroico desinterés trabajó para realizar tan hermoso ideal.

¡Cuántos afanes, cuántos desvelos, cuán glorioso conjunto de sacrificios y de abnegada heroicidad!

¡Cuántas veces tachado de ambicioso cedió, para desmentir tan injusto calificativo, llevando á efecto reformas en la Constitución consultadas con hombres de la mayor influencia y aceptadas por éstos!

Dice Benavente que: *Carrera era el único hombre de aquel tiempo, capaz de poner en movimiento los medios de defensa que el país poseía, y si la opinión pública le hubiese prestado su concurso, muchos males se habrían ahorrado á Chile y á casi toda esta parte de América.*

Creó ejércitos destinados á pelear por la independencia, arregló las rentas públicas y dió los primeros pasos para la organización del país.

En Abril de 1813 llegó á Chile una expedición enviada por don José Abascal, virrey del Perú, á las órdenes del brigadier don Antonio Pareja, hombre arriesgado y valeroso.

Librando á la suerte de las armas el triunfo de la magna contienda,

¹ La imprenta fué pedida por Carrera á los Estados Unidos.

fué preciso que Carrera se pusiera al frente del ejército, nombrando el Senado para sustituirlo en su ausencia á su hermano Juan José Carrera, pero como éste tuvò á su vez que marchar á incorporarse á las tropas, se acordó poner en su lugar á don Agustín Eizaguirre, y enfermos á la sazón los vocales Portales y Prado, fueron nombrados en su lugar los patriotas Pérez y el hábil Infante.

« Nuestro virtuoso pueblo,—dice Camilo Enríquez,—sea que tuviese presente la premura de nuestras circunstancias, ó la moderación y alto mérito de las personas nombradas, ó la confianza que le había merecido el Senado, no hizo sobre estos nombramientos alguna reclamación. Estos nombramientos, no estando entre las facultades senatorias, se reservaban, según el mismo reglamento, al pueblo soberano. Pero nuestras circunstancias fueron terribles... » ¹

III

En ese mismo año se publicó por orden del Supremo Gobierno el proyecto de Constitución, compuesto en 1811 por el profundo é ilustrado Egaña, documento notabilísimo que revela la clara inteligencia de su autor y el tesoro de nuevas ideas que albergaba en su mente.

Ya en campaña, desplegó el general Carrera, en el combate de San Carlos, el esfuerzo y bizarría de los héroes, y más tarde el sitio de Chillán fué una de las glorias del ínclito chileno por su arrojo en la lucha y sus acertadas disposiciones militares, aun cuando la fortuna, valiéndose del engaño fraguado por el general realista Sánchez, de la deserción del teniente *Calao* y de otros contratiempos, ayudó á las tropas españolas.

Los reveses no amortiguaban la constancia del General en jefe, que trabajaba sin descanso en bien de la patria, luchando al propio tiempo con el descontento y con las intrigas de los que pretendían derrotarle y cambiar la dirección dada á la marcha pública. Ya *El Republicano*, dirigido por D. Antonio José de Irisarri, y *El Monitor*, se declararon en abierta lucha contra Carrera y sus hermanos, aun cuando éstos, inteli-

¹ *Monitor Araucano*. Razonamiento del senador Enríquez á las Corporaciones, el 6 de Octubre de 1813.

gentes y bravos, duplicaban sus esfuerzos á favor de la independencia; sin embargo, el enemigo había ganado terreno en el Sur, y nuevos refuerzos á las órdenes de Gaínza, le enorgullecieron y activaron sus movimientos.

El ejército independiente estaba pobre, desnudo, sin poder mantenerse para la guerra, y dividido por tristes desavenencias, por rencóres y rivalidades.

Los esfuerzos de Carrera para contener á unos y halagar á otros, fueron ineficaces, y la Junta inutilizó sus nobles afanes separándolo del mando y nombrando en su lugar, jefe del ejército chileno, al coronel O'Higgins. Poco después, disuelta aquella Corporación y nombrado un *Director Supremo*, se creó el *Gobierno Provisorio*, y la administración del país tomó diferente rumbo.

Entretanto el enemigo había tomado Talca, pero por su parte el valeroso O'Higgins, previsor y activo, alcanzó la victoria en varios combates contra las tropas de Gaínza, é intrépido y acertado, marchando á la retaguardia del enemigo, atravesó el Maule, y en Río Claro y Quechereguas ganó glorioso renombre.

Grandes acontecimientos amenazaron por entonces la independencia de la naciente república, pues la debilidad y abatimiento de algunos ciudadanos, la oculta simpatía de otros por el antiguo régimen y el desconcierto de los partidos, hicieron fácil la aceptación de las proposiciones de paz que el comodoro inglés Hillyar en nombre del Virrey del Perú presentó al supremo director D. Francisco de la Lastra, y que, aceptadas por el Gobierno y el Senado, hacían nuevamente de Chile *parte integrante de la Monarquía española* y obediente vasalla de Fernando VII.

En virtud de éste tratado, se puso en libertad á varios prisioneros, entre éstos al esclarecido Carrera y á su hermano D. Luis, que habían sido tomados por sorpresa en Penco Viejo al intentar dirigirse á la capital en la época de la llegada de Gaínza y antes de la toma de Talca ¹.

Juzgó el esclarecido patricio que el tratado era humillante para Chile, y el 23 de Julio ² de 1814 llegó á Santiago, se posesionó de los cuarteles auxiliado por sus partidarios, depuso pacíficamente al Director supremo y nombró una Junta ³ que hizo los postreros esfuerzos por reorganizar

¹ Guzmán.

² Guzmán dice el 23 de Agosto.

³ Compuesta de D. Julián Uribe, D. Manuel Muñoz de Urgía y del mismo general Carrera.

la defensa pública, dictó apremiantes disposiciones, eligió un cabildo y trató de encauzar la administración de justicia.

El general O'Higgins, no conforme con el cambio verificado en Santiago, levantó el campo, pasó el Maipo y se dirigió á la capital, hasta encontrarse en Ochagabia con las tropas de Carrera y trabar con ellas fratricida combate. ¡Entretanto el enemigo avanzaba y la causa de la libertad se perdía!...

Sin embargo, el general Carrera, generoso siempre, sacrificando sus particulares desavenencias en aras de la patria, se unió con el general O'Higgins tratando de oponerse á la marcha triunfal de los realistas que, al mando del recién llegado Osorio, se enseñoreaban del país.

IV

La funesta y heroica batalla de Rancagua puso el colmo á las desventuras de los independientes, y el 2 de Octubre de 1814 señaló en la historia de Chile un día sombrío y de infausta memoria.

Durante treinta y seis horas pelearon los patriotas con el heroísmo de la desesperación; durante treinta y seis horas hicieron prodigios de valor; pero aun en medio del peligro, aun frente al enemigo, surgieron la diversidad de opiniones para el plan de ataque y las rivalidades entre ambos caudillos, contribuyendo al desastre, á la confusión y á la total derrota.

Carrera, desesperado, viendo á su patria subyugada de nuevo, emigró de Chile con sus dos hermanos, y O'Higgins y gran número de valientes se refugiaron también en Mendoza, en donde á la sazón era gobernador el coronel D. José de San Martín.

Las antiguas discordias entre los dos jefes chilenos se renovaron en suelo argentino, y Carrera, tanto porque las autoridades apoyaban al general O'Higgins, cuanto porque la sed de libertar á su patria no le prestaba instante de reposo, se dirigió á Buenos Aires, y de allí á los Estados Unidos, en busca de recursos que su prestigio y su nombre podrían facilitarle.

Sus esperanzas no fueron defraudadas, y en 1816 se presentó en Buenos Aires con pertrechos de guerra, hombres, dinero y buques.

¡Pero los odios fueron implacables! ¡Ni aun el patriotismo logró disminuirlos ni acallarlos!

El desventurado é insigne caudillo, vió inutilizado su noble empeño por Pueyrredon, que instigado por los enemigos del general chileno, contrarrestó sus planes.

Tal vez el rencor, la asechanza de que era víctima, la pérdida de aquellos afanes patrióticos y de aquella esperanza, levantaron en su pecho una tempestad de indignación; por otra parte, Carrera estaba pendiente desde extranjero suelo, de aquella patria tan querida, de aquella libertad tan deseada, y por la cual se batía San Martín sin que á él le fuera dable tomar parte. ¡Él que había sido el iniciador más esforzado, más atrevido, más popular!

El despecho fué grande, é impulsado por él, lanzóse en las revueltas argentinas y tomó parte activa en las luchas civiles con la impetuosidad de su carácter; la mala suerte le venció una vez más, y prófugo y asilado en Montevideo, vivía protegido por el general Lecor, cuando un terrible acontecimiento llenó de amargura su corazón, arrastrándole á terribles represalias y hasta el cadalso.

V

Vivían en Buenos Aires, ó se consumían en la pobreza, en el dolor y en las amarguras del ostracismo, la animosa y sublime Javiera Carrera ¹ y sus hermanos Juan José y Luis, que habían abandonado á su amado Chile cuando el desastre de Rancagua.

Aquella mujer sin par era el consuelo de los suyos, y ahogaba, se bebía sus lágrimas, para que sus hermanos no sufrieran con su sufrimiento. Todos en aquel mísero hogar, buscaban en el trabajo manual el preciso sustento.

Pero Luis Carrera tenía una esposa adorada, un ángel que había unido á la suya su existencia, y estaba lejos de ella, ¡vivía sin el amoroso fuego de sus ojos, sin la ternura de su amor, sin la alegría de su sonrisa, sin el encanto de su voz!

¹ En el libro *Mujeres Americanas* se encuentra la biografía de Javiera Carrera.

Luis y su hermano soñaban con el cielo, el aire, el sol, los blancos penachos de la cordillera que corona al suelo chileno, y ansiosos, forjando irrealizables planes y sufriendo esa enfermedad inexplicable, esa nostalgia indescriptible y lógica en los que se alimentan con el pan del destierro, se desprendieron de los apasionados brazos de la noble Javiera, y por diferente rumbo se dirigieron hacia los Andes para seguir hasta la anhelada tierra de la patria.

La traición los acechaba y delatados, fueron presos y aherrojados: uno en San Luis, y el otro en la cárcel de Mendoza. Los acusaban de conspiradores y los habían encontrado acompañados únicamente por dos fieles amigos: Juan Felipe Cárdenas con Luis Carrera, y Cosme Alvarez con Juan José.

¡Su capital era cuarenta y seis onzas, tal vez ganadas con largos desvelos y afanes, tal vez economizadas á costa de dolorosas privaciones!

El anciano padre, la atribulada hermana, la triste esposa ausente, contribuyeron con sus escasos recursos á sustentar á los presos durante aquel largo cautiverio que finalizó en el patíbulo el 8 de Abril de 1818, es decir, el mismo día que Mendoza celebraba con gritos de júbilo la victoria de Maipu. Días antes de la ejecución se les había presentado la *cuenta de gastos, fecha 3 de Abril*; era preciso que apuraran la amarga copa hasta las heces.

La Historia hará este relato más extenso, y esta *contabilidad del cadalso* ¹, y estos crueles detalles que anteceden á la ejecución de *los dos criminales*, serán terrible manifestación de los odios políticos.

Un año había pasado desde el cruento sacrificio, cuando el terrible drama de Juan José y Luis Carrera tuvo su cruel epílogo.

La cuenta total de gastos hechos en la prisión y la de las últimas diligencias fué enviada á Chile, presentada al general O'Higgins supremo director y pasada por éste ² al anciano D. Ignacio de la Carrera...

¡Padre desventurado! su nombre en esas hojas malditas, hace estremecer de horror, y ese sentimiento se traduce y transforma en

¹ BICUÑA MACKENNA: *Abril 8 de 1885*, aniversario de la ejecución de los dos hermanos Carrera.

² Santiago, Marzo 29, de 1819.—*Acútese recibo y pasen estas diligencias al alcaide de segundo voto para que exija de D. Ignacio de Carrera el PRONTO PAGO DE LOS DERECHOS QUE SE COBRAN.*—O'HIGGINS ECHEVERRÍA. Santiago, Abril 22, de 1819.—*Por recibido y se haga saber á D. Ignacio de la Carrera para su cumplimiento.*—Troncoso Díaz.—*En el mismo día hice saber el decreto de la vuelta á D. Ignacio de la Carrera y firmo de que doy fe.*—*Ignacio de Carrera Barcas.*

doloroso gemido, al contemplar al octogenario agonizante pocos días después, asesinado por aquel postrer detalle...

VI

La ponzoña del odio, la sed de venganza, hicieron de José Miguel Carrera, después de este acontecimiento, un enemigo formidable para la república Argentina. Durante tres años, su vida fué una serie de combates, de victorias y de decepciones.

Con algunos fieles chilenos recorría las pampas, é incansable, valeroso y audaz, no perdonaba medio de hostilizar á sus enemigos.

En una de las marchas pasó treinta y cinco días internándose en el desierto, sin encontrar sustento ni asilo hasta llegar á una tribu de indios, que lo veneraron durante algún tiempo como Señor.

Un día, después de haberse batido como un león, fué derrotado por fuerzas muy superiores.

Como á sus hermanos, la traición lo entregó maniatado al gobernador de Mendoza; allí, arrojado en un sótano inmundo, aguardó su sentencia, y el ilustre mártir *condenado como bandido*, murió en el cadalso con la arrogante energía del guerrero, sin permitir le vendaran los ojos, le asentarán en el fatal banquillo, ni lo maniatarán.

¡Preclaro adalid de la libertad chilena, generoso campeón de la sublime causa, tu nombre es inmortal como tus glorias, y la corona de espinas que en Mendoza ciñeron á tu frente, es hoy la brillante aureola del héroe!

¡Tu patria te venera y te bendice, tu hermosa y marcial figura se destaca sobre alto pedestal, y el infeliz escarnecido en el patíbulo se levanta orgulloso, glorificado por la Historia. ¹

¹ En 1828 se celebraron en Chile solemnes exequias por los tres hermanos Carrera, y el 16 de Septiembre de 1864 se inauguró en Santiago la estatua en bronce de José Miguel Carrera.

MANUEL BELGRANO

*«Lego à la Historia el nombre más puro
de los fastos americanos».*

BARTOLOMÉ MITRE.



I

A historia de las luchas y emancipación americanas presenta tan variados y originales episodios, y los hombres que contribuyeron al éxito encierran también condiciones tan especiales, que el historiador ó el aficionado al estudio de las evoluciones políticas se siente interesado y atraído hacia épocas tan fecundas en nobles rasgos y en brillantes resultados.

El caballeresco vencedor de Tucumán es uno de los próceres argentinos que seduce por su carácter especialísimo: espiritualista, entusiasta, apasionado, lleno de abnegación y patriotismo, fué de los primeros que rindieron culto á la diosa Libertad en las orillas del ancho Plata.

Su amor por Buenos Aires acusaba que esta ciudad había sido su cuna, ¹ y nunca hijo más celoso de su prosperidad ni de su autonomía sobrepujó á Belgrano.

Era profundamente instruído, y cuando apenas contaba diez y siete años, ya poseía correctamente el rico idioma de Catón y el armonioso

¹ Nació en 1770.

lenguaje castellano que cultivó en las clásicas aulas de Valladolid y de Madrid.

En 1806 era capitán de milicias urbanas cuando los ingleses ocuparon la ciudad de Buenos Aires; en la segunda invasión de aquéllos, en 1807, fué sargento mayor de la legión *de los patricios*, y más tarde ayudante de campo del cuartel maestro del general César Vabiani, contra el general inglés Witelocke.

En el año de 1809 tuvieron lugar en el Alto Perú acontecimientos de gran trascendencia, y la rebelión de Charcas y de la Paz ahogada en sangre, renació vigorosa en suelo argentino, y al recibirse en Buenos Aires la noticia de la disolución de la Junta Central de Cadiz y de los triunfos franceses en España, se formó el plan de convocar una Asamblea para que nombrase una Junta y ésta se encargara de gobernar el virreinato, á lo cual, mal de su grado tuvo que acceder el virrey Cisneros, por el aspecto resuelto de la población.

II

El día 22 de Mayo de 1810 pidió el pueblo la deposición del Virrey, y á pesar de que el Cabildo que había asumido el mando por acuerdo de la Asamblea intentara contrarrestar el torrente revolucionario, no logró su objeto y tuvo que acceder á lo solicitado por los patriotas; pero al decretar el día 24 la organización, la Junta nombró al Virrey para presidirla.

No se conformaron los sublevados con aquella solución que ya apoyaba la tropa, y el día 25 de Mayo, estando reunido el Cabildo para tratar de tan serias cuestiones, invadió el pueblo por dos veces el edificio, imponiendo su voluntad soberana para que se nombrara otra Junta presidida por el comandante Saavedra y compuesta de seis miembros, entre éstos Belgrano y Castelli, quedando instalada como gobernadora del virreinato, pero en realidad libre é independiente de la nación española, pues que días más tarde se negó á reconocer el Consejo de Regencia de Cádiz exigiendo que la Audiencia prestara juramento de fidelidad al nuevo Gobierno, embarcando de noche al Virrey en un buque inglés que hacía rumbo á Canarias.

Desde la invasión de los ingleses se habían adoptado, como señal de reunión en el Cabildo los colores del uniforme de los patricios, blanco y azul, y Belgrano añadió la escarapela que por primera vez se ostentó en el Rosario, cuando todavía el pendón gualda y rojo ondeaba en la fortaleza de Buenos Aires.

No tenía Belgrano práctica ni conocimientos militares más que los adquiridos en las milicias, cuando la invasión inglesa, y era entonces abogado, hombre de elevada inteligencia y amante de la ilustración; sin embargo, cuando se dispuso la expedición al Paraguay, marchó por patriotismo á la cabeza de las fuerzas expedicionarias, por acatar el nombramiento de la Junta gubernativa y llevado de su carácter caballeresco é impresionable y de su enérgica voluntad.

La marcha fué larga y trabajosa, por caminos difíciles, por bosques vírgenes, salvando peligrosos despeñaderos, abismos cubiertos por tan exuberante vegetación, que bajo su fresca y verde frondosidad se ocultaba la profundidad que sorprendía y aterraba á los soldados.

Mediaba Diciembre cuando la división atravesó el río Paraná, y aun pasó un mes antes de encontrarse con las tropas del gobernador Velasco, fuerte de siete mil hombres, que había salido á contener la invasión.

Á orillas del arroyo Paraguari se trabó el primer combate, y Belgrano y sus seiscientos hombres cayeron sobre el enemigo con intrépido impulso, dispersando y poniéndolo en fuga; pero los paraguayos no perseguidos por los argentinos, que habían ocupado el convento de Paraguari, se rehicieron, volviendo á la pelea y derrotando á los patriotas.

III

El segundo encuentro tuvo lugar en las márgenes del Tacuari, en donde los independientes se batieron con denuedo y firmeza, tanto más admirables cuanto que eran uno contra seis: los enemigos los rodeaban por todas partes; pero los soldados argentinos no se rinden, mueren.

Belgrano rompió las filas del enemigo asombrándole con su valor y el de sus soldados, y tal vez debido á este arrojo otorgaron los españoles el *armisticio de Tacuari*, por el cual pudieron emprender la retirada *tambor batiente y banderas desplegadas*.

Belgrano, persuasivo y elocuente, ganó á varios de los oficiales para la causa separatista y «En breve se oyeron entre las filas paraguayas conversaciones de independencia que las habrían hecho temblar pocos días antes». ¹

Es decir, que Belgrano, hizo la propaganda con las armas en la mano.

La banda oriental del Uruguay estaba gobernada por el general D. Gaspar de Bigodet; pero fué relevado éste por el general D. Francisco Javier Elío, aborrecido por los americanos por su insolente orgullo y su falta de prudencia.

Inmediatamente rompió las hostilidades contra los argentinos y en las aguas del Paraná, derrotó la insignificante escuadrilla, apresando las embarcaciones.

La chispa revolucionaria había prendido en tierra uruguaya, y el 28 de Febrero ² las milicias del pueblo de Mercedes se sublevaron, reconocieron á la Junta de Buenos Aires, y ésta nombró á Belgrano para dirigir la campaña contra Montevideo, y reunidos mil doscientos hombres se puso en marcha.

El Uruguay secundaba á los patriotas argentinos, y rápidamente se había extendido el espíritu de rebelión contra España.

En San José se batían realistas é independientes pero derrotados los primeros y prisionera la guarnición, se replegaron sobre Montevideo.

Belgrano marchó contra aquella plaza, y ya muy cerca, recibió la noticia de la revolución de Buenos Aires (Abril de 1811) y de su separación del mando y del ejército.

El llamado á sucederle era el presidente Saavedra.

IV

A la batalla de Huaqui, ganada por los españoles cuando aun no había concluído el armisticio, entre el doctor Castelli, representante de la Junta de Buenos Aires y el general Goyeneche, jefe de los realistas,

¹ *Ensayo histórico sobre la revolución del Paraguay.* Rengger y Lonchamp.

² Mitre dice en su *Historia de Belgrano*, el 28 de Marzo, pero consultados otros autores resulta ser una equivocación.

siguieron otros desastres, y 1811 corrió en medio de desórdenes y luchas populares, hasta que se formó el Triunvirato que desplegó acertada dirección y resuelta actitud contra los afectos á motines y á trastornos gubernativos, y como en el Alto Perú (hoy Bolivia) fermentaba la revolución, nombró á Belgrano general en jefe en reemplazo de Pueyrredón de aquel ejército batido en Huaqui y que apenas contaba mil quinientos hombres, sin armas, sin disciplina y sin recursos.

La falta de las grandes condiciones militares las suplía Belgrano con natural bizarría, con patriotismo á toda prueba, con el culto y la delicadeza para el cumplimiento de su deber, con el arrojo moral y el pundonor del ciudadano.

A tales condiciones debió su celebridad como general, y llenar con gloria el alto destino que le había reservado la Providencia.

Con laboriosa tenacidad y cívico ardor organizó su ejército, y salvando dificultades que otro hubiera encontrado insuperables, resolvió entrar en campaña, y el 19 de Mayo adelantó hasta Jujui; pero ya el general español Goyeneche ocupaba Cochabamba y enviaba activamente fuerzas para conseguir la completa pacificación del Alto Perú y tres mil hombres salieron al mando de Pío Tristán contra Belgrano y su ejército; éste no podía hacer frente á enemigo tan superior en fuerzas, por lo cual emprendió la retirada, triste, sombrío y abatido.

Terrible situación la de aquel hombre y abrumadora responsabilidad: el ejército carecía de todo y hasta los víveres se conseguían con luchas é inmensas dificultades por la oposición de los habitantes; además, como sucedía en todas las nacientes repúblicas, surgieron rivalidades y falta de concordia entre los jefes.

A pesar de aquel presente henchido de tempestades, no descuidó Belgrano inculcar por doquiera y despertar la idea revolucionaria y el espíritu de hostilidad contra el antiguo régimen, y cuando tuvo noticia de que Tristán había recibido refuerzos y que la resistencia por entonces era imposible, publicó un bando enérgico y severo contra todos los que directa ó indirectamente ayudaran á los enemigos.

Contra las órdenes del Directorio se dirigió hacia Tucumán, población patriota, y la cual ofreció á Belgrano dinero para el ejército y mil hombres de milicia dispuestos á secundarle.

V

Era la madrugada del memorable día 24 de Septiembre de 1812, cuando el ejército español, mandado por Tristán, se adelantaba hacia la liberal y patriótica Tucumán, sin tener el presentimiento de que tras cortas horas el pueblo argentino entonaríá himnos de victoria y escribiría con letras de oro, la primera página en el poema de su redención.

Belgrano, desobedeciendo al ilustre Rivadavia, se coronó con inmarcesible lauro y creó la patria argentina.

¡Fué la inspiración del triunfo! ¡fué la decidida idea de vencer ó morir en el campo de batalla! (su honor en caso de derrota le hubiera hecho buscar la muerte); fué algo extraño, algo sobrenatural, lo que en esa mañana hizo á Belgrano reunir algunos voluntarios, fortificar rápidamente la ciudad, guarnecerla con corta fuerza disponible y lanzarse en busca de los realistas.

«Rueguen al Cielo haga un milagro», exclama dirigiéndose á las nobles hijas de Tucumán, y aquel moderno Leonidas sale al campo con su escasa tropa, pero llevando en sí mismo todo un ejército vigoroso y ferviente.

Allí se batían en supremo combate las tradiciones veneradas del pasado, contra la potente y sublime convicción del hombre fuerte con su derecho y rebelde á pasivo vasallaje.

¡Cuán denodadamente peleó la caballería *gaucha* mandada por el bravo é intrépido Balcarcé! ¡Qué admirables detalles, qué perspectiva, debía presentar el campo de batalla!

La imaginación evoca á los audaces gauchos, sobre briosos caballos de las pampas que manejan con increíble soltura, flotante la abundosa y obscura cabellera, ardienté la mirada cual si con ella pretendieran herir al enemigo, cubierto el fornido busto con el *poncho* de variados colores y venciendo á las experimentadas tropas europeas con su bravura y selvática porfía.

La victoria de Tucumán hizo retirar al enemigo á Salta, y Belgrano se ocupó sin descanso de reforzar su ejército para volar á su alcance; sus movimientos fueron temerarios y coronados por brillante éxito. La reñida

batalla de Salta dió nuevos laureles al afortunado General en jefe, é hizo capitular á Tristán el 20 de Febrero de 1813, permitiendo el generoso argentino que se retirara por el camino de Huamahuaca, exigiéndole el juramento (que no cumplió) de no tomar las armas contra el Gobierno independiente, en territorio argentino.

La Asamblea le concedió al vencedor honores y dinero: el ínclito guerrero aceptó los primeros, y el segundo (40,000 pesos) lo dedicó para la fundación de cuatro escuelas.

Dos meses más tarde ocupó Belgrano la ciudad del Potosí en el Alto Perú, haciéndola centro de las operaciones del ejército argentino.

Relevado Goyeneche por solicitud suya, fué reemplazado por el brigadier de artillería D. Joaquín de Pezuela, y éste permaneció tres meses reconcentrando fuerzas y preparándolas para la campaña, emprendiendo ésta y marchando contra los argentinos hasta encontrarlos en la pampa del Vilcapujio, en donde en 1.º de Octubre de 1813 se dió la batalla indecisa en algunos momentos, pero por último funesta para los independientes, que dispersos y diezmados se retiraron á Potosí; pero perseguidos por Pezuela volvieron á encontrarse en Ayouma, y Belgrano sufrió el dolor de ser vencido por segunda vez. La fortuna se tornaba contra él, y con 1,000 hombres restos de su ejército, emprendió precipitadamente la retirada hasta Jujui.

VI

¡Tucumán lo recibió de nuevo en su seno; pero sombrío, desalentado y enfermo!

El general D. José de San Martín se adelantó hasta Yatosto para tomar el mando de las destruídas tropas, y Belgrano, quedó en Tucumán como coronel del regimiento número uno y dispuesto á comparecer ante el consejo de guerra por orden del Congreso.

El caballeresco é infortunado guerrero encontró en San Martín la generosidad del héroe, al entregarle su espada victoriosa un día: «Guardadla,— dijo el futuro vencedor de Chacabuco,— aun será muy útil en pro de la independencia nacional».

En 1814 envió el Gobierno argentino una Comisión diplomática á Europa compuesta de D. Bernardino Rivadavia, D. Manuel Sarratea y D. Manuel Belgrano, para solicitar el reconocimiento de la independencia y el protectorado de alguna de las grandes potencias.

La Comisión no obtuvo resultado favorable y volvió á Buenos Aires en 1815.

El 9 de Julio de 1816 se proclamó solemnemente la independencia por el Congreso reunido en Tucumán, y el 7 de Agosto del mismo año fué repuesto Belgrano en el mando del ejército del Alto Perú, y con no desmentido entusiasmo y perseverante afán, se ocupó durante cuatro años en perfeccionar, organizar y disciplinar las fuerzas.

El ejército estaba acuartelado, parte en la ciudadela y parte acampado en Lules, en donde Belgrano volvió á ocupar su casita rodeada por una lozana huerta.

Ya empezaban á bosquejarse las temibles luchas civiles y la prolongada serie de trastornos que tan triste espectáculo habían de proporcionar, sumiendo al país en la anarquía y haciéndole presa de odiosos caudillajes.

En 25 de Mayo de 1819 fué jurada la nueva Constitución, y Belgrano, que había sido llamado por el doctor Pueyrredón, se trasladó de nuevo á Tucumán gravemente enfermo.

El 14 de Noviembre de 1819 estalló un movimiento apoyado por la tropa y capitaneado por Abrahán González, quien triunfó sin oposición: «Pero en esa hora de la noche brillaba una luz en una casita blanca y techada de paja, hacia la ciudadela. Velaba allí un moribundo cuya voz, aun prestigiosa, podía arrastrar á todo un pueblo. Allí se dirigió el oriental González; Belgrano estaba en pie luchando contra la parálisis que invadía su cuerpo y quería destinarle á la inmovilidad.

»A sus palabras indignadas, González no contestó sino con la orden de remacharle una barra de grillos, en circunstancias que sus piernas hinchadas no podían soportar el contacto de la ropa⁴; felizmente obtuvo su médico que la orden no fuera ejecutada, contentándose con poner á la puerta un centinela de vista».

En Febrero de 1820 salió Belgrano de Tucumán, de aquella ciudad querida, teatro de su gloria.

⁴ Bartolomé Mitre.

El gobernador D. Bernabé Araóz se había negado á proporcionarle recursos para su viaje á Buenos Aires.

¡Siempre la ingratitud persigue á los héroes!

VII

Su médico, el capellán y dos leales ayudantes, D. Jerónimo Elguera y D. Emilio Salvigni, acompañaban al desvalido y triste General.

Su trayecto hasta la capital argentina, fué un cruel martirio para su sensible y patriótico corazón.

Por todas partes veía las huellas de la rebelión, y la indiferencia y hasta el desprecio con que se miraba al vencedor de Tucumán.

En Córdoba sufrió el agudo pesar de la negativa de auxilios, y por último llegó á su ciudad natal paralizado físicamente por la enfermedad, y decaído el espíritu, y amargado por la adversa suerte.

Estaba en su ocaso: ¿Qué esperaba ya sino la muerte?

No tardó en alcanzar el eterno sueño. El 20 de Junio del mismo año se eclipsó aquel astro de la independencia; general improvisado por el patriotismo, guerrero victorioso por el pundonor y la hidalguía, alma grande y generosa, sencilla en el apogeo de su gloria, sufrida en los días de la adversidad.

¡Cuántas veces paseándome por el pintoresco pueblo que lleva su nombre, evocaba aquella existencia toda de la patria, toda de la libertad! ¡Qué reflexiones me sugería la estatua levantada cincuenta y tres años después de su muerte por el agradecimiento nacional, y que en cortas, pero elocuentes frases, encierra la historia de aquella vida de abnegación y sacrificio!

Un hombre ilustre ha escrito un libro admirable,¹ es la glorificación de Belgrano. Mitre ha sido el digno Plutarco del héroe argentino.

¡Loor al nombre del vencedor de Tucumán! Loor eterno á su memoria!

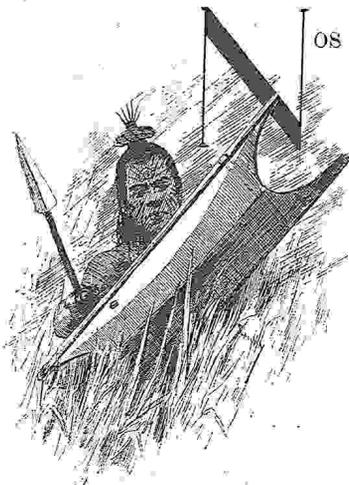
¹ *Historia de Belgrano.*



MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA

MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA

I



os hemos propuesto en esta galería de inmortales, presentar aquellos patricios que alzaron en cada uno de los países americanos el primer grito de libertad, y enarbolaron la santa enseña de la independencia. Sería un trabajo extensísimo, é imposible en el espacio de esta obra, dar un puesto á todos los que en la guerra magna, fueron astros de su cielo, y por esto escogemos las figuras que más resaltan y que pusieron los cimientos para la evolución política social que, se efectuó en los países del nuevo continente.

Al bosquejar los actos del sublime cura de Dolores, no puede menos de fijarse la imaginación en que, nacido en 1753 y consagrado al sacerdocio, surgiera en su mente una idea que si bien encontró apoyo en una pequeña parte del clero, éste le fué generalmente hostil, sobre todo en las individualidades que habían nacido en época muy anterior y que abrigaban principios monárquicos arraigadísimos y los respetaban hasta hacer de ellos un culto, casi una religión.

Con fuertes probabilidades de perder en la contienda, asombra el arrojo y la energía de aquel modesto párroco, y el oleaje de ideas que debieron germinar en su cerebro para encender en él aquel amor á la emancipación de su patria.

II

Miguel Hidalgo y Costilla había visto la primera luz en una hacienda de Corralejo, en el Estado de Guanajuato, y sin duda su carácter serio desde niño y la tendencia á estudios de fe y de meditación, prepararon su espíritu para la gran misión que debía desempeñar en la tierra y llevar con serena resignación la palma del martirio; pues si los primeros cristianos la alcanzaron sacrificándose por aquel principio lleno de luz y de consoladoras promesas, su alma tuvo el misticismo de la libertad y la luminosa perspectiva de la redención nacional.

Hidalgo saboreaba en autores franceses, á los cuales era aficionado por que conocía el idioma francés, las reformas y adelantos materiales y morales, y nuevas ideas cambiaban las suyas primitivas, impulsándole por un camino de progreso que admiraba entonces y le perjudicaba para con los refractarios á innovaciones.

III

Había servido varios curatos, cuando la muerte se cebó en su hermano mayor, don Joaquín, pasando entonces á desempeñar el de Dolores, en donde vivió retraído, soñando con la aurora de una nueva era, pero sin tomar iniciativa en los acontecimientos ni prestar concurso para la deseada independencia.

Durante el mando del obispo virrey T. J. de Lizana, habían tenido lugar algunos conatos de rebelión, sobre todo al llegar las noticias de la agitación que se advertía en el Ecuador y en Venezuela: ya en 1809, pudo sofocarse en Valladolid un pronunciamiento cuyo jefe era Santamaría, hombre de ideas muy avanzadas.

Este religioso, fraile franciscano, fué preso al bajar del púlpito así como otros varios de los conspiradores; pero debemos decir en honor del Virrey, que hizo suspender la causa y puso en libertad á todos los proce-

sados, á quienes el sucesor de Lizana, el severo y cruel Venegas, volvió á reducir á prisión; pero Santamaría pudo burlar la vigilancia y escaparse, muriendo más tarde en Acapulco.

El foco de insurrección sofocado en Valladolid (Morelia), se reconcentró en Querétaro, en donde contaba con el poderoso auxiliar del gobernador Domínguez y de su animosa compañera.

Ya Hidalgo, puesto de acuerdo con Allende, se ocupaba en hacer preparativos de guerra, acopiando materiales aunque en escaso número, haciendo construir veinticinco lanzas y procurando sublevar la tropa por medio de algunos sargentos del batallón Guanajuato.

Difícil es que una conspiración estalle sin tener en su seno traidores, y denunciada la de Querétaro, muchos de los conspiradores fueron reducidos á prisión, entre ellos el gobernador y su noble y patriota esposa la heroína doña Josefa Ortiz. A pesar del sobresalto y de la natural premura, logró la valiente matrona pasar el aviso de lo sucedido al patriota Allende, y por medio del alcaide Pérez consiguió que el capitán Aldama llevase la noticia á Hidalgo, quien es fama que al escucharla exclamó: «Caballeros, somos perdidos:— aquí no hay más que ir á coger gachupines».¹

Y el modesto y oscuro sacerdote sintió en sí el impulso de los héroes, el arrojo del genio, á pesar de su avanzada edad.

—¿Qué hacemos?— repuso Aldama.—«Obrar con energía y aprovechar el tiempo».

Y en aquella pobre habitación del curato de Dolores, se resolvió la independencia mejicana en la noche del 15 de Septiembre de 1810.

IV

En aquellos momentos llegó Allende, y acompañado por este capitán, por don José Santos Villa, don Mariano Costilla y diez hombres más, todos bajo la mágica influencia de Hidalgo, se dirigieron á la cárcel, y amenazando al alcaide, soltaron los presos y los armaron con espadas

¹ Nombre que dan en Méjico á los españoles.

pertenecientes al regimiento de la Reina que estaba en el pueblo y que el sargento Martínez, puso á disposición de los patriotas.

Con tan exigua fuerza y algunos habitantes que asistieron á la misa dicha muy de madrugada (pues era domingo), salió Hidalgo con dirección á Guanajuato, tomando por enseña de su atrevida empresa, en el templo de Atotonilco una imagen de la Virgen de Guadalupe: aquélla fué la insignia del ejército independiente, pues hasta en los sombreros la llevaban los patriotas.

Ciertamente que la revolución no hubiera tenido eco en el pueblo sino por la influencia de la religión, y tampoco podría haberse iniciado á no ser por el bajo clero, pues la especial organización de la colonia la hacía imposible de otra manera: tal es la causa por la cual en Méjico los principales jefes del levantamiento fueron sacerdotes.

Hidalgo encontró en su marcha, considerables refuerzos en los capataces de las Haciendas, en los campesinos que muchos iban armados con hondas, palos, azadas, horquetas y otras herramientas de campo.

El día 21 llegaron á Celaya, en donde pusieron presos á los españoles y — sin culpar á Hidalgo; pues que él había prohibido severamente todo desorden; — preciso es confesar que se cometieron algunos abusos en nombre de la libertad.

En aquella población, y antes de llegar los patriotas, *los frailes del Carmen montados á caballo*, recorrían las calles con la espada en una mano y el crucifijo en la otra, gritando: — «Hijos míos, los herejes vienen á Celaya; levantaos en nombre de Dios y marchad á confundirlos». ¹

En vano deseaban excitar el entusiasmo, pues jóvenes y viejos corrían al encuentro del improvisado ejército y engrosaban sus filas.

Si el cura de Dolores al salir de su modesta casa no contaba para la revolución sino con quince hombres, doce días más tarde tenía treinta mil bajo sus órdenes y era jefe supremo nombrado por el Ayuntamiento de Celaya.

¹ MORA.—Méjico y sus revoluciones.

V

Por entonces se encontraba recién llegado á Méjico, el temible cuanto valeroso virrey Venegas, quien sabiendo que en Caracas y en Buenos Aires se habían sublevado contra la dependencia de la Metrópoli, y que Nueva España amenazaba á su vez derrocar á las antiguas instituciones, prohibió terminantemente la entrada de periódicos y libros que pudieran desarrollar los nuevos principios, dando esta arbitraria orden precisamente cuando acababa de proclamarse por las Cortes la ley de libertad de imprenta y facultad individual para emitir el pensamiento libre.

Entretanto, poseído Hidalgo por el ardiente deseo de emancipación para su patria, habia adelantado á Guanajuato venciendo antes sus tropas en la Alhóndiga de Granaditas, en donde el intendente Riaño se hizo fuerte y se defendió hasta que, asaltado fué muerto y pasados á cuchillo los nobles defensores.

Al ocupar la ciudad y para refrenar á sus soldados y al populacho, publicó un bando imponiendo serios castigos á los que no lo observasen y se entregaran al saqueo ó cometieran otros abusos, consagrándose inmediatamente á prepararse contra el Virrey y sus batallones que acudían á sofocar el levantamiento. Al propio tiempo Hidalgo se ocupó en la organización general.

El clero anatematizó al cura de Dolores: le acusó de impío, apóstata, cruel y sacrílego: la Inquisición fulminó terribles cargos, declarando estaba procesado por el Santo Oficio, como hereje, reformista, luterano, cargos á los cuales contestó Hidalgo con serena dignidad defendiéndose y citando como testigos á sus feligreses en los curatos de Dolores y San Felipe, á sus soldados y á sus amigos. Rechazó haber sido encausado como hereje, pues que él era ardentísimo defensor de la religión, por la cual sacrificaría hasta su vida, y añadiendo que sólo era juzgado como tal desde que habia dado el grito de libertad; pero más decidido cada día contra el sistema colonial, exclamaba: — «Romparamos esos lazos de ignominia que nos han tenido ligados tanto tiempo; para conseguirlo necesitamos más que unirnos; si nosotros no peleamos contra nosotros mismos, la guerra está concluída y nuestros derechos á salvo: unámonos

pues, todos los que hemos nacido en este dichoso suelo; veamos desde hoy como extranjeros y enemigos de nuestras prerrogativas á todos los que no son americanos ».

El 10 de Octubre de 1810, salió Hidalgo para el Sur con el grueso de las tropas, dividido el ejército en dos cuerpos, y marchando por el valle de Santiago y Acámbaro.

Al acercarse á Valladolid, salió una comisión á su encuentro hasta Judaparapeos, pues que no siendo posible la defensa, y abandonada la ciudad por las autoridades, habían resuelto ponerla en manos del jefe de los independientes.

El 17 de Octubre tomó posesión Hidalgo de Valladolid, ya ocupada el 15 y 16 por tropas patriotas, y dirigiéndose á la catedral para dar gracias por el éxito que hasta entonces tenía la campaña, vió con asombro que estaban cerradas las puertas: según los canónigos estaba el noble caudillo excomulgado y no podía entrar en sagrado.

Hidalgo se sobrepuso á la indignación que le causaba la ruin venganza de los canónigos; pero como el Conde de Sierra Gorda, había quedado en la población de gobernador de la Mitra, hizo que éste levantara la excomunión y que se pasara comunicación por cordillera á todos los curas.

Durante su estancia en Valladolid, se engrosó considerablemente el ejército con milicias provinciales, ocho compañías para guarnición de la ciudad y el regimiento de dragones de Patzeuaro; crecieron los recursos para la campaña con cuatrocientos mil pesos, tomados del cofre de la catedral, y dinero de varios particulares, y nombrado don José Anzorena para intendente de Valladolid, salió Hidalgo el 19 con dirección á la capital.

Su prestigio crecía, y en Acámbaro fué proclamado generalísimo; Allende, capitán general, y Aldama, Balleza y otros, tenientes generales.

Entonces Hidalgo vistió el uniforme de su grado: casaca azul con vuelta encarnada y bordada de oro y plata; tahalí de terciopelo negro bordado, y en el pecho una imagen grande de oro de la Virgen de Guadalupe.

Siguió el ejército su marcha, y el día 30 de Octubre, en la acción del monte de las Cruces, derrotó completamente á la división realista mandada por el coronel Trujillo, y que el virrey Venegas había enviado para batir á los patriotas é impedir la marcha á la capital.

VI

Cuando recibió el virrey Venegas la noticia de la acción del monte de las Cruces, se alarmó temiendo una sorpresa, y situó la guarnición de la capital en el paseo de Bucarelli; pero por extraña é incomprendible vacilación de Hidalgo, se abandonó la idea de caer sobre Méjico, y contra la opinión de Allende y de otros, dió orden para que el ejército emprendiese la retirada.

Allende, que comprendía la importancia de haber aprovechado de la victoria en el monte de las Cruces para dar un golpe en la capital antes de que el general Calleja y el jefe realista Flon acudieran para auxiliar al Virrey, manifestó á Hidalgo su desagrado, y el altercado entibió considerablemente la buena inteligencia de ambos, tanto más cuanto que ya anteriormente había empezado la desunión entre ellos.

El Virrey, considerando la retirada como una derrota, se negó á recibir los pliegos y parlamentarios enviados por Hidalgo, los cuales se presentaron en la garita de Belén el día de Todos los Santos.

Dícese, y se admite como hecho histórico, que Allende fué el iniciador de la idea emancipadora y que él se la había comunicado á Hidalgo mucho tiempo antes del grito de Dolores.

VII

Mientras tenían lugar estos acontecimientos, el general Calleja, que se encontraba en el pueblo de Dolores, tuvo noticia de que Sánchez y Villagrán se dirigían contra Querétaro, y como de la plaza se le pedían auxilios, salió para aquel punto y lo ocupó con sus tropas el 1.º de Noviembre de 1810, pero había pasado el peligro, y el virrey Venegas con reiteradas órdenes le llamaba á Méjico; salió, pues, el día 3 con dirección á la capital por San Juan del Río de Arroyozarco, y el día 6 se encontró con una partida de los independientes y la dispersó dirigién-

dose á San Jerónimo de Aculco, punto donde acampaba el generalísimo Hidalgo con todas sus fuerzas que se componían de cuarenta mil hombres y doce cañones, mientras que las de los realistas no pasaban de cinco mil doscientos de todas armas y diez piezas.

La batalla era inevitable; por lo que Hidalgo hizo ocupar la colina que desde el pueblo se extiende hasta terminar en el cerro de Aculco, formando con su ejército tres líneas de batalla: la posición era admirable para la defensa, y además, fuerzas tan superiores á las del enemigo eran una garantía más para el triunfo.

Pero fácil es comprender el por qué sucedió todo lo contrario de lo que podía creerse, si se considera que las tropas realistas estaban perfectamente organizadas: su artillería manejada por hábiles jefes y soldados prácticos, y que los cinco mil doscientos hombres realistas estaban bien armados, disciplinados y con oficialidad instruída en el arte de la guerra; mientras que la mayoría de los independientes llevaba hondas por fusiles; que de éstos no habría tal vez trescientos en los cuarenta mil, que en lugar de bayonetas se batían con garrotes, siendo á la vez bisoños en campal combate; que no tenían reglas ni saber para disparar sus cañones, y por último, soldados por entusiasmo y por amor patrio, carecían de todas las condiciones de los españoles, y apenas éstos avanzaron y forzando sin gran dificultad el paso de la barranca ocuparon las colinas, huyeron aquéllos desbandados por el terror, procurando escapar de la persecución del enemigo.

Este funesto resultado hizo perder á Hidalgo once piezas de artillería; los cañones y parque, tomados en el monte de las Cruces; cajas de pólvora, municiones, banderas del Celaya y una del Valladolid; reses, mulas, equipajes, además de seiscientos soldados prisioneros, muchos de los cuales hizo fusilar el general Calleja, militar intransigente, fiel á su deber y valeroso, pero cruel en demasía.

El desastre de Aculco no entibió la fe de los patriotas en su causa, y en el interior, la revolución había hecho grandes progresos, y poblaciones de importancia como Guadalajara, San Luis Potosí y otras, estaban ocupadas por tropas de los libres.

Hidalgo, que después de la derrota de Aculco se había retirado á Valladolid, marchó para Guadalajara, participando su resolución al general Allende, que estaba en Guanajuato, y que por su parte contestó severa y destempladamente, desaprobando la marcha de Hidalgo é indi-

cándole que aquella población necesitaba auxilios y que era más importante socorrerla, que llevar á cabo el viaje proyectado.

Pero ya el Generalísimo había salido para Guadalajara, y por imprescindible ley de represalia hizo fusilar antes á los españoles prisioneros en Valladolid.

Esta población y Guanajuato volvieron á poder de los realistas, y el Gobierno patriota se estableció en Guadalajara, nombrando Hidalgo ministro de Gracia y Justicia á don José María Chico, y secretario de Estado y del despacho á don Ignacio López Rayón.

Hidalgo procuró hacer un tratado de alianza ofensiva y defensiva con los Estados Unidos; pero el comisionado, que lo fué Ortiz de Letona, cayó prisionero y murió, según algunos, de un ataque al cerebro, y según otros, envenenado.

Hidalgo, de acuerdo ya con Allende, que después de vencido en Guanajuato por Calleja se había reunido con el Generalísimo, aumentó el ejército é hizo trasladar desde el puerto de San Blas municiones y artillería, y quiso instruir y disciplinar al ejército; abolió la esclavitud y emprendió útiles reformas administrativas.

No se concibe en un hombre tan modesto y liberal como Hidalgo, que en esa época se rodeara de fastuoso aparato y aceptara el tratamiento de Alteza Serenísima, imprimiendo á todos sus actos el sello de absoluta autoridad, y también que con desdoro de su nombre, de sus ideas y hasta del prestigio de la revolución, permitiera ejecuciones y venganzas reprobadas por jefes como Allende y que han empañado la gloria de Hidalgo.

Estimulado el ejército por el virrey Venegas, quien confirió grados y ofreció recompensas, y formado el plan de campaña, siguió Calleja hasta Tepatitlán, en donde esperó al general Cruz, recién llegado de España; pero el 14 de Enero de 1811, decidieron los patriotas dar una batalla, y al efecto tomó posiciones el ejército en el puente de Calderón, sitio elegido por Allende y Abasolo; cien mil hombres de infantería y veinte mil de caballería con noventa y cinco cañones, estaban dispuestos para el combate que tuvo lugar el 17; los patriotas pelearon seis horas con arrojo y perseverancia; la victoria se inclinaba á sus filas, pero por último triunfó Calleja, y los independientes huyeron con inmensas pérdidas, saliendo Hidalgo para Aguas Calientes y Zacatecas, adonde le alcanzaron Allende, Arias y otros jefes.

Así como en Aculco, la derrota de Calderón se debió tal vez á la falta de organización de los patriotas, al crecido número de indios y gente del campo que nada entendían de táctica militar, á la falta de armas y de orden y también á la diversidad de opiniones entre Hidalgo y Allende: durante la campaña de estos dos jefes, la falta de unión entre ambos influyó fatalmente y los condujo á su ruina.

Al llegar á la hacienda de Pabellón, fué depuesto Hidalgo y tomó el mando Allende, aun cuando sin hacerlo público, y el Generalísimo siguió al ejército hasta proyectar un viaje á los Estados Unidos, dejando las tropas á las órdenes de Rayón y dirigiéndose Hidalgo, Allende y otros á las Norias de Baján.

El traidor capitán Ignacio Elizondo que de realista se había tornado en patriota, y de nuevo cuando vió el mal estado de la causa de independencia, volvió á ser partidario del Gobierno español, denunció el sitio en donde se encontraban los jefes patriotas, y uniendo el engaño á la traición, pues les hizo creer iba á reunirse con ellos y llevando trescientos cuarenta y dos soldados, hizo prisioneros á los nobles defensores del principio de libertad: ¡eterno anatema para los malvados y traidores!

VIII

Hidalgo fué conducido á Mondova y de allí á Chihuahua, en donde un consejo de guerra le juzgó y condenó á la degradación, que se efectuó el 29 de Junio de 1811 en el Hospital real (pues en aquel edificio estaba preso Hidalgo). Por el juez eclesiástico Dr. Valentín, por los curas ordinario y castrense y por el guardián de San Francisco, fué ejecutado aquel acto.

Después de la ignominiosa escena le entregaron á la justicia secular, la que condenó al noble patriota á ser pasado por las armas.

El mártir de la libertad mejicana, escuchó su sentencia con digna serenidad y se preparó á morir. En la prisión tomó chocolate y un vaso de leche y salió tranquilo para el sitio de la ejecución; perdonó á los soldados, les confortó con suaves palabras, y al llegar al corral del edificio y ver el fatal banquillo, adelantó con paso firme y sin permitir le pusieran venda en los ojos.

Apoyó su mano sobre el corazón indicando á los soldados el sitio adonde debían tirar; el infortunado cura de Dolores sufrió la primera descarga sin perder la vida; en la segunda, rotas las ligaduras, cayó al suelo bañado en sangre, y tres tiros más dieron fin á su agonía en 30 de Julio de 1811.

Allende, Aldama, Giménez y Santamaría, fueron ejecutados en la plaza al día siguiente 1.º de Agosto, en donde hoy se levanta un monumento á su memoria, y fueron enterrados, así como D. Miguel Hidalgo y Costilla, en la tercera orden de San Francisco.

La cabeza del venerable cura de Dolores, con las de Allende, Aldama y Giménez, fué puesta en jaula de hierro en los ángulos de la Alhóndiga de Granadita de Guanajuato, hasta que en 1824, ¹ reunida al tronco se depositó en una urna con los restos de sus tres infortunados compañeros, y por decreto del Soberano Congreso fué conducida á México recibida con pompa y solemnidad, y sepultada en la catedral bajo el altar de los reyes, en bóveda destinada en la época del coloniaje para los virreyes y después para los presidentes de la república.

Dice el historiador D. Lucas Alemán «que Hidalgo era de mediana estatura, cargado de espaldas, de color moreno y ojos vivos; que tenía la cabeza algo caída sobre el pecho y estaba bastante cano y calvo, pero vigoroso, aunque no activo ni pronto en sus movimientos; de pocas palabras en el trato común, pero animado cuando argumentaba á estilo de colegio; usaba capote de paño negro, sombrero redondo y bastón grande, y componía su vestido el calzón corto, chupa y una chaqueta de un género que venía de la India y se llamaba rompecoche; era complaciente y obsequioso, tenía la voz dulce y la conversación amena».

El sacrificio de su vida corroboró las palabras dirigidas á Allende momentos antes del levantamiento: «Los autores de estas empresas no gozan el fruto de ellas».

El nombre del modesto cura de Dolores está escrito en letras de oro en el salón del Congreso mejicano, y éste, le declaró benemérito de la patria.

La gratitud del pueblo ha hecho mucho más: ha levantado un altar en su corazón al mártir de la independencia.

¹ En el libro *Gobernantes de Méjico* dice que fué en Julio de 1823, pero otros datos afirman haber sido en 1824.

ANTONIO RICAURTE

EL HÉROE DE SAN MATEO

I



N el gran cuadro de la historia de las naciones, se consagra privilegiado puesto, á todo aquello que elevándose sobre la generalidad de los acontecimientos, tiende á ser admiración de los contemporáneos y noble ejemplo para las futuras edades.

Hay hechos tan culminantes, que fijan la atención general y descubren individualidades, que sólo en un momento supremo se revelan y ponen de manifiesto el tesoro de temerario valor, de abnegación sublime ó de virtudes ignoradas hasta aquel instante.

Á este número pertenece Ricaurte.

Este inmortal colombiano, víctima de la guerra de independencia en Venezuela, había nacido en Bogotá al finalizar el siglo XVIII, y como ya en aquella época se agitaban los pueblos americanos pugnando por plantear principios nuevos y formar patria, bebió en aquella fuente las ideas de libertad que se desarrollaron y crecieron al empezarse la magna contienda, sostenida por Miranda, Bolívar, Nariño y tantos hombres, que no desmayaban ni cejaban en el camino emprendido.

Su carácter adquirió la fría serenidad y la indiferencia por la muerte, que caracterizaba á los caudillos de la independencia americana, porque de aquel incesante combatir, de aquellas vidas segadas en los campos de

batalla, de la preciosa y noble sangre derramada, había de resultar el bien futuro y la consolidación de la libertad.

Y el combate fué largo entre los dos sistemas enemigos: entre dos bandos igualmente empeñados, tenaces y decididos.

El movimiento iniciado en casi toda la extensión del nuevo continente, arreciaba y adquiriría colosales proporciones. La fama transmitía á la asombrada Europa, los acontecimientos de aquel mundo casi desconocido, en donde se libraba batalla de trascendentales consecuencias para el universo, desigual en fuerzas, pues cortísimo número de valientes, se atrevían á desafiar á ejércitos aguerridos y que disponían de poderosos elementos.

II

La defensa de San Mateo y el heroísmo de Ricaurte, son una de aquellas páginas gloriosas que inmortalizan á un pueblo.

En los mediados de Marzo de 1814, ya restablecido el terrible Boves, de una herida que había recibido en la sangrienta acción de San Mateo, ganada aunque con grandes pérdidas por el Libertador Bolívar, se preparaba de nuevo á emprender la campaña con vigoroso esfuerzo.

Admírase en Boves, la perseverancia y valor indomable que le distinguía, y estas mismas condiciones realzaban el empuje de sus soldados, que mandados por él, estaban siempre ansiosos de medir sus armas con las de los patriotas, no menos infatigables, no menos valerosos y que á su vez se batían á las órdenes de un caudillo denodado y tenaz.

El 25 de Marzo, días después de haber sufrido los españoles una derrota en el camino que conduce á Valencia, se puso Boves al frente de sus tropas decidido á hostilizar á Bolívar en su posición de San Mateo, situado entre la laguna de Valencia y la Victoria, en el espacio en donde las cordilleras forman como una llanura; coronan al pueblo dos series de montañas: una al Sur y otra al Norte. En la última se ven dos elevaciones: la primera tiene por nombre el Calvario, y en la cima de la segunda existía una casa perteneciente al Libertador, en donde se hallaban establecidos el hospital de sangre y el parque, defendidos por el capitán Ricaurte.

Al pie de esa colina se extendía el *Ingenio*, hermosa hacienda que también formaba parte del patrimonio de Bolívar.

El jefe español había formado el plan de apoderarse del parque por sorpresa, y para lograrlo, ordenó á sus tropas ocupasen las alturas mencionadas, ínterin él distraía al enemigo atacándolo por San Mateo.

El temerario pensamiento se puso en ejecución, y cuando apuntaban los primeros albores del día, Boves se lanzó impetuosamente sobre el llano rompiendo el fuego por todas partes y estimulando á los soldados con su valor y acertada dirección.

Bolívar y sus tropas, correspondieron al incansable enemigo, y la infantería patriota peleó con aplomo y singular bizarría.

Unos y otros se buscaban en todas direcciones y la victoria permanecía indecisa, inclinándose á favor de los patriotas unas veces, y otras halagando á los españoles.

Los independentes atacaban á su vez vigorosamente.

Las tropas de Boves, plegaban bajo el potente esfuerzo de los republicanos; el combate era dudoso, pero en aquel instante el estupor paralizó á los soldados de Bolívar.

Los realistas ocupaban las alturas y amenazaban al parque.

La estrategia de Boves había logrado feliz éxito: de las montañas descendían fuerzas numerosas, y el peligro era supremo.

Los corazones no latían; la ansiedad se reflejaba en todas las miradas y en los tostados rostros de los combatientes.

Debía suceder algo terrible, algo decisivo.

El esforzado Ricaurte, defendía el precioso depósito. De su patriotismo no se podía dudar; de él esperaban los patriotas la victoria.

Pero el asombro creció y no tuvo límites, cuando por orden de Ricaurte salieron los heridos, y poco después les siguieron los soldados que bajaban también en retirada.

Bolívar, como los antiguos espartanos, bajó del caballo, y sereno ante la espantosa realidad, se colocó en el centro de las tropas exclamando: «*aquí, aquí moriré el primero*».

Los patriotas salieron de su estupor: la aptitud del caudillo les prestaba nuevos bríos y se aprestaron á la pelea.

Pero una espantosa detonación contuvo sus impulsos: humo densísimo anubló la atmósfera, envolviendo al bando amigo y enemigo.

La confusión y el espanto aumentaron hasta que la causa se hizo visible.

Ricaurte, no creyendo posible la defensa, había hecho volar el parque, pereciendo con él y con la mayoría de las tropas enemigas que poco antes coronaban los cerros. ¹

¡Qué grandeza sin par, qué sublime ofrenda en el templo de la patria!

III

Las pérdidas sufridas por Boves en el llano, habían sido muchas, y el estrago producido por el heroísmo de Ricaurte, las hacía considerables.

Las fuerzas que aun le quedaban, no hubieran podido seguir combatiendo: el desaliento las embargaba.

El jefe realista abandonó el campo de batalla, y aterrado, se retiró de nuevo á las alturas. ²

«Bolívar conservaba siempre tal respeto, por este valiente oficial que con un entusiasmo guerrero nos decía un día: «¿Qué hay de semejante á la muerte de Ricaurte? Este suicidio para salvar la patria, al ejército y á mí, sin más esperanza que el amor á la independencia y á la libertad, es digno de cantarse por un ilustre genio como Alfieri». ³

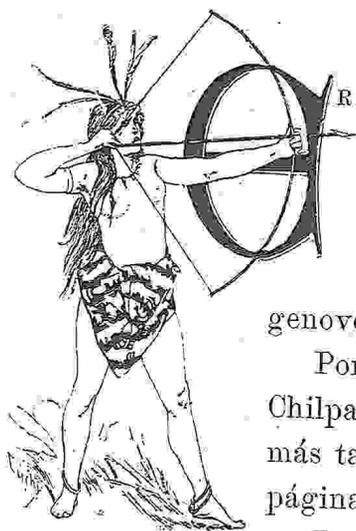
¹ Los detalles históricos están tomados en la *Historia de Venezuela* por Baralt y Díaz.

² El general José Félix Blanco, autor del *Bosquejo Histórico de la Revolución de Venezuela*, fué testigo y tomó parte en la cruenta jornada de San Mateo.

³ General Tomás C. Mosquera; *Historia del Libertador*.

NICOLÁS BRAVO

I

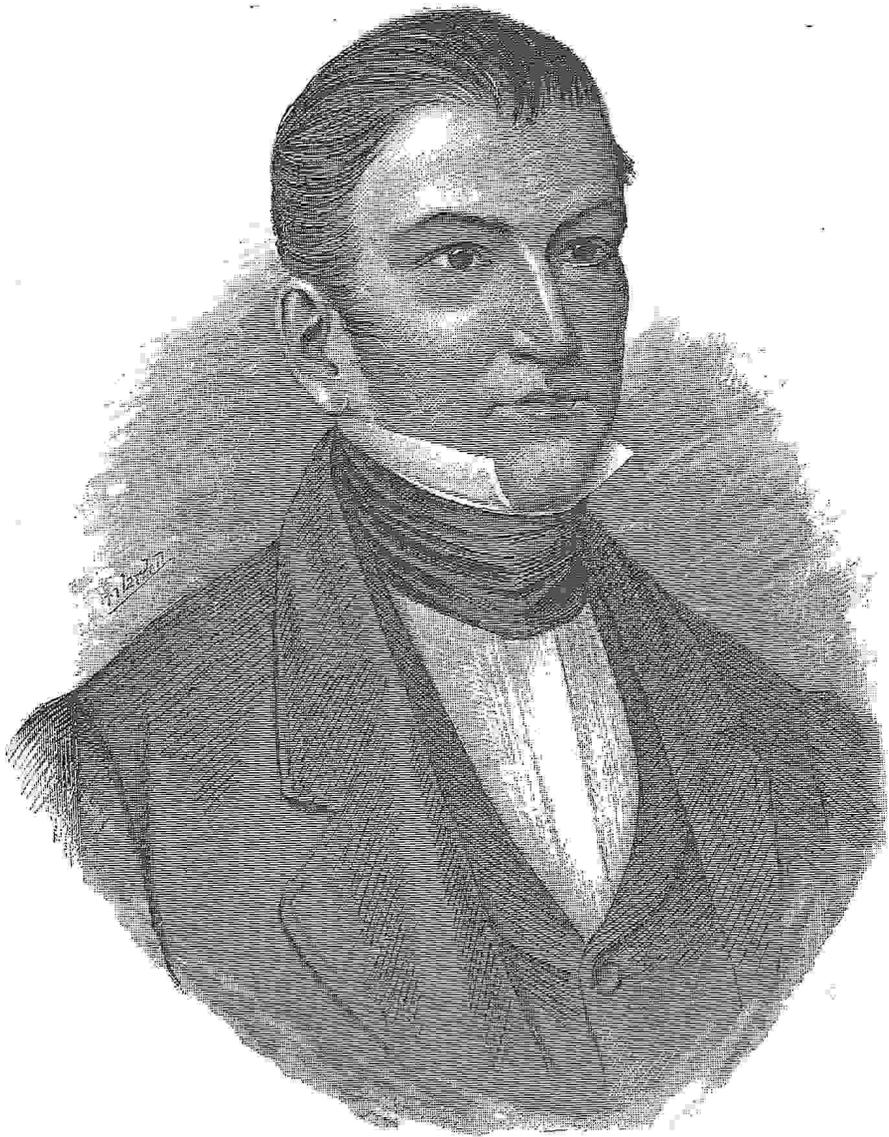


ERA en aquella época de heroicidades y en la cual gran número de ilustres patricios legaron sus nombres á la posteridad, que fecunda y obstinada fué la lucha sostenida por los principios de libertad en las regiones descubiertas por el insigne genovés y conquistadas por España.

Por el año de 1786, el día 10 de Septiembre, nació en Chilpancingo un niño, hijo de acomodada familia, y que más tarde había de alcanzar en la historia mejicana una página brillante.

Desde muy joven se afilió en el ejército independiente, y en 1811 tenía el mando de la guarnición de Tixtla, al lado del valeroso jefe Hermenegildo Galeana.

Tocóle en suerte pelear á las órdenes del inmortal Morelos, y en el glorioso ataque y toma de Tenancingo se cubrió de gloria, siendo desde aquel día Nicolás Bravo uno de los héroes que compartieron las glorias de la independencia americana, con Matamoros, Galeana y otros jefes, adquiriendo sobre todo la fuerza de voluntad y la constancia en la lucha, que distinguían á Morelos.



NICOLÁS BRAVO

II

¹ En páginas de bronce graba la Historia las excelsas virtudes y heroísmo de privilegiados seres, y sus preclaros hechos, más grandes y radiantes, aparecen á medida que los años pasan y se suceden las generaciones.

Justiciera la posteridad los coloca en el templo de los inmortales, en donde, al despertar universal admiración, sirven de noble ejemplo á las edades venideras.

A los cien años, Méjico, venturosa patria de don Nicolás Bravo y el Estado de Guerrero, su cuna, han evocado su memoria para rendir público homenaje al generoso vencedor en el Palmar, al inflexible y leal campeón en la gran causa americana, al que intransigente con el enemigo, fué, sin embargo, asombro del universo por su clemencia.

Colocado en amarga y cruel alternativa, sacrificó el filial amor en aras de la patria independencía, consintiendo antes que hacer traición á sus principios, se diese cumplimiento á la sentencia que condenaba al autor de sus días á ser fusilado por patriota, el día 13 de Septiembre de 1812.

Había caído prisionero en la hacienda de San Gabriel, después del famoso sitio y dispersión de Cuautla.

La fortuna, cual si probar quisiera la grandeza del alma privilegiada de Bravo, le sonrió poco después en el Palmar, dándole brillante triunfo y poniendo en sus manos trescientos prisioneros españoles.

El vencedor, por ley de represalias y embargado aún por la funesta muerte de su padre, debía satisfacer su venganza.

Su corazón vaciló, y «aquella noche, no pudiendo tomar el sueño en toda ella, — dice el caudillo en una carta dirigida al historiador don Lucas Alamar, — me ocupé en reflexionar que las represalias que iba yo á ejecutar disminuirían mucho el crédito de la causa que defendía, y que observando una conducta contraria á la del Virrey, podría yo conseguir

¹ Del *Album Literario* dedicado al general Nicolás Bravo en el aniversario de su nacimiento y publicado en el Estado de Guerrero, reproducimos algunos de los párrafos que allí consagramos á la memoria del prócer mejicano.

mejores resultados, cosa que me halagaba más que mi primera resolución; pero se me presentaba para llevarla á efecto, la dificultad de no poder cubrir mi responsabilidad de la orden que había recibido, en cuyo asunto me ocupé toda la noche hasta las cuatro de la mañana, que me resolví á perdonarlos de una manera que se hiciera pública y surtiera todos los efectos en favor de la causa de la independencia».

En aquella noche debió sostener el alma de Nicolás Bravo, titánica lucha entre sus deberes de patriota, su amor filial, y los sentimientos generosos y levantados que albergaba en su corazón. Éstos alcanzaron la victoria, y ya sereno, reposado y resuelto, hizo formar la tropa á las ocho de la mañana y colocar en el centro á los trescientos prisioneros.

Formados ante el caudillo, presagiaban cercano fin, y dirigían mentalmente triste y supremo adiós á la lejana patria y al hogar.

¡El vencedor, por ley de represalias y embargado aún por la funesta é injusta muerte de su padre, debía satisfacer su venganza!

¡Las tropas, sólo esperaban la orden del victorioso jefe, para hacer fuego á aquellos infortunados!

¿Por qué vacilaba?

¿Por qué, pensativo y embargado su ánimo, parecía olvidarse de cuanto le rodeaba?

III

De repente, fulgor extraño iluminó sus ojos: una idea gigante, un pensamiento único y sublime se sobrepuso en él á la vacilación de un instante, á vulgares pasiones y á justo rencor.

Clara, firme, vibrante, resonó la voz del ínclito guerrero: «Este es el momento, —dijo,— de manifestar á mis enemigos y al mundo, la venganza que el general Bravo quiere tomar contra los asesinos de su padre y los opresores de su patria.

»Ordeno vuestra libertad; en la costa os aguarda un buque: si otra vez alguno de vosotros aparece en este país, pagará con la vida.

»Id á decir á vuestro rey que este es el modo con que la República se venga de sus enemigos».

Tan generosas palabras son monumento imperecedero, que, resis-

tiendo á la labor de los siglos, harán querida y sagrada en Méjico, en América y en todo el universo, la memoria de don Nicolás Bravo.

Hoy, una hija de la hidalga España rinde en estas páginas un modesto, pero sincero tributo de entusiasta admiración, al generoso soldado de la independencia mejicana, haciendo justicia á la grandeza de su alma y á su noble corazón.

Desde ese día, la vida de Bravo fué una continuada serie de gloriosos triunfos, sobre todo en el día 30 de Abril de 1813, que en la posición de Puente Nacional, demostró sus grandes dotes de soldado y un valor que rayaba en temeridad.

En San Juan de Coscomatepec sostuvo el sitio por espacio de más de treinta días con cuatrocientos cincuenta hombres, llegando á reunir hasta mil para sostener los repetidos ataques de los españoles.

El plan de fortificaciones y de defensa demostraba la inteligencia del valeroso mejicano, y era tan notable, que el coronel Águila decía en una comunicación al virrey Calleja:

«La empresa es difícil y no lisonjearé á V. E. con su logro, pero el único medio racional es el adoptado: de todos modos cuesta más de lo que vale».

La resistencia en Coscomatepec, es una de las páginas de oro en la vida de Nicolás Bravo.

A las órdenes del invicto Morelos combatió en 1814 y 1815, hasta la funesta acción de Tesimalaca, en la cual perdió la libertad el denodado caudillo ¹. Celosos, algunos de los jefes del prestigio y popularidad de Bravo, le dieron orden para marchar al Sur, dirigiéndose á las cercanías de Cuautla, después de haber recibido del insigne Guerrero recursos para la guerra, continuando su viaje hacia las orillas del Mexcala, evitando los encuentros con Armijo y acampando por fin en el pueblo de Ajuchitlan.

En Cópоро, derrotó por completo á la división mandada por el Virrey defendiendo aquel punto con una bizarría que rayó en temeridad. Sifiado en Cópоро y falta de víveres para el ejército, logró salvarse Bravo con algunos de sus soldados cuando vió imposible la defensa, y á pie y rendido por el hambre, anduvo más de treinta leguas hasta el rancho del Atascadero.

¹ Véase Morelos.

Más tarde, unido con Guerrero, Catalán, Zabala y Elizalde, persiguió al enemigo, retirándose después á Dolores para reponer su quebrantada salud.

IV

El día 22 de Diciembre de 1817 fué hecho prisionero por las tropas del Virrey y conducido á Cuernavaca, allí debió la vida al mismo Armijo interesado en salvar á Bravo. Permaneció prisionero hasta el decreto del 13 de Octubre de 1820. Los sufrimientos durante cerca de tres años, fueron grandes, pues el noble mejicano tuvo constantemente una barra de grillos, y como sus haciendas estaban confiscadas, hubo de dedicarse á pequeñas industrias para vivir con su producto, entre ellas el hacer cigarreras de cartón, conservadas después como una reliquia por sus admiradores.

Su grandeza de alma y su resignación jamás se desmintieron durante aquella larga serie de trabajos. Sus labios nunca se quejaban, y decía el mismo Virrey «que Bravo le causaba la misma impresión que un príncipe cautivo».

El plan de Iguala proclamado por don Agustín de Itúrbide, encontró á Bravo en Cuautla, y de allí salió para conferenciar con Itúrbide, quien le expidió el despacho de coronel y no el del anterior empleo de teniente general que obtuvo en la primera época de la independencia, porque el caudillo de Iguala tenía el mismo empleo. «No aspiro á distinciones,—dijo Bravo;—me presento á servir como soldado y sólo deseo contribuir á realizar la independencia de mi patria».

La gloria de su nombre y el amor á la libertad agruparon bajo sus banderas á esclarecidos patriotas, los cuales combatieron á su lado cubriéndose de gloria en numerosos y reñidos combates.

Después del sitio de Puebla, entró en Méjico en medio del alborozo general, por el triunfo de los independientes y consolidación de la independencia.

V

Pudiérase decir que terminaba entonces la vida heroica del general Bravo, pero le seguiremos en acontecimientos posteriores. En 1822 fué nombrado el caudillo, coronel del primer regimiento de caballería, formado con dragones de Méjico y las escoltas del generoso adalid del Palmar y de Guerrero. En Enero de 1823 marchó á Veracruz y tomó parte en favor de Santa-Anna contra el emperador Itúrbide. En la acción de Almolonga renovó los prodigios de su valor sin poder evitar el desastre por el cual hubo de retirarse hasta el rancho de Santa Rosa, reuniéndose más tarde en Huajuapán con D. Antonio León, dirigiéndose ambos jefes á Oaxaca en donde instalaron la Junta de Gobierno.

Vencedor Santa-Anna, se le confió á Bravo la custodia de la persona y familia de Itúrbide cuando éste marchaba para Tulancingo, misión tan honrosa como noble y la que desempeñó Bravo como cumplía á su caballeridad y patriotismo, acompañando al augusto prisionero hasta la fragata inglesa « Rowllins. »

En 29 de Marzo de 1823, fué nombrado Bravo miembro del Poder Ejecutivo con los generales Victoria y Negrete, y más tarde fué electo vicepresidente en competencia con Guerrero.

La marcha política y los acontecimientos que se sucedieron llevaron á Bravo á Guayaquil; de allí al Centro-América, pisando de nuevo el suelo de la patria en 1829, época en la cual Santa-Anna le dió el mando del ejército del Norte, y en él permaneció hasta 1836, en que los sucesos de Tejas le obligaron á retirarse á la vida privada y á buscar en el hogar doméstico, una existencia menos agitada.

En 1839 fué presidente del Consejo, renunciando al derecho que le otorgaba la Constitución para ocupar la Suprema Magistratura, y de nuevo volvió á la vida de familia, hasta 1841, en que fué llamado al Congreso general por el Estado de Méjico.

En 26 de Octubre de 1842, se le nombró sustituto como presidente provisional de la República, elevadísimo cargo que su vasta capacidad desempeñó hasta el 5 de Mayo de 1843 y durante ese período se conquistó las simpatías y aplauso general. En 1844 logró sofocar el levantamiento

de los indígenas de Chilapa, y en 1846 puso de nuevo su brazo y su talento al servicio de la patria. Poco después ocupó la vicepresidencia de la República, y como Paredes, presidente á la sazón, se hizo cargo del mando del ejército, quedó Nicolás Bravo como Supremo Magistrado, hasta que triunfante el plan de Jalisco llevó á Santa-Anna al poder.

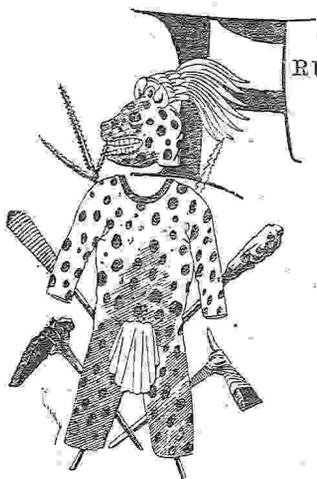
El caudillo de la independencia, el heroico guerrero del Palmar, sintió renacer su brío y su entusiasmo en la defensa de Chapultepec, en la cual el noble mejicano ganó nuevos laureles; pero tomado el fuerte por asalto, fué hecho prisionero.

En esa época concluye la vida militar y política de Nicolás Bravo, y en Chilpancingo vivía entregado á las alegrías del hogar, cuando el 22 de Abril de 1854 se apagó repentinamente aquella benemérita existencia.

Pocas horas separaron su muerte de la de su esposa, y la patria perdió uno de sus hombres más insignes, ante cuya tumba, se inclina con respetuosa admiración la Humanidad.

BERNARDO O'HIGGINS

I



RUTO de la pasión postrera y vehemente de un anciano y de las primeras ilusiones de una bellísima y seductora doncella de quince Abriles, fué el insigne chileno que con entusiasmo, pero poco hábil pluma, vamos á retratar.

Nació el 20 de Agosto de 1776, y su tranquila infancia deslizóse arrullada por los rumores que producen las altas copas de los árboles en los bosques del Maule, al ser agitadas por el viento. El niño, embelesado ante los esplendores de la Naturaleza, veía pasar los años sin que el *mañana* alterase el reposo que disfrutaba en la hacienda de D. Juan Jacobo Albano, que en amistoso fraternal afecto estaba unido con su padre D. Ambrosio O'Higgins, hasta el día en que los brazos de la amorosa madre le estrecharon en Chillán.

Tenía nueve años, cuando Lima la coqueta sultana del Rimac, le recibió en su seno y como vástago de noble linaje tuvo entrada en el colegio del Príncipe.

Seis años más tarde, salió el joven O'Higgins para Europa, que tal era el mandato paterno, y éste mismo, sin duda, le colocó bajo la tutela de D. Nicolás de la Cruz, chileno que por aquel tiempo vivía en Cádiz y al cual estaba recomendado.

Corta fué la estancia de O'Higgins en las risueñas playas gaditanas, y larga la serie de aventuras y desgracias que consignadas fueron en un diario, que escrito por él, aun se conserva y guarda con esmero.

Enviado á Inglaterra para completar su educación, ingresó en el colegio de Richemond, y allí tal vez recorriendo el hermoso parque ó disfrutando desde la cima de la colina, de la bella perspectiva que ofrecen los bien labrados campos y el profundo y caudaloso Támesis, evocaba los días de su niñez, la imagen de su madre y la fértil naturaleza de Chile.

II

En 1798, empezaron sus zozobras é inquietudes: el dinero que tenía se concluyó, y los relojeros judíos á los que estaba particularmente encomendado por D. Nicolás de la Cruz, se negaron á prestarle los auxilios que le eran necesarios.

En país extraño, sin recibir carta ni noticias de su familia ni de su apoderado, pasó semanas y meses en angustiosa desesperada situación, mezclada con el profundo pesar de la indiferencia paterna; á sus amantes y desconsoladas cartas, que ya buscaban abrigo y calor en el indulgente corazón de su madre, ⁴ ya atravesando el espacio é interrumpiendo las graves ocupaciones del Estado llegaban hasta las manos de su padre, virrey en aquel tiempo del Perú, ninguna contestación había recibido.

La casualidad ó el misterioso decreto de la Providencia puso el joven chileno, por el año de 1799, en relación con Miranda, el apóstol de la causa liberal, y ambos, en lejano suelo, soñaban con la emancipación de aquella América tan querida, de aquella patria que podía ser algún día grande, respetada é independiente.

Las convicciones de Miranda se transmitieron al colegial de Richemond, y cuando tras largos días de incertidumbre consiguió respuesta de D. Nicolás de la Cruz y salió para España, llevaba guardado en el santuario de su pecho el juvenil entusiasmo por el credo-libertad y el ardiente anhelo de ser uno de los que contribuyeran á la magna evolución.

⁴ Doña Isabel Riquelme, apellido que usaba en Europa el joven Bernardo.

En Cádiz creció y se robusteció la semilla sembrada por Miranda, con el continuo trato del sabio canónigo chileno Cortés Madariaga y el no menos noble patriota paraguayo D. Juan Pablo Fretes y otros americanos que en casa de D. Nicolás de la Cruz, conde del Maule, se reunían en familiar comunión de ideas, aun cuando éstas fueran extrañas á las que profesaba el magnate.

Las penas é inquietudes de O'Higgins encontraron entonces lenitivo en los planes y sueños de la futura regeneración del nuevo continente; pero ansioso de volver á su patria y luchando para conseguirlo, se embarcó por fin en 1800 en la fragata *Confianza*, despidiéndose de las playas gaditanas tal vez para siempre.

III

Pero la adversa fortuna había decretado que O'Higgins no lograra por aquel tiempo el cumplimiento de su deseo y que renacieran las inquietudes y los pasados afanes y temores.

Presa de los ingleses la fragata *Confianza*, se encontró arrojado en Gibraltar el infeliz chileno, sin recursos, sin ropa y en la dura necesidad de volver á Cádiz, merced á insignificante suma que prestada consiguió. Temblando por el porvenir, desalentado por tal serie de infortunios y bajo el peso de la amargura y de la tristeza, buscó de nuevo asilo en casa del Conde del Maule, y con éste trasladóse á la pintoresca Sanlúcar de Barrameda, huyendo del vómito negro que se había declarado en Cádiz.

Tal vez los pesares anteriores y la desesperación del presente, turbando su espíritu alteraron á la vez la salud y dieron fácil entrada á la epidemia reinante que le llevó hasta los umbrales del sepulcro; sin embargo, su juventud y rica naturaleza se sobrepusieron y triunfaron del terrible enemigo, prolongando aquella vida que poco después había de ser tan bienhechora y útil para el bien nacional.

IV

La noticia de las tendencias y aspiraciones de O'Higgins había llegado hasta el Perú y herido los sentimientos monárquicos del anciano Virrey, que inexorable con su hijo, escribió al Conde del Maule anunciándole que desde aquel momento no se consideraba como padre del joven Bernardo y que éste debía renunciar enteramente á su nombre y á su cariño. Tan cruel resolución influyó para que D. Nicolás de la Cruz le retirase también su apoyo, encontrándose más abandonado que nunca, más solo y más perplejo para resolver y buscar los medios de tornarse á Chile.

Ignoramos el cómo alcanzó el logro de sus esperanzas; pero es lo cierto que al recibir en 1801 la noticia del fallecimiento de su padre, salió para América, y después de un borrascoso viaje, de arrostrar numerosos peligros por haber estado la nave expuesta á zozobrar, llegó por fin al tan querido patrio suelo y en Julio de 1803 entró en posesión de los bienes que su padre le había legado.

V

Más arraigada y vigorosa que anteriormente agitábase en su cerebro la idea concebida en Londres, y ya perfecta y madurada, dió por resultado el acuerdo de O'Higgins con varios que como él deseaban establecer diferente sistema y emancipar á Chile de la Metrópoli.

Diferentes acontecimientos hicieron estallar en breve la tormenta revolucionaria.

El presidente Carrasco, sabedor de que en la casa de D. José Antonio Rojas se reunían varios liberales y que propagaban ideas de emancipación, cometió la arbitrariedad de prenderlos y, enviándoles á Valparaíso, les hizo embarcar en una fragata que salía con rumbo al Callao.

La hostilidad contra el Presidente se declaró entonces abiertamente, y las respetuosas representaciones pidiendo la libertad de los presos,

se tornaron en amenazante exigencia, y Carrasco, llamado á la sala de sesiones de la Real Audiencia y no encontrando otra solución para calmar la efervescencia pública, firmó el decreto para que el animoso Rojas, el doctor Bernardo Vera y el procurador D. Juan Antonio Ovalle, fueran desembarcados y devueltos á Santiago: ¡pero ya era tarde! la nave surcaba las ondas cuando llegó la orden, é indignado el pueblo y culpando á García Carrasco, se declaró en abierta rebelión.

La Audiencia creyó conjurar la tempestad pidiendo al presidente Carrasco dimitiese el mando, y como accediese por la fuerza de las circunstancias, fué nombrado para reemplazarle D. Mateo de Toro Zambrano, Conde de la Conquista, brigadier de milicias y octogenario débil y poco á propósito para gobernar Chile en momentos tan difíciles.

VI

¿Qué pensaban en tanto los patriotas? Los días pasaban, la impaciencia crecía, y propagado el espíritu de insurrección, era preciso iniciar ésta con una reunión de aquellos que por su popularidad é influencia pudieran apoyar el movimiento revolucionario.

Instigado el Conde de la Conquista, llevó á efecto el plan, y reunido el cabildo en cuerpo, los jefes de oficinas, los superiores de las órdenes religiosas, comandantes militares y numeroso vecindario, se acordó nombrar una Junta de gobierno compuesta de siete miembros.

El Conde de la Conquista había renunciado ya al mando, y fué elegido presidente de la Junta, y vicepresidente el obispo electo de Santiago, Don José Antonio Martínez de Aldunate.

Cuéntase que el impetuoso padre Larrain, provincial de la Merced, había sacado, en una de las reuniones de los revolucionarios, un agudo puñal de una manga de su hábito, exigiendo el juramento de libertad.

La revolución era ya un hecho; en los confines de Chile, existían además dos hombres que de largo tiempo la estimulaban y habían sembrado en el pueblo, la rica semilla de las reformas que pronto debían ponerse en práctica.

Eran D. Bernardo O'Higgins y D. Juan Martínez de Rozas.

Apenas se había efectuado en Santiago el cambio de Gobierno, cuando el primero se ocupó en la organización de la caballería para estar dispuesto á proteger con las armas la evolución política y se puso á las órdenes de la Junta, en la cual, como hombre de acción, había entrado á formar parte Martínez de Rozas.

El comandante O'Higgins gozaba de justa popularidad en el ultra Maule, y podría asegurarse que en sus manos y en las de Rozas, estaba depositado el porvenir del país.

El 15 de Diciembre de 1810, decretó la Junta la convocación del primer Congreso nacional, para que se reuniera el 15 de Abril y tratara de proclamar la independencia de Chile, idea iniciada por el padre Camilo Henríquez en las enérgicas y patrióticas proclamas que *manuscritas* hacía circular entre las masas. ¹

El primero de Abril era el día señalado para las elecciones, cuando estalló un motín en Santiago, al frente del cual estaba el teniente coronel de dragones D. Tomás de Figueroa, español y que según varios historiadores, estaba de acuerdo con la Real Audiencia, y según otros, obraba independiente de aquel tribunal; pero que de todas maneras alarmó á la Junta, y ésta, por primera vez, hubo de apelar á las armas y derramar sangre para dispersar á los soldados que secundaban la sublevación.

Vencida ésta y fugitivo Figueroa, se empeñó Rozas en perseguirle con algunos dragones, logrando capturarlo en el huerto de una celda del convento de Santo Domingo en donde se había refugiado.

Formóse en el mismo día la causa y se dió sentencia de pasarlo por las armas, la que tuvo ejecución á las cuatro de la madrugada del 2 de Abril de 1811.

VII

A consecuencia de este infausto acontecimiento, se retrasaron las elecciones, y la reunión del Congreso no se efectuó hasta el 4 de Julio, día en que la junta cesaba en sus funciones y entregaba el mando

¹ Por aquel tiempo, la Junta pidió al Gobierno de Buenos Aires le comprara una imprenta.

á los representantes del país, entre los cuales, la mayoría eran los nobles y reaccionarios, contándose únicamente cinco ó seis miembros del partido radical, y entre éstos el alentado y entusiasta O'Higgins. ¿Pero, qué influencia podía tener ante una mayoría adversa á la revolución? ¿qué impulso podría darla cuando el poder se hallaba en manos de los enemigos?

Los diputados patriotas así lo comprendieron, protestaron y se retiraron.

La causa de la revolución amenazaba ruina, cuando inesperadamente se presentó en la escena un salvador que, bravo, audaz, joven é impetuoso, se puso á la cabeza de los patriotas, y sin derramar sangre, se declaró dictador.

Aquel providencial auxiliar, fué José Miguel Carrera.

VIII

O'Higgins ocupó el puesto de vocal en la nueva Junta creada, como suplente de Rozas, que se encontraba en Concepción, y aun cuando no satisfecho del nuevo cargo, siguió en él hasta que en completo desacuerdo con la disolución del Congreso y con la política de Carrera, se retiró á su hacienda pensando en abandonar á Chile y trasladarse á Buenos Aires: el desembarco del brigadier de la Real Armada D. Antonio Pareja, que enviado por el Virrey del Perú, llegaba con fuerzas realistas contra los liberales, le hizo cambiar de opinión y consagrarse á la defensa de la libertad chilena.

Reunióse en Talca con Carrera que había tomado el mando en jefe del ejército, y allí, en aras del interés nacional, depusieron sus enconos de partido y se propusieron batir al enemigo, resolviendo que O'Higgins sorprendiera en Linares al comandante Carbajal, que confiado, creía imposible un átaque de los patriotas.

Siete húsares y veinte milicianos acompañaban al jefe chileno, y repentinamente cayeron sobre los realistas, haciéndolos prisioneros sin disparar un tiro. Victorioso resultado con el que O'Higgins ganó el ascenso á coronel, otorgado por la Junta de Santiago.

Después de los triunfos alcanzados en Yerbas Buenas y en San Carlos, tocó á O'Higgins tomar los Ángeles y otros pueblos cercanos del Bío-bío, para aislar al enemigo en Chillán, y el éxito más completo coronó sus esfuerzos y arrojo.

Con sus valientes soldados voló al sitio: allí fué necesaria toda la grandeza de alma de que estaba revestido, para no desmayar ante la serie de conflictos ocasionados por el rigor de los elementos. Llovía á torrentes, nevaba sin tregua, y los soldados perecían entre la nieve, sin remedio y sin gloria.

Sin embargo, O'Higgins alcanzó nuevos lauros en Tajar y Lapielas, batiendo también á los españoles en otras varias acciones, por lo que su reputación y popularidad crecieron, cuando Carrera, precisado á levantar el sitio de Chillán, empezaba á perder el prestigio y la confianza de las masas.

IX

Era la madrugada del día 17 de Octubre de 1813; á orillas del Itata, veíase al ejército patriota en el lugar denominado el Roble.

Habían pasado quince días desde que en las gargantas de Huilquilemo fuera vencido O'Higgins, por fuerzas superiores, y reunido después con Carrera en Concepción, ansiaba reparar el desastre y medir nuevamente sus fuerzas con el enemigo.

Ambos jefes chilenos tenían sus campamentos en la orilla izquierda del Itata, cuando en la mañana mencionada, un cuerpo de realistas á las órdenes de Elorreaga, cayó inesperadamente sobre las tropas de Carrera, sembrando en ellas la confusión y el espanto; el jefe se arrojó al río para salvarse entre las ondas: la derrota parecía inevitable, cuando O'Higgins, blandiendo un fusil, exclamó: *¡Á mí, muchachos! ¡Vivir con honor ó morir con gloria! ¡El que sea valiente, que me siga!* Su actitud electrizó á los soldados: hacen frente al enemigo, lo rechazan, lo persiguen y obtienen gloriosa represalia.

X

La lentitud de las operaciones de la guerra avivaron las enemistades contra Carrera, y depuesto del mando en jefe del ejército, fué nombrado O'Higgins para sucederle. ¿Cuál fué entonces la causa de la vacilación del insigne chileno, que hizo perder un tiempo precioso y acarreó tan graves perjuicios para la independencia?

El nombramiento había sido en 27 de Noviembre de 1813, y no recibió el mando de manos de Carrera hasta el primero de Febrero de 1814, en momentos tan aciagos, que el enemigo orgulloso con nuevos refuerzos y mandado por el brigadier D. Gabino Gainza, se posesionó de Talca y aisló al bizarro coronel Mackenna en el *Membrillar*.

O'Higgins, á pesar de los continuados y favorables movimientos de los realistas, alcanzó algunas ventajas en Tres Montes y Quecheregúas; sus hábiles operaciones hicieron retroceder al enemigo, y dar la vuelta á Talca.

XI

Un imprevisto suceso paralizó la campaña y el triunfo decisivo que pensaba alcanzar O'Higgins.

El comodoro inglés Hillyar había llegado á Santiago, autorizado por el virrey Abascal, para tratar de la pacificación de Chile, y entabladas las negociaciones y aceptadas, se firmó el tratado de Lircay, entre O'Higgins, por mandato del director Lastra, Mackenna y Gainza.

No fué duradera la suspensión de hostilidades. Carrera, ¹ que estaba prisionero de los realistas, fué puesto en libertad por el tratado y como éste no merecía la aprobación de los patriotas, ayudaron al atrevido general, quien, sublevando la guarnición de Santiago, depuso al Director supremo, nombró una Junta de Gobierno y se puso á la cabeza de ésta.

¹ Véase José Miguel Carrera.

Poco después llegó del Perú, el coronel D. Mariano Ossorio con gran refuerzo de tropas para someter á Chile, pues el Virrey, no había aprobado el convenio de Lircay; un enviado se presentó á O'Higgins, cuando éste, después de haberse batido con Carrera, organizaba de nuevo sus huestes para continuar combatiendo al día siguiente.

El peligro nacional unió una vez más á los dos caudillos, y aun cuando con opiniones contrarias para la campaña, se siguió para ésta el plan propuesto por O'Higgins.

XII

Llegó aquel día de infausta memoria, 2 de Octubre de 1814. Rancagua estaba cercada por los enemigos, y O'Higgins defendía la plaza.

Los célebres y aguerridos Talaveras atacan con temerario valor á los patriotas, cargan sobre las trincheras y se ven rechazados por la metralla, una y otra vez hasta siete.

Los dos bandos se cubren de gloria; los dos bandos derraman su sangre generosa en aras del honor y del patriotismo, porque si unos peleaban por sagrado principio innato en el corazón humano, el otro defendía la honra de sus banderas y el nombre de la lejana patria.

Los cadáveres siembran el suelo; ya los libres creen segura la victoria; el pabellón gualdo y rojo, ondea en retirada. Carrera ataca con sus divisiones; O'Higgins le secunda; el combate se prolonga, y el triunfo tórnase en derrota. La tropa de Carrera se desbanda, huye; el enemigo recupera el decaído vigor y gana terreno. ¡El desastre es seguro para los defensores de Rancagua!

O'Higgins reúne á los soldados: ¡Viva la patria! exclama, y dándoles la orden de montar á caballo, se lanza con aquel puñado de valientes, por la calle del Norte; rompe las filas de los españoles que avanzaban por ella, se abre paso con lanzas y sables, y como un huracán desaparece, se pierde con los suyos y los salva de la muerte.

XIII

Inútil es reseñar los acontecimientos que se sucedieron desde esta derrota: los hemos consignado ya en la vida de San Martín y de Carrera.

Sabido es también que poco después, San Martín invadió el suelo chileno, y que O'Higgins, en la célebre batalla de Chacabuco, pasó por entre una lluvia de balas hasta el centro de aquel ejército superior en número, y ya sus soldados plegaban bajo el peso, cuando un escuadrón mandado por Molina, cargó sobre los cañones y artilleros y los derrotó, mientras que O'Higgins á caballo, corría al frente de la artillería, y tomaba prisioneros á los valerosos y temibles jefes Talavera, Elorreaga y San Bruno.

Tantos y grandes servicios merecían elevado premio: el pueblo así lo comprendió, y en cabildo abierto proclamó en Santiago, Director supremo á O'Higgins, el 16 de Febrero de 1817.

XIV

La ténaz y ruda campaña contra los realistas continuó con mayor brío y entusiasmo, despertado ora por los triunfos de los libres, ora por los reveses.

El sitio de Talcahuano, se prolongó durante cuatro meses con igual temeridad por los patriotas y por los realistas; las poblaciones fueron sucesivamente ocupadas por ambos ejércitos, hasta que un nuevo refuerzo de españoles, mandados segunda vez por Ossorio y que desembarcaron en Talcahuano, hicieron necesaria la retirada de O'Higgins, para contrarrestar el plan del jefe español, que consistía en caer con sus fuerzas sobre las de los patriotas y destruirlas.

No estaba aún declarada la independencia; pero Chile, de hecho, era ya un pueblo libre. O'Higgins había suprimido los títulos de nobleza, las armas de familia como incompatibles con la República, y las condecoraciones, instituyendo la orden de la Legión de Mérito, que debía premiar los altos hechos de los defensores de la patria.

La declaratoria de independencia tuvo lugar el día aniversario de la batalla de Chacabuco, y Chile la celebró con delirante alborozo.

Pero en pos de esos días en que el sol de la libertad lanzaba sus rayos más puros y luminosos, llegaron las horas de consternación, causadas por la derrota de Cancha Rayada, en la cual el Director supremo fué herido gravemente en un brazo, y sus tropas, creyéndole muerto, se dispersaron en el mayor desorden, sin que el ínclito San Martín lograra contenerlas.

El arrojo y la serenidad del célebre Manuel Rodríguez, evitó en la capital que las consecuencias hubieran sido desastrosas.

O'Higgins reasumió entonces la suprema autoridad, y cuando diez y seis días más tarde tuvo lugar la batalla de Maipu, 5 de Abril de 1818, que consolidó la libertad de Chile, aun sufriendo de la herida, débil y enfermo, se hizo conducir al escenario del triunfo y tomó parte activa en el último ataque.

XV

España hacía los últimos esfuerzos para dominar y vencer el alzamiento de Chile: en ello estaba interesada la nación guerrera, que en lejanos tiempos, *no se ponía el sol en sus dominios*.

En Marzo había salido de Cádiz un nuevo refuerzo de diez mil ochenta hombres en nueve buques de transporte, convoyados por la gallarda fragata *María Isabel*.

La escuadra chilena, que ya á la sazón se componía de cinco buques al mando del bizarro y audaz argentino el coronel de artillería Blanco Encalada, recibió orden de O'Higgins para atacar al enemigo que ya en parte se hallaba en tierra; la *María Isabel* estaba fondeada, protegida por los fuegos de los fuertes; pero aun así y á pesar de aquéllos, fué presa de los chilenos, ¹ y cinco transportes cayeron también en manos de los afortunados independientes, así como gran número de los soldados que componían la expedición. La *María Isabel* perdió su nombre, tomando el de O'Higgins, y más tarde, la hermosa fragata llevó altiva la bandera chilena hasta el Callao.

¹ 28 de Octubre de 1818.

En principios del año 1819, salió la escuadra chilena para el Perú, al mando de lord Cochranne, con el objeto de hostilizar al Virrey y perfectamente equipada por la solicitud y cuidado de O'Higgins. Los resultados si no definitivos fueron satisfactorios, y volvió á Valparaíso aumentada con algunas presas para prepararse á la segunda campaña, que emprendió en Septiembre, llevando nueve buques con todo lo necesario para la expedición. Al volver, se dirigió el valiente y temerario Cochranne á Valdivia, ocupada por los españoles y defendida por nueve castillos.

El ilustre Freire, intendente de Concepción, le prestó refuerzo, y el denodado inglés cayendo por sorpresa sobre los fuertes, los tomó haciendo numerosos prisioneros, después de encarnizada resistencia, y coronado con inmarcesibles laureles tornó á Valparaíso.

Pero este mismo año y aun cuando la guerra estaba terminada, continuaron los españoles hostilizando en la frontera de Arauco, capitaneados por el feroz guerrillero Benavides.¹

XVI

O'Higgins continuaba incansable su tarea para preparar la gran expedición redentora destinada al Perú; pero diez años de revolución habían agotado el erario, y reducido el país á miserable estado.

Con inmensas dificultades, logró equipar once buques de guerra y quince transportes, y organizar cuatro mil hombres con pertrechos y armamentos para quince mil, abasteciendo al ejército para seis meses.

Efectuada la partida de la escuadra, tuvo O'Higgins que ocuparse activamente de enviar fuerzas en persecución del atrevido Benavides, que obtenía triunfos en el Sur, y cometía crueles abusos. El denodado Freire y el coronel Prieto, lograron derrotarle en Noviembre 1820, arrojándolo de nuevo á tierra araucana; pero en 1821 volvió á la lucha, y vencido en Vegas de Saldías, resolvió pasar al Perú. Entregado por los suyos

¹ Este soldado prisionero en Maipú, fué condenado á muerte y fusilado; pero las balas le respetaron: fingióse muerto, y cuando la familia acudió para enterrarle le encontró vivo; le buscó asilo, y más tarde, fué el terror de la frontera.

á las autoridades chilenas, fué condenado á muerte, y el audaz guerrillero pagó sus crímenes con la vida.

O'Higgins, combatido por tan múltiples cuidados, no descuidó sin embargo, cuanto podía hacerse en aquellas circunstancias para el adelanto nacional. Dió leyes sabias y conciliadoras, franquicias para el comercio, impulso á la instrucción pública, reformas en todos los ramos, disposiciones para ornato público y para higiene y salubridad.

Los largos años de mando habían prestado á O'Higgins indiscutible superioridad; pero tal vez ésta transformó su carácter benévolo, haciéndole en algunos casos duro y violento.

El que había sido afable, desinteresado para sí propio, exento de ambición y dispuesto á sacrificarse en el altar de la patria, se creyó *indispensable y único* para regir á Chile, y tornándose desconfiado y suspicaz, cometió faltas que le acarrearón la censura y el desprestigio.

Durante largo tiempo ha empañado la gloria del Director supremo, el fusilamiento de los infortunados hermanos Carrera, víctimas del rigor y de las ideas dominantes en los Gobiernos chileno y argentino; el misterioso asesinato del valiente guerrillero Manuel Rodríguez en Til-til, fué también otro cargo contra O'Higgins, puesto que los grandes méritos del infeliz preso, debían haberle salvado de muerte tan cruel. ¿Fué autorizada por el Director supremo? ¿fué un pretexto para asesinarle, el dicho de los soldados de que había intentado fugarse? Misterio velado por las sombras de la noche y encerrado en la lúgubre quebrada.

XVII

Chile disfrutó durante seis años inalterable paz; su nombre era respetado en el extranjero, y mientras la mayoría de las nacientes repúblicas se desgarraban en una serie de contiendas, marchaba ya por la vía del progreso y del orden.

O'Higgins gobernaba con acierto, con honradez y digna economía; multiplicaba los cortos recursos y hacía de ellos uso provechoso y de interés nacional. Tal vez un patriotismo exagerado le hizo exclusivo, juzgando que el país no podría aún regirse sin su apoyo y sin la forma casi dictatorial que había establecido.

La Constitución de 1822 se resentía de esa creencia y no alcanzó á contentar á la mayoría de la nación.

El descontento llegó á ser grande, y Coquimbo y Concepción se agitaron en convulsiones revolucionarias, y todos los pueblos del Sur apoyaron al general D. Ramón Freire, cabeza del levantamiento, amigo y compañero de O'Higgins, pero que había visto desatendida su opinión y desechadas sus amistosas advertencias.

Las tropas que el Dictador envió contra los sublevados, fueron á engrosar las filas de éstos, y Santiago levantándose digno, patriótico y enérgico, formó una Asamblea y llamó á su seno al Jefe supremo.

Don Mariano Egaña formaba la Junta, con D. José María Guzmán y don Fernando Errázuriz.

O'Higgins se presentó con digna actitud y noble entereza.

«El pueblo quiere, — dijo D. Mariano Egaña, — que dimita su cargo el Dictador».

O'Higgins no vaciló: ¿para qué luchar y resistir? Su gloria había sido grande, su popularidad inmensa: la primera pasaría á la Historia, la segunda había concluído.

Sin alteración en su semblante, se despojó de la banda tricolor y la entregó con el bastón de mando.

La corbeta *Fly* zarpaba rumbo al Callao: sobre cubierta se veían tres personas, un hombre y dos mujeres, con la mirada fija en las playas chilenas y con el dolor reflejado en el semblante.

Eran el exdirector O'Higgins, su anciana madre D.^a Isabel Riquelme y su hermana Rosa.

XVIII

En el Perú, vió el jefe supremo pasar lentamente diez y nueve años, con el pensamiento fijo en la querida tierra chilena.

Allí habitó en su hacienda de Montalván, protegido y amparado por el Perú, hasta que la pérdida de su madre idolatrada ¹ destruyó su salud, y con el presentimiento de próximo fin, pensó en volver á su suelo natal.

¹ Tenía 75 años, y el exdictador 60.

El esclarecido general Bulnes, le instaba para el regreso: la nación le esperaba para demostrar su gratitud al triste desterrado, y el Senado le devolvía todos sus honores.

La esperanza, la aspiración de volver á la patria, el anhelo de morir en ella, le hacían trabajar con poderoso brío; tenía que cumplir una deuda sagrada, antes de abandonar el hospitalario suelo del desierto.

Su enfermedad se agravaba, y el afán crecía: las fuerzas recobradas por un instante, gracias á los cuidados de la ciencia y de su ángel de consuelo, su hermana Rosa, decaían de nuevo; pero la fuerza de voluntad le permitió lograr su deseo. Ya podía partir. Ya todo se preparaba para tan deseado instante, y pocos días le separaban de aquel de la partida; pero Chile no debía verle en su seno, sino muerto.

Un fuerte ataque le postró por completo y falleció en Lima el 24 de Octubre de 1842.

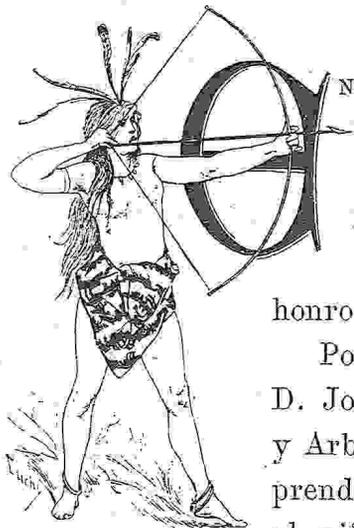
En Enero de 1869, una comisión presidida por el benemérito general Blanco Encalada, condujo á Chile sus restos con gran pompa y solemnidad.

Hoy una estatua ecuestre recuerda en su patria, el instante en que O'Higgins abriéndose paso con su sable por entre los enemigos en Rancagua, salvaba la existencia de algunos soldados valerosos y reservaba la suya propia, para honra y bien de Chile.

Hemos bosquejado á grandes rasgos, los hechos más culminantes del que fué uno de los principales fundadores de la floreciente y adelantada república chilena.

FRANCISCO JOSÉ CALDAS

I



N el Estado del Cauca (Colombia), escondida entre selvas y flores fertilizadas por caudaloso río, se asienta la ciudad de Popayán, á la cual, la parte activa que ha tomado en las luchas civiles y los méritos de muchos de sus hijos, han conquistado honrosa celebridad.

Por los años de 1771, vivían en aquella población, D. José Caldas García de Camba y D.^a Vicenta Tenorio y Arboleda, ambos de esclarecido linaje y ricos en nobles prendas, que transmitieron como inapreciable herencia al niño que vino al mundo en la mencionada época, destinado por la misteriosa mano del Creador, á ser un astro en el cielo de la Ciencia.

Sus primeros estudios los efectuó en el colegio seminario de Popayán, en donde ya que la fortuna le había negado sus favores, encontró el apoyo del catedrático doctor D. Félix Restrepo, que siguiendo el natural impulso del niño Francisco José Caldas para el estudio de las Matemáticas, consiguió que en corto tiempo hiciera grandes adelantos y sobresaliese entre todos sus compañeros por su infatigable laboriosidad, que llegó hasta alarmar el materno cariño, pues penosas vigiliass alteraban la salud del joven popayanejo; la madre velaba á su vez, la madre espiaba y contaba las horas, y cuando creía que el descanso le era ya

necesario, con amorosísimo empeño le hacía entregarse á él, privándole de la luz.

El joven Caldas soñaba con la Ciencia: era su bello ideal, su aspiración más acariciada y deseada, y ya en el colegio mayor del Rosario, de Bogotá, y á la vez que, cumpliendo con el paternal deseo, estudiaba Jurisprudencia, se consagró con fervoroso empeño á la Física y á la Astronomía; pero su pobreza, la carencia de lo que le era más preciso, le obligaron á volver á su ciudad natal en 1793.

No se amoldaba el carácter del futuro sabio con la rutina del comercio, ni con las especulaciones mercantiles, y abandonando tan contrarias tareas, dedicóse á las que tan gratas le habían sido desde niño.

Los recursos cada día eran más escasos, y por consiguiente, en 1796 hizo un nuevo viaje á la capital, y de regreso á su país natal, su constancia suplió á lo adverso de su fortuna, pues que le hizo determinarse á fabricar algunos de los instrumentos que le eran necesarios, tomando por guía las *Observaciones astronómicas*, de aquel español célebre en la marina y que tenía por nombre Jorge Juan.

De la bellísima biografía escrita por el ilustre colombiano D. Lino Pombo, copiamos algunos detalles que dan á conocer á Caldas, como botánico, astrónomo, geógrafo y físico.

II

«El primer instrumento astronómico que fabricó Caldas, fué un »gnomon de biomate, madera dura y fina que admite bastante puli- »mento, cuyo horizonte de tres pulgadas de grueso estaba apoyado en »cuatro tornillos de hierro, para nivelarlo y tomar alturas de sol con el »objeto de arreglar una péndola, y como no tenía péndulo ni cronóme- »tro para sus observaciones, reformó un reloj antiguo inglés de péndola, »quitándole las piezas que servían para las campanas, á fin de que »quedase más sencillo y menos expuesto á variaciones, y revisando y »remontando con sumo cuidado el resto de la máquina».

«Luego se propuso construir un cuadrante solar con su anteojo acro- »mático, y he aquí el procedimiento y sus resultados: fabricó un cuarto »de círculo de madera de biomate de cuatro pulgadas de espesor, para

»que no se torciese; incrustó en él una faja concéntrica de estaño bru-
»ñido para servir de limbo, y trazó la graduación de éste con escrupulosa
»delicadeza. El centro del cuadrante era de marfil embutido con una aguja
»muy fina clavada en él, de que pendía una pesita de plomo al extremo
»de un cabello humano, destinado á marcar los arcos de los ángulos, ó
»alturas medidas, y el instrumento giraba verticalmente sobre un eje de
»acero fijado á un mástil de madera de naranjo, dándosele movimiento
»por medio de un cordón de seda atado al extremo del radio superior,
»que pasaba por lo alto del mástil, é iba á envolverse abajo en una
»clavija ó tornillo, á cuya cabeza se aplicaban los dedos del observador.
»El plano horizontal del gnomon, servía también para colocar el cua-
»drante en posición vertical».

«Con indecible trabajo, multiplicando encargos y diligencias, logró
»hacerse lentes para el antejo de cartón que puso en su cuadrante, y
»cuyo vidrio objetivo estaba cortado por dos diámetros de cabello
»humano, perpendiculares entre sí; no pudiendo adaptar al cuadrante
»un *nonio* para la valuación de fracciones de la menor división del
»limbo, ideó el siguiente ingeniosísimo arbitrio: un tornillo muy fino, en
»que el *paso* de la hélice estaba seguramente en conocida relación con el
»arco de esa división menor, atravesaba el antejo en sentido perpendi-
»cular al cabello horizontal del objetivo, entrando por el centro de un
»círculo, situado encima del antejo, y cuya circunferencia se hallaba
»dividida en cien partes: lo que subía ó bajaba el extremo visible infe-
»rior del tornillo movido por arriba con un botoncito, lo indicaba un
»puntero en aquel círculo graduado. Observando, pues, la altura apa-
»rente de la respectiva fracción de arco sobre el cabello horizontal, y la
»vuelta que para recorrerla hacía el tornillo, marcada por el puntero,
»computaba, con bastante aproximación, la parte fraccionaria que debía
»agregar á la división del limbo más próxima á la vertical de la plomada
»del instrumento. Es notable coincidencia con esta idea original de
»Caldas, la del *tornillo nonio* de dos roscas separadas, de paso desigual,
»indicado después en Francia, por Mr. Prouny, para mover los hilos de
»los micrómetros en los telescopios».

III

«El péndulo viejo rejuvenecido y el cuadrante que se ha descrito, »cuya forma é historia causaron agradable sorpresa al barón Alejandro »de Humboldt, á su paso por Popayán, fueron los instrumentos con que »hizo Caldas sus primeras observaciones astronómicas, con que fijó la »posición geográfica de su ciudad natal, con que calculó varias otras »latitudes y longitudes que se hallaron discrepar muy poco de las deter- »minadas posteriormente con buenos instrumentos europeos».

«Antes de su segundo viaje á Bogotá, y durante su corta residencia »en la capital, ya había trabajado bastante con el barómetro, y publica- »do algunas de sus observaciones barométricas en el periódico titulado »*Correo Curioso*; de manera, que á la edad de veintiseis años, estaba »en plena posesión de todas las dotes intelectuales, naturales y adqui- »ridas, y nociones prácticas necesarias para acometer con feliz éxito »la alta empresa que meditaba de la carta general del antiguo virrei- »nato, para servir útilmente á la Astronomía, como centinela y explo- »rador del hemisferio austral celeste en la vecindad del Ecuador, y para »ser el fundador de la buena enseñanza de las ciencias exactas en el país »de su nacimiento».

En 16 de Octubre de 1808, dirigió Caldas un informe al secretario del virreinato, y en él se expresaba de este modo: «En 1799 y principios »de 1800, se presentaron en mi espíritu, muchas ideas sobre la cons- »tancia del calor del agua en ebullición y sobre su variación mudando »de nivel. Las ideas se pusieron en práctica, y subí cuatro veces sobre los »Andes de Popayán, cargado de mis barómetros, termómetros y de una »lámpara de ebullición; verifiqué una larga serie de observaciones: el »resultado fué *que las montañas se pueden medir con el termómetro, como se »hace con el barómetro*».

Continuamos copiando la biografía del Sr. Pombo: «Los pormenores »de este descubrimiento importante, debido originariamente al contra- »tiempo de la rotura de un termómetro inglés por la extremidad supe- »rior del tubo, estaban ya consignadas en una memoria de Caldas, »firmada en Quito, en Abril de 1802,—... con qué viveza de colorido, con

» cuánta animación y entusiasmo profesional pinta su elegante pluma las
 » dudas que le asaltan, las cuestiones que en su mente se encadenan,
 » las soluciones que vislumbra, su firme propósito de proseguirlo por
 » voluntad y por deber, y hasta la simple sucesión de los hechos».

IV

«De un esfuerzo en otro, de raciocinio en raciocinio, viene Caldas á
 » parar, con inefable gozo, á esta serie de consecuencias: «el calor del agua
 » hirviendo es proporcional á la presión atmosférica; la presión atmos-
 » férica es proporcional á la altura sobre el nivel del mar; la presión
 » atmosférica sigue la misma ley que las elevaciones del barómetro, ó,
 » hablando con propiedad, el barómetro no nos enseña otra cosa que la
 » presión atmosférica: *luego, el calor del agua nos indica la presión atmos-
 » férica, del mismo modo que el barómetro; luego puede darnos las elevaciones
 » de los lugares, sin necesidad del barómetro y con tanta seguridad como él*».

«Modesto siempre y desconfiado de sus alcances, nuevas reflexiones
 » rebajan á sus ojos el mérito de la deducción final, considerándola dema-
 » siado obvia, y se rehusa á consentir en la idea de que ella no hubiese
 » ocurrido ya de tiempo atrás á algún sabio europeo».

«Consultando sin embargo la *Física experimental* de la más moderna
 » que encuentra, nada halla parecido á su teoría, y aun juzga todavía
 » imposible *que á tan grandes hombres se hubiesen ocultado tales peque-
 » ñeces*. «¡Qué dudas! — exclama. — ¡Qué suerte tan triste la de un
 » americano! Después de muchos trabajos, si llega á encontrar alguna
 » cosa nueva, lo más que puede decir es: *no está en mis libros*. ¿Podrá
 » algún pueblo de la tierra llegar á ser sabio sin una acelerada comuni-
 » cación con la culta Europa? ¡Qué tinieblas las que nos cercan! Pero ya
 » dudamos, ya comenzamos á trabajar, ya deseamos, y esto es haber
 » llegado á la mitad de la carrera».

«Aguardaba Caldas con impaciencia la llegada del Barón de Hum-
 » boldt á Popayán, para someter á su juicio la teoría que con tanto
 » esmero había creado y perfeccionado, y saber, al fin, si era nueva. El
 » ilustre viajero sólo pudo citarle otra teoría imperfecta y precaria indi-
 » cada por *Sucio*, de que ya él había tenido conocimiento por la obra
 » de Mr. Sigand, basada en la simple observación termométrica de la

»temperatura. Entró, pues, Caldas en posesión de su descubrimiento, y
 »á pesar de la noticia que de él tuvo Humboldt, á pesar del largo tiempo
 »transcurrido, todavía no se le conoce en Europa, según parece, y muy
 »poco en nuestro propio país. ¹ Indispensable, aunque penoso, es hácer
 »aquí notar que el Barón de Humboldt no correspondió de la manera
 »que era de esperarse á la confianza y noble franqueza de Caldas, en lo
 »relativo á su descubrimiento, del principio invariable de variabilidad
 »del calor del agua en ebullición; no obstante, haberlo admitido como
 »original, después de ceder el campo en la objeción que propuso de que
 »*el calor del agua variaba á la misma presión hasta un grado*, según lo
 »afirma Caldas en su memoria, y no obstante haberse aprovechado de él
 »en el curso subsecuente de sus exploraciones científicas».

El sabio español y venerado sacerdote D. José Celestino Mutis, fué uno de los que prendado del talento é ingenio de Caldas, le dió ocupación en el Jardín Botánico de Santa Fe, del que era director, y poco después, agregado á la expedición botánica, recorrió los bosques y florestas del Ecuador, viaje fecundo y de grandes resultados para la Ciencia, pues en la deslumbradora vegetación ecuatoriana y en las condiciones especiales de aquel país, encontró Caldas inmenso y variado campo para sus estudios.

Planos topográficos del curso de los ríos, determinaciones astronómicas, herborizaciones, extensos trabajos geográficos, geológicos y metereológicos, colecciones de semillas, descripción de costumbres y de poblaciones, fueron el tesoro acumulado en aquella peregrinación, en la cual encontró Caldas vestigios de La Condamine y Bouguer, que anteriormente habían estado en Quito *para verificar la idea del gran Newton sobre la figura de la Tierra*.

Caldas descubrió en sus investigaciones una lápida de mármol, con inscripción en latín, que habían dejado los sabios académicos franceses en el lugar en donde midieron el grado terrestre, y que hacía largo tiempo formaba puente en una acequia.

Como sagrada reliquia la recogió el astrónomo colombiano, regalándola más tarde al observatorio astronómico fundado en Bogotá, por aquel *cuyo nombre inmortal no borrará ninguna edad*. ²

¹ *Memoria histórica sobre la vida, carácter, trabajos científicos y literarios, y servicios patrióticos de Francisco José de Caldas*, publicada en la *Siesta*, Bogotá, 1852.

² Palabras de Sinneo sobre Mutis.

El precioso hallazgo hizo exclamar á Caldas: «¡Qué suerte tan triste la del viaje más célebre de que puede vanagloriarse el siglo XVIII! Lápidas, inscripciones, pirámides, torres, todo cuanto podía anunciar á la posteridad que estos países sirvieran para decidir la célebre cuestión de la figura de la Tierra, ha desaparecido. Nosotros, deseosos de perpetuar lo que se pueda, hemos fijado en nuestro plano de la ciudad de Cuenca, el lugar en que existió esta torre «de la Iglesia Mayor», más célebre que las pirámides de Egipto».

V

El observatorio comenzado á edificar en Mayo de 1802, bajo la especial protección del virrey Mendinueta, se concluyó en Agosto de 1803, y Caldas fué elegido más tarde por Mutis para dirigirlo, dedicándose desde 1805 á 1810, á la gloriosa y sabia tarea que se le había encomendado: allí, olvidado del universo, feliz y conmovido por el espectáculo de las maravillas celestes, exclama: «Dueño de ambos hemisferios se me presenta todos los días el cielo con toda su riqueza; colocado en el centro de la zona tórrida, veo dos veces al año el sol en su cenit y los trópicos casi á la misma elevación. ¡Cuántas estrellas nuevas! ¡Cuántas dobles triples! ¡Cuántas nebulosas! ¡Cuántas planetarias!»¹ En 1808 fundó *El Semanario de la Nueva Granada* y sus columnas transmitieron á la posteridad, la profunda ilustración de Caldas, sus nobles ideas, el amor á su patria y la facilidad de su lenguaje.

Júzguese por el párrafo de uno de sus artículos, relativo al río Magdalena.

«San Agustín es el primer pueblo que baña: está habitado de pocas familias de indios, y en sus cercanías, se hallan vestigios de una nación artista y laboriosa que ya no existe. Estatuas, columnas, adoratorios, mesas, animales y una imagen del sol desmesurada, todo de piedra, en número prodigioso, nos indican el carácter y las fuerzas del gran pueblo que habitó las cabeceras del Magdalena. En 1797 visité estos lugares y vi, con admiración, dos productos de las artes de esta nación sedentaria

¹ CALDAS, *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, núm. del 14 de Febrero de 1808.

de que nuestros historiadores no nos han transmitido la menor noticia. Sería bien interesante recoger y diseñar todas las piezas que se hallan esparcidas en los alrededores de San Agustín: ellas nos harían conocer el punto á que llevaron la escultura los habitantes de estas regiones y nos manifestarían algunos rasgos de su culto y de su policía». ¹

El asiduo trabajo y la consagración de Caldas al estudio, sufrieron inesperada interrupción cuando la lucha de principios se hizo más ruda y violenta: nombrado entonces capitán de ingenieros, y poco después director del mismo cuerpo, prestó grandes y útiles servicios á la causa nacional, por más que la vida de combates y luchas guerreras fuera tan ajena á sus gustos y aspiraciones.

En 1816, al ocupar el general realista La Torre la capital de la Nueva Granada, emigró Caldas con otros varios patriotas dirigiéndose al Sur, con la esperanza de abandonar el país y embarcarse en Buena-ventura.

El combate de la Cuchilla del Tambo hizo imposible la salvación, pues Popayán cayó en poder de Sámano, y Caldas, su íntimo amigo Francisco Antonio Ulloa y otros patriotas, se refugiaron en la hacienda de Paispamba, en donde fueron hechos prisioneros por Simón Muñoz y conducidos á Popayán.

El noble y leal corazón de Caldas resistió á la oferta que en el camino le hizo el patiano Muñoz.

— Puedo salvar á V. — le dijo — y en Quito encontrará asilo; allí manda Montes que es humano y caballero.

— ¿Por qué se interesa V. por mí? — preguntó Caldas.

— Porque me compadece verle en esta situación y también me ligan compromisos y empeños de familia.

— ¿Mis compañeros y amigos se salvarán conmigo?

— Imposible, no puedo tanto.

— Pues entonces no acepto la libertad.

Pocos días después salieron los presos para Santa Fe.

El consejo de guerra permanente creado por Morillo, condenó á los infortunados á ser pasados por las armas, tirándoles por la espalda como á traidores, y á la confiscación de todos sus bienes.

¹ Caldas murió sin haber alcanzado los tiempos en que se imprimió la *Geografía* de Codazzi, en donde se encuentra la espléndida descripción de las ruinas de antigüedades de San Agustín, notables y curiosísimas para la historia primitiva americana.

Al escuchar el bárbaro fallo del tribunal, Caldas no pensó en sí, pensó en la Ciencia; como Andrés Chenier, no le aterró la muerte, sino el que se malograsen los pensamientos que aun sin desarrollo hervían en su cerebro.

Rogó, suplicó á Morillo, que le encerraran en una fortaleza, que le condenaran á las más duras privaciones, y que le pusieran grillos en los pies; pero, aun cuando fuera por algunos meses, que prolongaran su vida en provecho de las ciencias.

Él, únicamente él, podía descifrar las colecciones y los estudios de Mutis, que al morir en 1808, había dejado en manos de Caldas los tesoros de la expedición botánica, pero en deplorable confusión: además de esto necesitaba coordinar sus propios trabajos geográficos y astronómicos, para que no se perdieran tantos años de afanes y desvelos útiles, no sólo para Colombia, sino para toda América y para España.

Todo fué inútil: tal vez Morillo, conmovido por aquel desprendimiento de sí propio en favor de más sublimes pensamientos, se inclinó al perdón; tal vez la grandeza de Caldas hubiese logrado salvar del naufragio político los valiosos frutos del entendimiento, si el cruel general Enrile, segundo de Morillo, no hubiera contestado desdeñosamente: «España no necesita de sabios».

Y la sentencia se ejecutó.

El sabio, el austero colombiano, el escritor correcto, el profundo astrónomo, el incansable matemático, murió á los 45 años de edad, el 29 de Octubre de 1816.¹

Su cuerpo fué arrojado á la fosa común de la iglesia de la Tercera.

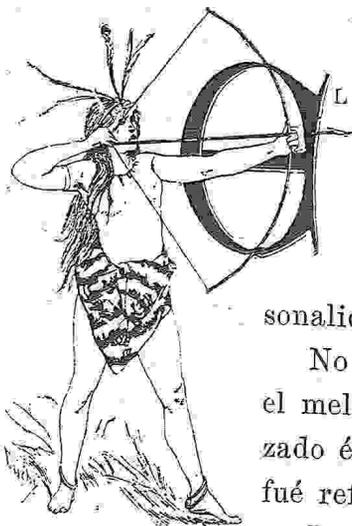
Ningún vestigio existe que indique el lugar donde se encuentra.

¡Oh mártir de la gran Colombia! ¡Oh sublime apóstol de la Ciencia, oh generosa víctima del patriotismo! Allá, en las inmensidades de ese mundo desconocido, tenderás también tu vuelo como con el solo auxiliar de tus propias fuerzas lo remontaste en la tierra, y recreándote en horizontes sin fin, en mares sin tormentas, en alboradas de mágica luz, en paraísos de perfumes embriagadores, en regiones más grandiosas y vitales que aquellas que habitamos, escucharás tu nombre repetido y ensalzado en la tierra, y contemplarás ¡oh Arquímedes! la corona que te brindan las generaciones.

¹ Con Caldas murieron Francisco Antonio Ulloa, el poeta Miguel Montalvo, Miguel Buch, gobernador del Chocó y José León Armoro, gobernador de Mariquita.

MANUEL RODRÍGUEZ

I



El escritor tiene á veces extrañas simpatías y preferencias por determinadas individualidades, y al evocarlas, es con singular impresión de afectuoso interés y de inexplicable é íntima atracción, cual si vivido hubiera en familiar contacto con la personalidad, objeto de su predilección.

No sé por qué se grabó con tal insistencia en la mente, el melancólico cuadro de Tiltíl, y la historia del esforzado é interesante guerrillero Manuel Rodríguez, que me fué referida en Santiago de Chile el año de 1876.

La tarea de mis investigaciones fué fácil en la patria de los Carrera, porque poseía un tesoro inapreciable, un círculo de amigos ilustrados, que en sus obras me brindaban inagotable raudal histórico.

Don Miguel Luis Amunátegui, D. Ambrosio Montt, D. Benjamín Vicuña Mackenna, D. Victoriano Lastarria y otras altas capacidades intelectuales, me dieron á conocer á los prohombres con que se honra Chile.

Escribí por entonces un boceto biográfico de Manuel Rodríguez, y no queriendo alterar la primera impresión, respeto hoy la labor de ayer y le doy cabida en esta galería de inmortales.



MANUEL RODRÍGUEZ



II

Apenas arraigaba en Chile la idea de independencia y se disputaban el triunfo en los campos de batalla el principio monárquico y el republicano, cuando apareció en la escena pública un joven abogado, ⁴ audaz, intrépido, ardiente partidario del dogma liberal, sereno, bravo y ambicioso de noble gloria. Era Manuel Rodríguez.

Su vida fué corta, pero fecunda en heroísmo; su muerte, un drama político.

Soldado de la libertad desde 1811, sirvió leal y valerosamente á la causa de la revolución, y en 1814, durante el mando de Carrera, desempeñó el cargo de secretario del inmortal caudillo, primer presidente de Chile.

En la infausta jornada de Rancagua, hizo frente al peligro, y entre lluvia de balas se batió bizarramente, *ajeno el fuerte corazón de miedo*: las banderas chilenas, ostentaban en este día negros crespones, señal de la resolución inquebrantable de batirse hasta morir, pero no rendirse; aquel combate y aquella derrota, son páginas gloriosas en los fastos de Chile.

Manuel Rodríguez emigró con Carrera, O'Higgins y otros muchos, y después de haber sufrido la obstinada persecución de los realistas y de salvar las dificultades de la cordillera pisó tierra argentina, formando ya en su mente, diversos planes para hostilizar á los españoles.

El presidente Ossorio había sido reemplazado por entonces por el mariscal de campo Marco del Pont, y éste, que carecía de grandes méritos para el alto puesto que ocupaba, había planteado un sistema tiránico y violento: el terror que sus disposiciones inspiraban, aumentaron en Chile el descontento y el ardiente anhelo de libertad.

Don José de San Martín, gobernador entonces de Cuyo, que de largo tiempo abrigaba la generosa idea de ayudar á la independencia de Chile, consiguió por medio de hábiles combinaciones, que el presidente Marco del Pont recibiera informes equivocados, que presentándole á los

⁴ Nació en 1783.

emigrados en Mendoza, abatidos y sin recursos, hicieran crecer su confianza y alejaran el temor de tentativas de revolución. Poco después, contando San Martín con hábiles auxiliares, logró establecer en Chile aquel sistema de resistencia y de hostilidad continua, que al parecer no tenía gran importancia para los realistas, pero sí lograba admirablemente diseminar las fuerzas y preparar el terreno para la invasión argentina.

III

Manuel Rodríguez fué el alma de aquellas combinaciones.

Al finalizar el año de 1815 salió de Mendoza en completo desacuerdo, al parecer, con San Martín, y confiando por éste á los remotos límites de la provincia de Cuyo; profundo sentimiento causó en los emigrados la severidad empleada con el valeroso abogado, y cuando buscaban medios para suavizar aquella persecución, ya el perseguido iniciaba sus hazañas en los campos de Colchagua y emprendía la campaña en la cual se hizo tan útil como popular.

Las guerrillas organizadas por el sagaz y astuto joven, pulularon por todas partes y tuvieron á los realistas en perpetua alarma.

Manuel Rodríguez burlaba á los españoles y se hacía invisible para ellos.

Sus guerrillas tenían actividad prodigiosa y aparecían y desaparecían en distintos puntos, cansando á las tropas y atacando á éstas, cuando más desprevenidas se hallaban.

Una montonera de campesinos se presentó en Colchagua, y no contenta con interceptar las comunicaciones dirigidas á las autoridades, se batía y hostilizaba cuando el momento y el lugar eran propicios.

Obstinados los realistas en su persecución, hacían marchas y contramarchas sin dar alcance á los osados guerrilleros, hasta que éstos, viéndose en peligro de ser cercados, se dispersaron.

Manuel Rodríguez llegó á ser la pesadilla del presidente Marco del Pont, y no pasaba día ni hora, sin que una nueva muestra de su audacia, de su ingeniosa inventiva y de su tómerario arrojo, no llegara á la noticia del general y le hiciera temblar de enojo, ante aquel enemigo siempre invisible é infatigable

IV

No bien habían descansado los realistas con la dispersión de la montonera de Colchagua, cuando entre los ríos Cachapoal y Maule aparecieron, como si brotaran de la tierra, nuevas y más temerarias guerrillas que, prudentes, no entraban en combate; pero llamaban la atención de las tropas y las desconcertaban con la rapidez de sus movimientos.

La cabeza de Manuel Rodríguez, fué puesta á precio; algunos infelices, á veces inocentes de complicidad y de tomar parte en la obstinada pugna, fueron fusilados; pero aun cuando el terror era grande, no hacía disminuir, sino más bien aumentaba la general hostilidad.

Las guerrillas tomaron en 1817, actitud más agresiva y amenazadora, pues el 3 de Enero, Manuel Rodríguez con sus guerrilleros se apoderó del pueblo de Melipilla, tomó prisioneros á los españoles y distribuyó entre los suyos los haberes encontrados, producto de contribuciones, y el tabaco almacenado en el estanco.

No habían pasado ocho días cuando San Fernando fué también ocupado por una guerrilla, intentando otra, aun cuando sin éxito, apoderarse de Curicó.

Tan atrevidos hechos desesperaban á Marco del Pont y encendían más y más su empeño de apoderarse de Manuel Rodríguez, considerándole cabeza de aquella singular y porfiada lucha.

Á la sazón, el director supremo argentino Pueyrredón, había autorizado al gobernador de Cuyo, San Martín, para emprender la campaña de Chile, y poco después, el 17 de Enero de 1817, ¹ emprendió aquella heroica expedición que se inmortalizó en Chacabuco y que después de proclamar la independencia de Chile (12 de Febrero de 1818) sufría tan terrible descalabro en Cancha Rayada.

¹ Véase San Martín.

V

El desastre y la confusión fueron espantosos, y cuando la noticia con la rapidez del rayo llegó á la capital, el vecindario y las autoridades se aterraron.

La huída á Mendoza fué el pensamiento de todos, y el coronel don Luis de la Cruz que representaba al supremo director O'Higgins, en ausencia de éste, pensó en organizar la marcha.

Pero la serenidad de un hombre, contuvo á los que huían; su elocuencia levantó el abatido espíritu, y su valor reanimó el de los patriotas, impulsándoles á la defensa de la capital, si los realistas marchaban sobre ella.

Era el teniente coronel Rodríguez, el arrojado é intrépido guerrillero que constituyéndose jefe popular, repartió armas al pueblo y salvó á la ciudad de un conflicto aun mayor que la derrota sufrida por el ejército, pues que la pérdida de intereses, la confusión y el desorden de la huída, y las consecuencias de ésta, hubieran sido desastrosas para el vecindario.

Creemos fué durante aquellos días, cuando empezó á organizar el célebre escuadrón conocido con el nombre de *húsares de la Muerte*.

Santiago se hizo el centro de la reorganización de las tropas independientes, y con la llegada de O'Higgins y poco después la de San Martín, tomó la población el aspecto de cuartel general de operaciones, y el 4 de Abril, cuando las tropas realistas mandadas por Ossorio acamparon en la llanura de Maipú, ya el ejército independiente estaba prevenido para la lucha.

Al día siguiente los patriotas rompieron el fuego, y la sangrienta batalla del 5 de Abril de 1818, fué dirigida *personalmente* por el general San Martín.

En aquel día glorioso, Manuel Rodríguez conquistó nuevos lauros; su bravura fué grande, y á la cabeza de los *húsares de la Muerte*, apareció como el genio de la destrucción.

VI

¿Cuál fué el motivo por el que después del triunfo se le sometiera á un consejo de guerra? ¿Cómo el recuerdo de los grandes servicios prestados, no influyó en aquellos que cobardemente pensaron en destruir su popularidad?

Ya les hacía sombra. Era un rival que podía llegar á ser poderoso.

La franca audacia del valiente, su ingenio y su influjo, fueron su sentencia de muerte.

Evoquemos los lúgubres detalles.

Bajo pretexto de planes revolucionarios fué reducido á prisión algunos días después de la batalla de Maipú, cuando aun estaba latente la entusiasta admiración que en el pueblo habían causado su sangre fría y su denuedo. Tal vez aquel justo homenaje popular fué su pérdida.

Entregado á un piquete de soldados al mando de un oficial llamado Navarro, salió para Quillota, adónde se le llevaba para ser juzgado en consejo de guerra.

Después de largas horas de marcha, acamparon los soldados del *presunto criminal*, en la triste y solitaria quebrada de Tiltil.

VII

La noche era oscura, el lugar desierto y propicio para la cruel venganza; que ese cobarde sentimiento condenó á Rodríguez.

El preso, tal vez con el pensamiento acompañaba á seres amados; tal vez soñaba con venturoso porvenir, con días de íntima felicidad ó con futuras patrióticas glorias, cuando instantáneamente vióse acometido por los soldados; no pudo defenderse, lo tomaban á traición y estaba solo...

Se consumó el crimen. Manuel Rodríguez, el guerrillero, el bizarro revolucionario, murió asesinado á balazos. Contaba treinta y dos años.

En la funesta quebrada se levanta una columna de granito. ¹ Ella es el padrón de infamia para los asesinos; ² ella también proclama y avalora los nobles hechos de la víctima.

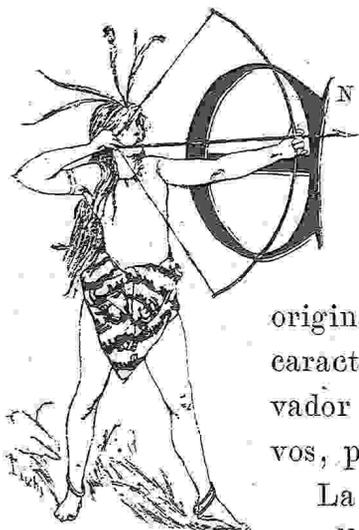
¹ Inaugurada el 26 de Mayo de 1863.

² Dice Vicuña Mackenna, que en su lecho de muerte refirió el comandante Maure, en Santa Rosa de los Andes, quiénes fueron los asesinos de Manuel Rodríguez, y el ilustre escritor chileno añade poseer un documento que pone de evidencia los motivos del asesinato.

PASCUAL PRINGLES

LA PLAYA DE PESCADORES

I



EN esa inmensa extensión de las pampas argentinas, que comprenden setecientas leguas de Buenos Aires á Salta y de esta ciudad á Mendoza; en esas soledades que tienen extraña semejanza con los desiertos del remoto Oriente; en las costumbres originalísimas del *gaucho*, rey de las llanuras, y en sus características condiciones, encuentra el viajero observador interesante campo para el estudio, y cuadros nuevos, pintorescos y diversos para inmortalizar su pincel.

La ilusión es completa: aquellos pueblos primitivos, aquellas tribus que atravesaban el desierto, y en caravanas numerosas, después de leguas y leguas se detenían á descansar en frescos oasis para adquirir nuevas fuerzas y seguir su marcha, se encuentran todavía en las pampas argentinas, á pesar de que ya la locomotora cruza en varias direcciones, crea ciudades á su paso, y presta animación y vida á los vastísimos y misteriosos bosques ó á los incultos y arenosos llanos.

Esa analogía subsiste hasta en los detalles de la vida del campo, y por más que ya la acción de los siglos haya extendido por todas partes su espíritu civilizador.

En las *estancias* se sienten las impresiones de la vida patriarcal, y la hospitalidad franca y sin límites, se ejerce como en las remotas edades bíblicas.

¿Y acaso no puede compararse la vida del *gaucho* nómada con la del árabe que en fogoso bruto atraviesa las llanuras, salva precipicios y se pierde en la inmensidad de los desiertos?

El hijo de las pampas se adiestra desde niño en dominar al caballo, lo acostumbra y lo sujeta á su voluntad, y por indómito que sea, le refrena y le maneja á su antojo.

El tipo del *gaucho* completa la semejanza con esos pueblos de apartados países, y sus fuerzas, su amor propio salvaje, sus odios y sus pasiones, le conducen hasta el crimen como al arrogante árabe.

II

En el territorio que hemos descrito á grandes rasgos, existen populosas y bellas ciudades, como Tucumán, Córdoba, Santiago, Rioja y San Luis.

En esta última, y ya finalizando el siglo pasado, nació Pascual Pringles, quien muy joven abrazó la carrera de las armas en defensa de la noble causa de la independencia.

Carecemos de datos exactos relativos á los servicios prestados á la patria en el principio de la guerra; pero debieron ser importantes, puesto que en Agosto de 1820 acompañó al protector San Martín, siendo ya capitán, y formó parte de la expedición destinada al Perú, en donde conquistó la inmortalidad.

El episodio al cual debió su celebridad, es el que nos hemos propuesto reseñar.

III

Cuando llegaron al Perú las tropas del bravo general D. José de San Martín, era virrey el general Pezuela, valeroso y buen soldado, pero impotente para contener el movimiento revolucionario, por la fuerza de éste y por el espíritu nacional, contrario al sistema colonial, moralmente arruinado y vencido.

El enérgico y severo general Arenales, operaba con suerte en la Sierra; la escuadra, á las órdenes del caballeresco lord Cochranne, bloqueaba el Callao, y el diestro guerrero San Martín, director de las operaciones, establecía su cuartel general en la parte norte de la costa, excitando con su actitud el entusiasmo de los independientes.

En Chancay estacionaba una pequeña división, y al efectuar el capitán Pascual Pringles con veinticinco granaderos á caballo un reconocimiento de vanguardia, se encontró con el enemigo frente á frente y fuerte de tres escuadrones.

Empéñase el combate: el corto número de patriotas hacía fácil la victoria para los españoles.

Pringles, al frente de sus granaderos, sostiene la retirada; se bate denodadamente, retrocediendo hacia el mar; sus valientes soldados le imitan; muchos caen y sucumben; los caballos, agobiados por el cansancio y por la sed, no pueden caminar; pocos granaderos quedan ya al lado de su capitán. «Rendirnos, — exclama, — jamás», y surge en su mente un pensamiento tan sublime y grandioso como heroico.

Están en la playa, llamada de Pescadores: el mar queda muy cerca; los enemigos los acosan, los rodean, van á tomarlos prisioneros; pero Pringles y sus soldados se arrojan con los caballos al mar, gritando: ¡Viva la patria!

Prefieren honrosa muerte entre las olas antes que entregarse al enemigo.

Tal heroicidad vence al jefe español; le horroriza, como un crimen, la idea de ver morir á tantos valientes; les ofrece capitulación, y con dignas frases consigue que la acepten.

Poco después el Virrey la ratificó y aprobó la conducta del jefe subalterno, más aun, devolvió á su ejército tan noble campeón y San Martín, para premiar tal heroísmo concedió una medalla con este lema:

«Honor y gloria á los vencidos de Chancay».

IV

Algunos años más tarde el terrible *gaucho* Facundo Quiroga, en expedición sobre la Rioja, recorría con trescientos hombres la pampa argentina sembrando el terror y ejerciendo tiránico poder.

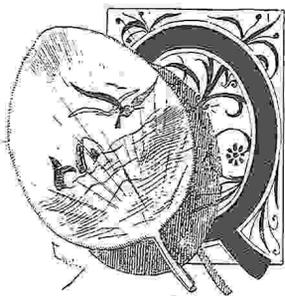
En la villa de Río Quinto encontró al inmortal coronel D. Pascual Pringles; el antiguo capitán de la playa de Pescadores, la defendió con denuedo, pero fué en vano: murió asesinado por las hordas de Quiroga. Su cadáver fué envuelto en la manta del sanguinario jefe, legando á la posteridad su nombre y su heroísmo.



JOSE MORELOS Y PAVÓN

JOSÉ MORELOS Y PAVÓN

I



Qué hermosas, qué lozanas y qué lujosamente ataviadas están las costas del Océano Pacífico!

Aquel sol brillante y esplendoroso baña extraños y frondosos árboles, selvas y montañas; la vegetación se enseñorea por todas partes, con matices tan variados y poéticos que inspiran sencillos regocijos y admiraciones sin fin.

Por entre espesuras vírgenes, se abren paso juguetones arroyuelos que serpentean reflejando los graciosos arbustos de las orillas y aquel cielo claro, límpido, azul, que cobija alfombras de espléndido verdor, bordadas con los mil colores de campestres florecillas, sobre las cuales se posan y aspiran el suave aroma multitud de esmaltadas mariposas, muchas de ellas desconocidas en el Viejo Mundo.

Allá, en el fondo del risueño cuadro, se extienden las mansas y rizadas olas de la bella y segura bahía de Acapulco.

Sobre un peñasco á orillas del mar, se alza orgulloso el castillo de San Diego, construído en 1778 y en donde en 1810 ondeaba todavía la bandera gualda y roja.

En la costa de Acapulco, se destaca el cerro del *Veladero*, inmortalizado por los independientes en 1810 y 1811, así como la sábana llamada desde entonces *Paso á la Eternidad*.

II

El jefe que mandaba las fuerzas patriotas en la Costa del Sur, en Noviembre de 1810, se había presentado dos meses antes al caudillo Hidalgo y Costilla en San Miguel Charo, aldea insignificante cercana á Valladolid, suplicándole le permitiese consagrarse al servicio de la patria y ayudarle en la noble tarea de su redención.

El heroico párroco de Dolores accedió al deseo de aquel hombre singular, autorizándole con documento especial, para que extendiera la revolución por la Costa del Sur. Partió sin más armas ni más pertrechos de guerra para emprender la campaña, que una escopeta y dos trabucos y sin más soldados que un fiel criado. Pocos días después le acompañaban veinticinco hombres armados con escopetas y lanzas: en Coahuayutla se reunió al nascente ejército D. Rafael Valdovinos, siguiendo su marcha con fe y resolución inquebrantable.

III

La noche era bella, clara, poética. La brisa del cercano mar acariciaba suavemente las gallardas palmeras y los altos manglares que forman poético bosque en los alrededores de Zacatula.

¡Noches de los trópicos, noches sin par que inspiran misterioso recogimiento y aspiraciones generosas y grandes!

La luna hacía rielar las ondas con diamantinos destellos, con fosforescentes chispas, y los perfumes de frutos y flores, saturaban la atmósfera.

En aquella soledad, en aquel oasis misterioso se detuvo el genio más culminante de la independencia de Nueva España, el hombre que con admirable sangre fría contrarrestó durante largo tiempo el poder español.

Veámosle en Zacatula; su rostro nos revelará la clara inteligencia del soldado, la serenidad enérgica del héroe que domina y subyuga á la vez por su bizarría y entusiasmo.

En su complexión sana y robusta, en su mirada penetrante y observadora se adivina la fuerza y el valor.

Su estatura era mediana, sus ojos vivos y revelando superior fuerza de voluntad; generalmente cubría su traje con blanco alquicel á semejanzas de temido jefe árabe, y cubría su cabeza con un sombrero de guayaquil, debajo del cual se anudaba un pañuelo de seda blanco, cuyas puntas flotaban sobre los hombros.

El capitán de milicia, Marcos Martínez, de guarnición en Zacatula, y sus soldados y oficiales, vacilaban, temían declararse por la revolución; pero les habló, les exhortó en nombre de la patria y del deber, les pintó con elocuentes frases la noble causa que esperaba su auxilio, y avasallados por aquel hombre insigne, juran compartir con él la gloria ó la muerte. Al grito de ¡viva la independencia!, ¡viva la América libre!, ¡viva Morelos!, se inició en el modesto y antes inofensivo pueblo la célebre campaña del Sur, cuyo centro de operaciones fué el *Veladero* y el *Paso á la Eternidad*.

IV

El ser extraordinario, la gran figura en las luchas de la independencia mejicana, pertenecía también al clero como D. Miguel Hidalgo y Costilla; era por aquellos años de 1810, cura y juez eclesiástico de Caracuaró y Nucupétaro, en donde edificó una iglesia, y como en su vida íntima era modesto y de cortas aspiraciones, reunió alguna cantidad con la cual compró una casa en Valladolid.

D. José María Morelos y Pavón, había nacido en Valladolid hoy (Morelia) el 30 de Septiembre de 1765. Su padre D. Manuel Morelos ejercía el oficio de carpintero, y murió dejando muy niño al futuro y valiente republicano, por lo que su madre D.^a Juana Pavón, careciendo de recursos para que siguiera la carrera eclesiástica, lo puso bajo el amparo de D. Felipe Morelos, y en su casa vivió como atajador en una récua hasta que pudo entrar en el Colegio.

Después de recibir las sagradas órdenes, desempeñó los curatos de Churumucos y Huacana, pasando más tarde á Caracuaró.

El grito de Dolores le hizo estremecer de júbilo y de entusiasmo, y sin vacilar, corrió en busca de Hidalgo, y aceptados sus servicios, levantó en pocos días un ejército formado con aquellos que en cada villa y en cada pueblecito por donde iba pasando, se adherían á la causa de la libertad.

Tecpán, guardado por milicias al mando del capitán realista D. Juan Antonio de la Fuente, fué ocupado por Morelos, sin combate, porque sabiendo se acercaba, unos huyeron y otros se presentaron á engrosar las filas de los libres.

El genio militar del caudillo del Sur, despertaba confianza y entusiasta admiración, y nosotros mismos hemos considerado siempre á Morelos, como el primero de los guerreros mejicanos de la emancipación.

Cuatro hombres, célebres más tarde por su arrojo y lealtad, se unieron en Tecpán á los independientes: los señores Pablo Ternieu, Juan ¹ y Hermenegildo Galeana; al último citado le llamaba Morelos su brazo derecho.

Contaba ya tres mil hombres aquel ejército improvisado en tan corto tiempo, cuando le pasó revista en Coyuca.

De allí siguieron su marcha para el *Veladero*, ocupado ya por setecientos hombres al mando de Cortés y Valdovinos.

V

El primer encuentro con tropas realistas enviadas por el Gobernador de Acapulco, fué curiosísimo, pues las fuerzas de uno y otro bando, creyéndose vencidas, emprendieron la fuga, hasta que un muchacho de los patriotas que asustado se había subido á un árbol, observó la huída de los realistas, y bajó corriendo para avisar á los suyos: éstos volvieron á tomar posesión del campo abandonado.

La campaña del Sur, la alentada actitud de Morelos y la superioridad de su carácter, llamaron la atención del virrey Venegas, y dispuso que numerosas fuerzas de la milicia al mando del capitán D. Francisco París, marcharan á batirlo.

¹ Este regaló á Morelos un cañoncito llamado el *Niño*, de mínimo calibre de á dos: lo había comprado á unos náufragos para hacer salvas en su hacienda.

El 1.º de Diciembre de 1810, fué la primera acción con los independientes; en el Arroyo Molédor, la suerte favoreció á los realistas y sus bien organizadas tropas, reforzadas con otra división á las órdenes de Pareja, alcanzaron mayores resultados el 9 y 10, pero el 13, después de diez y siete horas de lucha, el laurel del triunfo fué de los independientes, retirándose los realistas al punto llamado *Tres Palos*.

Morelos, era arriesgado y tenaz, y reunía á la pericia y al valor, frío cálculo, tranquila reflexión y sagacidad suma: la buena suerte de la última acción le sugirió un audaz propósito.

La obscuridad de la noche favoreció su intento. La sorpresa que meditaba debía efectuarse entre sombras y misterios.

El coronel D. Julián Ávila con seiscientos infantes, marchó por orden de Morelos á *Tres Palos*, cuartel general del enemigo, y empuñó la acción cayendo como un rayo sobre las tropas de París el 4 de Enero de 1811. ¡Viva Morelos! ¡mueran los tiranos! gritaban los soldados patriotas al empuñarse la lucha.

Y aquel ejército que contaba dos meses de existencia, cargó, atropelló y se batió denodadamente, y cuatro horas después, era dueño de seiscientos nueve fusiles, de cinco cañones, un obús, cincuenta y dos cajones de parque, ochenta y tres acémilas con víveres, y diez y nueve con pertrechos de guerra y numerario.

París y Pareja se retiraron hasta Ormetepec, en donde reunieron sus dispersas fuerzas para reorganizarlas y probar de nuevo la suerte que, se empeñaba en proteger al poco antes obscuro sacerdote y ya general victorioso y temido.

El caudillo que en Dolores había levantado el grito de independencia, expresó en las instrucciones dadas á Morelos, que éste debía apoderarse de Acapulco, y el principal móvil del jefe patriota al situarse en el *Veladero*, fué cumplir con aquel importante designio, y para conseguirlo pensó en tomar el castillo de San Diego, llave de la ciudad y del puerto. Un artillero nombrado *Pepe Gago*, se puso en contacto con los independientes y ofreció entregar la fortaleza: la señal convenida era una luz sobre uno de los merlones que dan al grifo. Morelos abandonó la sábana el día 8 de Febrero y se situó en las Higueras.

VI

El silencio era profundo; aun brillaban las estrellas y las sombras de la noche cubrían cerros, ciudad, bahía y fortaleza: en el obscuro conjunto, á corta distancia del castillo, brillaba una luz en el centro de un grupo de soldados patriotas que la defendían del viento.

Nadie contestó á la señal mandada hacer por Morelos.

Éste, sin embargo, avanzó con alguna tropa: al llegar á la puerta del castillo, los soldados se detuvieron, sorprendiéndose del silencio que reinaba y temiendo una traición.

Sintieron pasos y que cautelosamente se acercaban á la puerta. Una voz preguntó por la cerradura, si Morelos se encontraba allí.

El jefe hizo contestar que no.

De repente tronó la artillería sostenida por la escuadra, y los soldados, sobrecogidos por el terror del inesperado y terrible fuego del castillo, intentaron huir.

La voz de Morelos dominaba el tumulto de voces y el ruido del cañón.

Desesperado y colérico ante la inutilidad de sus esfuerzos para contener á los soldados, tuvo un sublime heroico rasgo, propio de su carácter y de su temerario y frío valor.

«Cobardes, — exclamó, — yo les pondré un puente para que pasen», y adelantándose á los prófugos hasta el sitio llamado de los *Dragos*, se arrojó al suelo para cortar la fuga.

Los soldados confusos y avergonzados, levantaron al bizarro general y le rodearon con ternura y cariño.

Había logrado ser para su ejército un profeta venerado y querido: Su superior firmeza y sangre fría avasallaban á los patriotas, y su confianza en él era ilimitada. El general español Calleja, escribía en una ocasión al virrey Venegas: «Este clérigo es un segundo Mahoma».

En aquella funesta madrugada, el capitán Álvarez, que mandó la columna destinada á posesionarse del castillo de San Diego, salió herido de un balazo que le atravesó ambas piernas: un soldado le condujo en hombros al campamento. ¹

¹ El caudillo más tarde de la revolución de Ayutla.

VII

Los jefes españoles, Cosío primero y Fuentes después, enviados por el Virrey, fueron derrotados sucesivamente el 4 de Abril y el 30 del mismo mes.

El 1.º de Mayo, viendo Morelos que por entonces sería difícil conseguir el apoderarse del castillo de San Diego y de la ciudad de Acapulco, reunió en junta á los principales jefes, entre los que se encontraban los intrépidos Galeana, D. Leonardo y D. Miguel Bravo, el padre D. José Antonio Talavera, el capitán Vicente Guerrero, uno de los hombres que adquirió después renombre inmortal, D. Nicolás Bravo, patriota eminentísimo, D. Juan Álvarez ya mejorado de su herida, y otros muchos que con el ejemplo de Morelos, lograron después distinguirse por su patriotismo y por sus servicios á la nación.

El caudillo acababa de recibir la triste noticia de la prisión de Hidalgo y de sus compañeros; pero en vez de causarle desaliento, le prestó nuevo brío.

Con elocuentes palabras, describió á grandes rasgos las victorias alcanzadas, el estado de disciplina y buen orden en que se encontraba el ejército, las ventajas que habían conseguido, posesionándose de toda la Costa Sur, y lo necesario que creía llevar las huestes á diferentes puntos y hasta el corazón del país, á la capital, para completar la independencia.

Puso en conocimiento de todos, los terribles detalles de la prisión de Hidalgo, sirviéndole este funesto suceso, para excitar el entusiasmo y el amor por la gran causa, y concluyó diciendo que era preciso conservar la importante posición del *Veladero*, para lo cual había pensado dejar en su lugar al coronel Ávila, señalando á los oficiales que debían mandar en diferentes puestos.

Contaba para la nueva campaña con poderosos adictos en las poblaciones adonde pensaba dirigirse: todos escuchaban con interés y entusiasmo las palabras del caudillo, y deseaban ser de los que fueran á adquirir nuevos lauros á su lado.

Al día siguiente 3 de Mayo de 1811, salió la columna del regimiento de Guadalupe, al mando de D. Hermenegildo Galeana: la descubierta

llevaba al frente á un joven como de veintiocho años, gallardo, airoso, de nariz aguileña, cabellos y ojos negros: el color de su cutis acusaba origen indígena, y en su rostro se leían el valor y fuerza de voluntad.

Era D. Vicente Guerrero.

Entre un gran grupo de oficiales destacábase Morelos; su semblante animado y la expresión de sus ojos vivos y penetrantes, reflejaban la resolución y la confianza en su empresa.

VIII

El 24 de Mayo y después de haber tenido las tropas independientes algunos encuentros con los realistas, en los cuales éstos fueron vencidos, ocupó el victorioso Morelos á Chilpancingo sin resistencia, y continuó su marcha hasta Tixtla, defendida á la sazón por los comandantes españoles Cosío y Guevará.

El 12 de Agosto de 1811, se encontraba Morelos delante de aquella Ciudad perfectamente fortificada: las tropas realistas y republicanas ansiaban el combate, y el movimiento era general para romper el fuego.

El cielo sonreía, la naturaleza estaba embellecida con vistosas galas, ofreciendo guirnaldas de follaje para el vencedor.

La acción se empeñó; espesas columnas de humo envolvían Ciudad y campiña y se elevaban hasta el firmamento; sitiados y sitiadores se batían con encarnizada bizarría; los ayes de los moribundos, los gritos de la agonía, las voces de mando, se mezclaban con el continuado tronar de la artillería.

Morelos estaba en todas partes; impávido, previsor, resuelto é invulnerable, para la lluvia de balas que caía en torno suyo.

Su valor y serenidad electrizaban á las tropas y á su lado se creían invencibles.

Los realistas no cejaban, pero á pesar de su esfuerzo, éste decayó cuando vieron que el fuego cundía en la población.

El inspirado poeta mejicano Guillermo Prieto, cuenta un episodio curioso de esa jornada: le damos la palabra al venerable escritor.

«Aunque el esfuerzo no minoraba en las tropas insurgentes, se comenzó á notar la escasez de parque, que se hizo más sensible á la caída

de la tarde; en estas circunstancias, empeñóse una vivísima lucha en una batería enemiga. Se distinguía allí por su arrojo temerario, un joven moreno, de ojos rasgados y vivísimos y que reía en medio del asalto, dejando ver su dentadura blanquísima. El muchacho alegre é insolente todo lo animaba, y su alborozo inspiraba ardimiento y placer.

»De repente desaparece de entre sus compañeros, deslízase arrastrando como una serpiente, baja á la cureña contraria, y al ir á dar fuego el artillero, disparóle un tiro, apodérase del cañón, llevando en una mano un saco de pólvora, y lleno de gozo, les grita á sus amigos: «Ya tenemos parque».

IX

En medio del trastorno causado por el incendio, huyeron los realistas y el triunfante general, tomó posesión de la Ciudad, y con ella doscientos fusiles, ocho cañones y gran número de prisioneros.

Guarnecida la nueva presa con ciento cuatro soldados al mando de Galeana, y tomadas algunas precauciones para la defensa de Tixtla, pasó Morelos á Chilpancingo; pero sabedor de que Fuentes se adelantaba á recuperar lo perdido, vuela en auxilio de Galeana, sorprende al jefe, y cuando éste creía fácil apoderarse de la Ciudad, se ve envuelto entre el fuego de ésta y el de retaguardia, que Morelos dirigía desde una colina. A la vista de aquel general, aliéntanse aún más los de la Ciudad y saltan las trincheras; los españoles quisieron morir batiéndose, pero ni aun esta suprema gloria pudieron obtener; fueron dispersos, perseguidos, muertos ó prisioneros.

En aquella gloriosa batalla, cayó en poder de Morelos, José Gago, el traidor del castillo de San Diego, y pagó con su vida la de tantos valientes muertos en las puertas de la fortaleza. Con motivo de aquel nuevo triunfo, decía Morelos:

«Hasta esta fecha 16 de Agosto de 1811, he tenido veintisiete batallas, veintidos ganadas completamente, y en cuatro hice una retirada honrosa».

El vencedor del Sur aborrecía el desorden, y como estaba dotado de recto criterio y justa apreciación administrativa, procedía siempre con

calma y reflexión, sin dejarse llevar de rencores ó de espíritu de venganza.

Tan elevadas condiciones para el mando, inspiraron al historiador Mora el siguiente párrafo:

«Su primer principio fué no hacer variación ninguna en el estado de las cosas, limitándose á relevar á las personas que no le inspiraban confianza, para lo cual nombró intendente y subdelegado; pero la administración de Justicia y la de Hacienda, continuaron en los términos establecidos por las leyes, sin permitir que los comandantes se arrogasen una y otra como sucedía frecuentemente entre los jefes insurgentes que no estaban bajo sus órdenes. Tampoco se permitió á los jefes militares imponer contribución ni molestar á los habitantes con vejaciones arbitrarias, tan comunes en otras partes y que habían hecho odiosa la insurrección».

Por entonces y á pesar del creciente prestigio de Morelos, hubo intrigas y hasta se promovió revolución en la Costa, encabezada por David y Tabarés, comisionados por el general para entablar relaciones con los Estados Unidos; pero que habiéndose encontrado con Rayón, nombrado por Hidalgo y Allende para sucederle en el mando, los hizo ir á Zitácuaro; nombró brigadier á Tabarés y coronel á David, grados que Morelos no quiso reconocer. Coléricos contra el caudillo del Sur, promovieron disturbios y sorprendiendo á Ávila en el *Veladero*, uno llamado Mayo, se hizo jefe de las tropas que allí había: Morelos tuvo noticia de lo ocurrido, y con aquella actividad maravillosa que le caracterizaba, se presentó en aquel punto, sofocó la rebelión, y Ávila volvió á ocupar su puesto. Tabarés y David, fueron muertos secretamente en Chilapa.

Rayón nombró á Morelos, vocal de la Junta de Zitácuaro y Teniente general. Aceptó ambos títulos, pero su carácter independiente y franco, razonado y singular en todo, no podía aprobar que aquella apareciera como representante de Fernando VII, y continuó su campaña sin contar con Rayón ni con la Junta, no descuidando cuanto pudiera ayudar al éxito de la independencia.

Su ejército estaba ya equipado y no admitía aglomeración de hombres que no pudieran estar armados. Había formado regimientos, y para seguir batiéndose, los dividió en tres cuerpos: el primero marchó hacia Oaxaca, mandado por D. Miguel Bravo; el segundo salió para

poseionarse de Tasco, dirigido por Galeana y el tercero con Morelos al frente, marchó á Chautla de la Sal, defendida por el comandante voluntario Musitu, quien tenía cuatro cañones, uno de ellos llamado *Mata Morelos*.

El general patriota alcanzó una vez más la victoria, tomando prisionero al jefe español con doscientos soldados, parque, armas y cañones.

Izacar y otros puntos fueron ocupados por el afortunado general, y Tenancingo lo vió á sus puertas el día 22 de Enero de 1812. Hallábase enfermo y dirigió el combate sentado sobre una caja de guerra; de allí, volvió á Tierra Caliente, y el 9 de Febrero estableció su cuartel general en Cuautla de Amilpas, con más de tres mil hombres.

El pueblo era pequeño, tendido en un llano y abierto por todos lados: en las cercanías se encontraba la hacienda de Buena Vista.

Las fortificaciones eran débiles como improvisadas, siendo por esto mismo más grandiosa la resistencia de Morelos, sitiado por el general Calleja.

El indomable patriota contaba con leales y atrevidos auxiliares, entre éstos, el cura Matamoros y el esforzado Galeana.

Un día, queriendo Morelos juzgar por sí mismo de las fuerzas enemigas, determinó hacer un reconocimiento: el bravo Galeana lo desaprobaba, pareciéndole no era prudente que el general se expusiera sólo con la escolta, y llegara hasta cerca del campamento contrario.

«Déjeme V., Galeana: sólo voy al Calvario á reconocer con mi antejojo al enemigo». ¹

Y montando á caballo se alejó.

X

Cortos momentos habían pasado, cuando tronó la artillería emboscada por el general Calleja.

El grito dado por los vigías de «nos cogen al general», aterró á los patriotas; quisieron volar en su auxilio: sus soldados que lo adoraban y se creían invencibles por él, resolvieron morir ó salvarle.

¹ Bustamante: *Cuadros históricos*.

Morelos, en aquel instante supremo, se batía con crecido número de enemigos y con indescriptible arrojo: una granizada de balas, dispersó su escolta, y pocos pero muy pocos, quedaban á su lado.

«Muchachos, — exclama, — no corráis, que las balas no se ven por la espalda».

Los realistas cercaban su presa, la creían segura.

De repente Galeana aparece en medio de ellos: derriba, dispersa, mata y hace huir á los que cercaban al heroico Morelos; se había salvado. Cuando regresaron al cuartel general, los soldados lloraban de alegría; milagrosamente lo habían recobrado.

El combate del 9, fué terrible y sangriento: por tres veces fueron rechazadas las tropas de Calleja, dejando en el campo numerosos muertos, armas y prisioneros.

Parece fabulosa aquella resistencia de sesenta y tres días, en la cual cortadas las comunicaciones, suplía á éstas la inventiva de Morelos: ella proporcionaba víveres, improvisaba recursos, creaba fortificaciones y atendía á todos con inflexible tesón; aquel hombre siempre sereno, siempre contento, vigilante, previsor y sagaz, entusiasmaba al soldado y le hacía llevadera la difícil situación con su propio ejemplo; participaba de las privaciones del hambre, de la sed, con indiferente perseverancia; convertía en fiestas y regocijos, todo aquello que en los campamentos es sombrío y terrible; celebraba la muerte gloriosa de cada soldado, alentando el espíritu de los que sobrevivían.

En una salida se apoderaron del Calvario: los combates eran incesantes; peleaban á todas horas; no tenían tregua ni descanso.

Calleja estaba admirado de aquel heroísmo, y viendo que el asedio se prolongaba sin obtener más resultados que continua disminución del ejército, envió á los sitiados un comisionado, proponiendo indulto para Morelos, Galeana y Bravo.

El jefe independiente escribió al reverso del papel del general español: «Otorgo igual gracia á Calleja y á los suyos».

XI

El general español había agotado todos los recursos, que se estrellaban ante el brío de aquellos hombres, los cuales ni aun por hambre se rendían, que tan absoluta era la escasez de víveres, que se alimentaban con los animales más inmundos.

Calleja estaba enfermo física y moralmente, pues su valor y su reputación militar, perdían su prestigio en Cuautla.

Sitiados y sitiadores tenían igual tesón y bizarría, pero viendo Morelos que era imposible resistir más, evacuó Cuautla en la noche del 2 de Mayo y rompió la línea enemiga, dejando la artillería y enfermos: el infatigable Galeana mandaba la vanguardia, Morelos el centro y el capitán Anzures la retaguardia.

Un soldado realista gritó: «¿quién vive?» y aun cuando el infeliz pagó con su vida, fué la señal de alarma, y los patriotas se vieron envueltos en una tempestad de balas; batiéndose y con serenidad imperturbable, efectuaron la gloriosa retirada, digno epílogo de aquel episodio brillante.

XII

Morelos, durante el mes de Mayo permaneció en Chautla, enfermo de resultas de la caída en una zanjá, pero poco después emprendía otra vez su carrera de triunfo. En Huajapam, derrotó al jefe realista Caldelas, tomando catorce cañones, armamento y muchos prisioneros.

En Tehuacán, hizo reclutamientos, regularizó el ejército y le instruyó secundado hábilmente por el cura Matamoros y D. Nicolás Bravo, quien en San Agustín del Palmar, tomó un convoy conducido por don Juan Labaqui: el jefe realista fué muerto en la pelea, y su espada presentada por Bravo á Morelos. Osorno, había tomado Pachuca y cuantioso botín, y Morelos que había salido de Tehuacán para recibir la parte que le correspondía, atacó al regresar á un convoy, pero fué

batido por los realistas en *Ojo de Agua*, y volvió con los dispersos á su cuartel general.

El 29 de Octubre de 1812, se apoderó de Orizaba, aun cuando se defendieron como buenos, el jefe Andrade y sus soldados.

En aquel punto ocurrió un curioso episodio. Un joven nombrado Santa María, había sido sentenciado á muerte, porque infiel á su bandera, se había pasado á los realistas, así como el capitán Melgar.

El primero estaba para contraer matrimonio, y su novia, agobiada por el dolor, se atrevió á pedir su vida á Morelos; éste inexorable para las faltas de lealtad á la gran causa, leyó la solicitud y puso al margen: «Escoja otro novio más decente».

Trasladóse Morelos á Tehuacán, y desde allí reunido con las tropas de Matamoros y de D. Miguel Bravo, marchó contra Oaxaca, población bien fortificada y guardada por dos mil soldados.

El 24 de Noviembre de 1812, llegó Morelos al frente de la ciudad: al día siguiente después de haber intimado la rendición y ser rechazada ésta por los defensores de la plaza, empezó el fuego de artillería; se formalizó el ataque y dos horas después estaba aquella en poder del vencedor: á las dos de la tarde se encontraba Morelos en la plaza mayor; cuatro jefes realistas fueron pasados por las armas y exhumados los restos de varios patriotas, se les hicieron suntuosas honras fúnebres.

La guerra adquirió mayor impulso con el inmenso botín recogido en Oaxaca, ocupándose Morelos activamente de la disciplina y organización del ejército, sin que el Virrey lo hostilizara, ni procurase impedir el aumento de fuerzas y los preparativos para empresas de mayor magnitud, cual eran la toma de Puebla y Méjico.

¿Qué causa motivó la apatía del Virrey? ¿Cómo sus tropas permanecieron en la inacción, dando tiempo al victorioso caudillo para cubrir sus bajas y reforzar su ejército?

La historia juzgará y con severa rectitud dará su fallo.

Acertadísimo Morelos en todas sus campañas, no lo estuvo al abandonar su prodigioso plan de operaciones contra Méjico: tal vez su nombre y sus victorias, habrían asegurado un éxito decisivo y entonces los acontecimientos variando de rumbo, no hubieran tenido consecuencias tan terribles y funestas.

XIII

El 7 de Febrero de 1813, salió Morelos de Oaxaca, y el 26 de Marzo, llegaba á su famoso campamento *Paso á la Eternidad*, decidido á poner sitio á Acapulco hasta tomar la ciudad, la que, en 12 de Abril, cayó en su poder, pero no así la fortaleza, que se resistió durante cinco meses y capituló cuando los sitiados vieron que era inútil la resistencia, pues dueño Galeana de la isla Roqueta, tenían cortados los víveres y la comunicación.

La Junta de Zitácuaro, aun cuando por aquel tiempo había hecho grandes servicios á la causa de la libertad, no tenía, sin embargo, la cordura y sensatez necesarias para dominar, en interés de la patria, las mezquinas, pero enconadas rencillas que se agitaban en su seno, por lo que, Morelos, convocó el primer Congreso mejicano, que debía reunirse en Chilpancingo, y en el cual tomaban parte los miembros de la Junta de Zitácuaro.

El Congreso reconoció en 15 de Septiembre á Morelos, como el primer Jefe del ejército y depositario del Poder ejecutivo: al aceptar, significó que si llegaban tropas extranjeras, no se habían de acercar al lugar residencia del Congreso. Que en caso de su fallecimiento había de tener el mando el jefe de mayor graduación, sin romper la unidad del ejército ni del Gobierno: que el Congreso no le había de negar recursos y auxilios, sin exceptuar á clase alguna del servicio militar.

Prestó el juramento de defender la religión, la pureza de María Santísima, los derechos de la nación mejicana y desempeñar lo mejor que pudiera el cargo que se le confería.

Rehusó el título de Alteza, y se dió á sí mismo el de *Sieruo de la Nación*. Decretó el Congreso, la independencia, en 6 de Noviembre de 1813, por medio de un notable documento redactado por D. Carlos María Bustamante.

Ordenó Morelos la libertad de los esclavos; abolió la distinción de castas, el tributo; prohibió los juegos de naipes y de azar; eximió á los americanos de pagar las deudas á los europeos, y extinguió los estancos de cobre y pólvora.

XIV

Creyendo conveniente establecer en Valladolid el asiento del Congreso, marchó contra aquella ciudad, y con cinco mil hombres, treinta cañones, municiones y pertrechos, se presentó en las lomas de Santa María, intimando la rendición, y pasado el término de tres horas, intentó tomar un fortín cerca de la Garita del Zapote; pero reforzados los realistas, tuvieron que abandonarlo los republicanos.

Una estratagema dió el triunfo á los sitiados.

En la noche del 24, salió Iturbide de la plaza con ciento noventa hombres de caballería y otros tantos de infantería á la grupa de los caballos, y penetrando en el campo insurgente, logró que se batieran los patriotas entre sí, sembrando terrible confusión, y que se dispersaran sin atender á la voz de los jefes.

Las pérdidas fueron tan grandes, que no sólo quedaron en el campo materiales de guerra, dinero, pertrechos, reunidos en tantas victorias, sino que hasta la fe, el entusiasmo y la confianza, quedaron sepultados en Puruarán, lugar en donde Morelos esperó á las tropas vencedoras que le perseguían para hacerles frente con los restos de sus tropas; pero allí se completó el desastre: todo cayó en manos de los realistas, y desbandado el resto del ejército y preso Matamoros, siguió Morelos para la hacienda de Santa Lucía.

XV

Lo mismo en la vida de las naciones que en la de las individualidades, hay una época, límite de su esplendor, y cuando éste llega á su más culminante cima, el descenso es rápido y desastroso, acumulándose los acontecimientos para acelerar la ruina.

Por primera vez sintió Morelos la helada brisa de la amargura y del desaliento: sus aspiraciones, sus hermosos planes, la libertad para su patria, el presente y el futuro, naufragaban en el mar de la adversidad.

El general atrevido, afortunado y valeroso, andaba errante recogiendo los desbandados restos de su ejército.

Todos los dolores le abrumaban á un tiempo: el Congreso huía de Chilpancingo, y Matamoros era fusilado en Valladolid, por más que el héroe en cien combates propusiera un cange al Virrey para salvarlo.

En 24 de Febrero de 1814, salió Morelos con sesenta hombres, y trescientos desarmados, para escoltar y defender al Congreso: en el rancho de las Ánimas le sorprendió el enemigo: archivos, equipajes, todo se perdió, y con dificultad logró salvarse y llegar hasta Acapulco.

La fortuna abandonaba al que por tan largo tiempo fué su predilecto.

Desde el pie de la Cuesta ordenó á Montes de Oca incendiar la ciudad, y perseguido de nuevo, se retiró á Tecpán: infatigables los realistas, destacaron ochenta infantes y cincuenta caballos para prenderlo; pero el heroico patriota intentó rehacerse en Alijo, Estado de Michoacán, y se fortificó empezando á reclutar gente y á organizar el ejército con animosa perseverancia. Allí estableció una maestranza, y poco después, con trescientos hombres, se unió al Congreso con generosa abnegación y olvidando que le habían destituido del mando civil cuando huía vencido, concediéndole únicamente el militar.

En Junio tuvo noticia de la muerte de D. Hermenegildo Galeana, y con profunda tristeza exclamó: «Acabaron mis dos brazos; ya no soy nada».

XVI

El 22 de Octubre de 1814, se sancionó en Apantzigán el Código constitucional, firmándolo Morelos como diputado que era del nuevo reino de León, y el 24 firmó también el acta de independencia, por ser miembro del Poder ejecutivo.

Su nuevo cargo le inutilizaba para el mando militar, y sólo en instantes de supremo riesgo, podía ponerse al frente del ejército: ese momento supremo llegó.

Iturbide se adelantaba á marchas forzadas para sorprender al Congreso: éste huyó á Puruarán, pero como Tehuacán presentaba condiciones de mayor seguridad, determinó aquella corporación, que Morelos

pusiera en ejecución el difícil proyecto, pues tenían que salvar ciento cincuenta leguas sin víveres ni medios de transporte y atravesando por lugares ocupados por tropas enemigas.

Morelos pudo reunir mil hombres, pero sólo quinientos armados con fusiles, entre ellos los soldados que componían la escolta del Congreso, mandada por Lobato.

No contaban más que con dos cañones, y los archivos, municiones y equipajes, aumentaban la dificultad de aquel largo trayecto.

Nombrada una junta subalterna en la provincia de Valladolid, para que ejerciera todos los poderes ínterin duraba la ausencia del Congreso, emprendía éste la aventurada peregrinación, dispuesto á toda clase de privaciones como lo requerían las circunstancias.

Los realistas tuvieron noticia inmediatamente del proyecto y de la marcha de Morelos, y Calleja tomó sus disposiciones para asegurar la importante presa: Morelos debía pasar el Mescala, y hacia ese punto se dirigieron gran núcleo de tropas formando extensa línea, siendo el plan de operaciones tan hábilmente combinado, que era imposible se frustrara: el valeroso jefe independiente había tomado también precauciones para que en diferentes puntos le preparasen raciones y no supieran los realistas cuál había de ser el paso para la orilla opuesta; pero el capitán Ortiz de la Peña dió el aviso de que los independientes pasarían por el vado de Tenango.

Á ese punto se dirigió D. Manuel de la Concha á marchas forzadas.

El día 2 de Noviembre llegó Morelos, pero como no encontró las balsas y el tiempo apremiaba, mandó incendiar el pueblo, y después de fusilar al capitán de los realistas, vadeó el río, y el 3 estaba en Tesmalaca, á seis leguas de Tenango.

La tropa estaba agobiada de cansancio, y Morelos, siempre solícito, la concedió un día de descanso.

XVII

El día 4, á las nueve de la mañana, Concha, que había acelerado sus movimientos y vadeado el río á las once de la noche anterior, se presentó al frente de la retaguardia de Morelos, que marchaba para un pueblo llamado Coesala.

La vigilancia de Morelos no se había desmentido un solo instante durante el prolongado viaje, velando por aquellos que se habían puesto en sus manos y proporcionándoles cuanto les era necesario.

Parque, archivos, mujeres y niños, marchaban en carros hacia Tehuacán; los demás caminaban formados, á ración de soldado y acampando al raso.

Aquella mañana, Morelos, al hacer un reconocimiento, se encontró frente á frente con el enemigo.

No vaciló: hizo adelantar á los diputados y bagajes, y ocupó con escasas fuerzas la colina para protegerlos hasta el último momento: los realistas lo envolvían por todas partes y el fuego era vivísimo.

Con los cuerpos mandados por D. Nicolás Bravo,—fiel siempre,—por Lobato y el que estaba bajo sus órdenes, empeñó la acción, batiéndose con temerario valor; pero derrotada el ala derecha, exclamó:

«Todos á escoltar el Congreso; que yo muera, nada importa».

Gran número de soldados independientes huían, Morelos quedó con pocos, y aun así, defendiéndose sin tregua: sintió vacilar á su caballo; el noble bruto estaba desgarrado á balazos y no podía sostenerse más: cayó. Morelos, impávido, aun cuando se considerase perdido, dijo: «Pronto se cansó este caballo y anduvo bien poco».

Las vidas de aquellos pocos que aun quedaban á su lado, preocuparon al héroe; siempre abnegado y siempre sacrificándose por los demás, les ordenó que se salvaran como pudieran.

Intentó quitarse las espuelas. Sin ellas podría huir, y quien sabe si aun ser útil á la buena causa; pero el capitán de realistas Matías Carranco, miserable desertor de las tropas de Morelos, lo alcanzó con su gente: «Señor Carranco, parece que nos conocemos», — dijo irónicamente el caudillo.

XVIII

En Tenango fueron á visitar al prisionero los jefes realistas Villasana y Concha. ¿Qué hubiera V. hecho con nosotros, — le preguntaron, — en el caso de habernos cogido?

«Darles dos horas para prepararse y fusilarlos después», — contestó friamente Morelos.

Cargado de grillos, fué conducido á Méjico, escuchando en el tránsito groseros insultos, fanáticas inventivas, siendo objeto aquel hombre tan superior, tan grande por su heroísmo y por su amor á la patria, del escarnio de varios, de la piedad y de la admiración de muchos.

A los jefes y tropas que hicieron la importante captura, les recompensó el Virrey con largueza y les dió ascensos y honores.

Morelos, preso, degradado por la Inquisición, que le acusaba de herejía, de mala conducta, de perturbador de la tranquilidad pública y de haber faltado á Dios y al rey, fué enérgico y sublime, hasta el postrer instante de su vida.

Cuenta el venerable escritor mejicano D. Guillermo Prieto, que encontrándose Morelos en los calabozos de la Inquisición, hubo un hombre generoso que intentó salvarlo: el cirujano Francisco Montes de Oca, llegando hasta ofrecerle sus modestos ahorros.

«Amigo mío, — contestó enternecido el preso, — es muy fácil cosa averiguar que V. me ha sacado, pues entra y sale por razón de su destino, en estas cárceles: usted tiene familia, y de consiguiente, dentro de poco es perdido con ella».

Y como insistiera, añadió: «No permita Dios que yo le cause el menor daño: déjeme morir, y en mí terminará todo».

XIX

El heroico hijo de Anáhuac nada negó al ser interrogado: si había levantado el estandarte de independencia, era porque el propio Fernando VII se había degradado, entregando España como un rebaño de ovejas;¹ que en virtud de represalias había fusilado y quemado poblaciones; que se había abstenido de decir misa, creyéndose irregular para ello, y que si la revolución causaba males y acarreaba perjuicios, eran naturales en todas las guerras.

El odioso y odiado tribunal de la Inquisición, le condenó á que asistiera á su auto de fe con traje de penitente, con sotanilla y vela verde, á que hiciera confesión general y ejercicios, y en el caso de que se le

¹ El caudillo mejicano juzgaba con justo reser'o criterio y sabia lógica.

hiciera gracia de la vida, á reclusión perpetua en Africa, bajo las órdenes del Inquisidor general.

Asistió Morelos, *sentado en un banquillo sin respaldo, obligándole hiciera protesta de fe, y que arrodillado recibiera azotes con varas.*

Conducido al altar mayor y revestido con los ornamentos sacerdotales, fué después despojado de ellos por el obispo de Oaxaca, sin que se alterara su pasmosa serenidad ni digna actitud.

Dice Ribera Camba, en el tomo segundo de su libro *Los Gobernantes de Méjico*, que, únicamente al restregarle las manos, se deslizaron por sus mejillas algunas lágrimas.

El Virrey, conforme con el dictamen del Auditor, sentenció á Morelos á la pena capital, pero sin aceptar fuese cortada la cabeza ni la mano derecha, pedido por el fiscal.

XX

El 22 de Diciembre de 1815, salió para la villa de Guadalupe, en el coche del coronel D. Manuel de la Concha, con el Padre Salazar y un oficial.

De Guadalupe siguieron para el pueblo de indios, San Cristóbal Ecatepec, sitio designado para la ejecución.

El mártir de la libertad se encerró con el Padre Salazar, y en aquel solemne instante, imploró al Dios de la justicia y elevó sus preces hasta la misericordiosa Majestad.

Con rostro sereno escuchó el redoble que anunciaba su próximo fin.

Se levantó con poderosa fuerza de voluntad, sin que los grillos le hicieran vacilar, y llevando en la mano al Crucificado, se puso en marcha, despojándose antes de su capote y vendándose los ojos.

Pocos momentos después, yacía tendido, bañado en sangre el leal y decidido patriota, el que dió forma al Gobierno independiente, el que creando ejércitos y hombres, llevó la bandera de victoria en victoria, legando á las edades futuras la página más gloriosa de la independencia mejicana, y una de las más grandes y bellas de la historia de América.

ALEJANDRO PETIÓN

I



OR los años de 1768 á 1769, vivía en Port-au-Prince (Haiti), un colono nombrado Savés. La pasión ó el capricho le inclinaron á una joven y hermosa esclava que, respondiendo á su amor, se unió á él con los lazos de la más tierna intimidad. Fruto de ésta, fué un niño nacido en Abril de 1770, á quien bautizaron con el nombre de Alejandro.

Privado del apellido de su padre y no teniéndolo Ursula su madre, tomó el que el cariño de su madrina le otorgaba por sobrenombre, *Petitot*, transformado más tarde en Petión y que ha quedado como un timbre en la historia haitiana.

Era el niño arriesgado, inteligente, y como educado bajo régimen de la colonia y en falsa posición social, partidario de campo más vasto de acción; de libertades para el pensamiento y de la autonomía de los pueblos.

No tenía aún veinte años cuando ya se distinguió el patriota etíope por sus ideas revolucionarias, y fué principal actor en conspiraciones y pronunciamientos. Nada debía á la raza que imperaba en su patria, sino la desgracia de su madre. Su padre, el orgulloso colono, le había dado por única muestra de amor paternal el oficio de herrero; éste no le satis-

facía porque aspiraba á mucho más. Vacilando en sus inclinaciones, fué platero y después soldado raso en los cazadores de milicia.

Su amor á la libertad le hizo abandonar más tarde las alegres florestas y los bosques de Haiti, para sentir en Francia las emociones de otra vida más agitada y los variados y tumultuosos choques del ciclón revolucionario, que redujo á ruínas el trono de los francos y destruyó para siempre las fortalezas y baluartes en donde el pensamiento se reducía á la nulidad,¹ y las rejas y calabozos, que eran la mordaza para los descontentos ó atrevidos campeones de la justicia y del derecho.

II

La patria de Toussaint Louverture, estaba gobernada por este sublime negro, que había desplegado en la guerra contra los colonos y sus aliados los ingleses, un acierto y un valor que le conquistaron fama universal.

Poseía este notable jefe brillantes cualidades militares, y su entereza y virtudes merecieron del general inglés Maitlan, ostensibles demostraciones de aprecio y admiración, cuando en 9 de Mayo de 1798 celebró el tratado con el bravo caudillo de los negros y reconoció la independencia de la colonia francesa. Civil y militarmente fué Toussaint Louverture, un hombre superior, dotado de singular perspicacia y de admirable espíritu de progreso.

Un ejército respetable (sesenta mil hombres) estaban en pie de guerra, y cuanto la lucha había paralizado y destruído, renacía y se desarrollaba bajo la bienhechora influencia de aquel patricio valiente, modesto, enérgico y amante de la justicia y del orden. Convocada una asamblea, á ésta sometió un proyecto de constitución, que fué aprobado y promulgado en 1.º de Junio de 1801: según sus bases, quedaba Haiti, si bien bajo el poder francés, regido por leyes especiales y gobernado por una autoridad superior vitalicia. Es decir, Toussaint Louverture; embozadamente, hacía libre á su patria y la colocaba bajo el protectorado de la Francia; cuando fué elegido gobernador reconoció la soberanía francesa, solici-

¹ La Bastilla era la prisión de los reos políticos.

tando á su vez, se aprobara por el primer cónsul el sistema de gobierno establecido en Haiti, que á la sazón y bajo el mando del animoso negro había alcanzado paz, progreso y riqueza.

III

Napoleón Bonaparte, llevado de su ambición y sed de dominio, envió á Santo Domingo al general Leclerc á la cabeza de veinticinco mil hombres, con una escuadra de veintiseis navíos de guerra y numerosos transportes. Alejandro Petión, ya coronel, formaba parte de aquel ejército que tan alta fama conquistó en el Rhin. El futuro emperador había empleado promesas liberales, palabras suaves y engañosas, hasta conseguir se prestase Petión á cooperar en aquella expedición que tuvo tan funestos resultados para su patria.

Leclerc llevaba órdenes secretas; era preciso que Santo Domingo volviera á ser colonia, restableciéndose la esclavitud y exterminando á Louverture y á los jefes que le habían ayudado en la noble empresa de tranquilizar aquel pueblo y darle orden y prosperidad.

Las proposiciones de Leclerc para rendir la plaza, fueron rechazadas por Enrique Cristóbal, que ejercía el mando en Cabo Francés en ausencia del gobernador Toussaint, y quien, no pudiendo defender la ciudad, prefirió reducirla á cenizas incendiándola y retirándose al interior.

IV

Comenzó la lucha. Los haitianos defendieron la libertad y la constitución con generoso y bélico ardor: aquellas huestes veteranas y vencedoras en cien combates se estrellaban ante la constancia de los negros que, aun derrotados, continuaban hostilizando desde los bosques ó guarecidos en las altas montañas.

La desesperación llegó á su colmo, cuando Leclerc proclamó de nuevo la esclavitud y agobió cruelmente á los infelices negros y mulatos sin más derecho que el de raza, por lo que más sangrienta y constante se

empeñó la resistencia, y aun cuando la superioridad de fuerzas obligó á los principales jefes á someterse á los franceses, no por esto se extinguió el espíritu de rebelión.

Preso el infeliz Toussaint Louverture, fusilados los que intentaron salvar á su valeroso jefe, fué éste conducido á Europa y encerrado en el castillo de Joux en un estrecho calabozo, con un criado único que le acompañó en su cautiverio.

Más tarde Louverture, tuvo por encierro en Besançon una torre lúgubre y helada: la idea de la muerte sería para el infeliz cautivo el anhelado puerto ó el áncora de salvación. ¡Inexorable destino!

El frío del invierno, el hielo terrible de la desventura, abatió el vigoroso organismo del hijo de los trópicos, y ya cuando los rigores de la estación habían pasado y las tibias brisas de primavera penetraban á través de las rejas del torreón, encontró en la tumba el anhelado reposo.

¡Pobre mártir! ¡pobre redentor de su raza! su muerte debió pesar como losa de plomo sobre el corazón de aquel que, años más tarde, solitario también después de haber sido soberano y árbitro de Europa, se extinguió allá en el peñasco de Santa Elena.

V

Lector, dispensa si apartándonos del principal objeto de este bosquejo, nos hemos ocupado en recordar la vida de un hombre digno de otra recompensa y merecedor por sus cualidades de suerte menos infausta. ¡Tenía el rostro negro, pero la conciencia blanca y el corazón de oro!

Petión y Dessalines vengaron á Louverture. La guerra continuó sin cuartel. Leclerc sucumbió de la fiebre amarilla en la isla de la Tortuga y Rochambeau le sucedió. Meses más tarde, acosado por los negros y no recibiendo auxilio de Francia, siendo imposible toda resistencia, vióse obligado á capitular, saliendo de Cabo Francés durante la noche y cayendo en manos de la escuadra inglesa.

Los restos de aquel brillante ejército del Rhin fueron prisioneros de la Inglaterra hasta la caída de Napoleón. De tantos miles de hombres

que orgullosos y seguros del triunfo habían pisado el suelo dominicano, sólo volvieron á su patria algunos de ellos.

El resultado de aquella expedición fué desastroso para la Francia. Sin embargo, los negros vencedores fueron generosos para sus antiguos colonos.

«Propietarios de Santo Domingo, — exclamaron, — que vagáis en los países extranjeros proclamando nuestra independenciam; nosotros no os prohibimos entrar en posesión de vuestros bienes; lejos de nosotros este pensamiento injusto: sabemos que hay algunos hombres que han abjurado sus antiguos errores, renunciado á sus locas pretensiones y reconocido la justicia de la causa porque vertemos nuestra sangre desde doce años atrás; trataremos como hermanos á los que nos aman: pueden contar con nuestra estimación y con nuestra amistad y volver á vivir entre nosotros».

El 1.º de Enero de 1804, se proclamó solemnemente la independenciam de Haití, y el general Juan Jacobo de Salines fué el primer gobernador vitalicio del Estado.

En 1807, ascendió Petión á la presidencia y después fué reelecto dos veces: su valor, sus virtudes y carácter desinteresado y generoso le dieron popular prestigio, llegando á ser un semidiós para los haitianos.

En todo demostró su culto por la patria: la instrucción pública, el comercio, la industria, la agricultura, todos los ramos de riqueza, todas las reformas sociales, encontraron en Petión extenso apoyo y poderoso impulso. La habilidad del hombre de Estado y del austero legislador, sobresalían en el presidente haitiano; su carácter era franco, firme, digno y recto; amantísimo de la inteligencia y del mérito, los premiaba y protegía, y con entusiasta empeño y generosa eficacia prestó á Bolívar, armas, pertrechos de guerra, benévola acogida, cariñosa hospitalidad. ¡La libertad de Venezuela tuvo en Petión bienhechor auxiliar!

«¡Que Dios proteja vuestra empresa!», decía el jefe haitiano al futuro Libertador, abrazándole en Port-au-Prince.

VI

El decreto de abolición de la esclavitud, dado en Venezuela el 6 de Julio de 1816, respondió al íntimo deseo de Bolívar y á la promesa hecha á Petión.

Posteriormente se ratificó aquel decreto en el artículo 2.º del de 14 de Mayo de 1818, y después decía Bolívar en 1819 al dar cuenta al Congreso de sus actos durante la dictadura.

«Yo abandono al Congreso, á vuestra soberana decisión, la reforma ó revocación de todos mis estatutos y decretos; *pero imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la república*».

El pueblo haitiano reconoció y admiró siempre el gran carácter del supremo magistrado *padre de la patria*, y en 1816 fué elegido de nuevo y á perpetuidad para presidente de la república.

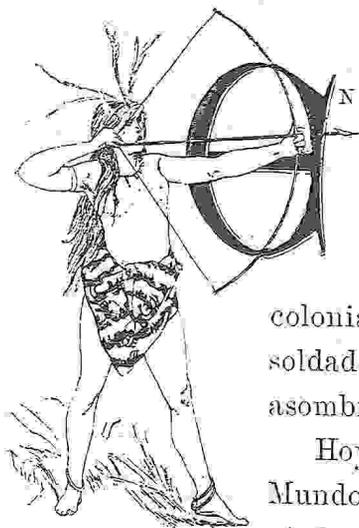
Alejandro Petión dejó de existir el 21 de Marzo de 1818.

Su patria no guarda sus cenizas. El amor ¹ las hizo trasladar á tierra francesa, y reposan en elegante monumento en el cementerio del Padre Lachaise.

¹ La señora Fayo, amada de Petión.

JOSÉ ANTONIO PÁEZ

I



En esa famosa nueva era, que se iniciaba desde principios de este siglo en el Mundo de Colón, en aquella época en que sólo la Francia había osado lanzar su reto á los reyes, levantando en sus robustos hombros la diosa Libertad, los pueblos colonias de la nación española vieron brotar de su seno soldados y hombres, que con sus hazañas y patriotismo asombraron al universo.

Hoy yacen en el sepulcro los Viriatós del Nuevo Mundo, los espartanos del siglo XIX, los genios privilegiados, los grandes de espíritu, los ricos de nobilísima gloria y los sedientos de grandezas futuras para América.

II

El 13 de Junio de 1790, nació José Antonio Páez, en humilde vivienda cercana al pueblo de Acarigua, en los llanos de Araure, provincia de Barinas. « Mi padre servía de empleado al Gobierno Colonial en el ramo de estanco de tabaco, establecido entonces en la ciudad de Guanare de la misma provincia, y residía allí para el desempeño de sus deberes,



JOSÉ ANTONIO PÁEZ

lejos con frecuencia de mi excelente madre, que por diversos motivos jamás tuvo con sus hijos residencia fija». ¹

En el pueblo de Guama había una pequeña é insignificante escuela, como lo eran en general las de época tan atrasada, aun en grandes poblaciones, y á ella enviado por su madre, concurrió Páez durante algún tiempo, cuando contaba apenas ocho años, según él mismo refiere.

Poco después un cuñado suyo le tomó á su cargo, dedicándolo á la siembra de cacao, y más tarde en compañía de un pariente y de otro hermano, pasó á la ciudad de San Felipe, permaneciendo en ella algún tiempo.

III

En pocos años se había transformado el niño en hombre; era ágil, aficionado á la caza, resuelto y valiente.

Un día regresaba de Cabudare con fuerte suma de dinero que le habían entregado para su padre: la soledad era completa: lo agreste y exuberante de la vegetación deleitaban, sin duda, al joven viajero, y al buen paso de sus mulas se acercaba al término de su jornada, cuando se vió asaltado por cuatro hombres que intentaban robarle.

Llevaba consigo un par de pistolas, precaución aun hoy muy en uso para atravesar las soledades americanas, y con ellas mantuvo á distancia al primero que le amenazaba con machete en mano.

Rayaba José Antonio Páez en los diez y siete años, y su edad no era para imponer respeto á los agresores, que resueltos se adelantaron hacia el joven.

Páez, viéndose acometido, retrocedió para dejar espacio entre él y su adversario, y disparando una de sus armas, dió en tierra con el principal bandido: los otros emprendieron la huída al ver muerto á su compañero, internándose en el bosque; el animoso mozo, continuó su viaje hasta llegar sano y salvo á su modesta casa, no sin la natural preocupación y terror que le causaba haber cometido un asesinato, aun cuando fuera en defensa propia.

¹ Palabras del general Páez: *Anales de Venezuela*.

Días después, estaba Páez convertido en ganadero en las hermosas pampas del Apuré: asustado y temeroso por lá involuntaria muerte del bandolero, huyó de la casa paterna y entró al servicio del rico hacendado D. Manuel Pulido, en el hato de la Calzada, ¹ situado en las frescas orillas del Apuré.

Ya se cernía la tempestad revolucionaria; ya Venezuela adivinaba, veía destacarse y crecer la figura del ínclito Bolívar; ya el primer grito de emancipación había llegado hasta los verdes campos en donde Páez apacentaba su ganado: el genio sólo necesita un instante para revelarse en todo su esplendor; el mancebo dirigió una rápida y desdeñosa mirada en torno suyo; comprendió su pequeñez, y desconocida sensación embargó su ser.

Deslumbrado por radiantes horizontes, veía en lontananza triunfos y glorias, y abandonando el humilde cayado, empuñó la lanza y se alistó en las milicias de Barinas. De soldado ascendió en breve á sargento, y el comandante español Tiscar, satisfecho de sus aptitudes militares, le extendió el despacho de capitán.

V

Pero la patria necesitaba corazones y brazos; y Páez, desechando el ascenso en las filas españolas, se unió á las guerrillas del teniente coronel Pulido, su antiguo amo, y empezó á distinguirse y á prestar grandes servicios en la caballería; pero al ocupar las tropas de Yáñez la provincia de Barinas, cayó Páez prisionero, y puesto en capilla, las balas españolas iban ya á borrarle del libro de los vivos, cuando un generoso español llamado Escutasol, rescató por seiscientos duros aquella existencia que tantos lauros iba á cosechar. Sin embargo, no alcanzó la libertad, sino cuando temerosos los realistas por la victoria de los patriotas en Araure, abandonaron la plaza.

¹ Haciendas.

VI

El afortunado guerrillero se encontró poco después en la acción de Estanques, en donde persiguió á los realistas, hasta alejarse á gran distancia de los suyos y verse rodeado de enemigos: fingiéndose jefe de un cuerpo de jinetes, empezó á dar órdenes como si quisiera envolver á los que huían, ¹ y con esta estratagema logró aumentar la confusión y tomar armas y prisioneros, que condujo al campamento patriota para engrosar las filas del ejército.

Desde esta época empezó á señalarse por su valor y carácter, y por la fabulosa fortuna que le acompañaba en las arriesgadas empresas de la campaña.

La batalla de *Mata de la Miel*, en la cual los trofeos fueron numerosos, es una de las que le conquistaron la confianza y la atención de Bolívar, y en la cual ganó el ascenso de teniente coronel, haciéndose notar por su noble generosidad con los vencidos.

De victoria en victoria había llegado el jefe de los bravos llaneros á general de brigada, al propio tiempo que á ser el ídolo de sus soldados por su impetuosidad, por su desprecio de la vida en los combates, por la benévola franqueza é interés por sus tropas.

Desafiaba el peligro, lo buscaba, y á igual del soldado, sufría la falta absoluta de lo más preciso, y parécenos curioso y de interés histórico hacer mención de algunas particularidades.

Aquellos hombres, aquellos venezolanos, aquellos soldados desnudos y alimentados más bien idealmente con la sacra idea de libertad, estaban descalzos y sufrían las lluvias torrenciales, el sol abrasador, el relente de la noche, mal cubierto el cuerpo con el cuero de reses muertas para su escaso sustento.

El llanero, como el *gaucho argentino*, tiene muchos puntos de contacto con el árabe, y era y es diestrísimo para amansar los caballos y reducirlos al dominio del hombre; las tropas de Páez se distinguían por su caballería, y con ella alcanzó sus mejores triunfos.

VII

Para facilitar la marcha del libertador Bolívar, había distraído Páez al enemigo, teniendo al propio tiempo sitiada la ciudad de San Fernando; pero cuando llegaron las tropas del caudillo al paso llamado del *Diamante*, no encontraron embarcaciones para cruzar el Apuré. En la orilla opuesta estaban fondeadas una cañonera, tres flecheras y varias canoas de los españoles.

Cincuenta húsares de Páez mandados por el bizarro Aramendi, se lanzaron al profundo y anchuroso río con los caballos en pelo, los que dejaron á merced de la corriente, y al abordaje, tomaron las desprevenidas embarcaciones.

La reputación militar de Páez y su prestigio, llegó á su punto culminante en el glorioso combate de *Queseras del Medio*.

Durante el mes de Marzo de 1819, habían sufrido algunos reveses las tropas republicanas y las fuerzas de Morillo y las de Bolívar; éstas en la orilla derecha del Arauca, y aquéllas en la izquierda, permanecían acechando momento oportuno para un nuevo encuentro.

Morillo había efectuado algunos movimientos, hasta colocarse el día 2 de Abril casi al frente de las posiciones que ocupaba el general presidente Bolívar, y el arriesgado Páez, á la cabeza de ciento cincuenta y un hombres de su caballería, formó el atrevido plan de atravesar el río y provocar al enemigo.

Efectuado el paso, dividió sus fuerzas en tres columnas y siguió marchando.

Asombrado Morillo de su audacia, puso en movimiento sus tropas, y rompió el fuego sobre aquellos valientes, al mismo tiempo que la caballería atacaba también. Distinguíase uno entre aquéllos por su figura marcial, robusta, alta, imponente: su dormán púrpura, su brioso caballo blanco que le señalaban al enemigo: era Páez; era el Aquiles de América; era el venturoso llanero que legaba á los siglos un nombre coronado por inmarcesible lauro.

Páez retrocede en orden de batalla; los jinetes avanzan; el jefe del Apuré deja el río á la espalda; Morillo lo cree ya en su poder y ordena

marche toda la caballería contra él (compuesta de mil hombres, entre ellos doscientos carabineros), y vuelve sus fuegos sobre las tropas que defendían la orilla derecha del Arauca.

Pero el hábil militar ha empleado una estrategia de guerra, logrando que la caballería enemiga quede á larga distancia de la infantería; entonces vuelve como el rayo dando frente al enemigo; lo acomete dividiendo su tropa en grupos de veinte hombres; la rapidez del movimiento, el asombro, impide á los soldados formar filas; Páez, los desordena aún más y los destroza á pesar de la desesperada resistencia; los carabineros echan pie á tierra y se baten como fieras, pero mueren sin la gloria del triunfo, porque los heroicos llaneros no dan cuartel en la obstinada persecución.

La noche cubre con su manto aquel cuadro de horrible confusión. Las tropas de Morillo se refugian en la selva, y Páez vencedor, recoge los laureles y la admiración de Bolívar, quien, al día siguiente, concedió la cruz de Libertadores á todos los jefes, oficiales y soldados, que habían ganado sobre fuerzas tan superiores la acción de Queseras del Medio, venciendo al severo y valiente general Morillo, al jefe de los bélicos escuadrones que habían medido sus armas con los soldados de Waterloo y de Marengo, y que contaban en cada batalla una victoria.

VIII

Las armas republicanas continuaron disputando palmo á palmo el terreno de la naciente república.

El convenio y armisticio celebrado en 1820 entre el Libertador y el general español Morillo, dejó adivinar que la guerra tomaría un carácter más suave y conciliador.

Sin embargo, la suspensión de hostilidades no fué de larga duración, y al expirar el plazo, volvieron ambos bandos á tomar las armas.

La llanura de Carabobo fué teatro de un gran triunfo para Bolívar, y en él adquirió nueva gloria Páez mandando la segunda división.

En 1822, organizada la administración de Colombia, fué nombrado Soublette, jefe militar de los departamentos de Venezuela, Orinoco y

Zulia: este nombramiento, al resentir el amor propio de Páez, comandante general entonces del ya expresado territorio, dió margen á tristes y trascendentales discordias.

IX

Los servicios del general Páez durante la campaña emprendida para apoderarse de Puerto Cabello, fueron importantísimos, y á no dudarle, su pericia militar, su acertada inventiva, la actividad y buena disposición para oponerse á los planes del enemigo, desconcertó á éste, y dió nuevo vigor á la causa de la libertad.

Su rápida marcha á los llanos del Apuré, cortó la rebelión que germinaba y de sus cimientos obtuvo ventajas; pues con aquellos que buscaban en las revueltas los medios para medrar, formó cuerpos de caballería y varios de ellos dejaron glorioso recuerdo en el suelo de los incas á las órdenes de Bolívar y de Sucre.

Innumerables inconvenientes se opusieron á la rendición inmediata de Puerto Cabello, y Páez tuvo que desistir por entonces; pero los triunfos conseguidos por los patriotas en el lago de Maracaíbo, la capitulación de los realistas y el abandono de la plaza, el contar con algunos buques para el bloqueo por mar, el *Urica* y el *Pichincha*, impulsaron al caudillo de los llanos á sitiar de nuevo el último baluarte del poder español en Venezuela.

Los aguerridos soldados que guarnecían la plaza y el pundonoroso brigadier Calzada, estaban resueltos á morir antes que rendirse; y eran tan obstinados los sitiadores como los sitiados.

Habían sido cortados los víveres y el agua, y aquellos valientes persistían en la defensa de la plaza.

Uno de los atrevidos pensamientos de Páez, la sometió por fin á los republicanos: con el agua á la cintura lucharon cuatrocientos hombres y cien lanceros para entrar en la ciudad por la laguna, guiados por un esclavo del español D. Joaquín Iztueta.

Atacados los españoles cuando menos lo esperaban, pelearon con un denuedo que asombró á los patriotas, y se rindieron á la muerte, no á la fuerza de los vencedores.

Páez fué generoso y grande en la capitulación, y los restos de la heroica guarnición española, se embarcaron para Cuba el 15 de Noviembre de 1823.

X

La brillante carrera del general Páez, tuvo un eclipse rápido, pero de amargo recuerdo para el vencedor de Queseras del Medio.

Por un decreto expedido por el vicepresidente de la República, en Agosto de 1824, para el alistamiento general de milicias, se vió precisado el general Páez á usar de medidas arbitrarias, para que la orden del Gobierno fuera cumplida: pero el intendente Escalona, así como el municipio, se opusieron á la forma de aquel reclutamiento y elevaron al Congreso sus quejas contra Páez. Exaltados los ánimos de los diputados, y á pesar de la templanza y cordura del vicepresidente Santander, que en un razonado informe recordaba los servicios del caudillo, y se fijaba en que los documentos recibidos no atestiguaban nada que diera lugar á la severidad del Gobierno para juzgar á Páez, los diputados acordaron suspenderlo de su alto cargo de Comandante general, y llamarlo á Bogotá para que se presentara ante el Senado.

Páez recibió la noticia con sorpresa é indignación, y como se nombrara á Escalona para sucederle en el mando interinamente, se sometió á la orden del Gobierno y comunicó á éste, se preparaba para presentarse en la capital y justificarse.

XI

El enojo de Páez, justificado si se consideran los grandes servicios, el incansable afán por la patria, los victoriosos hechos de armas que coronaban la frente del intrépido jefe de los Llanos, tomó tempestuosos crecimientos con la actitud de sus numerosos amigos, quienes encareciéndole el peligro, le hicieron pensar que un cadalso sería la recompensa de sus glorias.

Valencia, en donde á la sazón se encontraba Páez, se pronunció abiertamente en su favor: el movimiento tenía su centro en la municipalidad. Serios desórdenes alteraron el orden público, y los sediciosos pidieron á gritos que Páez fuera repuesto en la Comandancia general; maltrataron á unos; asesinaron á otros y acercándose á la casa del General, lo condujeron en triunfo al municipio y le obligaron á aceptar el mando; sólo la voz del intendente Peñálver se opuso á un acto tan arbitrario y de funesto ejemplo en países que empezaban á constituirse.

El fuerte resentimiento de Páez, su irritación contra el Gobierno, se sobrepusieron en aquellas circunstancias á su inmaculada reputación y á su gloria, pues que aceptando un hecho contrario á la ley, empañaba su brillo:

¡Cuánta sangre y luchas civiles se siguieron á tan infausto día!

El mal paso dado por Valencia, encontró eco en otras capitales; la rebelión se extendió por todo el ámbito de Venezuela, y años más tarde, Páez, con hidalga franqueza, confesaba la falta y se arrepentía de aquella nube que manchaba el cielo de su pasado.

« Yo he cometido mil errores, — decía, — cuyas dolorosas sensaciones, se han disminuído por la indulgencia de mis compatriotas. Los sucesos de 1826, á que me condujo una acusación injusta y mal interpretada por algunos, introducida contra mí en el Senado de Colombia, me llenan todavía de amargura y arrepentimiento ».

¡Qué hombre! ¡Qué brillante rasgo en la vida de Páez! ¡Qué sublime lección para los pueblos!

XII

El movimiento revolucionario siguió hasta convertirse en abierta pugna contra el Gobierno de Colombia, y Páez fué aclamado jefe supremo civil y militar, aun cuando apelando á la autoridad del Libertador presidente, que se encontraba en Lima, y llamándolo á su patria combatida y anarquizada.

Debemos consignar aquí algunos párrafos de la carta que Bolívar escribió á Páez desde Lima, en contestación á la que este general le había dirigido en época muy anterior á los sucesos referidos.

«He recibido la muy importante de V., por medio del señor Guzmán, á quien he visto y he oído, no sin sorpresa, pues su misión es extraordinaria. Usted me dice que la situación de Colombia es semejante á la de Francia, cuando Napoleón se encontraba en el Egipto, y que yo debo decir con él: «Los intrigantes van á perder á la patria; vamos á salvarla». A la verdad, casi toda la carta de V. está escrita con el buril de la verdad; mas no basta esto solo para que un plan logre su efecto: usted no ha juzgado, me parece, bastante imparcialmente el estado de las cosas y de los hombres; ni Colombia es Francia, ni yo Napoleón. En Francia se piensa mucho y se sabe más todavía; la población es homogénea y además la guerra la pondría en el borde del precipicio. No había otra república más grande que la de Francia, y la Francia había sido siempre un reino; el Gobierno republicano se había desacreditado y abatido hasta entrar en un abismo de execraciones, los monstruos que dirigían la Francia eran igualmente crueles é ineptos. Napoleón era grande, único y además sumamente ambicioso: aquí no hay nada de eso; yo no soy Napoleón ni quiero serlo, tampoco quiero imitar á César, menos aun á Iturbide. Tal ejemplo me parece indigno de mí gloria. El título de Libertador es superior á todos los que ha recibido el orgullo humano; por tanto, me es imposible degradarlo.

.....

»Un trono espantaría tanto por su altura como por su brillo; la igualdad sería rota y los colores temerían perder sus derechos por una nueva aristocracia.

.....

»Diré á V. con toda franqueza, que este proyecto no conviene ni á usted, ni á mí, ni al país.

.....

»Yo enviaré á V. un proyecto de constitución que he formado para la república de Bolivia: en él se encuentran reunidas todas las garantías de permanencia y de libertad, de igualdad y de orden.

.....

»Por lo demás, yo no aconsejo á V. que haga para sí lo que no aconsejo para mí, mas si el pueblo lo quiere y V. acepta el voto nacional, mi espada y mi autoridad se emplearán con infinito gozo en sostener y defender los decretos de la Unión popular».

.....

Demuéstrase en esta carta el verdadero espíritu de Bolívar y lo injusto de las acusaciones que sus enemigos le han hecho, presentándole como aspirante á una corona.

Al tener noticia de los trastornos ocurridos en Venezuela, decía el Libertador en su carta á Páez de 8 de Agosto del mismo año, lo siguiente:

«Usted me envió hará meses al Sr. Guzmán, para que me informara del estado de Venezuela, y V. mismo me escribió una hermosa carta en que decía las cosas como eran: desde esta época todo ha marchado con una celeridad extraordinaria; los elementos del mal se han desarrollado visiblemente. Diez y seis años de amontonar combustible, va á dar el incendio que quizá devorará nuestras victorias, nuestras glorias, la dicha del pueblo y la libertad de todos. Yo creo que bien pronto no tendremos más que ceniza de lo que hemos hecho.

»No hablaremos nada de los demócratas y de los fanáticos; tampoco diremos nada de los colores, porque al entrar en el hondo abismo, el genio de la razón iría á sepultarse en él como en la mansión de la muerte.

»Crea V., mi querido general, que un inmenso volcán está á nuestros pies, cuyos síntomas no son poéticos, sino físicos y harto verdaderos.

»Se me ha escrito que muchos pensadores desean un Príncipe con una Constitución federal. ¿Pero dónde está ese Príncipe y qué división política producirá armonía? Todo es ideal y absurdo.

»Desde luego, lo que más conviene hacer, es mantener el poder público con vigor para emplear la fuerza, calmar las pasiones, reprimir los abusos, ya en la imprenta, ya en los púlpitos y ya en las bayonetas».

Esta carta demuestra la amargura de Bolívar y la poca confianza que abrigaba en la tranquilidad y unión de Colombia.

Ceñida la frente con los frescos y hermosos laureles conquistados en tierra peruana, llegó Bolívar á Puerto Cabello, y al día siguiente expidió el memorable decreto de amnistía general, confirmando á Páez en el puesto que le había otorgado la revolución. Cuando recibió el

Presidente el acuerdo que, con fecha 2 de Enero, había dado el Comandante general de Venezuela, reconociendo y ordenando se reconociera la potestad de Bolívar y se le dispensaran grandes honores por sus triunfos, dió una proclama expresando que la paz estaba restablecida bajo régimen legal.

Reunidos Bolívar y Páez, se pusieron en marcha para Caracas, á donde llegaron el 10 de Enero de 1827: allí, el Libertador, fué recibido con loco entusiasmo, pues su presencia era bastante para que cesara la horrorosa anarquía que reinaba en la capital.

Páez, como jefe superior, continuó sosteniendo siempre el orden, y cuando en los Teques se levantaron facciones numerosas, marchó á batirlas, y con su acostumbrado celo, pacificó aquel punto y sus generales los demás departamentos. Destruyó después las tentativas hechas por España para recuperar su imperio en Venezuela y tranquilizó por completo la república.

Cuando tuvo noticia de la tentativa de asesinato contra Bolívar, publicó un manifiesto henchido de amor y de respeto hacia el padre de la patria, y con ardiente patriotismo y recto proceder, expresó de ese modo sus ideas relativas á las calumnias propagadas contra el Libertador.

«Vosotros,—decía,—sí, vosotros, me habéis visto elevarme de la triste esfera de un soldado al eminente rango que ocupo: desde las inmensas llanuras del Apuré me lancé sobre el déspota como el león rabioso sobre su presa. En mil combates he arrojado la muerte, la he tocado con mis manos, la he rechazado con mi sangre, y armado con la lanza de la libertad he ganado mis derechos, los vuestros y los de Colombia; soy, pues, incapaz de permitir vuestra opresión ni de ayudar á imponer las mismas cadenas que he despedazado. ¡Yo querer un monarca! Primero me arrancarían el corazón antes que intentar perjurarle, antes que yo sucumbiese á tan vil degradación.

»Estad seguros de esto, colombianos del Norte. Nunca, nunca el general Bolívar, nuestro libertador y nuestro padre, será rey ni soberano en Colombia, ni en América, ni José Antonio Páez cooperará á tan nefasto parricidio».

XIII

La marcha de Venezuela impuesta por Páez y autorizada por las facultades extraordinarias que Bolívar le había concedido, era la de un país independiente y que sólo en el nombre dependía del Gobierno de Bogotá.

No debía transcurrir largo espacio de tiempo, sin que lo fuera por completo.

El país se manifestaba contrario á continuar sometido á Colombia, y en Caracas se reunió una asamblea numerosa y unánime en sus opiniones, la cual decidió romper la unidad y desconocer la autoridad de Bolívar, comisionando al jefe superior para convocar un Congreso constituyente, y entre tanto que éste deliberaba para establecer el nuevo régimen y encargar del mando al general Páez.

Todo Venezuela secundó el acuerdo que tenía por lema:—Separación de Colombia.—Desconocimiento de Bolívar.—El mando en Páez.

El grandioso plan del Libertador se desmoronó por causas naturales, como tal vez más tarde puede suceder en los Estados Unidos del Norte y como ya se ha intentado en 1862.

XIV

Para sostener la revolución, en el caso que Nueva Granada pensase en reducir por la fuerza á Venezuela, se organizó un batallón de mil hombres y escuadrón de milicias cívicas de Caracas.

Por decreto del 13 de Enero de 1830, convocó Páez el Congreso constituyente para el 30 de Abril, aniversario de la revolución de 1826, y aseguran los historiadores, que era propósito del primer magistrado y de los hombres que le rodeaban, solemnizar de ese modo el primer paso dado para independizarse de Colombia.

El Congreso constituyente no pudo, sin embargo, reunirse hasta el 6 de Mayo, y en ese día, contestando al mensaje del general Páez, en que éste se consideraba uno de tantos ciudadanos y esperaba se nombrase al jefe del Estado, en quien debía resignar el mando, le expresó el deseo de la nación, que era, continuara desempeñando el Poder ejecutivo hasta tanto que se discutiera lo más concerniente.

El 2 de Junio de 1830, se acordó en el Constituyente, la nota, de *triste celebridad*, dirigida al Congreso de Bogotá, y en la cual se pedía el *ostracismo* del Libertador: esta nota estaba firmada por el presidente Francisco Javier Yanés.

La mayor parte de los historiadores han censurado hecho tan ignominioso, que completó el Calvario del más sublime de los americanos.

Al renegar de aquel sin par hijo de Caracas, era renegar á la vez de tantos días de gloria que había dado á la patria.

Puedo asegurar que, no pocas veces, leyendo la terrible frase de proscripción para Bolívar, considerándolo en Santa Marta pobre, triste, decepcionado, enfermo, próximo á bajar al sepulcro, he llorado disculpando, sólo por la exaltación de aquellos momentos, á los que dictaron ese documento, que no era eco de los sentimientos del pueblo venezolano, sino la expresión de pasiones de partido.

XV

Las discordias civiles no tuvieron término aún en Venezuela, y Páez, primer Presidente de la República, tuvo que ponerse al frente de las tropas para combatir al general José Tadeo Monagas y á otros descontentos.

Y aquí cumple referir un episodio de honroso recuerdo para el insigne Páez.

El guerrillero Cisneros, hostil al Gobierno é indómito y tenaz, fué sorprendido por una partida de las que le perseguían, y, al huir, dejó en manos de los soldados á un niño de corta edad, hijo suyo.

Sabedor del caso el Presidente, lo tomó bajo su protección, y llevándole á su casa, lo educó y cuidó con el mayor cariño durante cinco años.

Vencido Cisneros por tal generosidad, escribió al Presidente manifestándole su gratitud; entonces Páez insistió para tener una entrevista, y verificada ésta, consiguió someterlo á su partido, reconociéndole su grado de coronel, que le habían dado los españoles, cerrando con ese acto veinticinco años de constante lucha en los valles del Túy.

Hasta el 9 de Febrero de 1835 continuó Páez en el mando, deponiéndolo entonces en manos del doctor D. José Vargas, y retirándose á su hato de San Pablo.

Pero su vida no estaba destinada á las dulzuras de la paz doméstica. La guerra civil volvía á levantar su odioso estandarte. El presidente Vargas y el vicepresidente, fueron depuestos y expulsados por los sublevados; pero tuvo aún tiempo el jefe del Estado para nombrar á Páez jefe militar.

Inmediatamente salió éste contra los *reformistas*, y en veinte días logró reorganizar el Gobierno y mandar un comisionado en busca del Presidente proscrito.

Continuó la campaña con gloria, y la terminó con la toma de Puerto Cabello, ocupado por los *reformistas*.

En 1837, fué nuevamente llamado para dirigir las operaciones en el Apuré contra el coronel Tarfán: el ejército del Gobierno era escaso, por haber sido licenciado al concluir la anterior lucha; pero aun así, Páez se dirigió contra los facciosos que sitiaban á San Fernando; mas éstos, al saber se acercaba el caudillo, levantaron el asedio y se trasladaron á la orilla opuesta del Arauca.

Tarfán contaba con mil hombres montados, y como Páez veía cercana la estación de lluvia, quiso antes concluir con el enemigo.

Tomó cien hombres de caballería, se puso al frente, y con su temerario arrojo de las Queseras del Medio, llegó á San Juan de Payara en busca de Tarfán.

La acción era atrevida: Páez excita á los soldados, vacilantes á la vista de la superior fuerza del enemigo.

La voz de su general los reanima; cargan, persiguen y derrotan: los llanos del Payara fueron testigos de una nueva victoria.

XVI

En 1838, subió de nuevo al solio presidencial, y ese período fué próspero para el país y venturoso: las luchas civiles se habían extinguido, y Páez pudo saborear la dicha de ver á su patria unida y feliz.

Pero su buena estrella se eclipsaba, y el hombre que había triunfado siempre, el audaz guerrero de los llanos, fué vencido á su vez, y no encontró en sus contrarios la generosidad que él había tenido en la victoria.

Encerrado en lúgubre fortaleza, permaneció largo tiempo; y el incesante clamor del pueblo, los ruegos de sus amigos y el grito de la conciencia de sus perseguidores, abrieron las puertas de su prisión: Páez salió condenado al ostracismo, pero en su camino todavía recibió muestras de su antigua popularidad.

Una procesión de niñas vestidas de blanco, salieron á despedir al infeliz desterrado. ¡La infancia, en nombre de la patria, le daba el postrer adiós!

Páez no podía responder á la infantil manifestación sino con sus lágrimas: ellas fueron elocuente respuesta, y el pañuelo que las enjugaba, reclamado por uno de aquellos ángeles, existe aún como sagrada reliquia.

Algunos años pasó viajando por el extranjero. Europa y América agasajaron y admiraron al venerable guerrero, que ostentaba ceñida la frente con la aureola de la gloria.

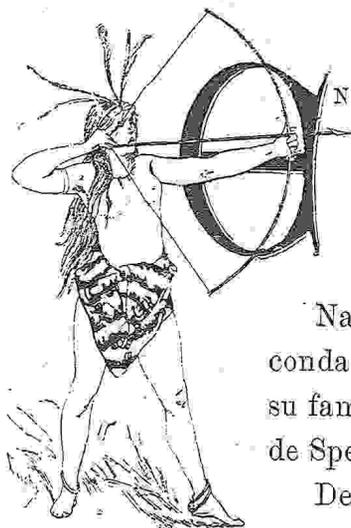
La patria de Wáshington fué su tumba cuando llegó al término de su larguísima carrera.¹

El soldado de la Independencia, debía morir en la clásica tierra de la libertad.

¹ Tenía ochenta años.

ABRAHAM LINCOLN

I



ENTRE los privilegiados seres que desde humilde clase y sin más fortuna que su inteligencia, han escalamado la suprema magistratura en los Estados Unidos de América, cuéntase Abraham Lincoln, décimosexto gobernante de la gran República.

Nació el 12 de Febrero de 1809 en un distrito del condado de Hardig, y siendo muy niño se trasladó con su familia al territorio que hoy lleva por nombre condado de Spencer, en Indiana.

Dedicado su padre á la agricultura, en esas mismas ocupaciones empleó el joven Abraham los primeros años de su vida, formándose su carácter bajo la impresión que causa la Naturaleza, y adquiriendo en ella la energía que resaltaba aún más, dada su natural benevolencia y su carácter franco y alegre.

Su instrucción fué escasísima; pues corto tiempo había asistido á las escuelas provisionales de maestros ambulantes, y más bien su natural afición le proporcionó algunos conocimientos, desarrollados después en campo más vasto con el estudio de la vida práctica.



ABRAHAM LINCOLN

II

Lo vemos primero haciendo un viaje á Nueva Orleans, en la lancha del amo á quien servía, y durante el trayecto ejercitar su espíritu observador y comerciar con ventaja. Más tarde en Illinois (en donde á la sazón vivía su padre), lo vemos ocuparse en la construcción de un *Flat-boat*¹ y salir de nuevo para Nueva Orleans, y á su vuelta entrar como dependiente en casa del dueño de un molino, en donde pensamos permaneció, hasta que en 1832, se enganchó voluntario en una compañía destinada á batir á Black Hawk, que con sus indios había roto en Illinois las hostilidades.

Los méritos de Lincoln le hicieron ascender al grado de capitán, y su comportamiento en la guerra le aseguró valiosas recompensas, consistentes en terrenos baldíos en Iowa.

III

Conviene los historiadores y biógrafos en que rápidamente conquistó prestigio y consideración, hasta el punto de ser el candidato del partido *whig* en las elecciones para diputados; pero como el carácter del futuro Presidente no se avenía con el ocio ni con la inacción, pues que había nacido para la política y para gobernante de un gran pueblo, no habiendo alcanzado el triunfo en las urnas, volvió á ser modesto empleado de un almacén en Nueva Salem; pero poco afortunado el dueño de aquél y frente á frente con la ruina y el descrédito, se declaró en quiebra, volviendo á encontrarse Lincoln sin la activa ocupación y careciendo de seguridad para el porvenir.

Pensando en él, tuvo la idea de consagrarse al foro, y precisamente es cuando encontramos al hombre de resolución y de voluntad inquebrantable.

¹ Lanchón.

Encerrado horas y horas con las obras consagradas al Derecho y que amistosamente le prestaba un abogado amigo suyo, logró Lincoln adquirir benéfico caudal de conocimientos, y nombrado por entonces para ayudar al agrimensor del condado, pudo con el sueldo atender á los indispensables estudios y crearse honrosa posición.

IV

Miembro para la legislatura del Estado, por los años 1838 y 1840, y ejerciendo la abogacía desde 1836, vió Lincoln satisfechos sus deseos y sus aspiraciones, pues que ante su vista se presentaba un futuro tranquilo y halagador.

Aquella inteligencia se desenvolvía en más ancho círculo y conquistaba admiración y partidarios con su elocuente lógica, y sobre todo por su enérgica actitud antiesclavista, que se manifestaba no sólo en el Congreso, sino en los discursos dirigidos al pueblo en diferentes ocasiones, y en los cuales resaltaba tanto la profundidad de la razón y de la justicia, como la convicción y el noble propósito de alcanzar el éxito.

El 17 de Junio de 1856, fué candidato para la vicepresidencia, elegido por Illinois, y en 1858 lo señalaron también para Senador, precisamente cuando la lucha abolicionista estaba entablada y la agitación esclavista iba en aumento y tendía á la rebelión. Entonces pronunció Lincoln el famoso discurso sobre la esclavitud.

«Cinco años hace — dijo — que se inició la política encaminada á poner fin á las agitaciones esclavistas, y lo único que se ha conseguido es hacerlas aumentar en vez de disminuirlas; por mi parte, creo que no cesarán hasta que llegue la crisis y se pase del todo. Una casa llena de grietas no puede sostenerse en pie por mucho tiempo, y es mi opinión, que un Gobierno mitad libre y mitad esclavo no puede subsistir.

»No espero que se disuelva la Unión; no espero que se derrumbe la casa, pero creo que cesará de estar dividida y será por entero lo uno ó lo otro.

»No tengo intención de intervenir directa ni indirectamente con la institución de la esclavitud en los Estados en donde hoy existe:

creo que no me asiste ningún derecho legal para intervenir, ni me hallo dispuesto á hacerlo, ni es tampoco mi ánimo introducir la igualdad política y social entre la raza blanca y negra.

«El negro es igual á todos los demás seres del género humano, y debe gozar de todos los derechos naturales que se especifican en la declaración de la independencia».

La popularidad de Lincoln crecía y ya se le consideraba como jefe del partido republicano abolicionista. Su candidatura para la presidencia fué un grande acontecimiento, y el palenque en donde midieron sus fuerzas Breckin Ridge, representante del partido demócrata esclavista, Douglas, jefe de la facción modificadora, y Bell, caudillo de los conservadores moderados.

Lincoln obtuvo mayoría con los votos de todos los Estados libres, es decir diez y siete, sólo divididos en el de Nueva Jersey; su elección fué objeto de encontradas opiniones, de esperanzas justas para los abolicionistas y de hostilidades y amenazas en los Estados del Sur.

V

Abraham Lincoln era sencillo, modesto, probo, recto y hábil político; sin embargo, siendo las circunstancias tan excepcionales y borrascosas, asumía en el nuevo cargo inmensa responsabilidad para conducir la nave del Estado sobre las encrespadas y turbulentas olas.

Al salir de su casa de Springfield, dirigió las siguientes notables palabras á sus amigos:

«La gravedad de los deberes que voy á desempeñar, excede en mucho á la de los que ha desempeñado cualquier otro hombre público desde los tiempos de Wáshington».

El partido republicano abolicionista, fiaba en la sagacidad de Lincoln para cumplir su credo político, en el cual se declaraba:

«Que á la perfecta unión de los Estados, debía el país su prodigioso aumento de población, el sorprendente desarrollo de sus recursos materiales, el rápido incremento de su riqueza, la felicidad interior y los

honores en el exterior; y todo plan de desunión, cualquiera que sea su origen, es y debe de ser aborrecible».

Al dirigirse á Wáshington para tomar posesión de la presidencia, visitó Abraham Lincoln algunos Estados del Norte y Este, comprendiendo más que nunca durante aquel viaje, lo difícil de la misión que se le encomendaba, y que la situación política del país era por demás tirante y peligrosa.

VI

Los rencores políticos empezaban á dibujarse poderosamente, y un hecho que no debemos pasar desapercibido, hizo comprender la exaltación de los partidos.

Se esperaba en Baltimore la llegada de Lincoln, y se había fraguado una conspiración para asesinarlo ínterin se encontraba en Filadelfia, en donde se reflejaron más firmes y marcadas sus ideas abolicionistas.

El día aniversario del nacimiento de Wáshington, pronunció un célebre discurso en el salón de la Independencia, é impresionado tal vez por la noticia recibida de Baltimore, exclamó: «Si el país no puede salvarse sin abandonar de una vez para siempre el principio de la esclavitud, preferiría ser asesinado en este mismo lugar á someterme voluntariamente á él».

Dícese que á favor de un disfraz, pasó directamente de Filadelfia á Wáshington, desviando por ese medio el peligro y tomando posesión de la presidencia ocho días más tarde.

El discurso de inauguración del mando, fué un modelo de habilidad y diplomacia, y de él copiamos algunos párrafos.

«Continuemos observando — dice — con fidelidad lo que dispone nuestra Constitución nacional, y la Unión será imperecedera y será imposible destruirla, á no ser que nuestros actos sean contrarios á lo que previene la ley fundamental.

• • • • •

«Espero que esto no se considerará como una amenaza, sino sólo como la declaración que hace la Unión de su propósito de defenderse y

conservarse á sí misma; para hacerlo, no será necesario que haya violencia ni derramamiento de sangre, y no lo habrá, á no ser que la autoridad nacional se vea obligada á ello.

»Hasta donde fuere posible, tendrá el pueblo por doquier esta perfecta seguridad, que es la más favorable para tranquilizar los ánimos.

»Conciudadanos: á todos vosotros en general, y á cada uno en particular, os recomiendo que penséis en calma y racionalmente sobre todo lo relativo á este asunto: nada se pierde en hacer las cosas con calma.

»En vuestras manos, descontentos compatriotas, y no en las mías, está la importantísima cuestión de la guerra civil. El Gobierno no os atacará; no habrá conflicto alguno como no seáis vosotros los agresores; no habéis jurado al cielo destruir el Gobierno, al paso que yo he jurado de la manera más solemne, conservarlo, protegerlo y defenderlo. Voy á concluir; no somos enemigos, somos amigos; no debemos ser enemigos, aunque la pasión nos extravíe; no debemos romper los lazos de afecto que nos unen.»

No era posible detener el curso de los acontecimientos, y la guerra provocada por la actitud hostil de los Estados del Sur, era inevitable, pues que la separación de aquellos era un hecho, desde que en 20 de Diciembre de 1860, dió su acta de separación la Carolina del Sur, después de haber sido electo Lincoln; pero antes de que se encargara del mando, siguieron su ejemplo Georgia, Virginia, Alabama, Luisiana, Florida, Tennessee, Kentucky, Missouri, Mississipi, Tejas y Arkansas.

En vano Buchanan, antecesor de Abraham Lincoln, había intentado usar de su influencia en el Sur, para impedir actos contrarios á la Unión de la gran República; pero los esclavistas, sordos á toda intervención, persistieron y se declararon en abierta rebelión.

Todavía en el Norte alentaban esperanzas, cuando el primer cañonazo disparado el 12 de Abril de 1861 contra el fuerte Sumter, fué la señal de la guerra para el Norte.

Todos corrieron á las armas, respondiendo como un solo hombre á la llamada hecha por Lincoln, en su elocuente y enérgica proclama del 15 de Abril de 1861.

Setenta y cinco mil voluntarios se prepararon á defender la Unión, ínterin treinta y dos mil en el Sur se alistaban bajo las banderas separatistas.

VII

La guerra se inauguraba sangrienta y terrible. La batalla de Bull-Run, y el combate de Ball's Bluff, eran la vanguardia de otros no menos transcendentales para la Federación, y nuevos ejércitos surgían y nuevas batallas los diezmaban ensangrentando el suelo patrio.

Del vapor inglés *Crent*, fueron extraídos Mason y Shidell, ministros confederados, y provocó este hecho un conflicto con la Inglaterra, que felizmente no alcanzó mayores proporciones, porque el Gobierno federal puso en libertad en Enero de 1862, á los dos apésados, accediendo á la exigencia de la Gran Bretaña. Las circunstancias no favorecían para suscitar nuevas dificultades, tanto más, cuanto que la ansiedad pública era intensa por la suspensión de pagos en metálico, hecha por los bancos de Nueva York y por varias casas de crédito en el Norte.

En el mes de Febrero consiguió el general Ulises Grant apoderarse del fuerte Donelson y de catorce mil prisioneros, tres mil caballos, sesenta y cinco piezas de artillería, veinte mil armamentos y gran número de municiones y pertrechos.

La victoria era fiel compañera de las armas federales; pero inconsecuente como el mar, se pasó al campo de los confederados. La derrota del general Pope, la invasión de Maryland, las tropelías de los corsarios y por último el terrible combate de Murfreesboro, fueron otros tantos desastres con los cuales finalizó el año 1862.

VIII

Empezó el siguiente, tercero de la guerra, sin que ésta disminuyese su furor, y cerca de un millón de combatientes estaban en campaña, más resueltos que nunca á disputarse unos á otros la palma del triunfo.

Abraham Lincoln creyó llegado el momento de dar mayor fuerza á las armas federales, y acelerar la paz con la abolición definitiva de la esclavitud, y el 1.º de Enero de 1864, dió su memorable proclama de emancipación, importante é indispensable en tan críticas circunstancias y como sanción de aquella guerra asoladora.

Es uno de los hechos más culminantes de la vida de Lincoln, por su oportunidad, favorable transcendencia é indiscutible influjo civilizador.

Más tarde el Congreso aprobó una enmienda á la Constitución, por la cual quedaba abolida la esclavitud en todos los Estados de la Unión.

IX

El extensísimo territorio norte-americano estaba cruzado por numerosos ejércitos, pero éstos disminuían en cada combate; sangre generosa empapaba la tierra, dejando grandes espacios en las filas que era preciso llenar con nuevos soldados, que fueron llamados á las armas por sorteo, causando en Nueva York tumultos y serios motines, incendios, saqueos y víctimas sin cuento.

La formidable escuadra federal, que en 1864 se componía de quinientos buques de guerra, inclusive los famosos *monitores*, rendían plazas y plazas de la Confederación, y ésta encerrada por la gigantesca muralla de fortificaciones de Richemond, veía decaer sus fuerzas de día en día y su completa destrucción.

Lincoln tenía íntimo convencimiento de que aquella fatal contienda tocaba á su fin, y apoyado por el pueblo, caminaba con moderado paso hacia el objeto que ambicionaba la mayoría de la República. El sabio legislador no tuvo jamás otro norte que el bien general y el amor á la patria poderosa, extensa, feliz, admirada por el universo.

El Presidente, no podía, no debía permitir que se desmoronase el monumento glorioso levantado por Wáshington, y por aquellos que le secundaron y dieron su vida por crear un pueblo único en la historia de las naciones.

X

Las sublimes ideas de Lincoln le hacían doblemente querido y respetado, y no es de extrañar que al concluir el año 1864, votaran veintitrés Estados la reelección del prudente ciudadano.

La guerra decaía; el país deseaba la paz que era imprescindible y necesaria, y así lo comprendieron, cuando hombres de todos los partidos solicitaron del Presidente recibiera á los comisionados del Sur, para establecer condiciones moderadas y aceptables.

En la rada de Hampton, recibió Lincoln á los enviados, y planteados los preliminares, volvió Wáshington para encargarse por segunda vez de la suprema magistratura.

Transcribimos sus palabras en ese solemne día que inauguraba un nuevo período administrativo.

«Sin desear mal á nadie—dijo—caritativo con todos y apoyado en la justicia, procuremos completar la obra que hemos empezado, cicatricemos las heridas de la nación, cuidemos de los que se han hallado en el campo de batalla, socorramos á sus viudas y á sus huérfanos y hagamos cuanto sea necesario para conseguir y asegurar una paz justa y duradera entre nosotros y en todas las naciones».

El 9 de Abril se rindió al ilustre general Ulises Grant, el valeroso Lee, en Appomattox Court House, y desde ese instante, la guerra quedó moralmente concluída, pues que el vencedor impuso condiciones notables por lo generosas y humanitarias.

XI

Había llegado el 14 de Abril, aniversario de la toma del fuerte Sumter. Lincoln no podía festejar un acontecimiento, en el cual se había derramado sangre norte-americana sobre el suelo de la patria, y en donde si la victoria brindó verde lauro á los federales, era vistiendo de luto á familias de hermanos. Pero si bien no hubo manifestación alguna,

asistió por la noche al teatro Ford con su esposa y el mayor Rattbone: con empeño se le había convidado y aceptó.

El teatro estaba ocupado por inmenso público, cuando el Presidente se presentó en su palco; entusiasta fué la acogida y nutridos aplausos saludaron al noble ciudadano. La alegría bañaba los semblantes; la obra de paz había devuelto el sosiego á los corazones y la actividad material para el trabajo.

La representación del drama, preocupaba menos á los espectadores que la presencia de aquel, á quien acababan de confiar de nuevo el porvenir de la nación.

Un tiro disparado en el teatro, produjo primero asombro é inquietud, después indignación y terror. Wáshington presenciaba un gran crimen, una catástrofe irreparable.

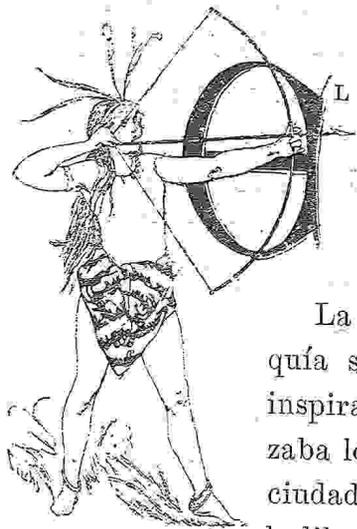
El Presidente, como herido por un rayo, yacía en su palco insensible é inerte; la bala, penetrando en el cerebro, le privó del conocimiento y conducido á una casa en frente del teatro, expiró á las siete y veintidós minutos de la mañana del 15 de Abril de 1865.

Juan Wilke Booth, el asesino, saltó al escenario fracturándose una pierna en la huída; después fué muerto al ser preso en Virginia: había sido la cabeza y el brazo de una conjuración fraguada para asesinar al jefe del Estado y á varios de los individuos del Gobierno.

Una mano criminal cortó la vida de Lincoln, en los momentos en que sus labios pronunciaban palabras de perdón y de generoso olvido; cuando soñaba con cicatrizar las heridas causadas por la guerra y pensaba consagrarse al engrandecimiento de la nación, durante una era de paz y de justicia.

ANTONIO LEOCADIO GUZMÁN

I



El 14 de Noviembre de 1884, murió en Caracas el egregio fundador del partido liberal de Venezuela, el confidente y amigo del libertador Bolívar.

La luz de aquella clarísima inteligencia se había apagado para siempre.

La elocuente palabra que en la lucha contra la oligarquía se levantó á impulsos del patriótico entusiasmo; el inspirado acento que dominaba á las masas, que electrificaba los corazones, que alentaba el abatido espíritu de los ciudadanos, que hería desde la tribuna á los enemigos de la libertad; aquella voz poderosa, eco del pueblo, defensora enérgica de sus derechos, arrogante intérprete del pensamiento nacional, raudal inagotable de heroicas ideas, de sublimes aspiraciones, de mágicas promesas, se extinguió tras prolongada y victoriosa batalla.

El Mirabeau venezolano, el apóstol en los borrascosos días del absolutismo, el pensador profundo, el habilísimo diplomático y el publicista eminente, ha conquistado ya brillante página en el libro de la Historia.



ANTONIO LEOCADIO GUZMAN

II

El fundador de *El Venezolano*, cuya sublime divisa era, « más quiero una libertad peligrosa que una esclavitud tranquila, » no es sólo gloria de aquel invicto suelo que fué su cuna, no es una personalidad nacional, no representa únicamente al tribuno que con su palabra hizo triunfar el principio universal, aquel por el cual se cuentan numerosos mártires en los anales de la independencia americana.

D. Antonio Leocadio Guzmán, es una gigantesca figura, orgullo de todo un continente, uno de los hijos más preclaros del Nuevo mundo; brillante lumbrera en la senda de su redención y de su progreso.

Reformador infatigable, dotado de gran sentido práctico-político, de clarísimo entendimiento y de vasta y sólida ilustración; su nombre y sus hechos se destacan entre los más notables de esa generación tan fecunda en héroes, tan prodigiosamente rica en intrepidez y en patriotismo.

Venezuela, al perder el hombre que tanto la enaltecía, demostró en su actitud el valor de esa pérdida.

III

Contaba ochenta y dos años y la memoria era prodigiosa; las ideas acusaban juvenil frescura y enérgica fogosidad.

En 1881, durante mi estancia en Caracas, admiré más de una vez al noble anciano que me honró desde el primer día de mi llegada con su benévola y cariñosa amistad.

Absorta he pasado largas horas en su pintoresca quinta Guzmán, escuchando de sus labios la narración de los más culminantes acontecimientos que formaron las nacionalidades americanas, y los cuales con facilidad y precisión bosquejaba; detalles de la vida de Bolívar, ignorados tal vez por la generalidad; rasgos característicos que pintaban gráficamente al vencedor de Ayacucho, pues que siendo plenipotenciario de Colombia en el Perú, Guzmán estuvo á su lado como Secretario de

Legación, cuando apenas contaba veintiún años, llegando sin embargo á poseer en el más alto grado, la confianza del Libertador y del mariscal Sucre.

Sus relatos tenían poderoso interés al fotografiar las luchas civiles, las persecuciones sufridas, el entusiasmo por la causa nacional y el cuadro de la agonía de la gran República colombiana, creada por el genio de Bolívar.

¡Qué páginas tan esplendorosas presentaba! ¡Qué mágicos contrastes! ¡Qué bellísimas perspectivas!

La vida pública de D. Antonio Leocadio Guzmán, empezó con la vida independiente de su patria, y si Bolívar fué el brazo de la emancipación de Colombia, del Ecuador y del Perú, Guzmán la impulsó con el poderoso influjo de su imaginación.

Había hecho en Madrid sus estudios de humanidades y en Sevilla los de facultad mayor, siendo sus primeros maestros D. Alberto Lista, el sabio Zapata, el notable Mármol y otros, á la par que fué condiscípulo de Espronceda, Bretón de los Herreros y Larra, glorias literarias españolas y apóstoles de las ideas liberales.

En 1821 se encontraba Guzmán en Caracas, cuando ya su patria aspiraba el ambiente de la independencia; allí ingresó en la sociedad liberal y formó parte de la redacción de *El Venezolano*, hasta que pasó al Perú.

Al hablar de Bolívar, describe con delicia la impresión de la primera entrevista, y que al encontrarse en presencia del Libertador, sintió perturbado y conmovido su ser, y desde entonces fué el más entusiasta partidario de aquel hombre tan grande y tan digno de admiración.

IV

Por su parte, el vencedor de Boyacá encontró en Guzmán un joven pensador, amante de su patria hasta el delirio y capaz, á pesar de su juventud, de secundar su pensamiento, por lo cual vemos á Guzmán marchar comisionado por el Libertador, como mensajero de paz, procurando que su persuasiva palabra sembrara la confianza y alejara la discordia. Es uno de los más bellos laureles de la vida de Guzmán.

El joven era orador notable, y puede decirse que en la célebre asamblea popular de Caracas, celebrada en el templo de San Francisco, salvó con su elocuencia la Unión amenazada.

Fué más tarde, Secretario general de Páez; pero no conforme con la marcha de éste, se retiró á Anauco dedicándose á trabajos agrícolas.

Volvió á Caracas en momentos supremos, cuando la muchedumbre amotinada pedía el ostracismo del Libertador y hasta su vida.

Entonces la voz solemne, agradecida, elocuente, del joven venezolano, se elevó en favor del noble proscrito.

La actitud amenazadora del pueblo, los puñales asestados á su pecho, hicieron que Guzmán se retirase.

Al publicar los *Datos históricos sud-americanos* y cuando ya habían pasado largos años desde esa primera entrevista, se expresa con la vehemencia de la juventud y dice: « Los siglos que con corrientes de aire han podido gastar los mármoles y los bronces; los siglos que han sepultado en la noche del olvido millares de años de la vida del mundo; ellos, que borraron de sobre la faz de la tierra á la soberbia Babilonia; ellos, que en la cuna del hombre, en ese primer asiento del género humano no han dejado sino ruinas en Palmira, ruinas en Memphis, ruinas en Beirouz y en Balbec, ruinas en Jerusalén; ellos, que han borrado hasta las huellas del suntuoso Partenon y del potente Pireo; ellos, que con granos de arena han enterrado los palacios levantados por la soberbia de los Faraones; los siglos no serán para Bolívar sino nuevos y nuevos horizontes tendidos por la mano de la Providencia en los espacios de la inmortalidad. Horizontes á que servirán de celajes sus grandezas y en cuyo confín se le verá como destacado en el espacio, sosteniendo los cielos de la libertad ».

Anterior á este párrafo del discurso pronunciado en el aniversario de Bolívar, encontramos otros no menos elocuentes y dignos de ser universalmente conocidos.

« Todo un mundo se verá hacer alto, para descansar á la sombra de los laureles de Bolívar, y en medio de esta vasta alfombra que trepará los Apalaches como los Andes y que parecerá cubrir sus gigantescas cimas, descollará el árbol de la libertad americana, meciendo su ancha y majestuosa copa entre las nubes.

» Y será bajo esta sombra augusta y bienhechora, que se acumularán las generaciones colombianas á celebrar las hazañas del hijo de Caracas,

y á levantar hasta las puertas del empíreo sus cánticos de gratitud.

»Figurémonos, si es posible, la América de esos siglos lejanos. ¡Cuántas y cuán florecientes regiones de la libertad! Ya la culta Europa, la tierra de nuestros padres, habrá abdicado para entonces el cetro de las ciencias, de las artes y de las bellas letras, para asociar á todo el mundo el noble imperio de la civilización. El vapor cruzará las soberbias aguas del Orinoco, del Magdalena, del Casiquiare, del Apuré, del Amazonas y de tantos otros que descienden hasta las felices pampas que riegan el Uruguay y el remoto Plata. Millares de ciudades populosas y opulentas, esmaltarán las riberas de esos canales concedidos por la bondad eterna. El movimiento de las letras, de la industria y del trabajo del Nuevo mundo, excederá con mucho á cuánto el orbe ha conocido y á cuánto puedan representar las cifras de nuestros padres y las ideas de nuestros tiempos.

»El nombre de Bolívar resonará como no ha resonado el de ningún mortal sobre la tierra. Entre los dos polos, entre los dos mares, no se verán sino altares levantados por la gratitud: todo será un templo: Bolívar será un semidiós».

Nos hemos extendido en reproducir largos párrafos, porque en ellos resalta la fácil palabra y la elocuencia del prócer venezolano.

VI

Ante el furor de las turbas y protegido por el general Mariño, salió de Caracas, y sólo más tarde volvió á la capital, cuando el general Páez le confirió el Ministerio del Interior. En 1835 fué de nuevo llamado Guzmán, para que prestase su valioso apoyo al Gobierno, y después fué nombrado ministro de Relaciones Exteriores.

Separado más tarde de aquel alto puesto, fundó el periódico *El Venezolano* y enarboló la bandera de oposición contra el gobierno Oligarca, procurando infundir en el pueblo ideas para la reforma liberal, con un valor que hasta sus enemigos reconocieron en aquella época.

En 1846, fué candidato para la Presidencia de la República y aclamado por el aura popular; pero preso y encausado por delitos imaginarios, se anuló la elección y fué condenado á muerte, conmutándose la sentencia en destierro perpetuo.

Desempeñó algún tiempo después, la plenipotencia de su patria en el Perú y en la de Wáshington, siendo de nuevo expulsado de Venezuela cuando los oligarcas volvieron á entronizarse y á tomar el mando. Fué miembro de la Convención Constituyente de Nueva Granada y luego, siendo presidente Falcón, ministro de aquella República en Venezuela.

Ha desempeñado el Ministerio de Relaciones Exteriores en Venezuela, y en 1873 fué Senador y Diputado en los Congresos de su patria.

D. Antonio Leocadio Guzmán, representa una de las épocas más brillantes de Venezuela y no sólo como hábil estadista, sapientísimo político y noble patriota, sino también como escritor profundo y publicista notable.

En varios de sus artículos, que hoy forman su bellísima colección titulada *Datos históricos sud-americanos*, resulta su entusiasmo y amor por Bolívar y la más ferviente adhesión á la extinguida unidad colombiana, hablando de la cual, decía en Diciembre de 1861:

«Colombia se lee sobre la elevada cumbre del Avila majestuosa, en caracteres resplandecientes iluminados por el fuego de nuestro amor.

»Lancemos la vista sobre el luminoso horizonte de Colombia, que se pierde en los espacios del porvenir sembrado con nuestros derechos que son sus planetas, y vivificado con el calor y la luz del sol de una gran nacionalidad.

»¿Tan pequeños, tan ruines seríamos que retrocediéramos en esta avenida inmensa á los espacios del orden y la libertad? Todo es en ellos armonía, como en las obras predilectas del Creador. Es un cielo sin tempestades posibles, sin nubes amenazadoras, en que el bien ha de ser nuestro patrimonio como condición orgánica, como propiedad connatural con una grande y poderosa nacionalidad. Ni hombres, ni confabulaciones, ni Estados, ni la ambición exterior; nada será más poderoso que Colombia».

VII

En la exposición que siendo ministro del Interior y de Justicia, presentó en el Congreso de Venezuela en 1849, hay párrafos admirables al describir la situación política de su país, y al señalar la reforma que sería necesaria, revelando lo profundo de sus conocimientos y lo elevado de su inteligencia. En ese trabajo aboga contra la pena de muerte, y ocupándose de todas las cuestiones públicas, se dedica especialmente á planes administrativos y á instrucción popular.

También tiene elocuentes párrafos contra la esclavitud, desarrollando en todas las materias el buen sentido que distingue sus trabajos literarios.

Su serie de artículos publicados en *El Colombiano*, de Bogotá, son notables y dignos del prócer venezolano.

En el concurso literario que se celebró el 28 de Octubre de 1872, en conmemoración del natalicio de Bolívar, fué encargado D. Antonio Leocadio de Guzmán de pronunciar un discurso, en que no se sabe que admirar más, si la novedad de los conceptos, ó la admiración cada día más creciente por el Libertador. El decir algo nuevo en obsequio del padre de la independencia colombiana, es sumamente difícil, pues es tanto y tan extenso lo que se ha escrito relativo al Libertador, que sólo un hombre tan rico en frases y en talento como el Sr. Guzmán, podía haber presentado algo que no fuese conocido.

Nació el ilustre estadista en 1802; pero conservó hasta su último instante, brillante memoria, frescura de ideas y novedad de pensamientos: recuerdo que preguntándome su ilustre hijo, el general Guzmán Blanco, presidente de Venezuela, qué concepto había yo formado del autor de sus días, le contesté: — «Me ha parecido un hombre de treinta años, con todo el entusiasmo y la vivacidad de la juventud».

Era uno de los representantes de esa hermosa generación que ha dado tantas páginas brillantes para la historia de América, y uno de los pocos que aun quedaban de tan gloriosísima época.

VIII

El noble octogenario, hasta el postrer día de su existencia, vivió entre los recuerdos del pasado y la venturosa realidad del presente; su patria regenerada, su misión cumplida, y al final de laboriosa carrera, la conciencia tranquila y satisfecha.

Su venerado cadáver reposa en el panteón nacional, en el templo de inmortales, elevado en Caracas por el general Guzmán Blanco, para honrar á los próceres de la independencia y para guardar las cenizas de aquel que, allá en San Pedro Alejandrino, murió víctima de la ingratitude y de las decepciones.

La tumba que encierra los deleznales restos de D. Antonio Leocadio Guzmán, es de gran significación para el continente americano; es una de sus glorias más puras y sublimes.

El soplo de la muerte ha apagado poco á poco los radiantes astros que iluminaron al mundo de Colón, en la alborada de su independencia.

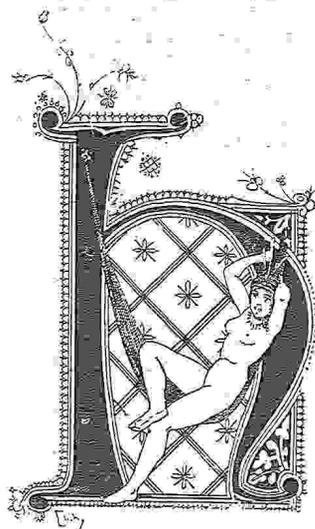
Mas si aquella generación desaparece y se pierde en las profundidades del sepulcro, renace en la historia y es inmortal en sus páginas de oro.

Las doctrinas, los principios, no mueren cuando se arraigan más y más con el recuerdo de aquellos que, en fértil campo pusieron la semilla y legaron benéfico ejemplo.

¡Paz á los restos del noble caraqueño! ¡Llor y gloria eterna á su nombre! En esa comunión de sentimientos, entre las coronas depositadas en su tumba, al par de las lágrimas que hace brotar el cariño y la gratitud, también la peregrina, huésped un día en los hogares venezolanos, se identificó con ese amor.

Él me condujo hasta la postrer morada del prócer, del cariñoso amigo, para depositar en ella simbólica guirnalda de laurel y encina.

MANUEL MONTT



I

HACE once años visitaba el suelo chileno; y entre las familias que á porfía dispensaron á la peregrina su amistad y cariñosa acogida, encontrábase la de D. Manuel Montt.

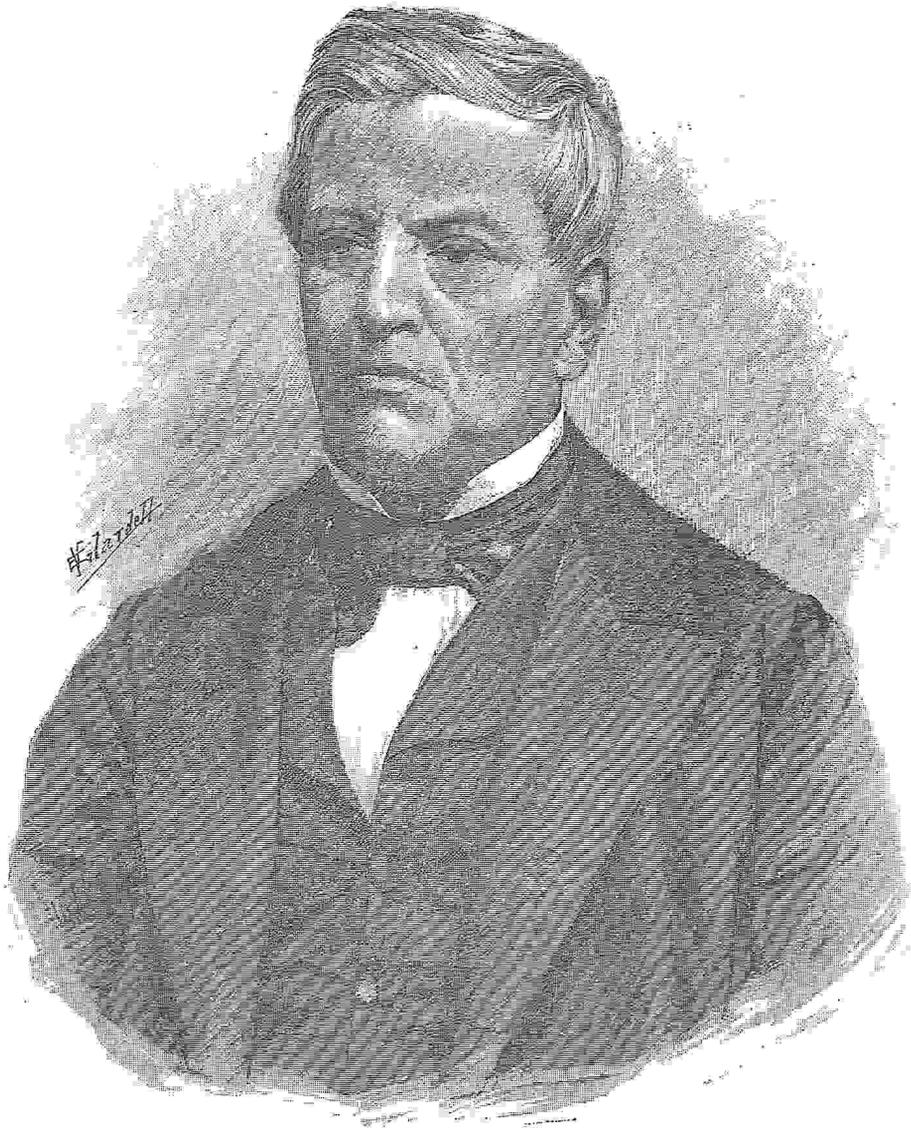
Un día en que desarrollaba el plan de las obras americanistas, me dijo el insigne hombre de Estado con su indulgente bondad: «El viaje es largo, difícil y peligroso para una mujer, pero la voluntad femenina es poderosa y fuerte; ella facilitará á V. el valor y la energía para coronar su empresa».

Hoy descansa ya en el sepulcro el noble chileno; pero como un supremo tributo á su memoria, vayan estas páginas hasta el hospitalario hogar de sus hijos y sean cariñosa ofrenda de inalterable recuerdo.

II

«La Inglaterra del Pacífico», se había estremecido de piedad y de horror ante el cadáver de aquel extraño é ilustre ser, llamado Diego Portales.

El titán de la historia chilena, había caído víctima de nefando cri-



MANUEL MONTT

men en los Altos de Baron, insultado por un miserable,¹ y aun haciendo esfuerzos para obedecer la orden de ¡*Hínguese V.!*² que impedía los grillos.

—¿Es posible, soldados, que me tiréis á mí?—exclamó con la convicción de que su exclusivo y sagrado amor por Chile, le hacían inviolable para los asesinos y digno de otra muerte.

«Víctima ilustre³ del más funesto de los extravíos políticos, ¡cuán grato hubiera sido á la historia haber podido presentarte como el fundador de la libertad de tu patria! ¡No comprendiste que la tiranía es la guerra y no el orden; que la arbitrariedad no puede ser jamás la fuerza de la autoridad, que ella seca la fuente del amor de los pueblos hacia el poder encargado de dirigirlos á su desarrollo y perfección!»

Con profunda emoción contemplamos vaciada en bronce, elevándose en el atrio de la Moneda, la grandiosa figura del varón insigne, del ciudadano chileno, y ante ella, ¡cuántas reflexiones se agolparon á la mente! A sus errores políticos se sobreponían sus altas virtudes cívicas y su acendrado patriotismo; á su carácter dominante y avasallador, el triste y cruento sacrificio del mártir.

III

Asesinado D. Diego Portales el día 6 de Julio de 1837, aun mal cerrada su prematura tumba y palpitante todavía en el corazón de los chilenos la pavorosa impresión, surgió otro genio, heredero de las aspiraciones del ilustre muerto y de sus fines de engrandecimiento y prestigio para Chile.

Era un hombre joven aún, Oficial mayor del Ministerio del Interior, Rector del Instituto Nacional, y profesor de Derecho romano.

Portales había juzgado, sin duda, su elevada capacidad, que reveló en los aciagos momentos del crimen y en las primeras disposiciones que las críticas circunstancias requerían.

¹ El soldado Florin, embriagado, hizo bajar á Portales del birlocho diciendo: «Baje el Ministro». —«No puedo, —contestó Portales con voz grave y reposada, — que vengan dos soldados á bajarme».

² Cuando el Ministro estuvo en tierra, Florin lo mandó fusilar.

³ LASTARRIA: *Juicio histórico*.

D. Manuel Montt estaba en la fuerza de la juventud madura, y ya juiciosa y pensadora: había nacido en 1805 en Petorca, contaba pues treinta y dos años.

Su precoz talento que demostró en los estudios, le elevó sumamente joven al Rectorado del Instituto, y de allí al cargo que desempeñaba cuando tuvo lugar el motín militar de Quillota.

Poco después, como Fiscal de la Corte Suprema y Ministro de aquel tribunal, fijó la atención por su activo y sabio comportamiento, poniendo en relieve las superiores condiciones de hombre público, cuando fué Diputado al Congreso y Presidente de la Cámara de Diputados.

Colocado en aquellos puestos, propios para poner en relieve al futuro hombre de Estado, sus cualidades sobresalientes y su celo organizador, le hicieron ser elegido por el presidente Prieto, para Ministro del Interior y Relaciones Exteriores.

Su sensatez, austeridad y rectitud en el manejo de los asuntos públicos, hicieron de D. Manuel Montt la esperanza del partido conservador ó *pelucón*,¹ que tenía por lema, orden y prestigio de Chile.

Esa prepotencia creció cuando D. Joaquín Tocornal, que á la sazón era Ministro de Hacienda, abandonó aquel puesto, y D. Manuel Montt tomó á su cargo las carteras de Justicia, Culto é Instrucción Pública.

IV

El pueblo chileno es eminentemente sensato, y por carácter y por convicción, apegado al orden é idólatra de su preponderancia: demuéstrese esta verdad en la marcha que ha seguido la política desde cortos años, después de la independencia hasta hoy, y en todos los actos en que su amor á la patria se encuentra en juego, detalle que apoya el dictado que se le aplica á Chile: «La Inglaterra de América».

Ríndese verdadero culto á las glorias nacionales y á los hombres-
genios, y está justamente orgulloso el pueblo del crédito de la nación y del alto puesto que ocupa: sus revoluciones han sido especiales, y adviér-

¹ Los Carreras fueron los primeros que llamaron *pelucónes* á los viejos diputados del Congreso de 1811, contrarios al primer Dictador de Chile, y que usaban entonces la trenza y peluca empolvada y el traje de corte. Tal fué el origen del nombre que se le dió al partido conservador.

tese en ellas y en sus caudillos, no el personal interés, no el *individualismo* que ha dominado generalmente en las demás repúblicas, sino el celo por los intereses generales, los que estudiando su historia detalladamente, se sobreponen á todo vulgar impulso.

El equilibrio se ha conservado siempre, y la revolución ha sido la lucha de las ideas, la iniciativa poderosa para una nueva era de reformas ó engrandecimiento del país, conspirando cada ciudadano para realizar el noble pensamiento.

V

Interín D. Manuel Montt permaneció en el Ministerio de Instrucción Pública, prestó á tan importante ramo el valor que encierra, afanándose por crear nuevas escuelas y proporcionarles textos de enseñanza, haciendo más vasto el campo y procurando mayores elementos para el Instituto Nacional.

Las escuelas normales eran una necesidad, y el activo Ministro creó la de Maestros, restableciendo la Universidad y trabajando con laudable celo en pro de la ilustración chilena, y cuando en 1846 cambió de Ministerio volviendo á ocupar el del Interior y Relaciones Exteriores, dejaba reformas y adelantos en todos los ramos que habían sido de su dependencia.

Concluído el período presidencial del insigne Bulnes y reelecto casi inmediatamente, organizó un nuevo Ministerio, y entonces D. Manuel Montt volvió á ocupar la Presidencia de la Corte Suprema; en 1848, sus altas dotes oratorias le conquistaron general aplauso y consolidaron su reputación en la lucha parlamentaria, sostenida en defensa de los principios conservadores y constitucionales.

Su candidatura para Presidente de la República, provocó ruda contienda civil y campal combate entre el partido llamado *progresista* y el que tenía por jefe á D. Manuel Montt. El combate fué encarnizado y sangriento, entre los partidarios de las nuevas ideas y los mantenedores de las antiguas; el torbellino de las encontradas teorías llevó muy lejos á los dos bandos, y como asolador huracán destruyó por entonces la paz y la ventura de Chile, hasta que la batalla de Songanilla y el triunfo de Purapel, pusieron término á la fratricida guerra.

VI

El mando de D. Manuel Montt, fué prolongado, provechoso é innovador.

Persuadido de que la instrucción pública era la base y adelanto para las naciones, y que el mejor lauro para un legislador consistía en instruir á los niños, creó bibliotecas populares y la humanitaria y útil Escuela de Sordo-mudos.

En aquella época se dió considerable impulso á las líneas de caminos de hierro; los alambres eléctricos facilitaron las comunicaciones y transmitieron el pensamiento á lejanas comarcas con desconocida rapidez.

Los fércaces campos de la República, se vieron poblados por laboriosos y activos inmigrantes, que si debieron al país su riqueza y porvenir, le brindaron en cambio su trabajo y el impulso agrícola y comercial.

Los infelices locos tuvieron cómodos asilos y elementos para recobrar la perdida razón; el desvalido enfermo, el falta de familia y tal vez de hogar, halló afanoso cuidado é higiénico esmero en las Hermanas de la Caridad, que también á la sazón llegaron al país, conducidas por la benéfica iniciativa del Gobierno, que á la vez fundó hospitales, casas de corrección, seminarios y templos.

D. Manuel Montt estableció la navegación á vapor en los puertos del Sur, dotó al país con nuevos caminos, reformando los antiguos y dándoles más cómodas condiciones para la circulación.

Promulgó el Código civil, inició el de Minas, Comercio y Enjuiciamiento, y empleó su caudal de conocimientos y profundidad de estudios, en mejoras en todos los ramos y en reformas de trascendental utilidad. Los almacenes fiscales de Valparaíso, le deben su construcción, así como el palacio del Congreso, cuarteles y otros edificios de provecho nacional. Abolió el diezmo y creó la contribución territorial, y durante diez años no descansó la privilegiada actividad del hombre de Estado, ni yaciló en llevar á terreno práctico cuanto pudiera ser base de prosperidad y bien general.

Hombres de gran alcance, de reconocida honradez y de acendrado civismo, secundaron al Presidente en la regeneradora tarea, sin que jamás faltase la unidad en cuestiones útiles y provechosas para Chile.

VII

Respetado por sus conciudadanos; considerado por las naciones extranjeras; tranquilo por el cuadro risueño y feliz que presentaba Chile, bajó de la presidencia el sagaz y sabio estadista en Septiembre de 1861, para volver modestamente á su antiguo puesto de Presidente de la Corte Suprema.

Reuníase en Lima en 1864, el Consejo Internacional Americano, y D. Manuel Montt fué nombrado para el importante cargo de representante de Chile, en aquel certamen de la inteligencia destinado á estrechar los lazos de los pueblos sud-americanos, y á robustecer sus instituciones y principios.

Desde entonces hasta su muerte, dividió su tiempo el sabio anciano entre los deberes de ciudadano y los de jefe del templo doméstico, gozando con las relevantes prendas y virtudes de su familia, ¹ y con el próspero estado y siempre creciente progreso de la nación chilena.

Su carácter era serio, grave, reflexivo; y en su aspecto, en su mirada, en su conversación, reflejábase el político profundo, el celoso y probo magistrado.

¡Feliz la patria que cuenta entre sus hijos, ciudadanos tan dignos y preclaros como D. Manuel Montt!

¡Llor al hombre que justo y prudente legó á las edades futuras, el modelo de las virtudes cívicas y de una sabia y honrada administración!

¹ Su hija Luz Montt de Montt, está dotada de clarísimo ingenio y es esposa de su primo D. Ambrosio Montt, jurisconsulto chileno, pensador, político, publicista, galano y fecundo escritor, notable personalidad diplomática, orador parlamentario y uno de los hombres más distinguidos, y que son honra y gloria de Chile.

JOSÉ MARÍA HEREDIA

(EL CISNE DEL NIÁGARA)

*Abrió el Señor su mano omnipotente,
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz á tus aguas despeñadas,
Y ornó con su arco tu terrible frente*



I

HE visitado el Niágara: he contemplado con mudo arrobamiento aquel soberbio espectáculo, en donde el Hacedor prodigó toda la exuberancia de lo poderosamente bello, terrible, agreste, admirable é indescribible.

Ante la majestad del conjunto, calla la inspiración: se encuentra impotente, fría, débil, pálida, pequeña para cantar la sublime y colosal grandeza de la perspectiva.

Sólo un gigante ha podido pulsar la lira inspirado por el titán de la creación: sólo á Heredia le estaba reservado ese privilegio. Si el horrísono estruendo de la catarata, si el aljófara que formando extraños cambiantes, se precipita en el abismo y su espantoso remolino turba y fascina paralizando nuestro ser; si el deslumbramiento que se experimenta, si aquel eterno poder que ostenta variadas formas, bellezas siempre nuevas que desaparecen, vuelven y se tornan más imponentes cada vez; si sobrecogido el ánimo, goza y sufre, delira, se embota y se confunde por la misma fuerza de la impresión, ¿cómo traducir tan encontrados sentimientos? Por eso el inmortal poeta ha sido *único* para

cantar al Niágara. ¿Era que tal vez, como él mismo dice, había singular analogía entre el agitado y grandioso caudal y la vida tempestuosa del trovador cubano?

II

José María Heredia,¹ no alcanzó existencia larga, ni venturosos días, pero ¡cuán fecunda en gloria, y qué luminosa para la posteridad!

Muy niño abandonó con su padre el suelo patrio, y en la risueña Caracas, en ese edén que el Ávila corona y que encierra misteriosa poesía, tuvieron principio sus estudios, que más tarde hubo de continuar bajo el ardiente sol de Cuba, deleitándose su juvenil fantasía con aquella aurora de celajes sin rival, con aquellas noches tibias y perfumadas, con aquel voluptuoso ambiente que seduce al poeta y le brinda desconocidas impresiones.

Heredia, ínterin cursaba Jurisprudencia en la Habana, robustecía su poética imaginación con las maravillas de la Naturaleza, y la enriquecía con nuevas y más brillantes ideas, que más tarde fueron manantial fecundo, lluvia de perlas que derramó en sus célebres composiciones *Al Sol*, *La Tempestad*, *Meditación en el Teocali de Chohula*, y sobre todo en la oda inmortal *Al Niágara*.

Por el año 1820 se encontraba en Méjico, cuando sufrió el terrible pesar de la muerte de su padre, y anonadado bajo el peso del infortunio, volvió á Cuba y se recibió de abogado en Puerto Príncipe, en donde permaneció durante algún tiempo. Sus desgracias crecieron y llegaron á su cólmo, cuando por sus ideas avanzadas y contrarias al régimen establecido en la isla de Cuba, fué sentenciado á perpetuo ostracismo, y obligado á salir de su patria, trasladándose á los Estados Unidos.

Vió la luz pública por entonces, la primera edición de sus poesías, y el fallo fué tan favorable, que el poeta adquirió universal renombre y fama imperecedera. No sólo grandes ingenios americanos, entre estos el clásico mejicano José Joaquín Pesado y el popular é ilustre Gui-

¹ Nació en Santiago de Cuba el 31 de Diciembre de 1803, hijo del doctor José Francisco y de la señora doña Mercedes de Heredia.

Ilermo Prieto, ensalzaron al poeta cubano, sino nuestro correcto literato Alberto Lista y el erudito Juan Nicasio Gallego.

Adviértese en las producciones de Heredia, corrección admirable, dulcísima pureza y armonía, originalidad y pensamientos tan variados como brillantes. Resulta en muchas de sus composiciones, singularísimo colorido y privilegiado talento descriptivo, de tal modo, que cautiva por la idealidad poética y por la realidad del cuadro que con hábil pincel retrata y en el que nada falta, ni aun el más insignificante detalle. Como las pinturas de Murillo, son *gráficas* las que Heredia ha legado á la posteridad. Leamos la oda *Al Sol*. Es el astro-rey de los trópicos; es el torrente de luz vivificador de aquella tierra, que á su influencia prodiga ricos dones con inagotable profusión. Veamos *La Tempestad*, grandiosa fotografía de lo real, en la cual, á la par del *naturalismo* más bello y sublime, nos deleitamos con el idealismo que rebosa en cada pensamiento.

La ternura desborda en numerosas poesías de Heredia, y á medida que los años pasan, más fresca y más lozana es la corona de su gloria: en ella resalta, como riquísima joya de incalculable mérito, su oda *Al Niágara*, en la que se eleva el poeta á una altura sin rival y se inmortaliza apareciendo como un gigante en aquel portentoso escenario. Heredia la escribió en 1824.

Después de la publicación de sus poesías, habitó por segunda vez Méjico, y allí desempeñó diferentes cargos y fué electo diputado.

En Toluca (capital del Estado de Méjico) publicó una segunda edición de sus poesías, y en el ingenioso prólogo, cuenta Heredia á sus lectores que su vida ha sido un tejido de contrastes, y en ellos aparece simultáneamente, como abogado y diplomático, soldado ó periodista, viajero y profesor de idiomas, poeta y magistrado. Poseía gran facilidad para traducir idiomas extranjeros, y Byron y Hugo Foscolo y Ossian y Beranger, encontraron en el gran poeta cubano, un fiel é inspirado intérprete de sus pensamientos.

¡Su vida fué un poema corto, pero grandioso y sublime! ¡Sus desventuras, su hidalguía, su honrosa pobreza, son otros tantos timbres que engrandecen al inmortal cantor del Niágara!

¡La muerte lo sorprendió en Méjico en 1838: tenía treinta y cinco años! ¡Cuántas ideas luminosas se encerraban aún en la mente del poeta! ¡Cuántos días de gloria truncados en la mitad de aquella existen-

cia tan fecunda y útil! ¡Cuántas esperanzas; cuántas aspiraciones abrigaba todavía su corazón ardiente y apasionado!

El genio grabó en páginas de oro sus amarguras, sus horas sombrías, el noble esfuerzo de su voluntad, el secreto de su vida entera.

Cerremos este pálido bosquejo con un broche de perlas:

*¡Niágara poderoso!
 ¡Adiós! ¡adiós! Dentro de pocos años
 Ya devorado habrá la tumba fría
 A tu débil cantor. ¡Duren mis versos
 Cual tu gloria inmortal! Pueda piadoso,
 Viéndote algún viajero,
 Dar un suspiro á la memoria mía,
 Y al sepultarse Febo en Occidente,
 Feliz yo vuele do el Señor me llama,
 Y al escuchar los ecos de mi fama
 Alce en las nubes la radiosa frente.¹*

¹ HEREDIA: Final de la Oda al Niágara.

JUSTO RUFINO BARRIOS

I



PRODUCE verdadero asombro, el contraste que presentan moralmente ciertas individualidades, al hacer el estudio de sus especiales condiciones características. Tan extraños seres merecen detenido examen, más aún si favorecidos por la suerte ó por la casualidad, y también auxiliados por algunas de esas cualidades que al ponerlos en relieve los eleva sobre la vulgaridad, llegan á escalar el primer puesto y tienen el privilegio de atraerse la atención general.

A pesar de que aun hace corto tiempo que el general D. Justo Rufino Barrios, presidente durante diez años de la república de Guatemala, ha descendido al sepulcro, es una de esas individualidades que no podemos menos de colocar en nuestra galería, dejando á la posteridad que juzgue con mayor ó menor justicia sus actos.

En aquella doble y excepcional naturaleza, se agitaban en confusa amalgama el bien y el mal; lanzaba destellos luminosos el sentimiento de la libertad, obscurecida y empañada á veces por hechos incalificables.



JUSTO RUFINO BARRIOS

El general Barrios hizo siempre especial alarde de su rudeza y de su falta de instrucción, lo cual ponía más en evidencia las grandes reformas de que le fué deudora la patria, dando lugar á muy encontradas opiniones relativas á tan extraña personalidad.

II

Sería indispensable, para juzgar al hombre que, en alas de su ambición ó sólo guiado por una idea regeneradora y grande encontró la muerte en las trincheras de Chalchuapa, seguirle paso á paso desde la infancia hasta el trágico fin de su existencia; de ese modo podría apreciársele como fundador de liberales instituciones, ó bajo el tenebroso aspecto de su omnímoda voluntad.

El corazón del general Barrios debe haber sido un vastísimo campo de batalla, en el cual los encontrados sentimientos lucharon sin tregua obteniendo á veces la victoria, la generosidad y la grandeza, ó sobreponiéndose á éstas, el rencor y el espíritu de venganza.

En los rasgos característicos del hombre que ha dominado durante largos años, no sólo á la república de Guatemala, sino á todos esos pueblos (exceptuando Costa Rica) que componen la América Central, porque sobre ellos, más ó menos se hizo sentir la presión de su voluntad, se observan curiosas semejanzas con diferentes personalidades, á quienes aun después de algunas centurias no puede comprender ni juzgar el historiador.

El estudio sería sobremanera interesante, resultando de él un todo enteramente extraño, digno de admirarse á veces ó de censurarse otras por su audacia moral y por el sistema planteado en la república de Guatemala.

III

Ante el sepulcro se calman los rencores; ante esa tumba de cortos años cerrada; pierde su influencia el odio creado por las persecuciones; pero se despierta el deseo de retratar al hombre singular que acometió

una empresa, si por demás grandiosa y necesaria en el fondo para los destinos del Centro América, descabellada en la forma.

Justo Rufino Barrios, nació en San Lorenzo, departamento de San Marcos, el 21 de Julio de 1835.

Descuidada y escasa era á la sazón la enseñanza popular, y cortos por consiguiente los conocimientos que adquirió el futuro gobernante: su perspicacia y natural viveza suplieron más tarde á la cultura y educación de que carecía.

Ya por entonces y en sus juegos de niño, se destacaba el carácter de ese ser anómalo y original; pero nos limitaremos á bosquejar algunos de los hechos de su vida para que puedan dar una idea del presidente de Guatemala.

IV

Enviado á la ciudad de Quetzaltenango para cursar latín, se distinguía entre sus condiscípulos por esa misma especial amalgama de su carácter; veíasele con frecuencia sacrificarse con generoso impulso en alas del compañerismo y de la amistad, pero instantáneamente tenía la medalla su reverso; la más ligera ofensa tornaba en odio el anterior cariño, y despertando la natural fiereza ponía de relieve los defectos de aquel incomprensible corazón.

Concluída su carrera escolar con la adquisición del título de Escribano público, regresó al hogar paterno manifestando ya ideas altamente avanzadas, y rencorosa antipatía á la aristocracia.

V

Mandaba por esa época en Guatemala el general D. Vicente Cerná, electo presidente á la muerte de su amigo el general Carrera, acaecida en 1865. La administración Cerná, altamente impopular, estaba combatida por todos aquellos que profesaban principios liberales, y este desacuerdo entre la mayoría y el Gobierno, dando impulso á las ideas de Barrios, le prepararon su futuro poderío.

El mando de Cerná tocaba á su término; el pueblo, informado de la posibilidad de reelección, protestaba con gritos y amenazas; quería reformas liberales, progreso y horizontes más anchos para el futuro destino de Guatemala.

VI

La revolución era inevitable, y entre los que más activamente la impulsaban encontrábase el general D. Serapio Cruz, quien tomó las armas contra el Gobierno y emprendió la lucha para llevar á cabo un cambio político.

Entre tanto, Justo Rufino Barrios hostilizaba á la desprestigiada administración, é intentó apoderarse del cuartel de San Marcos en la ciudad de su residencia, con la partida que había organizado.

La empresa de Barrios para apoderarse del cuartel, fracasó en Diciembre de 1869, cuando el general Cruz fué derrotado en Huehuetenango.

Intentó éste después reorganizarse para seguir la campaña, pero fué alcanzado en Palencia por las tropas del Gobierno, el 23 de Enero de 1870, muriendo en la acción; los soldados derrotados completamente y varios de los revolucionarios, entre ellos Barrios, buscaron asilo en Chiapas (Méjico.)

Larrave, Samayoa y D. Miguel García Granados, constituían el foco de la conspiración; los dos primeros fueron desterrados inmediatamente, y el tercero, que se había asilado en una legación, salió también del país poco después.

Á pesar del triunfo adquirido por el Gobierno, la revolución desplegaba mayor vuelo. Barrios, burlándose con rara habilidad de los soldados que le perseguían, hostilizaba á las autoridades del departamento de los Altos, frontera de Méjico, y con la tenacidad distintiva de su carácter, pugnaba por elevarse, ardía en deseos de venganza y tal vez ya ambicionaba el mando.

La suerte favorecióle siempre: de nuevo se organizaron los rebeldes, y el general García Granados encontró apoyo en el prestigio que le daba ser enemigo de un Gobierno aborrecido: reunió pertrechos de

guerra, formó un núcleo de fuerzas compuestas por los emigrados, y en Mayo de 1871 se les reunió Barrios con su partida.

Después de triunfar en Tacaná, Retalhuleo, Chiché, Tierra-Blanca, Cochon y San Lucas, entró el 30 de Junio en la capital de la República.

La política de Carrera había concluído: el general Cerná fué depuesto por el acta de Patricia.

Barrios, en todos los combates, había dado muestras de ser un guerrillero sereno, astuto y enérgico.

En aquella época fué la revolución un hecho radical para el país, y la magnanimidad, el orden y la disciplina acompañaron á las tropas vencedoras en su entrada en la capital.

Recordamos un periódico extranjero, que al significar su admiración añadía :

« Que el cambio de situación en Guatemala acusaba una espléndida y civilizadora era ».

Barrios fué nombrado comandante general de los Altos y allí ensanchó su atmósfera, haciendo lisonjeras promesas é instigando á sus partidarios, según algunas opiniones, contra los habitantes de la capital, á quienes afirman aborrecía por una de las anomalías de su carácter.

La debilidad de García Granados, su edad avanzada y sus achaques, le imposibilitaban de llevar á buen término las reformas esperadas.

Barrios lo dominaba, le imponía su voluntad, y sus exigencias eran leyes: el espíritu dominador, el omnímoto poder que más tarde pesaría con cetro de hierro sobre Guatemala empezaba á bosquejarse.

En vano el general Zavala intentó substraer al Presidente, de aquella poderosa influencia que crecía más y más, á consecuencia de las rebeliones que estallaron en el Oriente y que fueron enérgicamente sofocadas por Barrios.

VII

El presidente de Honduras, D. José María Medina, se hizo jefe de la reacción en 1872.

Declarada la guerra por Guatemala y el Salvador, repúblicas aliadas, el general García Granados, al tomar el mando de las tropas que debían invadir el suelo hondureño, nombró á Barrios presidente interino.

Los decretos de libertad de la prensa y de extinción de comunidades religiosas, fueron los primeros actos gubernativos del hombre que se había encumbrado al primer puesto.

Continuaban las sediciones acaudilladas por los partidarios del antiguo régimen. El general Barrios, con actividad y energía, logró de nuevo restablecer la tranquilidad pública.

Desde aquel tiempo se manifestaron más aún las dos naturalezas, la doble faz del hombre extraño, árbitro de los destinos de Centro-América desde el día 8 de Mayo de 1873 hasta el 2 de Abril de 1885, día de su muerte.

VIII

Tal vez por alcanzar pleno dominio sobre las masas, ó guiado por natural instinto, planteó Barrios un sistema especial en Guatemala, el del terror, que ha empañado y empequeñecido actos dignos de un gran legislador y acreedores á justo elogio.

Ya electo presidente y en posesión de tan alto puesto, tuvo que combatir la facción capitaneada por D. Enrique Palacios, quien estaba de acuerdo con los revolucionarios de la montaña, derrotados por las tropas del Gobierno en Chamellicón.

El brazo del Dictador fué de hierro para los conspiradores, hizo fusilar á muchos de ellos y mandó quemar las casas de los pueblos del Oriente y conducir á sus habitantes presos á la ciudad de Guatemala.

El cuadro que presentaron aquellos infelices fué tan triste como conmovedor.

Entre las particularidades dignas de mencionarse y que demuestran habilidad suma en el general Barrios, es la que concierne al clero, que perseguido, despojado de sus bienes, envilecido, dominado, careciendo de prestigio y del dominio que generalmente ejerce, no pudo alterar, sin embargo, la buena armonía existente entre Guatemala y la Santa Sede.

IX

Por entonces quiso el Dictador disfrutar las dulzuras del hogar. Su corazón anhelaba sin duda encontrar en la familia otra atmósfera y otros afectos; enamorado de una joven hermosísima, D.^a Francisca Aparicio, la hizo su esposa, consagrándola vehemente cariño y rodeándola de fastuoso esplendor.

Al principiar su administración se ocupó en organizar y disciplinar al ejército, dotándolo de armamentos y uniformes á la altura de los adelantos del siglo.

La instrucción primaria y la superior adquirieron poderoso desarrollo, empleándose en ellas cuantiosas sumas: las escuelas de segunda enseñanza fueron reglamentadas y regularizadas, poniendo de esta manera los cimientos para un futuro lisonjero; establecieronse Institutos en la capital, en Quetzaltenango y en Chiquimula, y en el primero hubo una sección para Escuela Normal de hombres.

En 1876, tuvo que atender á la guerra que intentaban los reaccionarios contra Guatemala, en combinación con el presidente de Honduras, D. Ponciano Leyva, y D. Santiago González, presidente del Salvador.

Entonces fué cuando en una conferencia que tuvo lugar en Chingo, en 15 de Febrero de dicho año, se pactó con el nuevo presidente del Salvador D. Andrés Valle, que el Dr. D. Marco Aurelio Soto, apoyado por ambas repúblicas limítrofes, pacificaría á Honduras agitada y anarquizada por los partidos.

X

El convenio no se llevó á efecto en aquella época, y el general Barrios tuvo que ir en persona á la cabeza de su ejército hasta la frontera salvadoreña, en donde tuvieron lugar varios combates, triunfando el dictador de Guatemala en las batallas del Platanar, Apaneca, Pasaquino y Chalchuapa, proponiendo una capitulación que los salva-

doreños aceptaron; al exgeneral mejicano Uraga, se le debieron en parte aquellos triunfos, por la excelente dirección que dió á las operaciones.

De regreso á Guatemala continuó Barrios su obra de reformas, y la Asamblea legislativa aprobó cuanto había hecho, invistiéndole con amplias facultades.

La tranquilidad se restableció por completo; pero preciso es, como fieles narradores, presentar el reverso de esa medalla.

Las cárceles abrieron sus puertas para muchos inocentes salvadoreños, prisioneros de Barrios, y el hombre que acababa de dar en la capitulación muestras de generosidad para los vencidos, fué después ingrato y rencoroso. El doble aspecto se encuentra siempre y en cada período de su vida.

Los generales Solares, quienes en la guerra con el Salvador habían prestado grandes servicios, y decidido, según afirman testigos oculares, el espléndido triunfo de Pasaquina, fueron destituídos; dicese que por receloso temor á su prestigio.¹ El mejicano Uraga tuvo que salir del país, y otros varios sufrieron persecución y destierro.

El general Barrios fué espléndido y generoso en algunas ocasiones para sus amigos; á su sombra han medrado, ya extranjeros, ya guatemaltecos; repetidas veces ha pagado deudas de alguna familia y la ha colmado de dádivas y favores, no siendo de extrañar que poco después arrebatara cuanto había dado y redujera á la miseria á los mismos que había enriquecido.

Debemos, sin embargo, hacer una observación: esas fortunas improvisadas bajo la tolerancia de los presidentes, como ha sucedido en diferentes repúblicas hispano-americanas, no se erigieron en Guatemala; Barrios mismo las creaba, pero no permitía el abuso ni la dilapidación de las rentas públicas.

XI

Reelegido Barrios en 1880 y apoyado por la nueva constitución, siguió por la comenzada senda de innovaciones, fundando en Guatemala

¹ Después de la muerte de Barrios, salió de la cárcel uno de los Solares. Estaba preso hacía dos años, sin saber por qué

la Escuela de Artes y Oficios y la de Agricultura, estableciendo también la enseñanza nocturna para los artesanos.

Ordenó que se formaran el Código Civil, el Penal, el de Procedimientos, el de Comercio, el Militar y los reglamentos para puertos y aduanas; el servicio de Correos se hallaba en desfavorable estado y en poco tiempo mejoró su sistema y planteó reformas de gran utilidad; puso en comunicación las principales poblaciones por medio del telégrafo, dando al comercio un potente auxiliar.

Atendió con activo empeño á mejorar las carreteras, y nuevos caminos hicieron fáciles los transportes en la República, y por último, el ferrocarril del puerto de San José á la capital, unió á ésta con la costa del Pacífico, y es á no dudarlo, la obra más importante del período dictatorial del general Barrios.

Esa primera línea férrea ha sido el gran paso y el más benéfico para la industria y el comercio.

XII

El asesinato del sacerdote Pagés en el departamento de los Altos, durante la estancia del Presidente en aquel punto, y en su presencia, es una de las páginas más negras de la vida del general Barrios; es un acontecimiento incalificable, que la severidad de la historia juzgará, así como la rencorosa persecución contra Lanuza, amigo y compañero de Pagés, quien, ni aun asilado en Colombia, estuvo exento de los conatos de venganza del Dictador.¹

Larga es la serie de fusilamientos que sembraron por entonces la consternación en Guatemala. D. Jesús Batres, los Sres. Montenegro, el licenciado Pavón, el padre Aguilar y otros, figuran en aquellas páginas de sangre como *víctimas inmoladas por la necesidad*, en el altar de la tranquilidad pública.

¹ Pagés era español y estaba de cura en uno de los pueblos de los Altos, y cuando la visita del dictador, se presentó á él para implorar su protección en favor de los indígenas, y en la conversación, afirmáse que Barrios insultó las creencias del digno sacerdote, provocando una discusión, en la que sobresalía la inteligencia de éste y la ignorancia de aquél.

Ciego de cólera se lanzó sobre Pagés y le abofeteó, y el sacerdote, al defenderse, se asió al cuello del Presidente, y es probable que éste hubiera perecido á sus manos sin el auxilio del criado de Barrios, José Inés Cruz, quien disparó un pistoletazo sobre el infeliz Pagés, que fué ultimado por otros que acudieron.

Cruz, fué ascendido á comandante de batallón. Tal es la versión recogida en correspondencias y de boca de personas imparciales.

En 1880, empezó á regir una nueva carta fundamental, al propio tiempo que se verificaban las elecciones para presidente, y Barrios fué nuevamente electo, casi por unanimidad de votos y á pesar de su *resistencia*.

No lucharon los pueblos: ¿para qué? Soberano absoluto con el nombre de presidente republicano, dominaba en las Cámaras y su poder llegaba hasta el punto, que era frase sacramental «*estar bien con el Sr. Presidente,*» para salvarse de los destierros ó persecuciones.

Consolidado el poder de Barrios, seguro de su dominio, éste pesó más y más sobre los guatemaltecos, y acontecimientos que no pueden juzgarse todavía, porque estando demasiado recientes no han pasado por el crisol del tiempo, ni por el severo criterio de la Historia, coartaron en Guatemala toda libertad de acción.

Ya en aquella época tomaba forma en la mente de Barrios la idea de ensanchar las fronteras de su poder; ya soñaba con la Unión centro-americana.

Este pensamiento grandioso, bellísimo ideal del intrépido Morazán y del honrado cuanto valiente Cabañas, fué para el autócrata guatemalteco horizonte inmenso, Océano sin límites, campo vastísimo para su ambición, y tal vez ésta tendió no sólo á satisfacerse por egoísmo y sed de mando cuanto por realizar una evolución grande y benéfica.

¿Quién sabe! ¿Aquel ser extraño y de tan encontradas condiciones características, comprendería en toda su grandeza la idea de crear un pueblo unido, poderoso y llamado á brillante porvenir?

¿Podríamos pensar que Barrios, generosamente deseaba formar un *gran todo* de los cinco Estados independientes?

XIII

Ínterin llegaba el momento de poner en ejecución su plan, del cual intentaba hacer partícipes y auxiliares al Dr. D. Rafael Zaldívar, presidente de la República de San Salvador y á D. Marco Aurelio Soto, que ocupaba el mismo alto puesto en la República de Honduras, continuó Barrios por el camino emprendido, y entre arbitrariedades y atentados, entablaba á la vez útiles reformas, organizaba la policía, disciplinaba el

ejército, y proporcionaba á los oficiales superiores y subalternos conocimientos militares y cultura, á la cual habían sido ajenos hasta entonces.

Poseía Barrios carácter enérgico y activo, espíritu de progreso material, y tal vez con mayor grado de instrucción, hubiera logrado reprimir sus malévolas inspiraciones.

Entre algunos hechos que retratan gráficamente al presidente de Guatemala, hay algunos curiosos y que tienen grandes puntos de contacto con aquel rey castellano que llevó en la historia, el nombre de Pedro el Cruel ó el Justiciero.

Cuéntase que vivían en Guatemala unos huérfanos poseedores de un desahogado bienestar, que el tutor manejaba abusando de la confianza en él depositada, y viendo impasible en el mayor abandono y miseria, á los menores encomendados á su cuidado. Tal vez algún caritativo amigo puso en antecedentes á Barrios, y éste, obedeciendo á uno de sus impulsos que á veces se manifestaban en él, hizo llamar al tutor, censuró su conducta y le intimó que si no entregaba al punto la herencia de los huérfanos, *sería muerto á palos*. Fácil es comprender que la orden se cumplió inmediatamente, y que el tutor, para salvar la vida, devolvió los bienes.

En el singular carácter del dictador guatemalteco, las determinaciones eran rápidas y extrañas á influencias ajenas; la opinión de los demás generalmente no tenía imperio sobre él; siempre en la mayoría de sus actos se dejó guiar por su propia inspiración.

Entre los varios individuos desterrados y arruinados por Barrios, había uno al que lo precario de su situación le hizo regresar á su país. El desaliento y la falta de recursos le aconsejaron dirigirse á un acaudalado primo suyo, del que esperaba protección y apoyo; confuso y avergonzado solicitó algo que representaba un valor de veinticinco duros, con lo cual creía poder buscar medio de subsistencia; el pariente rehusó el auxilio al pobre; el egoísmo se sobrepuso á la caridad y al deber. Aquel acontecimiento, como todo cuanto sucedía en Guatemala, llegó á noticia del Dictador, y castigó con ingeniosa sagacidad al avaro socorriendo al necesitado.

El rico egoísta acostumbraba á visitar con frecuencia á Barrios, y cuando se presentó, manifestóle éste que necesitaba urgentemente mil pesos.

El obediente vasallo sacó de su cartera la cantidad indicada, que por casualidad llevaba en billetes, y se la entregó al Presidente. «Esta suma, —le dijo severamente Barrios,—es para su primo de V., á quien V. ha negado veinticinco pesos».

Con aquella actividad propia de todos sus actos, hizo buscar al ex-emigrado, y al presentársele puso en sus manos el dinero diciéndole: «Aquí tiene V. mil pesos prestados, vaya V. á sembrar papas á la Antigua».¹

Tal era la influencia que ejercía, tal el poder de aquel hombre singular, que el agraciado salió para el punto que se le había ordenado, dedicándose al cultivo indicado.

Un centro-americano, imparcial, nos ha expresado la impresión que le causó la vista del general Barrios en una reunión solemne, en una fiesta dada para festejar á los presidentes de Honduras y San Salvador y á los representantes de Nicaragua y de Costa Rica. Todos los concurrentes á aquel acto vestían de rigurosa etiqueta; el oro y la plata de los uniformes, los vistosos bordados, el frac y la corbata blanca presentaban brillante cuadro, ofreciendo notable variedad y risueña perspectiva. Un murmullo general anunció la llegada del Presidente; oficiales y altos dignatarios vistieron su semblante con la expresión del respeto, y algunos con la de la admiración y del entusiasmo. El viajero centro-americano de que hemos hecho mención, hombre ilustradísimo y de justa celebridad, fijó su mirada en el general Barrios, y desde aquel momento absorbió éste toda su atención.

Por su traje parecíale un hombre del pueblo, más bien que el árbitro de una nación, y sin embargo, estaba en relieve y descollaba como principal figura en aquel conjunto de oropel y de lujo. La sencillez de su atavío ¿era orgullo ó desprecio? y decimos orgullo, porque demostraba singular satisfacción al presentarse en el teatro ó en solemne fiesta con la chaqueta que usaba siempre.

Aquella multitud que le rodeaba, aquellos gobernantes y presidentes eran considerados por él como inferiores. Pretendía que temblaran en su presencia y que le obedecieran ciegamente.

Decía el centro-americano citado, que la fisonomía del general Barrios no le había sido antipática y repulsiva, no: sobre todo tenía

¹ La antigua Guatemala, cercana á la actual capital de la República.—(Palabras textuales).

algo en su mirada de profunda sagacidad y energía, y en algunos momentos reflejábanse en ella la crueldad y la audacia.

Con frecuencia la expresión era vaga, como la de aquellos seres que se reconcentran en sí mismos para llevar á cabo planes que en su mente se agitan. La impetuosidad y precipitación fueron los principales defectos de Barrios, y jamás retrocedió cuando había tomado una determinación; precisamente esas condiciones le hicieron víctima en Chachuapa.

XIV

Hacia cincuenta años que la cuestión de límites con Méjico estaba sin resolverse. Don Lorenzo Montufar, representante de Barrios en Wáshington, había interesado á Mr. Blaine, y según autorizadas opiniones, con ofertas que en este espacio no podemos apreciar, obteniendo de aquel hombre de Estado, que ayudase para aumentar la extensión territorial de Guatemala. La muerte de Mr. Blaine rompió el pacto; pero deseoso el general Barrios de llevar á cabo la combinación, determinó emprender un viaje á los Estados Unidos en Julio de 1882.

Al anunciar su partida, intentó demostrar en un largo manifiesto las ventajas que pensaba obtener en pro de la nación cuya gloria y progreso decía era su único norte.

Quedó el octogenario general Orante, encargado de la presidencia, y el Dictador, acompañado de numeroso séquito, llegó á la gran República, intentando poner en práctica inmediatamente el plan que había concebido. Las tentativas fueron inútiles; la prensa americana en coro se declaró en contra del general Barrios, procurando poner en evidencia todos sus defectos, haciendo punto omiso de sus méritos.

Poco después, se puso en comunicación con D. Matías Romero, ministro de Méjico, y con él procuró llevar á feliz término la cuestión de límites.

El hábil diplomático mejicano acordó los preliminares que servirían de base para resolver la debatida cuestión; D. Manuel Herrera y D. Lorenzo Montufar discutieron el proyecto de arreglo, presumiendo podrían obtener mayores ventajas para Guatemala, pero el primero lo llevó á término, por lo cual manifestó el general Barrios su satisfacción.

Acompañado por su esposa emprendió viaje á Europa, y permaneció entre Francia é Inglaterra como quince días, regresando después á Guatemala.

Había transecurrido algún tiempo, cuando volvió á ocuparse Barrios de poner en práctica su idea favorita: la unión de Centro América.

Envió comisionados cerca de los Gobiernos vecinos, manifestando que aquella gran evolución política no se llevaría á cabo sin el beneplácito de los pueblos que componen la América Central. Surgió entonces una dificultad inesperada; el doctor D. Marco Aurelio Soto, presidente de Honduras, se enemistó con el general Barrios, y poco después, al ser derrocado de la presidencia, ocupó su puesto el general Luis Bográn.

El 13 Abril de 1884, estalló á los pies del general Barrios una máquina infernal, *si bien no tan perfeccionada como la de Fieschi*, en cambio bien preparada para ocasionar heridas leves: sobre este suceso se han emitido diferentes juicios y se han hecho infinitos comentarios, algunos de éstos presentan el hecho como preparado por el general Barrios, bien para ejercer venganza particular, bien para adquirir mayor prestigio con la tentativa de asesinato.

A D. Julio García Granados, sobrino del presidente de este apellido, y á D. José María Samayoa, se les acusó de haber sido directores del atentado del 13 de Abril; el primero fué destituido de su empleo militar, y el segundo encarcelado, declarando la Asamblea haber lugar para la formación de causa, pues Samayoa era diputado y Consejero de Estado y nadie ignoraba en Guatemala que había sido el alma de la administración de Barrios, su amigo y el más hábil político del país.

El tiempo podrá resolver y juzgar con entera imparcialidad este acontecimiento.

XV

La Unión centro-americana había llegado á ser la idea dominante del presidente guatemalteco; en él, la aparente tranquilidad podría compararse á esos momentos de calma que se advierten en la Naturaleza y que son precursores de ruda tempestad: puesto de acuerdo con los presidentes de Honduras y del Salvador, creyó llegado el momento de poner en práctica su proyecto.

Pero se observan en la política tan extrañas evoluciones, que todo cálculo es imposible. El 28 de Febrero de 1880, lanzó un decreto el presidente de Guatemala, declarándose jefe supremo militar de las cinco repúblicas, y proclamando la Unión centro-americana.

La Asamblea guatemalteca secundó el decreto y hasta el periódico oficial abandonó su título, apareciendo con el de *La Unión de Centro-América*.

Real ó falso despertó el entusiasmo. Bográn y la legislatura de Honduras secundaron aquel osado decreto; pero el Dr. D. Rafael Zaldívar tomó una actitud que, por lo inesperada, llamó la atención general.

Con fecha 6 de Marzo de 1885, decía por el telégrafo lo siguiente:

«AL GENERAL PRESIDENTE D. JUSTO RUFINO BARRIOS.

»Le felicito y felicito á nuestra patria por el decreto que ha dado sobre nacionalidad confirmando lo que antes le he dicho, y que hoy le repito, de que corremos la misma suerte. Siento no haber creído lo que anunció aquí el Sr. Barrutia, pues estando entonces reunido el Congreso tendría hoy más amplitud de facultades, pero con las que tengo me encontrará V. de lleno para secundar esa grande idea.

»Ha llegado el término de la prueba y lo celebro, porque así podré demostrarle que soy su mejor amigo; pero trátame con franqueza, y no con la reserva con que ha procedido en este asunto.

»Su afectísimo amigo,

»RAFAEL ZALDÍVAR.»

Continuaremos reproduciendo los telegramas, por creer que éstos dan cumplida idea de los graves acontecimientos que tuvieron lugar en esa época.

«San Salvador, Marzo 8 de 1885.

»AL GENERAL D. JUSTO RUFINO BARRIOS.

»Por acá no hay novedad. Le saludo con el cariño de siempre: ayer tarde se publicó aquí un decreto convocando extraordinariamente al Congreso, para que á la mayor brevedad posible se reúna y conozca del decreto aprobado por esa Asamblea sobre Unión Centro América.

»Espero su carta que me anunció, sin perjuicio de mandarle yo el amigo que le dije.

»Su afectísimo amigo,

»RAFAEL ZALDÍVAR.»

«SR. D. RAFAEL ZALDÍVAR.

»SAN SALVADOR.

»Descansando en las repetidas manifestaciones y ofertas que V. y el general Bográn me hicieron de estar conmigo en la empresa de la Unión, á V. y á él, lo mismo que al Dr. Cárdenas ¹ y al general Fernández, ² comuniqué en igual sentido la resolución adoptada por mí en el decreto del 28 del pasado. El general Bográn y el pueblo hondureño, han respondido patriótica é inmediatamente á mi voz, adhiriéndose á mi decreto y proclamando la gran patria que yo quiero para Centro América. El Gobierno de V. no responde y no necesito decir por qué no lo hace; pero yo cuento, y V. lo sabe, con el poder y los elementos indispensables, y con el concurso de todos los buenos patriotas de Centro América para realizar la Unión, y estoy en la obligación y en el propósito de seguir adelante en el paso que he dado, suceda lo que suceda.

»En ese concepto, y con esta fecha, nombro al general Menéndez, ³ para que se haga cargo del mando militar de los departamentos occidentales del Salvador, y levante y sostenga el pabellón de la República de Centro América; y espero que V., que en su parte de hace dos días todavía me dice que está conmigo y que correrá mi misma suerte, dará prontas y eficaces órdenes para que el general Menéndez sea inmediatamente reconocido y obedecido, en el carácter de delegado de la suprema jefatura militar de Centro América que estoy ejerciendo.

»Mi determinación es irrevocable, y todo lo que no sea secundar desde luego la idea que he proclamado, será envolver á todo el país en una gran revolución de la cual á V., y sólo á V. y á su círculo, haré responsables ante el Centro América.

¹ Presidente de Nicaragua.

² Presidente entonces de Costa Rica.

Hoy presidente de la República del Salvador.

» Reunir el Congreso como V. quiere, me parece enteramente inútil, cuando se trata de una causa que todos los Gobiernos por sus respectivas constituciones están obligados á abrazar y que ningún centro-americano puede atreverse á combatir.

» Las dilaciones en este asunto sólo argüirán oposición, temor ó desconfianza.

» JUSTO RUFINO BARRIOS. »

« *San Salvador, 9 de Marzo de 1885.*

» SR. GENERAL D. JUSTO RUFINO BARRIOS.

» PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE GUATEMALA.

» Mi estimado amigo: Le mando á los señores ministros Meléndez y D. Narciso Avilez, amigos míos y que lo son de V. igualmente, para que hable con ellos y le comuniquen mis ideas é instrucciones respecto del asunto que actualmente absorbe la atención de estas Repúblicas.

» He escogido á estos amigos porque sé que ellos le inspiran toda confianza y que no dudará V. de lo que le comuniquen, como ya le está sucediendo conmigo, á pesar de las pruebas que siempre le he dado de mi sinceridad.

» Espero que V. dará entero crédito á cuanto le informen los señores Meléndez y Avilez de mi parté, y que el resultado de sus gestiones sea satisfactorio.

» Le confirmo que soy y no podré dejar de ser su amigo, que si para conservar este título fuese necesario cualquier sacrificio personal lo haré con gusto.

» Consérvese V. bien, y ordene á su afectísimo amigo,

» RAFAEL ZALDÍVAR. »

«Guatemala, 9 de Marzo de 1885.

»AL DR. D. RAFAEL ZALDÍVAR.

»SAN SALVADOR.

»Enterado de su parte de hoy, todas las providencias dictadas se han mandado suspender; espero pues al amigo Meléndez y al amigo Avilez. Usted me dice que no quiere ser mi enemigo; así lo he creído, y no dude usted que siempre seremos amigos, si como lo espero todavía militamos juntos por la misma causa de la Unión de Centro América.

»Su afectísimo amigo,

»JUSTO RUFINO BARRIOS.»

«San Salvador, 9 de Marzo de 1885.

»AL GENERAL D. JUSTO RUFINO BARRIOS.

»Agradezco á V. que espere á los señores Melendez y Avilez; éste último acaba de llegar de Santa Ana, habiendo caminado toda la noche. Le recomiendo de nuevo calma, y que no me trate como enemigo, pues yo no quiero serlo nunca.

»Su afectísimo amigo,

»RAFAEL ZALDÍVAR.»

«Méjico, Marzo 10 de 1885.

«SR. GENERAL D. JUSTO RUFINO BARRIOS.

»Enterado telegrama 7 del corriente mes. La resolución tomada exclusivamente por la Asamblea de esa República, es rechazada con energía por el Gobierno y pueblo de las demás repúblicas centro-americanas, según telegrama que he recibido de Nicaragua, Costa Rica y el Salvador; esta circunstancia y la impresión creciente que la noticia causa en el pueblo mejicano, influirá en la actitud que ha de tomar el Gobierno de mi cargo, ante una energía que es una amenaza contra la independencia y autonomía de las nacionalidades de este Continente.

»PORFIRIO DÍAZ.»

« *Guatemala, 11 de Marzo de 1885.*

» AL SR. PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS.

» MÉJICO.

» Por correo contesto al parte de V. E. que recibí ayer.

» JUSTO RUFINO BARRIOS. »

« *Tegucigalpa, Marzo 14 de 1885.*

» SR. PRESIDENTE BARRIOS:

» Me dice el Dr. Zaldívar, que el Gobierno de los Estados Unidos ha protestado contra el decreto sobre nacionalidad y ordenado á una parte de su marina venga á Centro América, y que Méjico coloca ejército en la frontera de Guatemala.

» V. debe saber lo que hay sobre el particular; por aquí todo tranquilo.

» Su afectísimo,

» LUIS BOGRÁN. » ¹

« *Guatemala, 14 de Marzo de 1885.*

» SR. GENERAL D. LUÍS BOGRÁN.

» TEGUCIGALPA.

» Lo que el Dr. Zaldívar le dice respecto del Gobierno de los Estados Unidos, es una solemne mentira: Zaldívar ha publicado hasta por bando los partes del general Díaz que V. conoce. El Gobierno de Cárdenas y Fernández, pero muy especialmente el de Zaldívar, son un oprobio para Centro América, supuesto están pidiendo protección extranjera.

» JUSTO RUFINO BARRIOS. »

¹ Estos documentos pueden utilizarse más tarde en la Historia de América y por eso les damos cabida.

«*San Salvador.*»

»SR. PRESIDENTE DE NICARAGUA.

»DR. D. ADÁN CÁRDENAS.

»He agotado con el general Barrios todos los medios suaves que aconseja la prudencia; hoy asumo la dictadura, para enfrentar la situación con Guatemala; fío en que V. me ayudará en todo lo que pueda, pues tenemos una misma causa que es la de la dignidad é independencia de Centro América.

»Como el peligro para San Salvador es grave é inmediato, dígame con qué elementos puedo contar de su parte desde luego. Aquí hay gran entusiasmo y me apoya la opinión general.

»Honduras ha aceptado en absoluto el decreto de Guatemala. Infórme me qué actitud tomará el Gobierno americano, pues el asunto del canal es el que ha motivado el conflicto.

»RAFAEL ZALDÍVAR.»

XVI

El Gobierno de Méjico, en nombre de la nación, reprobó la conducta del Dictador, y ofreció su apoyo moral y *acaso* su eficaz auxilio en favor de las repúblicas amenazadas. Los Estados Unidos de América, fueron también contrarios á la Unión centro-americana que Barrios anhelaba efectuar por la fuerza, y que para lograrlo había asegurado en una de sus proclamas que no retrocedería, sucediera lo que sucediera, y estas palabras, reflejo de su carácter, se cumplieron inmediatamente.

El 26 de Marzo se encontraban ya en Jutiapa, frontera del Salvador, doce mil hombres dispuestos á romper las hostilidades, y el 27 empezó el movimiento de las tropas en dirección á Chingo, á cuyo punto llegó el Dictador el 31, acompañado por su Estado Mayor, guardia de honor y la brigada Reina.

No intentaremos seguir paso á paso á los combatientes, ni tampoco hacer objeto de discusión las batallas del Coco y de San Lorenzo, cuyos triunfos se disputaron guatemaltecos y salvadoreños.

El presidente Zaldívar, tuvo todo el mes de Marzo para prepararse,

pues aun cuando estaba Barrios impaciente, esperó recibir noticias de los Estados Unidos, que aprobaran su conducta, influyendo también en su tardanza la actitud asumida por el Gobierno mejicano: preocupado por el silencio de los norte-americanos, salió de Guatemala y siguió adelante para el Salvador hasta Chalchuapa, población que había sido fortificada y cuya guarnición estaba decidida á la defensa.

En la mañana del 2 de Abril, dos horas antes de su muerte, recibió el general Barrios un cablegrama de los Estados Unidos, desaprobando su actitud belicosa, y tomando como ofensa todo ataque contra Costa Rica y Nicaragua. La cólera y el orgullo, al mirar defraudadas sus esperanzas, cegaron al Dictador, y entonces decidió ponerse frente á frente de la situación y tal vez pensó en morir, pero no en retroceder.

Había echado el guante y no podía recogerlo: era demasiado tarde. Desde el día 1.º de Abril comenzó el bombardeo y correspondencias particulares y comunicaciones oficiales afirman, que el día 2 el batallón Jalapa desobedeció la orden de ataque contra el baluarte la *Casa Blanca*.

Con verdadero valor ó acaso con el de la desesperación, se puso Barrios al frente de aquellos insubordinados y cobardes soldados, y como una tempestad se lanzó contra las trincheras: su serenidad ante el peligro, su arrojo, alentó á los hombres que le seguían. quienes atacaron con denodado esfuerzo. Pero la fortuna abandonó al hombre á quien por tan largo tiempo había protegido.

«Los salvadoreños eran unos cinco mil hombres, y Barrios, dejando atrás los ocho mil soldados que formaban el grueso del ejército, comenzó el combate con su artillería en la tarde del 1.º de Abril. El ataque se renovó por la madrugada, y á las siete una columna de ochocientos hombres escogidos se apoderó de la primera trinchera. La lucha fué sangrienta, y los guatemaltecos comenzaban á vacilar, cuando el general Barrios, poniendo abrupto fin á un Consejo de guerra, montó á caballo, desenvainó la espada y arengó á sus soldados. ¹

»La segunda trinchera fué tomada bizarramente, y cuando subían las tropas por una colina cubierta de árboles en dirección á la tercera línea fortificada, se les hizo desde la cumbre un fuego mortífero. Cuando se disipó el humo, vieron á Barrios casi solo, y al levantar su espada,

¹ Se afirmó en varias correspondencias, que unos salvadoreños ofrecieron enseñar á Barrios una vereda por los flancos de las trincheras, y que el dictador, sin reflexionar que podia ser una celada, aceptó, encontrando en aquel camino la muerte

sonó un disparo aislado que le hizo lanzar un grito y lo derribó del caballo, arrojando sangre por boca y nariz; la muerte fué instantánea.»¹

Aquella bala cortó el nudo gordiano, despejó el horizonte político, y resolvió en un segundo la cuestión centro-americana. Si el dictador de Guatemala no hubiese encontrado la muerte en las trincheras de Chachuapa, difícil habría sido augurar el resultado de la campaña y tal vez hoy Centro-América formaría una sola nación.

»Su hijo, el joven general Venancio Barrios, tomó unos cuantos soldados de la brigada Enríquez, y aunque ya había luchado bastante y estaba herido, se lanzó intrépidamente á lo más recio de la pelea, saltó dos trincheras enemigas, y cuando se disponía hacerlo por la tercera, recibió tres balazos que le dejaron muerto en el acto.

»De sus valientes compañeros murieron algunos, y los que quedaron sacaron en sus hombros el cadáver de su malogrado jefe».

La muerte de Barrios, ha hecho aún más difícil la agrupación de las cinco repúblicas bajo una sola bandera; las ambiciones personales, la falta de energía y la sed de dominio de algunos hombres sobre los demás, harán imposible por ahora, la creación de una patria poderosa y fuerte. La reconstrucción centro-americana ni puede obtenerse por la fuerza de las armas, ni por ambiciones bastardas, sino por la convicción y el patriotismo.

XVII

El Dictador murió como soldado.

El atrevido y censurable decreto de 28 de Febrero, fué derogado por la Asamblea guatemalteca, cuando aquel alto cuerpo se consideró con libertad de acción.

Honduras siguió su ejemplo, y la paz se restableció en la América central.

¹ Varias opiniones afirman que el tiro fué intencionado y especialmente dirigido contra Barrios.

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO

	PÁGINAS
Al Excmo. Sr. General D. Porfirio Díaz, Presidente de la República de Méjico (mejicano).	7
AMÉRICA Y SU HISTORIA. — Reseña general.	9
Cuauhtemotzin (mejicano).	29
El inca Atauhalpa (peruano)..	38
Simón Bolívar (venezolano).	57
Jorge Wáshington (norteamericano).	104
José de San Martín (uruguayo).	135
Francisco Miranda (venezolano)..	157
José Olaya (peruano).	174
José Antonio Sucre, gran mariscal de Ayacucho (venezolano).	178
William Penn (Estados Unidos. — Inglés).	198
Antonio Nariño (colombiano)..	203
José Miguel Carrera (chileno).	215
Manuel Belgrano (argentino).	224
Miguel-Hidalgo y Costilla (mejicano).	233
Antonio Ricaurte, el héroe de San Mateo (colombiano).	244
Nicolás Bravo (mejicano).	248
Bernardo O'Higgins (chileno).	255
Francisco José Caldas (colombiano).	271
Manuel Rodríguez (chileno).	280
Pascual Pringles. — La playa de Pescadores (argentino).	287
José Morelos y Pavón (mejicano).	291
Alejandro Petión (haitiano).	312
José Antonio Páez (venezolano)..	318
Abraham Lincoln (norteamericano).	334
Antonio Leocadio Guzmán (venezolano)..	344
Manuel Montt (chileno).	352
José María Heredia, el cisne de Niágara (cubano).	358
Justo Rufino Barrios (guatemalteco).	362
